



Peter Cameron

Aquella tarde dorada

Traducción de Araceli Arola



Lectulandia

Septiembre de 1995. Omar Razaghi, un doctorando de la Universidad de Kansas, envía una carta que cambiará su vida. La carta va dirigida a los albaceas del famoso escritor Jules Gund y en ella Omar les pide permiso para escribir su biografía. Los tres albaceas: su viuda, Caroline, su hermano, Adam, y su amante y madre de su hija, Arden, se niegan a dar su autorización; sin embargo, Omar, espoleado por su novia, decide viajar a Uruguay, donde estos viven, para intentar convencerlos.

El consenso al que los albaceas habían llegado respecto a la biografía se ve amenazado con la llegada de Omar; su presencia pondrá también en cuestión algo más profundo: el precario equilibrio en el que la peculiar familia del autor vive tras su muerte.

Aquella tarde dorada es un libro que nos habla de la naturaleza azarosa del amor y de cómo encaramos las decisiones importantes de nuestras vidas. Una comedia romántica inteligente y distinta que está considerada como una de las mejores novelas de Peter Cameron.

«El inicio, las dudas y los avances de una relación amorosa, contados de una manera sutil, conmovedora y erótica». Richard Eder (*The New York Times*)

«Una historia tierna, narrada con altas dosis de humor e ingenio, sobre destinos y sobre el destino». Lucy Graves (*The Daily Telegraph*)

«Deliciosa, inesperada, mágica, romántica; sus múltiples enredos son una delicia». Ann Pritchard (*USA Today*)

Lectulandia

Peter Cameron

Aquella tarde dorada

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *The City of Your Final Destination*

Peter Cameron, 2002

Traducción: Araceli Arola Pascual

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Norberto

PRIMERA PARTE

Somos infelices porque no vemos de qué manera puede terminar nuestra infelicidad, pero lo que realmente no vemos es que la infelicidad no puede durar siempre, porque incluso la duración de una misma situación traerá consigo un cambio de humor. Por la misma razón, tampoco puede durar la felicidad.

WILLIAM GERHARDIE, *Of Mortal Love*

13 de septiembre de 1995

Sra. Caroline Gund
Sra. Arden Langdon
Sr. Adam Gund
Ocho Ríos
Tranqueras, Uruguay

Estimados Sra. Gund, Sra. Langdon y Sr. Gund:

Me dirijo a ustedes, albaceas del patrimonio literario de Jules Gund, a fin de solicitarles su permiso para escribir una biografía autorizada del señor Gund.

Soy un estudiante de doctorado de la Universidad de Kansas. Mi tesis «¿Lo recuerdas? Mejor, olvídalo: La articulación del desplazamiento cultural y la disociación lingüística en la obra de Jules Gund» recibió el galardón Dolores Faye y Bertram Siebert Petrie sobre estudios biográficos. Este premio conlleva tanto la publicación de la biografía de Gund por la editorial de la Universidad de Kansas como una espléndida beca de investigación que está supeditada a la autorización de los albaceas para acceder al material necesario para escribirla. Confío en que coincidan conmigo en que la rigurosa biografía que pretendo escribir de Jules Gund repercutirá positivamente en el interés por su legado. Considero que dicha biografía, junto con el creciente interés en los estudios sobre el Holocausto y la literatura latinoamericana, aumentará muchísimo la atención que actualmente se dispensa a la obra de Jules Gund. Esta atención mejorará y afianzará la reputación del señor Gund, lo cual redundará sin lugar a dudas en el incremento de las ventas de su libro.

Con el objeto de que puedan reflexionar con pleno conocimiento de causa sobre mi solicitud, adjunto un capítulo de ejemplo y el índice de mi tesis. (Por supuesto, estaría encantado de enviarles la tesis completa si así lo desearan). Adjunto también una copia de mi currículum, así como la carta de la editorial de la Universidad de Kansas que respalda este proyecto. Espero que, una vez analizado este material, convengan en que estoy excepcionalmente cualificado para investigar la vida del señor Gund y escribir la biografía exhaustiva y amable que el señor Gund indiscutiblemente merece.

Puesto que es mi deber presentar el comprobante de la autorización ante la Comisión de Becas de Investigación antes del 1 de noviembre con el fin de que procedan al pago inicial de la beca a finales de año, les agradecería una pronta

respuesta. Me he tomado la libertad de adjuntar un formulario de autorización por si consideraran pertinente concederme dicha autorización tras la lectura de esta carta. Por favor, no dejen de ponerse en contacto conmigo para aclarar cualquier duda o cuestión que les pueda surgir acerca de este proyecto. Pueden hacerlo por teléfono, a cobro revertido, al número que aparece más arriba.

Muchas gracias por el tiempo que han dedicado a mi solicitud. A la espera de su respuesta, se despide atentamente,

OMAR RAZAGHI

Adam estaba de pie frente al espejo intentando anudarse la pajarita. Lo estaba pasando mal. Esa dificultad podía atribuirse en parte a que le temblaban las manos, pero también parecía haberse olvidado de cómo se hacía un nudo de pajarita. Aun así, persistía: deshacía los nudos que no terminaban de convencerlo, estiraba las puntas de la tela y comenzaba de nuevo. Una y otra vez. Aquella falta de pericia suya no parecía exasperarlo, convencido de que, tarde o temprano, incluso a pesar de sí mismo, la pajarita acabaría componiéndose.

Pete, apoyado en la barandilla del descansillo de la tercera planta, observaba la escena con rostro inexpresivo y, transcurridos unos cinco minutos, empezó a bajar las escaleras. Al oír los pasos, Adam abandonó su lucha con la pajarita, pero no levantó la mirada.

Pete apareció por detrás de Adam y, muy cerca de él, casi rozándolo, lo rodeó desde atrás para sujetarle la pajarita. Mientras los dos rostros se observaban en el espejo, Pete logró crear una pajarita perfecta con ese tejido hasta entonces tan obstinado. Aunque el nudo había quedado perfecto, Pete lo ajustó un poco, luego otro poco más (para restituir su perfección), le dio unos toquecitos y dijo:

—Ya está.

—Gracias —dijo Adam. Tocó la mano de Pete y la mantuvo contra el nudo—. ¿Dónde iría yo sin ti?

—Seguramente, aquí mismo —contestó Pete.

—Sí, pero sin pajarita o, por lo menos, sin el nudo.

—Y estarías mejor. No sé por qué te has puesto pajarita.

—Me enseñaron que siempre hay que llevar pajarita cuando uno se aventura a hacer vida social.

—¿La cena con Arden y Caroline es vida social? —preguntó Pete.

—Es prácticamente toda la vida social que tenemos —dijo Adam—. O quizá debería decir «que tengo». Quizá tú tengas una vida social que desconozco...

—No —dijo Pete.

Ambos seguían mirándose en el espejo, dirigiendo las palabras a sus imágenes reflejadas. Pete inclinó la cabeza para acercarse más y descansó la barbilla sobre el hombro de Adam. Adam alargó la mano y acarició el oscuro cabello de Pete. Tenía un bonito cabello largo, Pete. Observaban su reflejo: un hombre mayor de ascendencia europea y un joven de origen asiático.

Y entonces Pete levantó la cabeza y se apartó un poco, hasta que su rostro

desapareció de ese pequeño mundo que constituía el espejo.

—¿Ya estás preparado? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Pete—. ¿Vamos caminando o prefieres ir en coche?

—Hace una tarde estupenda —dijo Adam—. Me apetece caminar.

—¿Y qué hacemos a la vuelta? ¿También querrás regresar caminando?

—No lo sé —dijo Adam.

—Porque si quieres volver a casa en coche, deberíamos cogerlo ahora.

—¿Por qué?

—Así ya estará allí y podremos volver en él.

—Siempre puedes venir a buscarlo caminando y luego volver a recogerme en coche.

—Sí, pero sería más fácil cogerlo ahora.

—Creo que no te entiendo —dijo Adam—. Si volvemos a casa caminando, pues volvemos caminando. Y si decidimos volver en coche, vienes a buscarlo. En ambos casos vendrías caminando, ¿no?

—No, si vamos en coche.

—¡Ah! Pero yo quiero caminar. De eso estoy seguro.

—¿Estás seguro? ¿Cómo tienes la pierna?

—Como siempre.

—¿Por qué no vas al médico para te eche un vistazo?

—Porque es un médico horrible y no tengo ningún problema.

—Te tiemblan las manos. Y te duelen las piernas.

—Y soy viejo. Todo encaja.

—Por lo que deberíamos ir en coche.

—No, soy viejo, pero puedo ir caminando hasta la casona y, quizá, según lo tarde que sea, según cuánto haya comido y cuánto haya bebido y según el humor que tenga, vuelva caminando. Ya veremos. —Volvió a mirarse en el espejo—. Gracias por anudarme la pajarita. Creo que me realza. Siempre me ha gustado esta pajarita. La compré en Venecia, en mil novecientos cincuenta y cinco. Es importante comprar objetos bonitos cuando uno es feliz. Cuando miro esta pajarita —Adam se la tocó por el nudo—, recuerdo lo feliz que fui entonces.

—¿Y qué te hacía feliz?

—No me acuerdo. ¿Quién sabe? Basta con recordar que uno fue feliz. Tengo la absoluta seguridad de haber sido feliz entonces. De lo contrario, nunca habría comprado una pajarita tan bonita.

—Ahora ya no es tan bonita —dijo Pete—. Está sucia.

—¿Está sucia? —Adam se acercó hacia el reflejo de su imagen—. A mí me parece que está bien. Me alegra comprobar que estoy perdiendo vista, así todo me parece que está bien. Es la mejor prueba de la existencia de Dios.

—¿Por qué?

—Porque Él va nublando nuestra visión a medida que envejecemos. De lo

contrario, sería insoportable. Sobre todo para aquellos que fueron atractivos en su juventud.

—¿Fuiste un joven atractivo?

—No era tan viejo cuando nos conocimos. Creía conservar todavía parte de mi atractivo por aquel entonces. Seguro. De no ser así, ¿cómo habría podido seducirte?

Pete no contestó. Adam dio la espalda al espejo y se quedó de cara a su compañero. Pete había abierto la puerta. La luz de la tarde cayó sobre su bello rostro. Estaba mirando hacia el pequeño patio adoquinado delante del molino. Había un gato sentado en los últimos escalones.

—*Chuco* quiere cenar —dijo Adam.

—*Chuco* puede esperar. Si vamos a ir caminando, deberíamos salir ya para no llegar tarde —dijo Pete.

Adam advirtió que Pete se había enfadado. Últimamente estaba siempre enfadado, pero se trataba de un enfado bastante singular, íntimo, hondo. Tenía que estar muy enfadado para no dar de comer a su adorado *Chuco*. No dará de comer a *Chuco* para castigarme a mí, pensó Adam.

—Cogeremos el coche ahora —dijo Adam—. Creo que estoy demasiado cansado para caminar.

Pete se apartó de la puerta y se quedó mirándolo.

—No —dijo. Se agachó para coger al gato. El gato apartó la mirada—. Deja que dé de comer a este cerdito.

Portia estaba sentada a la mesa redonda del patio dibujando y etiquetando un mapa de Sudamérica. Eran los deberes del colegio. Portia era alumna externa del colegio de monjas de Tranqueras. Tres lados del patio estaban flanqueados por las alas de la casa y, el cuarto, por un muro de piedra. En el centro de ese muro había un pasaje abovedado y, en el centro del patio, una pequeña fuente redonda. Arden, su madre, salió por la puerta de la cocina. Cargada con el mantel, las servilletas y los cubiertos, se quedó de pie detrás de Portia un momento, observando cómo coloreaba de dorado Uruguay. El resto de Sudamérica era de color verde, de diferentes tonos de verde, como los campos cuando se divisan desde un avión.

—¿Por qué lo has pintado de color dorado? —preguntó Arden.

Portia tardó unos instantes en contestar. Tenía ocho años y hacía poco que había descubierto que la retención de información constituía una suerte de poder.

—Porque sí —dijo finalmente.

—Pero no coincide con el resto de los países de Sudamérica —dijo Arden.

—No tiene por qué coincidir —dijo Portia.

Arden sonrió al ver con qué delicadeza Portia coloreaba Uruguay de color dorado.

—Es muy bonito —dijo.

—No tiene por qué quedar bonito —dijo Portia.

—Ya, pero sí te puede quedar bonito —dijo Arden—. Y, sí, queda bonito. Como tú. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso a Portia en la cabeza—. Te huele el pelo a gasolina —dijo—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —dijo Portia.

—¿Has estado jugando en el garaje?

—No —sentenció Portia, después de pensarlo un momento.

—Bueno, esta noche tendrás que lavarte el pelo —dijo Arden—, tengamos o no tengamos agua caliente. ¿Puedes apartar eso, cariño? Es solo un momento, mientras preparo la mesa.

—¿Por qué vas a poner un mantel? —preguntó Portia.

—Porque Adam y Pete vienen a cenar y quiero que la mesa esté bonita. Y, la verdad, siempre deberíamos poner mantel. No hay razón para no ponerlo, pero me da pereza si estamos solo nosotras dos.

—¿Tengo que cenar con vosotros?

—¿No quieres?

—No. Prefiero cenar en la cocina.

—¿Por qué?

—Porque habláis mucho.

—Eso es lo que hacen las personas cuando se reúnen a comer. Hablan.

—Pero es aburrido. Sobre todo si está el tío Adam.

—Está bien, pero ayúdame con el mantel.

—No entiendo por qué tendríamos que poner siempre el mantel. Lo único que hace es ensuciarse y luego hay que lavarlo y eso contamina —dijo Portia—. Basta con quitar las migas de la mesa y dejar que los pájaros se las coman. Es mucho más *elógico*.

—Ecológico, querrás decir —corrigió Arden—, pero la vida no es siempre... Bueno, algunas de las cosas más bonitas de la vida no son siempre las más prácticas o ecológicas, ¿no te parece? Y poner un mantel tampoco hace daño a nadie.

—La hermana Domina dice que son los pequeños agravios, los pequeños pecados, los que más importan, porque se van sumando. Dios los suma todos.

—Supongo que tienes razón, pero seguiremos poniendo manteles. Cuando seas un poco más mayor, podrás irte a vivir con las monjas y vivir de manera tan sencilla como ellas.

—No hace falta irse a vivir con las monjas para llevar una vida sencilla —observó Portia.

—Pero resulta más fácil, pienso yo, si uno está apartado del mundo.

—La hermana Domina dice que el mundo en el que viven es el mundo real. Y que somos nosotros los que vivimos apartados de él.

—Bueno, todo depende de la perspectiva desde la que se mire, supongo —dijo Arden—. ¿Apartas el mapa y los lápices?

Portia obedeció y ayudó a su madre a preparar la mesa. Al momento, oyeron

algunas voces que provenían del interior de la casa.

—Escucha —dijo Arden—. Deben de ser el tío Adam y Pete. Entra y diles que estamos aquí afuera.

Portia desapareció por las puertas acristaladas y regresó unos instantes después con Pete, que dio a Arden las buenas tardes y un beso.

—¿Dónde está Adam? —preguntó ella.

—Se ha quedado dentro —dijo Pete—. Quería echar un vistazo a los periódicos.

—¿Te traigo algo para beber? —Arden preguntó a Pete.

—Sí —contestó Pete—. Gracias.

—¿Una ginebra?

—Sí, gracias —dijo Pete.

Arden entró en la casa por las puertas acristaladas que daban al gran vestíbulo de la entrada, cuyo altísimo techo estaba coronado por una cúpula. Enfrente de las puertas acristaladas, la enorme puerta de madera de la entrada. A lo largo de la pared posterior había dos galerías cuyas puertas conducían a los distribuidores de las plantas segunda y tercera, y una escalera en curva ascendía a la primera galería desde cada lado de la estancia. En el vestíbulo de la entrada, unas puertas daban a un distribuidor donde se encontraban la despensa y la cocina, un aseo y dos estancias grandes y cuadradas que daban a la parte frontal de la mansión: una era la biblioteca, la otra era una sala de estar. Arden se detuvo ante la puerta de la biblioteca.

—Buenos días, Adam —dijo ella—. Solo te molesto un momento para saber si quieres algo de beber. Pete y yo estamos tomando una ginebra.

—Ah, me encantaría una copita de ginebra —dijo Adam.

—¿Con lima? —preguntó Arden.

—Sí, por supuesto —dijo Adam—. Con mucha lima, si no vas a necesitarla.

Arden regresó al cabo de un momento con una bandeja llena de bebidas. Puso la copa de Adam sobre la mesita situada junto a su asiento.

—Gracias, querida —dijo él, sin levantar la vista del periódico.

Arden salió de nuevo al patio, pero Pete y Portia habían desaparecido. Dejó la bandeja sobre la mesa, cogió su ginebra y avanzó por el patio para sentarse en el borde de la fuente. Estaba rebosante de agua oscura sobre la que flotaban nenúfares y nadaban unas carpas orondas y apáticas. Emergían a la superficie y rondaban cerca de Arden, pero ella no llevaba nada para darles de comer. Al rato, se sumergieron despreocupadamente, como si en ningún momento hubieran esperado recibir comida.

Arden tocó el agua con los dedos y algunos peces regresaron para mordisquear las burbujas de aire que se les adherían. Jules solía mordisquearle la punta de sus dedos, pretendiendo ser... ¿el qué? Un pez, no. Un niño, quizá. También se los chupeteaba.

Al cabo de un rato, Portia y Pete aparecieron por el pasaje abovedado. Al llegar se sentaron junto a Arden, en el borde de la fuente. Durante un momento ninguno de ellos tres dijo nada, pero era un silencio agradable. Y entonces Arden dijo:

—Tienes la copa en la mesa, Pete. Portia, ¿por qué no se la traes?

—Ya voy yo —dijo Pete.

Portia se había arrodillado junto a la pileta para deslizar las puntas de su larga cabellera por el agua a fin de atraer los peces.

—No hagas eso —dijo Arden.

—¿Por qué? Acabas de decirme que tendré que lavarme el pelo esta noche —dijo Portia.

—Sí —dijo Arden.

Pete volvió con su bebida.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó Arden.

Portia miró a Pete.

—A ningún sitio —contestó ella.

—Secreto —dijo Pete.

Adam apareció procedente del interior de la casa y se sentó a la mesa, con el periódico perfectamente doblado en cuatro.

—Ven aquí y ayúdame con todo este desbarajuste —le dijo a Portia.

Portia se levantó y se acercó a la mesa donde estaba su tío. Arden y Pete se quedaron solos en la fuente. Tomaron un trago y observaron el lento movimiento de los peces por el agua oscura y verdosa.

Caroline los miraba desde su estudio de la torre. En realidad, no se trataba de una torre, solo un cuarto construido encima del ático, con ventanas abuhardilladas y claraboyas a ambos lados. Jules lo había construido para ella porque el resto de la casa era muy oscuro: en un intento por recrear el estilo bávaro, los padres de Jules habían plantado miles de árboles (abetos noruegos, pinos austriacos, enebros, alerces) y aquel bosque había ensombrecido para siempre la mansión. Caroline observaba a Pete y a Arden sentados en el borde de la fuente, sin decirse nada el uno al otro. Luego apartó la mirada de la ventana y la dirigió hacia su lienzo. Ya hacía muchos años que se había dado cuenta o que había aceptado que nunca lograría pintar nada original ni de calidad y se dedicaba a hacer únicamente copias de cuadros consagrados. Eso era lo más sensato que podía hacer. De lo contrario, Caroline habría dejado de pintar y a ella le gustaba pintar. Ahora estaba copiando la *Virgen del prado* de Bellini. Cruzó la estancia y dirigió la vista hacia el otro lado, a lo largo de las copas de los árboles. Miró hacia arriba: el cielo todavía tenía un color azul muy pálido, un azul cansado y gastado. No había nubes. Oyó crujir la gravilla del suelo y vio cómo Diego se alejaba por el camino de acceso a la propiedad. Se había acercado desde el pueblo para arreglar el calentador del agua. Quizá esa noche ya tendrían agua caliente y podría tomar un baño. Observó cómo recorría aquel camino hasta alcanzar la carretera. Diego se detuvo para fumar un cigarrillo mientras esperaba a su hijo. Caroline se volvió de nuevo y se quedó mirando su cuadro como si el lienzo hubiera podido cambiar, como si hubiera podido recomponerse solo durante su breve

desatención, pero no, no había cambiado. Oyó el ruido de un coche, volvió a situarse frente a las ventanas y vio a Diego subir al coche de su hijo. El vehículo se alejó. Caroline volvió a cruzar la estancia y miró por la ventana que daba al patio. Ya estaban comiendo, sentados todos a la mesa. Habían puesto velas y un mantel. Aunque la habían invitado a unirse a ellos, invitación que ella había declinado, no podía evitar sentirse excluida. Que fuera ella quien se había excluido a sí misma no disminuía su dolor.

—¿Caroline no va a acompañarnos? —preguntó Adam al empezar a comer.

—No —dijo Arden—. Está trabajando y no quiere interrupciones.

—Subiré más tarde —dijo Adam—. Después de cenar.

—Seguro que estará encantada de verte —dijo Arden.

—Trabaja mucho —dijo Adam—. Después de todos estos años, sigue trabajando mucho.

Arden estaba de acuerdo.

—En su momento no fue mala pintora. Su falta de originalidad era terrible, pero no era mala pintora. Aunque, claro, creo que todas las artistas tienden a ser poco originales.

Arden evitó morder el anzuelo.

—A mí me gustan sus cuadros —afirmó—, los cuadros que he podido ver.

—Sí, seguro que sí —dijo Adam—. No entiendes nada de arte, ¿verdad?

—No —rio Arden—. Absolutamente nada. —Y luego, para cambiar de tema, dijo—: Hoy he recibido una carta interesante.

—¿De verdad? Qué suerte la tuya —dijo Adam—. Hace un montón de tiempo, quizá años, que no recibo ningún tipo de correspondencia que pueda considerarse interesante. ¿Quién te ha escrito esa carta tan interesante?

—Un estudiante. Un joven licenciado de una universidad de Estados Unidos. Ha escrito una especie de tesis sobre Jules y quiere convertirla en una biografía. Le han dado una beca para costear sus investigaciones y la editorial de esa universidad se encargaría de publicarla.

—¿Y por qué te ha escrito?

—Bueno, quiere que le autorice... Quiere que le autoricemos a escribirla. Necesita nuestra autorización para seguir adelante.

—¿Que alguien quiere escribir una biografía sobre Jules Gund?

—Sí —dijo Arden—. Eso parece.

—¿Y ese joven es digno de confianza? —preguntó Adam.

—No lo sé —contestó Arden—. Supongo que sí. Está vinculado a una universidad.

—¿A cuál?

—No me acuerdo. Es una universidad estatal. De Kansas, creo. O de Nebraska.

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Adam.

—Por supuesto —dijo Arden. Entró en la casa y regresó con la carta. Se la pasó a Adam por encima de la mesa y Adam la sostuvo cerca de la vela para leerla. Arden y Pete se quedaron mirándolo. Al cabo de un poco, Adam dejó la carta sobre la mesa.

—Bueno, una biografía puede beneficiarnos mucho —dijo.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Aumentando el interés por Jules. Y, en consecuencia, aumentando las ventas de su libro.

—Sí, la carta así lo dice, pero esa no es razón suficiente para autorizar una biografía... Solamente por aumentar las ventas no habiendo tampoco ninguna garantía de que eso fuera a ocurrir, ¿no?

—No —dijo Adam—, pero tampoco hace ningún daño.

—¿Seguro que no? —preguntó Arden.

—No veo cómo podría hacer daño alguno —respondió Adam.

—Podría perjudicar a Jules —dijo Arden.

—Jules está muerto.

—Me refiero a su reputación.

—Creo que te refieres a que podría perjudicarte a ti —dijo Adam.

—No, no he querido decir eso —aseguró Arden—. ¿Cómo podría perjudicarme a mí?

—Te dejaría al descubierto. Después de todo, tu vida estaba ligada a la suya.

—Sí, claro que mi vida y la suya estaban ligadas, no siento vergüenza alguna por ello. ¿Cómo podría perjudicarme? Y, además, no estoy pensando en mí. Estoy pensando en Jules. ¿Querría Jules algo así? ¿Querría una biografía? Yo creo que no.

—Jules está muerto. No creo que ande estos días muy preocupado sobre lo que quiere o deja de querer.

Arden frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Has hablado con Caroline?

—Sí —dijo Arden—. Ella dice que no. No quiere autorizar una biografía. No quiere nada semejante.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

—Típico de Caroline.

—Creo que coincido con ella.

—¿Cómo puedes coincidir con ella si no conoces sus razones?

—Coincido con su decisión. Y ya somos mayoría, así que tu voto no cambiará el resultado.

—¿Y permitiremos que algo tan estúpido como la democracia decida si asegurar o no el prestigio de Jules Gund?

—¿Y cómo podríamos decidirlo? Esta manera es la más sencilla.

—¡La más sencilla! ¿No quieres lo mejor para el legado familiar?

—Sí —dijo Arden—. Desde luego, pero también quiero lo mejor para Jules.

—Vuelvo a decirte que Jules está muerto.

—Eso ya lo sé, pero no es una razón para dejar de tenerlo en cuenta.

—¿No? Yo diría que es una razón excelente. Tengo el corazón de piedra, supongo.

Arden no respondió. Se puso de pie y empezó a apilar los platos. Adam se reclinó en la silla y dijo:

—¿Puedo preguntarte otra vez por qué no quieres autorizar esa biografía? Quizá puedas explicarme tus razones.

—No creo en las biografías —dijo Arden.

—¿Que no crees en las biografías?

—No —dijo Arden—. Bueno, no creo en las biografías de los artistas. Tampoco en las biografías de los escritores. Creo que sus obras deben hablar por sí mismas. Creo que sus obras constituyen su vida, al menos su vida pública, y esas biografías desfiguran sus obras. De alguna manera, esas biografías mancillan sus obras.

—¿Cómo?

—Ofreciendo una narrativa alternativa. El hecho de exponer su vida al mundo, de situarla junto a su obra para que nosotros la aprobemos, quizá también para que saquemos algún provecho de ella... Creo que no es lo correcto.

—¿Qué no es lo correcto? ¿Por qué no es lo correcto?

—No, no es lo correcto. No sé, no puedo explicarlo. No soy una intelectual. Siento no poder expresarme con más claridad. Solo puedo decir que eso es lo que siento y lo siento de una manera muy intensa.

—Entiendo y valoro ese sentimiento —dijo Adam—, pero piensa un momento. Quizá no seas una intelectual, pero sí eres una persona reflexiva e inteligente. Piensa: tenemos ante nosotros la solicitud de un permiso para escribir una biografía autorizada. —Tocó la carta, que estaba sobre la mesa—. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Significa que no la puede escribir sin nuestro permiso —dijo Arden.

—No —dijo Adam—, no es eso. Significa que a cambio de nuestro permiso y de nuestra colaboración, a cambio de poner a su disposición todos los papeles de Jules y todos nuestros recuerdos de él, tenemos el control del contenido del libro. Podemos retener o hacer que se retire cualquier información que, por la razón que sea, no queramos que se incluya. Ese joven escribe el libro, sí, pero nosotros controlamos y vetamos la totalidad de su contenido. Eso es una biografía autorizada. Y eso es lo que este joven nos propone escribir. Si decidimos, tal como tú propones, no colaborar con él, si decidimos no darle nuestra autorización, no hay nada que le impida escribir esa biografía. Le será más difícil hacerlo sin nuestra ayuda, por supuesto, pero en ese caso tendrá plena libertad para escribir lo que quiera. De hecho, le estaríamos ofreciendo la historia de Jules en bandeja y él tendría carta blanca para escribir. Estaríamos sacrificando a Jules por mero orgullo, obstinación y estupidez.

—No creo que pudiera escribir una biografía sin nuestra colaboración —dijo Arden—. ¿Cómo podría escribir nada?

—Ese es el trabajo de los biógrafos. Son listos, rencorosos y despiadados. Date cuenta de que no darle la autorización sería como desafiarlo. Mucho mejor que él estuviera de nuestro lado.

—Puede que sea ingenua —dijo Arden—. Sí, seguro que soy una ingenua, pero yo no veo el mundo así. Yo no presupongo que la gente sea rencorosa ni despiadada. Creo que la gente es razonable y que respeta la intimidad. Nos ha escrito una carta amable. También educada y respetuosa. —Se acercó a ella y la tocó—. Creo que eres demasiado cínico, Adam.

—Bueno, al menos con respecto a una cosa sí estás en lo cierto.

—¿Con respecto a cuál?

—Que eres ingenua.

Arden recogió los platos amontonados y los llevó al interior de la casa. Pete se levantó para pasear por el patio, salió por el pasaje abovedado para internarse en la oscuridad de la noche. Adam se quedó sentado un momento, a solas. Levantó la vista hacia la luz del estudio de Caroline. Podía oír hablar a Arden y Portia en la cocina. Luego fue a buscar a Pete. Lo encontró fumando cerca del jardín. Se quedaron de pie, el uno junto al otro, sin hablar, y luego Pete dijo:

—Creo que has estado bastante desagradable.

Adam le cogió el cigarrillo y le dio una calada. Luego se lo devolvió. Exhaló el humo.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—Sí —dijo Pete—. Creo que habrías podido hacerla cambiar de parecer mostrándote un poco más amable.

—¡Por favor! —dijo Adam—. Arden sabe perfectamente que no soy amable.

Pete tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Luego recogió la colilla y se la metió en el bolsillo de la camisa.

—No creo que quieras volver a casa caminando, ¿verdad? —preguntó.

—No —dijo Adam—. Estoy cansado. Y tengo que hablar con Caroline.

—Entonces, ¿quieres que traiga el coche?

—Sí —dijo Adam—. Por favor.

Pete empezó a rodear la casa en dirección al camino de acceso.

—¡Espera! —le voceó Adam—. ¿Quieres que te traiga una linterna?

—No —contestó Pete.

—Está oscuro —dijo Adam.

—No te preocupes —dijo Pete—. Conozco el camino.

Adam subió lentamente las escaleras que conducían al estudio de Caroline. Caroline estaba trabajando frente al caballete y no se volvió cuando él entró en aquella

estancia. Adam tuvo la sensación de que no había estado trabajando y había adoptado esa postura al oír el ruido de sus pasos por las escaleras; la verdad era que su lentitud al subir le había concedido a ella mucho tiempo para prepararse. Se quedó de pie detrás de ella y contempló el cuadro. La concentración de Caroline parecía falsa. Adam buscó una silla y se sentó.

—Está bastante bien —dijo Adam—. Aunque los colores no están nada acertados.

—Buenas noches, Adam —dijo Caroline, sin girarse en ningún momento.

—Buenas noches —dijo Adam.

—Por favor, no vuelvas a opinar sobre mi cuadro —le rogó Caroline.

—Está bien —dijo Adam—, pero los colores...

—Por favor —repitió Caroline. Se volvió y le sonrió abiertamente—. ¿Has subido para tomar una copa?

—No —dijo Adam—. Me he quedado solo y he visto la luz del estudio.

—Por lo que has subido a tomar una copa —dijo Caroline.

—Si me la ofrecieras, no te la rechazaría —dijo Adam.

Caroline llenó dos vasos de whisky escocés y le alargó uno a Adam.

—Me gustaría que tú y Arden armonizarais vuestras bebidas alcohólicas —dijo Adam. Bebió un trago del whisky y volvió a mirar el cuadro—. Bellini, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Caroline—. Pero, por favor, no lo mires.

—Dibujas muy bien —dijo Adam.

—Sí —contestó Caroline—. Dibujo bien, pero no sé pintar.

—Sí, sí que puedes —dijo Adam—... o, al menos, podrías. Justo acabo de comentarle a Arden lo buena pintora que eras.

—Sí —dijo Caroline—. Que era. ¿Podemos hablar de algo que no sea pintura? —Se quedaron unos momentos en silencio antes de que Caroline dijera—: ¿Te ha enseñado Arden la carta?

—Sí —contestó Adam.

—¿Y qué piensas?

—Pienso que estoy viejo y cansado. Pienso que este whisky escocés es excelente. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo trajo Sebastian. ¿Qué opinas de la carta?

—Opino lo mismo que opinaría cualquier persona sensata —dijo Adam.

—¿Y cuál es esa opinión sensata?

—Que es una excelente oportunidad para nosotros. Sería una locura por nuestra parte no apoyarlo.

—Vaya —dijo Caroline.

—Me da la sensación de que eres de otra opinión.

—Y así es —dijo Caroline—. No soy tan sensata como tú.

—Al parecer nadie es sensato —dijo Adam—, al menos nadie a quien este tema le ataña.

—¿Arden tampoco?

—Arden lo interpreta como una oportunidad que se le brinda para mostrarse romántica, pero eso de ser la noble viuda doliente que protege el buen nombre de su marido es absurdo.

—¿Por qué?

—Por varias razones. En primer lugar, si alguien tiene que desempeñar ese papel de viuda doliente, y nadie tendría por qué hacerlo, ese alguien eres tú. En segundo lugar, su actitud es estúpida y nada práctica. Y egocéntrica. Y podría seguir y seguir.

—No dudo que tú podrías seguir y seguir.

—Y, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, pienso que quiere ponerse de tu lado en esto, razón por la que debes actuar con sensatez.

—Sigues mencionando la sensatez como si fueras el árbitro de esa virtud. Y, no, Adam, no lo eres. Cada uno se forja sus propias sensateces. No puedes imponer la tuya a los demás. Al menos, a mí no.

—¿Por qué no quieres esa biografía?

—No es algo que me afecte. Y tampoco es algo que yo pueda querer o no querer.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a Arden que no?

—Le dije que no daría mi autorización.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque Jules no quería una biografía. Me lo dijo una vez.

—¿Cuándo?

—Hace años. Cuando se publicó *La góndola* por primera vez.

—De eso hace más de veinte años.

—Sí, hace siglos, una eternidad, pero en qué momento lo dijo no es lo importante.

—¿Y por algo que pudo haberte dicho Jules hace veinte años vas a negar la autorización de una biografía que indiscutiblemente será positiva para nuestros intereses?

—Sí —dijo Caroline—. Me parece lógico. Y también sensato.

—Estoy seguro de que Jules te dijo muchas cosas hace veinte años —dijo Adam—. Por ejemplo, cuando os casasteis, seguro que te dijo que te querría para siempre, ¿verdad?

—Sí —dijo Caroline.

—Y tú no lo obligaste a cumplir su promesa —dijo Adam.

—No necesité hacerlo. Jules no dejó de quererme nunca. Siguió casado conmigo.

—Al final aquello que fuera lo que vosotros tuvisteis no era un matrimonio —dijo Adam.

—¿No? ¿Y quién eres tú para decidirlo? Te repito que considero que se trata de una cuestión de sensateces. ¿Qué tiene que ver todo ello con la biografía? Creo que nada. Y tal vez debería añadir que tampoco tiene nada que ver contigo.

—Yo creo que sí tiene que ver conmigo —dijo Adam—. Yo era su hermano. No fui su esposa ni su amante. La nuestra fue una relación bastante desapasionada y creo

que puedo ver la presente situación con mayor claridad que tú o que Arden. Y creo que es una situación que tiene que mirarse con claridad. Desapasionadamente.

—Y tú eres el encargado —dijo Caroline.

—Lamento haberte ofendido —dijo Adam—. No era esa mi intención.

—No me has ofendido —dijo Caroline—. Simplemente tenemos una opinión diferente al respecto, eso es todo.

Oyeron un coche y divisaron sus luces acercándose por el camino de acceso.

—Ahí está Pete —dijo Adam—. Es tarde ya. Deberíamos seguir hablando de esto los tres para poder tomar una decisión. Al fin y al cabo, debemos responder a la carta.

—Bueno, mi opinión ya está formada.

Adam se puso de pie.

—Por favor, no digas eso, Caroline. Al menos ten la delicadeza tanto de escuchar lo que tengo que decir como de considerarlo. Esperaba rigidez por parte de Arden, pero no por la tuya.

—Por supuesto que te escucharé —dijo Caroline—. No pretendía decir eso.

—Mañana, entonces. ¿Vendrás a comer? ¿Y traerás a Arden contigo? Así podremos conversar de todo esto con serenidad y de manera racional.

—Iré a comer —dijo Caroline—. Y llevaré a Arden conmigo, pero conversar de todo esto con serenidad y de manera racional ya es otra cuestión.

—Podemos intentarlo —dijo Adam.

—Sí —dijo Caroline.

—¿Se lo dices tú a Arden?

—Claro. Ve, anda. Pete te está esperando. ¿Cómo está?

—Pete no es feliz. Estoy seguro. Está cansado de vivir en medio de la nada con un viejo desagradable.

—No me lo creo —dijo Caroline—. Pete te quiere.

—Y yo le quiero, pero aun así no es feliz. Buenas noches.

Adam le dio un beso. Caroline cerró la puerta y se quedó escuchando como bajaba lentamente las escaleras. Oyó la puerta del coche abrirse y cerrarse y, a continuación, el coche alejarse. Todo estaba en silencio. Luego pudo oír el grifo de una bañera en algún cuarto de baño de la planta inferior de la casa. Bien, pensó, ya debe de haber agua caliente.

Arden fue a darle las buenas noches a Portia. Se sentó en la cama y la peinó, todavía tenía el cabello mojado después de habérselo lavado.

—¿Dónde has ido antes, con Pete? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó Portia.

—Antes de cenar. Pete y tú desaparecisteis. ¿Adónde fuisteis?

—A ningún sitio —dijo Portia—. Dimos un paseo.

—Sí, pero ¿adónde?

—A la colmena —dijo Portia.

—Se supone que debes mantenerte lejos de la colmena —dijo Arden—. Pueden picarte las abejas.

—Ya lo sé, pero pensé que con Pete no pasaría nada. Queríamos ver cómo volaban las abejas hacia su casa. Suelen volver al atardecer.

—Sí —dijo Arden—, ya lo sé.

—Y luego estuvimos escuchando la colmena. No nos pusimos demasiado cerca. Estábamos detrás del pozo. Podíamos oír el zumbido desde allí. —Hizo un ruido como de zumbido en el fondo de su garganta—. Pete dice que las abejas hablan entre sí y que bailan.

—Sí —dijo Arden—. Lo he oído. Ya está. Tienes el cabello seco y está precioso. Y huele maravillosamente bien. Métete en la cama.

—Primero tengo que rezar —le recordó Portia.

—Me había olvidado, sí. Si quieres, di tus oraciones.

Portia se arrodilló junto a la cama, pero miró hacia su madre por encima del hombro.

—Vete —le dijo—. No me escuches. Las oraciones se dicen en secreto. Son entre Dios y yo.

—Está bien —dijo Arden—, pero Dios no te puede remeter la sábana. Avísame cuando hayas terminado.

Salió al pasillo, desde donde podía oír a su hija susurrar una oración larga y complicada, cuyos pormenores no fue capaz de percibir a pesar de todos sus esfuerzos.

Aunque Arden y Caroline vivían en la misma casa, apenas se veían. Sin haber sido nunca conscientes de ello ni haberlo hablado expresamente, las dos habían llegado a un acuerdo tácito relativo al uso de la casa y cada una ocupaba determinadas habitaciones en determinados momentos, de manera que cada una subía, comía, dormía y se bañaba sin coincidir con la otra, de manera que algunos días coincidían poco o nada.

Caroline acostumbraba a quedarse despierta gran parte de la noche y dormir durante el día. Después de que Adam se marchara, se bebió otro whisky y se sentó a contemplar su interpretación de la *Virgen del prado*. Caroline lo estaba copiando de una enorme ilustración a color de un libro sobre Bellini que se había publicado en Dresde en 1920, uno de los libros que los padres de Jules habían traído de su país. Claro que los colores no estaban nada acertados, la impresión ya debía de ser imperfecta y el paso del tiempo la había estropeado aún más. En su personal versión había intentado reproducir los colores que suponía que tenía la obra original —la luminosidad del pasado—, pero sabía que había fallado en el intento.

Esperó hasta que todas las luces de la casa estuvieran apagadas para descender

desde el ático y cruzar el oscuro patio. La fuente también se había apagado, pero los peces se movían insomnes en el agua. Se quedó de pie unos instantes contemplándolos antes de entrar en la casa.

Todo estaba silencioso y oscuro. Sus estancias se encontraban en la segunda planta. Ya casi había cruzado el vestíbulo de entrada en dirección a las escaleras cuando hubo algo que la hizo girarse y estudiar las sombras de la estancia. Había una mujer sentada en la oscuridad que la observaba.

—Soy yo —dijo Arden—. Siento haberte sobresaltado.

—Me has asustado —dijo Caroline—. Creía que ya estabas en la cama.

—Sí —dijo Arden—, pero no podía dormir.

Podría decirle buenas noches y seguir escaleras arriba, pensó Caroline, o podría acercarme y sentarme junto a ella, pero esa pausa para pensarlo fue de alguna forma decisiva, pues excluía la primera alternativa.

—Tal vez necesites tomar algo —dijo ella—. Puede ayudarte a dormir.

—Ya estoy en ello —dijo Arden. Levantó las manos de su regazo para revelar un pequeño vaso oculto en el hueco de sus manos.

Caroline se sentó al otro lado de la estancia, en el último escalón. Ninguna de las dos dijo nada durante unos instantes, hasta que Caroline preguntó:

—¿Ha arreglado Diego el calentador? ¿Ya tenemos agua caliente?

—No —respondió Arden—. Dice que necesita otra pieza. Dijo que volvería mañana si la puede encontrar en el pueblo.

—Qué ganas tengo de darme un baño bien caliente —dijo Caroline.

—Sí —dijo Arden—, lo sé.

Estuvieron en silencio un momento y luego Arden preguntó:

—¿Cómo va tu cuadro?

Caroline emitió un sonido que revelaba tanto impaciencia como rechazo.

Arden dio otro trago.

¿Qué es lo que estará bebiendo?, se preguntó Caroline. ¿Arden es alcohólica? ¿Acaso se ha hecho alcohólica? Caroline se inclinó hacia delante y se desabrochó las sandalias.

—Adam nos ha invitado a comer mañana. Quiere que hablemos sobre la biografía.

—Creía que no te parecía bien —dijo Arden.

—Y así es —respondió Caroline—, pero lo menos que podemos hacer es escuchar a Adam. Se lo debemos.

—¿Por qué? —dijo Arden—. Él no escucha a los demás.

Caroline se puso de pie.

—Bueno, le dije que comeríamos con él. Si no quieres, no vengas.

—Sí, claro que iré —dijo Arden—, pero preferiría que no fuera tan perdonavidas.

—De nada te sirve quejarte —dijo Caroline—. ¿Te parece que vayamos juntas?

—Sí —dijo Arden.

—Vendré a buscarte a mediodía. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Arden.

Caroline dio media vuelta y subió las escaleras. Arden se quedó sentada a solas un rato más, terminándose la bebida. Luego también se fue a dormir.

Arden y Caroline caminaban a lo largo del borde sombrío de la carretera. Las dos llevaban vestidos sin mangas y sandalias; Caroline se había puesto un sombrero de paja de ala ancha e inclinada. Se ataba con unas cintas por debajo de la barbilla, pero las cintas estaban sueltas y revoloteaban por la zona periférica de su mirada.

Había aproximadamente un kilómetro y medio de bajada desde la gran mansión de Ocho Ríos hasta el molino. La carretera estaba solitaria, apenas circulaban automóviles. Pasaron junto a un campo de flores silvestres sobre las que una nube de mariposas flotaba delicadamente. Luego bajaron por el polvoriento camino que desembocaba, ensombrecido por los árboles, en la hondonada donde se emplazaba el molino y allí el aire se tornó repentinamente fresco.

Desde la ventana de su estudio, Adam vio a dos mujeres caminando por la carretera. Al andar, levantaban una pequeña nube de polvo a su alrededor. Qué tontas, pensó. *Mad Dogs and Englishmen*^[1]. Volvió a mirar a las mujeres, que ya se habían acercado algo más. Una de ellas llevaba un culi, uno de esos sombreros de paja que suelen llevar los campesinos orientales, cuyas cintas revoloteaban rezagadas. Y entonces pensó: Maldita sea, son Caroline y Arden que vienen a comer. Me había olvidado.

El molino era un edificio redondo de piedra que había sido transformado de un modo tosco en vivienda. La primera planta contaba con una gran sala de estar, una cocina y un cuarto de baño; la segunda planta era una gran estancia por terminar donde Pete guardaba los muebles abandonados y de segunda mano que iba reuniendo para vendérselos a un comerciante de Nueva York. En la tercera planta había un dormitorio y un estudio. Adam se asomó al descansillo y llamó a Pete.

—¿Qué? —Pete respondió hacia arriba.

—Me olvidé de decírtelo. Caroline y Arden vienen a comer.

—¿Cuándo? —preguntó Pete.

—Ahora —contestó Adam.

—¿Cómo? —Pete apareció en el campo de visión de Adam, mirando fijamente hacia arriba.

—Olvidé decirte que invité a Caroline y a Arden a comer. Y ya están viniendo por la carretera o, para ser exactos, ya casi están aquí. ¿Tenemos comida para ofrecerles?

—No —dijo Pete.

—Tiene que haber algo —dijo Adam—. ¿Qué pensabas hacer para nosotros?

—No sabía que tuviera que tener pensada nuestra comida.

—Claro que la tenías pensada. Siempre la tienes pensada. No te mofes de mí.

—Tenía pensado tomar una sopa. Una lata de sopa, pero no llegará para cuatro — dijo Pete.

—Tiene que haber otra lata —dijo Adam.

—No, no hay más —dijo Pete.

—¿Y no podemos alargarla?

—¿Qué quieres decir?

—Añade agua hasta que nos llegue para los cuatro. ¿Y de qué sopa se trata?

—De pollo —dijo Pete—. Con arroz.

—Bien, bastará con esa sola —dijo Adam—. Solo hace falta añadir un poco de agua y algo de leche. Puedes hacer de la sopa una especie de crema de arroz con pollo. Esas sopas en lata las hacen para que las alargues. Y tenemos pan, ¿verdad?

—Un poco —dijo Pete.

—Bien, corta rebanadas finas.

—¿Por qué las invitaste a comer? Estuvimos con ellas anoche.

—Para hablar sobre el asunto de la biografía. Creí más conveniente traerlas aquí, a mi territorio, por decirlo de alguna manera. De lo contrario, se habrían quedado en casa y ya estarían maquinando algo. Y no queremos que Arden y Caroline se pongan a maquinar a nuestras espaldas, ¿verdad?

—Eso podría resultar interesante —dijo Pete—. A mí tampoco me importaría tanto.

—Bueno, a mí sí —dijo Adam—. Y recuerda que tú estás de mi parte. Debes mostrarte encantador con ellas. Yo soy incapaz de hacerlo, así que dependo de ti.

—¿Debo mostrarme encantador antes o después de preparar la comida? — preguntó Pete.

—¿Qué?

—Solo quiero asegurarme de que he entendido bien tus órdenes: darles de comer y mostrarme encantador. ¿Alguna cosa más?

Se oyó como llamaban a la puerta.

—No seas conflictivo —dijo Adam—. Abre la puerta.

—Dales de comer, muéstrate encantador, no seas conflictivo, abre la puerta. ¿Alguna cosa más?

Adam se rio.

—Por el momento, nada más —dijo.

Pete abrió la puerta. Las dos mujeres entraron, Pete les dio la bienvenida y Adam bajó las escaleras. Todos entraron en la sala de estar y buscaron asiento, un poco separados entre sí. Tardaron unos segundos en sentarse y acomodarse, movimientos que les exigieron cierta concentración, y después sobrevino el silencio. Entonces Adam dijo:

—Lamento informaros de que a Pete se le ha quemado la comida, así que me temo que solo nos queda algo de sopa.

—Una sopa me parece perfecto —dijo Caroline—. No tengo tanta hambre como para darme una comilona.

—Yo tampoco —dijo Arden. Y luego añadió—: Se está mucho más fresco aquí abajo, cerca del río. Qué suerte tenéis.

—Siempre me ha gustado esta sala y ahora, por primera vez, entiendo por qué. Hay algo en las estancias de paredes curvas, sin esquinas, que me hace sentir segura y feliz. Supongo que les encuentro semejanzas con una matriz —dijo Caroline.

A Adam no le gustaba esta conversación sobre matrices.

—¿Queréis que os sirva un aperitivo? —preguntó—. Creo que tenemos Cinzano.

—No tenemos Cinzano —dijo Pete.

—Es verdad, no tenemos Cinzano —Adam canturreó. Y luego dijo—: Bien y, entonces, ¿qué tenemos?

—Hay vino, por supuesto, también zumo de tomate.

—Zumo de tomate estará bien —dijo Caroline.

—Sí —dijo Arden—. Por favor.

Pete se levantó.

—Deja que te ayude —le dijo Arden.

Juntos cruzaron la puerta batiente de entrada a la minúscula cocina, una especie de cobertizo que se había levantado en el molino a bastante distancia. No tenía ventanas, tan solo un viejo extractor oxidado que ya no funcionaba pero a través de cuyas rejillas se colaba un poco de aire fresco. Una pieza de pizarra sobre un viejo escritorio hacía las veces de mostrador. Un pequeño frigorífico, antiguo y ruidoso, ocupaba el hueco que quedaba bajo el escritorio. Sobre el mostrador había un hornillo y un tostador. Un único grifo en la pared de piedra caía a un viejo fregadero de porcelana asentado sobre un pedestal de hierro. La mayor parte de la porcelana del fregadero había saltado y dejaba al descubierto una capa inferior tornasolada, suave, nacarada como el interior de un caparazón con vetas de óxido.

Pete rebuscó en uno de los cajones del escritorio y sacó una lata sin etiqueta.

—Esto debe de ser zumo de tomate, pero quizá sea manteca —dijo, y empezó a presionar la tapa con un punzón para hacer un agujero.

Arden lo observaba.

—¿No tienes un abrelatas? —preguntó. Pete la miró, pero no contestó nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Arden.

—¿Qué quieres decir con «qué pasa»?

—Sé cuándo algo va mal entre Adam y tú. ¿Todavía está molesto por lo de anoche?

—No —dijo Pete—. Quizá sí, no lo sé. Por lo que sí está molesto es por la comida.

—¿Porque se te ha quemado?

Pete era buen cocinero y toda esta patraña lo irritaba.

—¡No se me ha quemado! No había nada que quemar. Se le olvidó decirme que

veníais a comer y me lo ha dicho cuando ha visto que ya estabais llegando. Y, para castigarlo, le he dicho que no había comida, tan solo una lata de sopa.

—¿Por qué quieres castigarlo? —preguntó Arden.

La respuesta era tan obvia como inexplicable, así que Pete simplemente se encogió de hombros.

—¿De verdad que solo hay una lata de sopa?

—No. Hay muchísima sopa, pero quiero que parezca un milagro. —Pete por fin consiguió perforar la capa metálica de la lata. Olfateó el denso jugo marrón que se había desbordado por el orificio—. Huele mal —dijo. Se embadurnó el dedo y lo probó—. Está asqueroso —dijo—. ¿No preferirías una copa de vino?

—Sí —dijo Arden—, me tomaré una.

—Creo que todos queremos vino —dijo Pete. Sacó una botella de vino del frigorífico, la abrió con destreza y la colocó sobre una pequeña bandeja de plata, junto con tres copas—. ¿Por qué no te llevas esto y me dejas a mí con la sopa?

—¿Seguro que no puedo ayudarte en nada?

—Seguro. Y no me delates. Solo había una lata de sopa, recuérdalo.

A Arden le caía bien Pete. En alguna ocasión había habido algún encontronazo entre Arden y Pete contra Adam y Caroline.

—Yo no he visto ninguna lata —dijo con una risotada antes de empujar la puerta para salir.

Adam y Caroline se habían quedado de pie junto a la ventana, cuchicheando. Arden dejó la bandeja en la mesita de centro que había delante del sofá y sirvió el vino en las tres copas.

—El zumo de tomate estaba estropeado —anunció—, así que hemos decidido servir vino. ¿Quieres una copa, Caroline?

—Sí, por favor —dijo Caroline.

—¿Adam?

—Podría haberle dicho que el zumo de tomate estaba rancio. Lo tenemos ahí desde hace más de un siglo.

—¿Y por qué no se lo dijiste? —preguntó Caroline.

—Porque me habría dicho que me callara —dijo Adam.

—Y tú sabes que tiene razón —dijo Caroline—. A veces deberías callarte.

—Claro que lo sé —dijo Adam—. El problema es que no domino mis propios impulsos. La culpa es de mis padres. Recibí una educación lo suficientemente buena como para saber lo que no debía decir, pero no lo suficientemente buena como para resistirme a no decirlo. Y fui un niño consentido y mimado hasta que nació mi hermano y terminé tachado de insoportable y siendo totalmente ignorado. «Vete a jugar afuera», me decía mi madre, mientras me echaba a empujones de la habitación y cerraba la puerta. Y, de verdad, hiciera el tiempo que hiciera, me dejaban fuera de la casa durante horas y horas sin poder entrar. ¿Te lo puedes imaginar?

—Sí —dijo Caroline—, me lo puedo imaginar.

—Entonces me iba al garaje y dejaba que el chófer me hiciera tocamientos obscenos. Los tocamientos del chófer. Suena bien, ¿verdad? Quedaría bien en un poema. O a modo de título: *El chófer tocón*.

Arden cogió una copa de vino de la bandeja y se sentó en el sofá. Se sentía con más ganas de beber que de servir las copas de los demás. Supongo que eso me convierte en una egoísta, pensó. Pues sí, soy egoísta. Dio un sorbo de vino. Tenía un sabor exquisito, frío y limpio. Se estremeció ligeramente al imaginarse bebiendo zumo de tomate rancio y bebió un poco más de vino.

Pete apareció procedente de la cocina. Empezó a despejar la mesa redonda, atestada de libros, de periódicos y revistas pasadas de fecha.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Arden.

—No, gracias —dijo Pete.

—¿Qué tal está quedando la sopa? —preguntó Adam.

—Bastante bien —dijo Pete antes de regresar a la cocina.

—Bueno —dijo Adam, tras unos instantes—. Creo que ha llegado el momento de hablar de la biografía.

—Jules no quería ninguna biografía —dijo Caroline.

—Eso creía yo también —dijo Arden.

—Considero muy noble por vuestra parte que tengáis en consideración los sentimientos de Jules, pero creo que esa deferencia está fuera de lugar.

—¿Y por qué está fuera de lugar? —preguntó Caroline.

—Jules está muerto —contestó Adam—, algo que siento estar recordando constantemente.

—No necesito que tú me lo recuerdes —dijo Caroline—. De sobra sé que está muerto.

—Bien. Me alegra oírte decir eso, ya estaba empezando a tener mis dudas. Y, como está muerto, creo que deberíamos dejar de preocuparnos sobre lo que Jules quería o dejaría de querer.

—Pero ¿acaso no es ese el cometido exacto que tenemos como albaceas? —preguntó Arden—. Yo pensaba que sí.

—No, querida mía. Tu cometido como albacea es gestionar su legado literario.

—¿Y cómo podemos hacer eso sin tenerlo a él en cuenta?

—Jules y su legado literario son dos cosas diferentes. No son una entidad indivisible. Jules escribió un libro: la obra que creó no era él mismo. No versaba sobre él. Se trata de un producto.

—Creo que es algo más que un producto —dijo Arden.

—Pero convendrás conmigo en que es algo independiente de él.

—Por supuesto, en el sentido más literal de la palabra.

—¿Y qué tal si nos explicas por qué quieres esa biografía? —dijo Caroline.

—¿Que por qué quiero esa biografía? ¡La razón es muy sencilla! Y no es ningún misterio. Voy a ser claro y conciso: esa biografía, esa biografía autorizada que

sabemos que será publicada por una editorial universitaria de bastante reputación, aunque, bueno, tal vez un poco descuidada, esa biografía contribuirá inconmensurablemente a garantizar que la obra de Jules no se pierda ni se ignore. Para que las obras sobrevivan, deben leerse en función de la vida. Que se preservara su intimidad en vida fue correcto, pues ese era su deseo, pero si no permitimos que se realice investigación alguna sobre su vida, temo que su obra acabe muriendo con él. Desaparecerá. Y no deseo ser el responsable de que eso ocurra. Siento que le debo a mi hermano eso y más, pero eso es lo único que yo, ahora, puedo hacer por él.

—¿Aunque sea en contra de sus deseos? —preguntó Caroline.

—Él me nombró su albacea. Al igual que hizo contigo y con Arden, no sin cierto punto de perversión, por supuesto, pero al fin y al cabo, lo hizo. Confió en nosotros y nos otorgó poderes. En vida decidió comportarse de un modo que no reforzaba en absoluto su buena reputación. Esa fue la decisión que él tomó y yo la respeté. Pero ahora está muerto. Ahora las decisiones las tomamos nosotros. Y debemos hacer lo que creamos que es mejor.

—Me gustaría encontrar la carta que me escribió sobre este tema —dijo Caroline—. Por aquel entonces estaba leyendo la biografía de alguien, no recuerdo de quién, quizá se tratara de la biografía de Maugham, y dijo que no soportaría que su vida fuera... He olvidado las palabras exactas, pero lo comparó con la exhumación pública de un cadáver.

—¡No lo entiendes! —exclamó Adam—. No tendrá que soportar nada. ¡Él está muerto! ¡Ya no tiene que soportar nada!

—Sí, entiendo tu postura —dijo Caroline—. Y quizá te parezca absurdo, pero me temo que no puedo autorizarla. A los muertos poco más podemos ofrecerles que respetar sus deseos. En realidad, eso es todo lo que podemos hacer por ellos. Eso es todo lo que yo puedo ofrecer y mi intención es ofrecérselo.

—¿Y qué opinas tú, Arden?

—Entiendo ambas posturas —dijo Arden—. Entiendo o creo entender los dos puntos de vista. Y creo que si hay que cometer un error, el error más grave sería no tener en consideración los deseos de Jules. Si estás en lo cierto, Adam, y el error radica en no aprovechar los beneficios que nos reportaría una biografía, ese es el error que yo prefiero cometer. Ese error no perjudica a nadie. Y puede rectificarse en el futuro. Pero el otro error sí que puede perjudicar y, además, ya no cabe rectificación alguna. No puedes eliminar del mundo algo que ya has depositado en él, pero sí puedes añadir cosas, más adelante, si así lo deseas.

Todos guardaron silencio un momento y entonces apareció Pete con unos tazones de sopa humeante y aromática. Todos se levantaron.

—El olor es delicioso, Pete —dijo Caroline.

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer la sopa de arroz con pollo, a la que Pete había añadido limón, cilantro y vino. Estaba deliciosa. Todos coincidieron en ese punto.

Como el camino era cuesta arriba, el regreso a la gran mansión fue más lento. Las dos mujeres estaban abrumadas por el calor y el vino que habían bebido antes, durante y después de la comida. Las dos se echarían una siesta al llegar a casa, adormeciéndose en sus enormes y viejas camas, en dormitorios situados en extremos opuestos de la casa. Sin ser conscientes de ello, las dos mujeres solían hacer lo mismo a la misma hora, porque se parecían bastante más de lo que querían reconocer y ambas compartían una especie de cadencia, como el amor, que les permitía convivir pacíficamente.

Caminaban en silencio, el sol les calentaba piernas y los brazos desnudos. Caroline llevaba puesto su sombrero y las cintas revoloteaban rezagadas. Pasaron de nuevo junto al campo de flores silvestres, pero las mariposas ya habían desaparecido. No obstante, como una imagen reflejada en un espejo después de haber desaparecido su objeto, allí permanecían las flores.

—Me alegro de que todo se haya resuelto —dijo Arden.

Caroline murmuró algo ininteligible.

—Creo que hemos tomado la decisión correcta —dijo Arden—. De todas maneras, no creo que una biografía fuera a cambiar mucho las cosas. No es la razón por la que me he convencido. Mejor actuar con precaución. Le diré que en este momento no estamos interesados en una biografía.

—Sí —dijo Caroline—. Díselo así.

—Le escribiré en cuanto lleguemos a casa —dijo Arden—. No deberíamos hacerlo esperar.

Y, al decir esas palabras, su mente dio un pequeño salto y en su cabeza brilló una idea que parecía redondear todo aquello que había estado pensando al respecto: ella podría ser quien escribiera esa biografía. Adam y Caroline no podrían impedirle que lo hiciera. Y, además, ¿a qué otra cosa podría ella dedicar su vida? Ese era el tipo de proyecto que necesitaba. Esa biografía le daría motivación y determinación, la salvaría de esa inquietud sin sentido que parecía ser su vida. Y se veía capaz. Al fin y al cabo, se trataba de aplicar una fórmula, de reunir información, de rellenar espacios en blanco, de compilar y clasificar hechos. Parecía algo difícilísimo, pero no debía de ser tan difícil habiendo como había tantísimas biografías. Y teniendo a Adam y Caroline cerca, no le costaría nada averiguar todo lo que necesitara saber. En realidad, entre ellos tres sabían todo o, al menos, todo aquello que podría aparecer en una biografía. Adam conocía la infancia y el pasado de Jules y Caroline conocía el resto. ¿Y quién podría escribirla mejor que ella? ¿Un doctorando de Kansas que no había conocido a Jules y que jamás había pisado Uruguay? No es de extrañar que quiera hurgar en nuestras cabezas, pensó ella. No debemos dejar que un desconocido hurgue en nuestro pasado. Debo escribirle inmediatamente y decirle que no.

—Le escribiré inmediatamente y le diré que no —dijo Arden.

—Sí —afirmó Caroline.

Al alcanzar el camino de acceso, a poca distancia por delante de ellas, vieron a Portia que se dirigía a casa de vuelta de la escuela. Iba arrastrando el jersey por el camino polvoriento, dando saltos y cantando. Algunas notas agudas llegaron hasta las dos mujeres.

Arden la llamó por su nombre.

Portia dejó de saltar y de cantar y se volvió. Las dos mujeres la alcanzaron. Arden se inclinó hacia ella y le dio un beso.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Portia.

—Hemos comido con el tío Adam y con Pete —dijo Arden—. ¿Cómo ha ido la escuela? Coge el jersey, cariño, no lo arrastres. Trae, dámelo.

—¿Qué es lo que estabas cantando? —preguntó Caroline.

—¿Me habéis oído? —preguntó Portia.

—Sí —dijo Caroline—. Sonaba muy bien.

—Solo es una canción —dijo Portia—. Bueno, tampoco es una canción. Me la estaba inventando. Ah, por cierto, antes de que se me olvide: mañana tengo que llevar lana a la escuela. La hermana Domina nos va a enseñar a hacer punto.

—¿A hacer punto?

—Sí. Había la opción de hacer punto o hacer *découpage*, pero como la hermana que enseña a hacer *découpage* es la hermana Juliana, todo el mundo ha elegido hacer punto. Entonces nos hemos tenido que numerar porque no había suficientes agujas y a mí me ha tocado número par, una suerte porque las pares somos las que haremos punto. A Ana Luz y a Paloma también les ha tocado hacer punto. A Marta le ha tocado *découpage*, pero fingirá que el barniz le da alergia para que la cambien. Ana Luz le ha enseñado a parecer enferma.

—Tendrás que enseñarme a hacer punto —dijo Caroline—. Me encantaría tejer un precioso y cálido jersey de color gris para llevar cuando llueva. —Se rodeó a sí misma con los brazos como si tuviera frío—. Antes tenía un jersey gris maravilloso. Era de mi hermana. Me lo ponía cuando pintaba y sé que eso era algo estúpido, pero me encantaba llevarlo puesto. Debía de estar impregnado de aguarrás, porque un día se me cayó un cigarrillo encima y prendió fuego. Por suerte pude quitármelo antes de quemarme. Y fue entonces cuando dejé de fumar. Aunque, en realidad, lo que tendría que haber dejado era la bebida. Se me cayó el cigarrillo porque estaba borracha, ya ves. Son tantas las cosas de las que deberíamos prescindir...

—Creo que vamos a tejer bufandas —dijo Portia—, jerséis no.

La perra se había subido encima de la mesa de *picnic* y eso quería decir que había llegado la hora de la cena. La perra se comunicaba de una forma extraña. Cuando quería salir afuera, daba golpecitos a una papelera. La perra miraba en dirección a la cocina, como si supiera que Omar estaba en la ventana. Debería meterla dentro y darle de comer, pensó Omar, pero primero tengo que llamar a Deirdre. Debo llamar a Deirdre. Y eso era precisamente lo que había estado evitando toda la tarde. Debía llamar a Deirdre antes de dar de comer a la perra. Cogió el teléfono que colgaba de la pared y marcó el número. Ella respondió con su ligero jadeo de siempre.

—Soy yo —dijo Omar—. Escucha, tengo que decirte algo.

—Odio esa expresión: «Tengo que decirte algo». ¿Por qué no puede ser «Tenemos que hablar»? ¿Por qué no puedes decir «Tengo que hablar contigo»? ¿Acaso yo no voy a poder decir nada?

—Quiero hablar contigo —dijo Omar—. Es importante. Quiero verte. ¿Podemos quedar?

—¿Cuándo?

—Ahora. Ya mismo.

—Estaba a punto de irme a la conferencia de Lucy Greene-Kessler sobre los elementos simiescos de *La señora Dalloway*.

—¿Los elementos qué?

—Simiescos, creo, pero quizá me haya confundido.

—No hay elementos simiescos en *La señora Dalloway* —dijo Omar.

—Pues claro que los hay. Puedes encontrar elementos de cualquier tipo en Virginia Woolf o al menos Lucy Greene-Kessler sí puede hallarlos. Podría quedar contigo a las ocho y media, pero ¿de qué quieres hablar? ¿Ha ocurrido algo? Da la impresión de que algo va mal.

—Algo va mal —dijo Omar. La perra bajó de la mesa de *picnic* de un salto y volvió a subir inmediatamente. Eso significaba «Dame de comer ya».

—No le habrás prendido fuego a algo, ¿verdad?

—No —dijo Omar.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Te lo contaré cuando nos veamos. Necesita una larga explicación. Se trata de algo complicado.

—Algo va mal y es complicado. Eso no suena nada bien. ¿Estás bien? ¿Puedes esperar hasta las ocho y media?

—Sí —dijo Omar—. Si al coche le da por arrancar, no tardaré mucho en llegar al centro.

—Tienes que comprarte un coche nuevo.

—En este momento el coche es el menor de mis problemas.

—Vaya, cariño. ¿Eso complicado que no va bien está relacionado con tu salud?

—No —dijo Omar.

—No te vas a morir ni nada de eso, ¿verdad?

—No. Bueno, tarde o temprano sí, pero espero que no antes de lo que pienso.

—Bien. ¿Dónde quieres que quedemos? ¿En Kiplings te parece bien?

—Bien, vale, pero no tengo dinero.

—Yo sí. Te veo allí a las ocho y media. Quizá un poco antes. Intentaré escabullirme. Cuando Lucy empieza a enrollarse, no levanta la vista.

Omar aparcó detrás del banco, en la zona reservada a los clientes. Aunque el recinto estaba vacío, pues ya era tarde y el banco estaba cerrado, la señal de tráfico que amenazaba con que la grúa se llevaría los coches de los vehículos de quienes no eran clientes le ponía nervioso. Omar era de las personas que obedecen orgullosamente al pie de la letra la mayoría de las órdenes públicas. Había dos niñas jugando a la rayuela sobre unos cuadrados dibujados apresuradamente con tiza en la esquina más lejana del aparcamiento vacío. Omar salió del coche. Las niñas se arrodillaron y lo observaron con recelo mientras cruzaba el aparcamiento, como si temieran que pudiera hacerles algún daño. Sonrió y las saludó con la mano, pero ellas se limitaron a quedarse agazapadas y observar. ¿Cuándo habían dejado de fiarse de él los niños? ¿Y por qué?

Subió el pasadizo hasta llegar a la calle. Se paró en el exterior de la librería para inspeccionar un cajón que contenía libros gratuitos, pero eso era algo que le superaba. Le deprimía ver esos libros en las calles, rogando que alguien se los llevara a casa, como perrillos en una perrera; esos libros que se habían ido introduciendo poco a poco en el mercado pero que se quedaron, de manera irrevocable, en el fondo de todo, en una caja tirada en la acera. Siguió caminando, dejó atrás la zapatería, un negocio que permanecía misteriosamente abierto a pesar de no cambiar jamás los zapatos del escaparate. Una pareja de ancianos llevaba la tienda y uno de ellos siempre estaba sentado en el interior fumando. Aquella noche le tocaba el turno a la esposa. Omar miraba los zapatos a través de una persiana enrollable transparente de tono amarillo que permanecía invariablemente bajada, de manera que los zapatos se vislumbraban a través de una especie de pantalla biliosa. El estilo de zapato que predominaba era el zapato que suelen calzar las viejecitas cuando empiezan a tener problemas de artritis y juanetes en los pies, pero la mayor parte de las señoras que Omar veía en la tienda de comestibles llevaban calzado deportivo.

Justo después de aquella anticuada zapatería se encontraba Kiplings. Kiplings era

un restaurante indio que gustaba a la gente que ponía algún reparo a la comida extranjera. Se trataba de cocina india filtrada por el imperialismo británico y modificada para los norteamericanos. El local era bastante horrible y deprimente, pero algunos platos de *curry* eran decentes y la cerveza era tan barata que uno podía beber la cerveza necesaria para que el lugar dejara de ser tan horrible y tan deprimente. Deirdre se había sentado en la zona del bar y estaba bebiendo una cerveza Bass Ale con lima, una combinación que a ella le encantaba y que a Omar siempre le había resultado ligeramente desagradable. Solo de pensar en ella le amargaba el interior de la boca. Se sentó al lado de Deirdre. Ella le besó en la mejilla y apoyó la mano sobre su hombro.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —dijo él—. ¿Y tú cómo estás?

—Fatal. Acabo de pasar por la librería y he descubierto que se han equivocado en el pedido de la traducción de Turguénev que necesito para mi próximo semestre. Aseguran que la que yo quería no estaba disponible, así que pidieron la traducción de Constance Garnett. No soporto a Constance Garnett, es tan victoriana, tan británica... que hace que todo suene a Dickens. No puedo dar las clases con esa versión. Estoy furiosa. Y son imbéciles. No entienden que no todas las traducciones son iguales.

—Menuda fatalidad... —dijo Omar.

—Sí, lo siento. Ya sé que no es un problema grande, pero hace que me sienta furiosa. ¡Constance Garnett! Ah, antes de que se me olvide, el título era «Los elementos de la Crimea en *La señora Dalloway*». Detesto que la gente sitúe los libros en un contexto histórico.

—¿Por qué?

—Porque no es justo para quienes como yo no sabemos historia. Un texto debería poder existir al margen de la historia. Bueno, en realidad, quiero decir al margen de la historia de la Crimea. ¿Y cómo es que siempre es *la* Crimea^[2]? Explícamelo.

—Creo que es como los Balcanes —dijo Omar.

—Bueno, en ese caso tiene sentido —dijo Deirdre—, bastante sentido: los Balcanes, porque hay varios Balcanes, porque hay muchos Balcanes, pero solo hay una Crimea. Creo yo.

Omar guardó silencio.

—Lo siento —dijo Deirdre—. Todo eso me pone furiosa. Lo siento. —Sacudió la cabeza—. ¿Y qué hay de lo tuyo? ¿Qué te pasa? Cuéntame.

—¿Nos sentamos a una mesa? —preguntó Omar.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer aquí?

—Sí —dijo Omar—. Sentémonos.

Se sentaron en un reservado y pidieron lo de siempre: pollo madrás, verduras al curry y una jarra de cerveza.

—Y, entonces, ¿qué pasa? —preguntó Deirdre—. Cuéntamelo.

—Un contratiempo... —dijo Omar.

—¿Qué contratiempo? Ya te han concedido la beca.

—Todo se ha complicado —dijo Omar.

—¿Y cómo puede haberse complicado? ¡Ya te la han concedido!

—Sí, lo sé —dijo Omar—, pero ha ocurrido algo o, mejor dicho, no ha ocurrido algo.

—¿Qué? Cuéntame.

—No me han dado la autorización.

Llegaron las cervezas y Deirdre llenó con cuidado los dos vasos, esperando a que la espuma se asentara para verter más cantidad. Cuando se enfadaba con Omar, se forzaba a tomarse un «tiempo muerto», una técnica que había leído en una revista femenina cuya lectura no se atrevía a confesar. Se supone que hay que dejar que el enojo se apacigüe para que no contamine el discurso. Por esa razón, sus conversaciones se veían a menudo interrumpidas por silencios momentáneos mientras Deirdre concentraba de manera desproporcionada su atención en alguna tarea insignificante, como la de servir la cerveza con sumo cuidado.

Cuando terminó de llenar los dos vasos de cerveza con idéntica cantidad, dijo:

—¿Qué?

—Hoy he recibido una carta de los albaceas. No me dan su autorización.

—Creía que ya tenías la autorización desde hacía mucho tiempo. Creía que no podías solicitar la beca sin contar tanto con la autorización como con la colaboración de la familia. —Tomó un sorbo de cerveza.

—Y no se puede, pero en la solicitud dije que sí tenía autorización. No caí en la cuenta de que debía tenerla en mi poder, creí que bastaba con haberla solicitado. Y confundí las fechas y parece ser que el correo a Uruguay tarda más de lo que creía. Y estaba seguro de que dirían que sí. Seguro de que... ¿Por qué no han dicho que sí? Mis referencias son excelentes y tampoco hay muchos interesados trabajando en una biografía de Jules Gund. Estoy seguro de que la gente no vuela a Uruguay para llamar ansiosa a su puerta. Por eso elegí a Gund. Nadie ha oído hablar de él.

—Omar, no seas estúpido, claro que la gente ha oído hablar de Gund. Ganó el premio de las Américas, erró por la jungla y se pegó un tiro en la cabeza.

—No creo que fuera por la jungla.

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo que haya jungla en Uruguay. Creo que se trata más bien de sabana. O de páramo. O de una pampa, quizá.

—Lo que sea. La gente ha oído hablar de él. Y la gente que ha oído hablar de él es precisamente la gente que escribe biografías. Y que vuela a Uruguay. ¿Qué es lo que te han dicho?

—¿Quiénes?

—¡Los albaceas! ¿Han concedido la autorización a alguna otra persona?

—No —dijo Omar.

—Bien, buena noticia, porque entonces todavía puedes conseguirla. ¿Qué es lo

que te dijeron exactamente?

—Que ellos no ven la necesidad de que se escriba una biografía ahora ni en el futuro.

—Sigues refiriéndote a ellos. ¿Quiénes son ellos?

—Hay tres albaceas. Creo que ahí está parte del problema. La esposa de Gund, su hermano y la mujer norteamericana con la que vivió en su última etapa. Ella es la que me escribió.

—¿Y todos viven allí en Uruguay?

—Sí.

—Entrañable.

—Todo es muy tortuoso e incestuoso, seguro. Se podría hacer un libro fantástico. Y ahora todo apunta a que no lo escribiré nunca porque tendré que devolver la beca por haber mentido en la solicitud.

—¿Y estás seguro de que no han concedido ninguna otra autorización para la biografía?

—Sí, al menos eso es lo que dice la carta.

—Entonces aún existe la posibilidad de que te la concedan, ¿no?

—Sí, supongo que sí, en principio la posibilidad existe, pero la carta tenía un tono muy resolutivo.

—Bueno, es tu única oportunidad. De lo contrario, tendrás que devolver la beca, y eso significa... Bueno, ya sabes lo que significa.

—¿Qué?

—Significa que no vas a escribir el libro, que no te lo van a publicar, que no te van a renovar el contrato, que vas a perder el trabajo y que no vas a poder conseguir otro trabajo de profesor. ¿Y qué otra cosa sabes hacer?

—Nada —dijo Omar.

—Exactamente. Así que tienes que conseguirlo. De lo contrario, terminarás vendiendo zapatos en un centro comercial. Y, de alguna manera, tampoco has mentido del todo en la solicitud.

—¿Y por qué crees que no?

—Bueno, como bien has dicho, si confundiste las fechas y pensabas de buena fe que te concederían la autorización, estoy segura de que podrás esquivar el problema. Y si consigues que cambien de opinión y te den la autorización, no habrás mentido, es decir, habrás mentido, pero solo temporalmente y los miembros de la comisión no tienen por qué saberlo nunca. Los albaceas no habrán recibido una copia de la comisión de becas ni nada parecido, ¿verdad?

—Por lo que yo sé, no.

—Bueno, pues entonces esa es tu única oportunidad. Si no ven la necesidad de una biografía ahora, tienes que demostrarles que sí es necesaria. Hazles ver que lo es.

—¿Y de verdad es necesaria? No creo que el mundo esté pidiendo a gritos una biografía de Jules Gund.

—¡Que le den al mundo! La necesidad es tuya. ¿Quieres conservar esa beca, Omar? ¿Quieres escribir esa biografía?

—Sí, claro que sí.

—Porque a veces parece que no. A veces parece que...

—¿Qué?

—No lo sé. Simplemente no entiendo cómo puedes haberla jodido así. ¿Cómo has podido confundir las fechas? Y, además, ¡claro que el correo tarda un siglo en llegar a Uruguay! Para eso existe Federal Express.

—¿Federal Express llega a Uruguay?

—Federal Express llega a cualquier sitio siempre que pagues. Si quieres que algo pase, Omar, tienes que hacer que pase. ¿Quieres que esto pase?

—Sí —dijo Omar—. Ya te he dicho que sí.

—Entonces, tienes que hacer que pase —dijo Deirdre.

Aunque Deirdre vivía a tan solo un par de manzanas de Kiplings, Omar la acompañó en coche hasta su casa.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Deirdre.

—No —dijo Omar—. Tengo que volver a casa. Me he olvidado de dar de comer a *Mitzie*.

—Mira que es estúpida esa perra —dijo Deirdre.

—No es estúpida —dijo Omar.

—Sí, sí es estúpida, la perra más estúpida que he conocido en mi vida.

—No voy a discutir contigo sobre el grado de inteligencia de *Mitzie* —dijo Omar.

—Lo siento —dijo Deirdre—. Reconozco que estoy rabiosa. Lo siento. Es que...

—¿Qué? —preguntó Omar.

Deirdre recorrió con su dedo el vaho que se había formado en la parte interior de la ventanilla del coche. No pretendía ser cruel. Espera un poco, pensó. Espera hasta que sientas que no vas a decir nada cruel. No digas nada estando así de enfadada. Bajó la ventanilla y borró el rastro de sus dedos.

—Solo que... Bueno, de alguna manera, todo esto me parece espantosamente simbólico.

—¿El qué?

—Toda la cuestión de tu beca.

—¿Qué quieres decir?

Se apartó de la ventanilla y lo miró. Le puso la mano en la pierna.

—Lo que quiero decir es que me asusta un poco. Creo que si quieres algo, haces que ese algo pase. O al menos intentas que pase. Y a veces creo que no quieres las cosas lo suficiente. Simplemente dejas que las cosas se tuerzan, no te esfuerzas, y entonces pienso: Quizá no lo desee realmente. Y me pregunto: ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué es exactamente lo que quiere?

—¿De qué estás hablando? ¿Te refieres a la beca?

—Sí, pero no se trata solo de la beca. Ocurre prácticamente con todo lo que haces.

—Eso no es cierto —dijo Omar.

—¿Y qué me dices del coche? —preguntó Deirdre—. ¿Y de tu piso? Si Yvonne no hubiera dejado que te instalaras en su casa, ¿qué habría ocurrido?

—Habría encontrado otro piso.

—¡Sí! ¡Y también le habrías prendido fuego!

—No le prendí fuego —dijo Omar—. Y, además, aquello fue un accidente.

—Supongo que lo que quiero decir es que no creo en los accidentes —dijo Deirdre—. Los accidentes ocurren porque hay alguien que no presta atención o comete algún error. Quiero decir que el fuego no prendió solo. No se trató de una combustión espontánea. Y echaste agua al fuego.

—Fue un incendio, ¿vale? Me asusté mucho. Y no sabía que no se puede echar agua a una sartén ardiendo.

—Pero, Omar, ¡eso deberías saberlo! Son precisamente esas cosas las que deberías saber. Hay cosas que debes saber para salir adelante en el mundo de los adultos. A veces me pregunto si todo se debe a que te criaste en Canadá, si el estado de bienestar social canadiense impidió que crecieras hasta ser un adulto autónomo y responsable.

—¿Así que crees que tengo la culpa del incendio?

—¡La cuestión no es el incendio! Olvídate del incendio.

—Pero acabas de decirlo. Tú acabas de decir que ocurre con todo lo que hago.

—Y estaba exagerando, ¿vale? Estaba exagerando para que tuviera más efecto. Suelo hacerlo. Y tú lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero, a veces, cuando dices cosas como esas, me pregunto...

—¿Qué?

—Me pregunto si de verdad me quieres. Y pienso: ¿Cómo puede decirme algo así como eso de que «Jodes todo lo que haces»? Si se supone que me quiere, ¿cómo puede decirme algo así? Y no solo cómo sino también por qué... Cómo y por qué.

—Escucha —dijo Deirdre—, yo te quiero. Sabes que yo te quiero, pero no va por ahí la cosa. De hecho, te digo cosas como esta precisamente porque te quiero.

—No suena a nada que parezca amor. Suena a enfado.

—¡Pues claro que suena a enfado! ¡Y es enfado! Estoy enfadada, Omar, pero eso no quita que no haya amor. Los dos sentimientos pueden convivir, ¿sabes? Soy capaz de sentir varias emociones simultáneamente. Soy una persona compleja. La vida es compleja. El amor es complejo. No es sencillo. No se reduce a una sola cosa a la vez.

—¿Y por qué estás tan enfadada?

—¡Estoy enfadada porque has jodido la beca! ¿Cómo has podido joderla con una simple solicitud? ¿Por qué no conseguiste la autorización? ¿Por qué tuviste que mentir?

Omar se quedó en silencio un momento. Parecía que iba a echarse a llorar. Finalmente habló.

—Mira —dijo—, tú eres una persona extremadamente competente. Eres muy diligente en tu trabajo, eres organizada, siempre consigues lo que quieres. Eres así. Esa eres tú. Pero yo no soy así.

—Pero Omar, haces que parezca que ser competente sea un talento intrínseco. Y no es así. Uno es competente si quiere ser competente. Se trata de esforzarse por ser competente. Se trata de seguir los pasos necesarios para alcanzar un objetivo. No estamos hablando de pintar la Capilla Sixtina. Estamos hablando de utilizar FedEx cuando es necesario.

—Bueno, el caso es que la he jodido —dijo Omar—. Y al parecer siempre la jodo.

—Y ahora te compadeces de ti mismo y quieres que yo también te compadezca, pero no lo haré. No puedo hacerlo. Si de verdad quisieras conseguir esa beca y escribir ese libro, si de verdad quisieras todo lo que implicarían ambas cosas... No quiero ser cruel, pero muchas de tus cagadas son consecuencia de ambas cosas. Si de verdad quisieras hacer todo eso, lo harías. No permitirías que esos problemas te detuvieran. Conseguirías la autorización. Te irías a Uruguay y no regresarías hasta que consiguieras la autorización. Estás demasiado dispuesto a echarlo todo a perder.

—No es cierto —dijo Omar—. Solo es que no sé qué es lo que debo hacer.

—¡Pues ir a Uruguay! Tienes el dinero de la beca, ¿no es así?

—Sí, pero tendría que devolverlo.

—¡No! Utiliza ese dinero. Si lo devuelves, todo se acabó. Consigue la autorización: ve y entrevístate con su hermano, su hermana y su esposa.

—Son hermano, esposa y amante.

—Quien sea. Quienes sean. Con quien sea. Y como sea: conquístalos. Haz que cambien de opinión. Puedes ir en las próximas vacaciones y así para el próximo semestre ya podrías tener todo arreglado.

—O también podrían arrestarme por gastar el dinero de la beca de manera fraudulenta.

—Nadie te va a arrestar, Omar. Como mucho te despedirán, pero, si no lo intentas, también te despedirán. Sinceramente, creo que no tienes alternativa.

—No sé cuánto costará el avión hasta Uruguay. Y no sé dónde podría alojarme.

—Bueno, esas preguntas tienen respuestas. Llama a la compañía aérea. Cómprate una guía.

—Si finalmente fuera a Uruguay, podría empezar con la investigación allí mismo.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Deirdre—. Mira, yo voy a entrar ya en casa. Tengo veinticinco llamémoslas redacciones que leer para mañana. Vete a casa y piensa en ello. Llámame por la mañana. —Abrió la puerta y bajó a la acera. Luego se inclinó hacia el coche a través de la ventanilla abierta—. Y te hablo así porque te quiero, Omar. Si no te quisiera, no te hablaría así. No me preocuparía por ti. Me

preocupo por ti y te quiero y quiero que escribas ese libro. Sé que puedes hacerlo. Quiero que tengas éxito. No quiero que acabes siendo uno de esos profesores que deambulan por los pasillos buscando su despacho con restos de ensalada de huevo en la frente. ¿De acuerdo? ¿Está claro?

—Sí —dijo Omar.

—Entonces dame un beso —dijo Deirdre, inclinándose más hacia el coche.

Después de que un incendio destruyera la cocina, el dueño había echado a Omar de su último piso. Afortunadamente, Yvonne Mailer, profesora de historia, estaba disfrutando de un año sabático en Turquía por aquel entonces y buscaba a alguien que le cuidara la casa y el perro durante su ausencia y, como era una mujer que no solía escuchar las habladurías de barrio, no sabía nada del pasado incendiario de Omar y se alegró muchísimo al poder dejarle a él las llaves y marcharse tranquila a Estambul. Su casa estaba a unos dieciséis kilómetros de la ciudad, a orillas de un lago, en una zona que antaño había sido una urbanización de casas de verano llamada Hiawatha Woods, pero en 1982 un tornado había partido la presa de contención del lago y con el tiempo el lago se convirtió en un pantanal por el que serpenteaba un desabrido riachuelo. La casa de Yvonne era la única de la zona que había sido acondicionada para pasar el invierno y la única que estaba habitada todo el año, así que vivir allí, entre todas aquellas viviendas vacías, hacía que Omar se sintiera como el cuidador de un campamento de verano fuera de temporada.

A su vuelta notó la casa fría. Había una estufa de leña en la salita de estar. Yvonne le había asegurado a Omar que si hacía un mantenimiento correcto de la estufa y la cerraba bien, podría dejarla encendida toda la noche o incluso en su ausencia, pero, después de su reciente experiencia con el fuego, Omar tenía miedo de dejarla encendida sin tenerla bien a la vista. Por esa razón perdía mucho tiempo y solía pasar frío, pues Omar estaba continuamente extinguiendo las llamas para reavivarlas tan solo unas pocas horas después.

Cuando consiguió que la leña prendiera, entró en la cocina y puso la comida a *Mitzie*. Para compensar la tardanza, le sirvió más cantidad. El pienso caía en cascada en el tazón y el tintineo que producía alertaba a *Mitzie*, que solía aparecer corriendo a toda prisa desde donde fuera que estuviera dormitando, pero cuando el tazón estuvo lleno y volvió a hacerse el silencio, todavía no había aparecido la perra. Omar la llamó por su nombre. Recorrió todas las habitaciones de aquella casita, buscándola por los lugares donde solía quedarse dormida, pero no la vio por ningún lado y entonces pensó: ¿No la dejé entrar cuando me fui? ¿La dejé fuera? Omar no podía recordar si la había dejado dentro de casa, pero eso no implicaba que no lo hubiera hecho. El caso es que no estaba en casa. Abrió la puerta de la cocina y encendió el foco que iluminaba el espacio ahogado por la maleza. *Mitzie* no estaba allí. La mesa de *picnic* en la que le gustaba encaramarse era una plataforma vacía. La llamaba por

su nombre y trataba de oír algo, pero no oía ningún reconfortante sonido canino: ni un ladrido, ni el tintineo de la placa, ni su trote cuadrúpedo. Volvió a entrar en casa, se puso el abrigo, cogió una linterna y salió para adentrarse en la oscura arboleda. Corrían rumores de que había coyotes ávidos de perritos falderos merodeando por los bosques. Gritó el nombre de la perrita una y otra vez, caminando hacia el halo iluminado que la linterna formaba a sus pies. Miró hacia atrás para asegurarse de que seguía viendo las luces de la casa tras de sí y entonces cayó en la cuenta de que había dejado la estufa encendida. ¿Debería regresar para apagarla? ¿Había cerrado con pestillo la tapita metálica de la estufa? Sí, debía de haberla cerrado, pero no podía recordarse a sí mismo haciéndolo. ¿Por qué no recordaba las cosas que hacía? Seguro que la estufa estaba bien cerrada. Dejó atrás la casa y se adentró aún más en el bosque.

De repente, sus pies empezaron a hundirse en la tierra blanda y húmeda y notó que no podía levantarlos. En lugar de caminar a su alrededor, debía de haber caminado hacia el lecho drenado del lago. Arenas movedizas, pensó. Ya se había hundido hasta las rodillas. ¡Mis zapatos nuevos! Intentó levantar un pie y sacarlo del fango y lo consiguió, pero no pudo encontrar tierra firme donde apoyarse para tratar de desenterrar el otro. El pie volvió a hundirse en la tierra movediza. Para entonces ya no podía ver las luces de la casa y había perdido el sentido de la orientación. No te asustes, pensó. Se quedó quieto un momento. Al menos no se estaba hundiendo más, pero luego sintió que sí, sintió que se estaba hundiendo lentamente. Vio un pequeño arbolillo al alcance de la mano y se agarró a su tronco joven y endeble para intentar utilizarlo como palanca y sacar los pies, pero solo consiguió arrancar el arbolillo de la tierra. Volvió a quedarse quieto unos instantes, aferrado al pequeño árbol con sentimiento de culpabilidad, como si pudieran arrestarlo por aquello, y luego lo arrojó a la oscuridad. Entonces intentó mover los pies por el lodo arrastrándolos hacia un terreno más sólido, pero la tierra donde se habían sepultado los aprisionaba de manera absorbente. Y entonces levantó un pie para sacarlo del fango, se abalanzó hacia delante y levantó el otro pie antes de que el primero pudiera volver a hundirse y así pudo por fin alcanzar tierra firme. Se sentó para recuperar el aliento y entonces se dio cuenta de que se le había caído la linterna. Podía verla resplandeciendo en el interior del fango a unos pocos metros de distancia, como si se estuviera burlando de él. Cuando hubo recuperado el aliento, se puso en marcha a través del bosque. La carretera rodeaba el lago, Omar sabía que acabaría dando con ella en algún momento y podría llegar a casa desde allí.

Se acercó a la casa por la fachada delantera. No se había incendiado. Aquella casita parecía una casa de cuento de hadas: la luz brillaba a través de las ventanas y el humo salía por la chimenea con un gracioso contorno. *Mitzie* estaba sentada en el porche y lo observaba acercándose, pacientemente, como si hubieran estado paseando juntos y ella se hubiera adelantado a la carrera para llegar la primera. Omar se quedó de pie unos instantes. No era porque tuviera miedo de entrar en la casita sino porque

de alguna manera sentía que había perdido el derecho a entrar en ella. No es mi casa, pensó. No es mi perro. Deseaba tener algo suyo, inequívoca e irrevocablemente suyo, pero sabía que no tenía nada. Jamás se le había ocurrido ni le había preocupado aquello, pero allí estaba él, con veintiocho años, de pie frente a una casa que no era suya, en una urbanización desierta que rodeaba un lago inexistente, observado por una perra a la que había desatendido. *Mitzie* lo miraba con curiosidad y entonces bajó los escalones de la entrada y se dirigió hacia él como si supiera que su deber era darle la bienvenida. Olfateó los pantalones cubiertos de barro, se sentó y levantó la mirada hacia Omar. Omar se agachó y palmeó la cálida y peluda coronilla de su cabeza. La perra gimoteó. Y entonces entraron juntos en la casa. La casa estaba caliente: el fuego chisporroteaba en el interior de la estufa. *Mitzie* encontró su cena. Omar se quitó los pantalones y los zapatos, se sentó en la salita de estar y la oyó comer. Cuando terminó, la perra salió de la cocina y apoyó la cabeza en su regazo. Para un perro que se comunicaba de forma extraña, su mensaje era claro: le había perdonado. Ya había cenado y ahora estaban juntos, en casa, bien calentitos y, por lo que respectaba a *Mitzie*, todo estaba bien.

—Quizá debiera llamarlo —dijo Deirdre. Y, como Marc Antony no levantó la vista, lo volvió a decir.

El nombre real de Marc Antony era Michael Anthony, pero Deirdre lo llamaba Marc Antony. Era su compañero de piso. La verdad era que no necesitaba ningún compañero de piso —al menos no por cuestiones económicas—, pero le gustaba tener a alguien con quien poder hablar y, puesto que no quería que Omar viviera con ella hasta que no hubiera vivido solo y se hubiera responsabilizado de sí mismo —y quién sabe cuándo ocurriría eso—, había decidido buscar compañero de piso. Marc Antony. Marc Antony era un compañero de piso excelente. Tranquilo y limpio. Le gustaba cocinar y, como le molestaba ver una mota de polvo, limpiaba a diario. Estudiaba derecho. También era guapo, pero era gay.

Marc Antony estaba sentado a la mesa de la cocina leyendo uno de sus enormes y aburridos libros sobre leyes. Yo no podría estudiar derecho, pensó Deirdre. Me moriría de aburrimiento. Al menos yo puedo leer novelas, pero lo cierto era que leía más redacciones escritas por estudiantes que novelas. Deirdre estaba bebiendo café para despejarse un poco antes de empezar a poner la nota a las redacciones de nivel elemental, pero tampoco había ninguna necesidad de estar especialmente despierta para puntuarlas.

—Marc Antony, he dicho que quizá lo llame —volvió a decir, en voz alta.

—¿A quién? —dijo él, sin levantar la mirada. Y entonces hizo lo que solía hacer: fingir estar abstraído en sus cosas. Eso era lo único malo que tenía como compañero de piso.

—Habla conmigo aunque sea cinco minutos —dijo Deirdre—. Cinco minutos.

Luego te dejo en paz.

—Tres minutos —dijo él. Cerró el libro y miró el reloj—. Dime.

—A Omar —dijo ella—. Me refiero a Omar, por supuesto. ¿A quién más podría llamar? Él es el único hombre al que llamaría. —Miró el reloj que estaba colgado en la pared de la cocina—. Oh, Dios mío, ya son las once y media. Las once y media. Qué mal he tratado a Omar —dijo ella.

—Tú siempre tratas mal a Omar —dijo Marc Antony.

—Eso no es cierto —dijo Deirdre—. No siempre trato mal a Omar. Lo quiero.

—Yo no he dicho que no lo quieras. Yo solo he dicho que siempre lo tratas mal. Cuando os veo juntos, siempre estás metiéndote con él por algo. Siempre estás intimidándolo.

—No me gusta esa palabra, «intimidando». Además, yo no lo intimido. Yo solo trato de animarlo.

—Bueno, acabas de reconocer que lo has tratado mal.

—Lo sé. Sí, lo he tratado mal. Y por eso estoy disgustada. No me gusta nada eso de tratarlo mal.

—Pues entonces no lo hagas.

—Ya lo he intentado, de verdad que lo he intentado, pero, mira, es imposible estar con él y no tratarlo un poco mal. A veces me saca de quicio. Ha jodido todo el tema de la beca y ahora puede perderla.

—Bueno. Debes comprender que lo que le pasa le pasa a él. Que aprenderá o no aprenderá de sus errores y que no hay nada que tú puedas hacer.

—¿No crees que puedo ayudarlo un poco en ese proceso de aprendizaje?

—No. Debes respetar su ritmo. Siendo profesora, deberías saberlo.

—Pero él no es alumno mío.

—Pues entonces no lo trates como a un alumno.

—¿Crees que lo trato como a un alumno?

—Sí, como a un alumno. O como a un perro. Como a un perro alumno. Un perro alumno en el centro de adiestramiento.

—Pero cuando hace algo, digamos, algo tan estúpido como joder la beca, ¿cómo debería reaccionar yo? Es decir, suponiendo que conocieras los detalles.

—Sé comprensiva y trata de alentarlo. Muéstrate solidaria. Sé útil.

—¡Caramba! Comprensión, aliento, solidaridad y ayuda. ¿Todo a la vez? Creo que está un poco fuera de mi alcance.

Marc Antony echó un vistazo a su libro.

—Entonces, ¿crees que debería llamarlo? —preguntó Deirdre.

—Sí —dijo Marc Antony—. Y tus tres minutos ya se han acabado.

Deirdre entró en su habitación y llamó a Omar por teléfono. Comunicaba. Esperó unos cinco minutos y volvió a llamar. En esa ocasión sí contestó.

—Soy yo —dijo ella—. ¿Con quién estabas hablando?

—¿Cuándo? —preguntó él.

—¿Cuándo? Pues ahora. Hace cinco minutos. Estabas comunicando.

—Ah —dijo él—. Estaba hablando con la compañía aérea. He llamado para que me informaran sobre los vuelos a Uruguay. No es tan caro. Quiero decir, es caro, pero no tanto como pensaba.

—¿Vas a ir entonces?

—Sí, creo que sí. Ya he reservado el billete. Tengo veinticuatro horas para decidirme. Me iré justo después de Año Nuevo.

—Escucha, Omar. Te llamo porque creo que no me he comportado bien contigo esta noche. Lamento haber sido cruel contigo.

—No —dijo Omar—. No te culpo. Si yo hubiera estado en tu lugar, también me habría disgustado conmigo.

—¡No estoy disgustada contigo! ¡Omar! Tú nunca podrías disgustarme. Uno no puede disgustarse con alguien a quien quiere. Uno puede molestarse. Me molestó, lo reconozco, y siento mucho si a veces, cuando me enfado contigo, se desencadenan esas otras emociones negativas, pero quiero terminar con esto, de verdad. Quiero ayudarte. Quiero ser comprensiva contigo. Quiero ser comprensiva y útil y algunas otras cosas que ahora mismo no recuerdo.

Omar escuchaba en silencio.

—Escucha, quizá debería ir contigo. Creo que allí podría ayudarte. Tengo más experiencia que tú en este tipo de asuntos y...

—No —cortó Omar—. Creo que tengo que hacer esto yo solo. De verdad, creo que es muy importante hacerlo solo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Es importante para mí. Me he metido en este embrollo yo solo y yo solo debo salir de él.

—Pero si alguien más puede ayudarte... Si necesitas la ayuda de alguien, está bien aceptarla. Sería estúpido no hacerlo.

—¿Crees que soy estúpido?

—No —dijo Deirdre—. ¡Por supuesto que no! No es eso lo que he querido decir. Quise decir que dejar que tu orgullo te impida aceptar ayuda cuando la necesitas es estúpido... es poco inteligente. No hay nada malo en dejar que la gente te ayude.

—Aprecio tu ofrecimiento —dijo Omar—, pero no quiero ayuda para esto.

—¿Que aprecias mi ofrecimiento? —dijo Deirdre—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo que aprecias mi ofrecimiento? Omar, soy yo, Deirdre. Tú no aprecias mi ofrecimiento. No vuelvas a decirme eso nunca más.

—Está bien —dijo Omar—. No volveré a decírtelo.

—Omar, ahora no te hagas el extraño ni el distante. Ya te he dicho que lo siento. Quiero ayudar. Creo que necesitas mi ayuda. Creo que ir los dos juntos nos vendría bien. Sería algo muy bueno para nosotros. Puede ser divertido y emocionante ir a

Uruguay, resolver este problema, estar juntos en algún lugar que no sea Kansas... No creo que debas arriesgarte a ir solo.

—¿No me crees capaz de hacerlo solo?

—¡Pues claro que sí! Tengo plena confianza en ti. ¡Claro que puedes! Solo creo que sería mejor, más seguro y más divertido si fuéramos juntos. Sería lo mejor para los dos, individualmente y como pareja.

—Eso tiene gracia —dijo Omar—. Yo creo que lo mejor para los dos, individualmente y como pareja, sería que fuera yo solo. Eso creo.

—Muestras una seguridad inusual en ti. ¿Qué ha pasado desde que te dejé? ¿Desde que me dejaste?

—He estado a punto de ahogarme en unas arenas movedizas —dijo Omar—. Me ha pasado por delante de los ojos mi vida entera y no me gusta lo que he visto. Me he propuesto cambiar de vida.

—¿Y qué estabas haciendo en unas arenas movedizas?

—Estaba buscando a *Mitzie*.

—¿*Mitzie* estaba en las arenas movedizas?

—No, era yo quien estaba en las arenas movedizas. *Mitzie* estaba en casa, esperándome. *Mitzie* es mucho más inteligente que yo mismo.

—«Que yo», se dice... Pero qué estás diciendo, Omar. Tú eres mucho más inteligente que *Mitzie*.

—Gracias —dijo Omar.

—Escucha. Ha sido una tarde muy larga. La Crimea, Constance Garnett, las arenas movedizas... Vayámonos a dormir. Mejor dicho, vete a dormir, yo todavía tengo que leer mis redacciones de nivel elemental, pero tú te vas a la cama y ya hablaremos de esto mañana. No pretendamos resolver todo esto esta misma noche. Hablemos otra vez por la mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Omar—. Estoy cansado. Reventado.

—Me sorprende que puedas dormir con semejante panorama —dijo Deirdre—. Si yo estuviera en tu lugar, estaría levantada toda la noche. Y la verdad es que estaré levantada toda la noche.

—Bueno —dijo Omar—. Buenas noches.

—¿Omar? Siento lo de antes. De verdad que quiero ayudarte. En todo lo que pueda. ¿Vale?

—Sí —dijo Omar—. Gracias.

—Tengo la impresión de que vas a tirar la toalla.

—No voy a tirar la toalla. Estoy cansado, eso es todo. Quiero irme a la cama.

—Está bien —dijo Deirdre—. Sabes que te quiero, ¿verdad? Te quiero, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo Omar—. Yo también te quiero.

—Me habría gustado que te hubieras quedado —dijo Deirdre.

—Mañana por la noche —dijo Omar.

—De acuerdo. Felices sueños. Hablamos mañana.

Le dio las buenas noches y colgó. Deirdre miró por la ventana. El cine que había al otro lado de la calle estaba cerrando. Un tipo encaramado a una escalera estaba cambiando el título estúpido que colgaba de la marquesina por otro distinto. Por un instante, cuando los dos títulos coincidieron en el mismo espacio, parecía un galimatías. Una vez Deirdre había escrito «¡Qué galimatías!» en el margen de la redacción de un alumno especialmente ignorante. El alumno se quejó y Nicholson Garfield, el jefe de departamento, le pidió a Deirdre que sus comentarios se limitaran a observaciones que se ajustaran a los parámetros académicos. Deirdre le mostró la definición de «galimatías» en el diccionario, pero él le contestó que no debía hacerse la lista a costa de él o de sus alumnos.

Deirdre se tumbó en la cama. Podía saber en qué momento se apagaban las luces del cine porque dejaban de reflejarse en el techo de su dormitorio. En aquel momento ya estaba bastante oscuro. Al cabo de un rato se levantó y encendió la luz. Se sentó al escritorio y empezó a leer las redacciones de sus alumnos que versaban sobre el papel que desempeñaba el destino en la obra *Tess, la de los D'Uberville*.

Omar siempre había pensado que debía aprender español antes de ir a Uruguay, pero como desconocía cuándo haría ese futuro viaje y el aprendizaje de cualquier idioma siempre exige mucho tiempo y mucha dedicación, no había estudiado nada y nada había salido como él esperaba: Omar se encontraba en Montevideo y no hablaba ni una sola palabra de español. Bueno, quizá una palabra o dos.

Concluyó que era demasiado fácil desplazarse a cualquier lugar. Y pensó que no debería haber llegado a Montevideo tan pronto. Cuando no existían los aviones, era mejor. Si hubiera tenido que coger un barco para viajar a Uruguay, podría haber estudiado español durante el viaje. Habría cogido un barco español y habría practicado con los marineros. Y entonces habría aprendido un español en cierto modo rudo, pero útil, que habría impresionado a los nativos por su autenticidad.

No hablar el idioma era un problema. Tenía la esperanza de que la gente supiera hablar inglés o francés, idioma que él chapurreaba, pero no fue así. Al menos las personas con las que se encontró no hablaban más que español. Quizá si se hubiera alojado en un hotel más caro, la posibilidad de encontrar a anglohablantes habría sido mayor, pero no podía permitirse el lujo de hacer derroche alguno con ese dinero. De ahí que eligiera el Hotel Egipto. Tampoco era un hotel tan malo. No tener ventana en la habitación le resultaba un tanto extraño. En realidad, sí había ventana, pero cuando Omar corrió las cortinas para abrirla vio que estaba tapiada. Si hablara español podría haber pedido una habitación con ventana. *Por favor, yo*^[3]... (¿cómo se dice «quiero»?) *desiro uno cuarto con la ventana*. Aunque quizá decir «quiero» se consideraba algo brusco. Debería decir: «¿Podrían ustedes...?» o «¿Serían tan amables de...?», pero, claro, en español.

Omar pasó dos días en Montevideo. Esos dos días hizo todas las comidas en la pequeña cafetería —suponía que no se llamaba «cafetería» en español— situada junto al hotel. Para desayunar tomó *huevos revueltos* y, la verdad, el nombre del plato era apropiado: aquellos huevos le revolviéron el estómago. La yema y la clara tan solo estaban entremezcladas de mala manera y había unos cuerpos extraños (quizá fueran trocitos de champiñones, que Omar detestaba) picados en pedacitos y añadidos a los huevos. Habría querido decirles: «Nada en los huevos: solo huevo». *Solo huevo*. ¿Qué significaba esa frase? ¿«El huevo solo» o «solo un huevo»? Así que empezó a retirar todos esos pedacitos y se comió solo los huevos, confiando en que si repetía varias veces esa operación, acabarían captando la indirecta y no pondrían champiñones la próxima vez, pero una vez hubo retirado todos los pedacitos, no

quedaba apenas huevo. Solo el suficiente como para mantener unido todo ese revoltijo. Para comer tomó una *sopa de tortilla y cerveza*. Y para cenar pidió *arroz con pollo*. Y más *cerveza*. Iba a comer siempre al mismo sitio porque pensó que sus opciones de aprender el idioma eran mayores si interactuaba repetidamente con la misma gente. Las tres comidas se las había llevado la misma camarera, así que en total le había servido seis veces, aunque ni una sola vez había pronunciado una sola palabra. ¿Sería muda? Vaya suerte la suya, frecuentar un restaurante con una camarera muda.

Los dos primeros días se esfumaron, dos noches en un hotel y seis comidas, y Omar no había conseguido nada. Y no fue porque no lo hubiera intentado. Pero no podía hacer nada hasta llegar a Ocho Ríos y nadie parecía saber dónde estaba ese lugar ni cómo llegar a él. O al menos eso era lo que interpretó Omar después de sus confusas visitas a la estación de autobuses y a la de tren. Al enseñar a los vendedores de las taquillas el pedazo de papel con la dirección escrupulosamente escrita en letras mayúsculas, todos negaban con la cabeza y agitaban las manos para despacharlo de allí. ¿Acaso sería un lugar de imposible acceso? ¿Acaso podía existir un lugar así? No había dado con ese lugar en ningún mapa, pero había supuesto que se debía a un error de los mapas que había consultado. Sabía que el lugar existía porque había enviado una carta allí y él había recibido una respuesta enviada desde allí. Quizá debería escribirles una carta preguntándoles cómo llegar, pero era mucho mejor presentarse directamente allí: si les escribía primero, podrían decirle que no fuera, algo que no podrían hacer si ya estaba allí. Podrían decirle que se marchara, pero no podrían decirle que no fuera. Sí, claro, no haberle concedido la autorización era una forma de decirle que no fuera, pero él no podía pensar en esos términos. Tenía que llegar allí y confiar en su propio encanto y en la compasión ajena. Y rezar por que la compasión ajena fuera mayor que su propio encanto.

También podría ahorrarse la dura experiencia de llegar hasta allí y evitar ser rechazado en persona. Quizá fuera gente loca y peligrosa, pensó. ¿Quién sabe? Quizá hasta tuvieran armas y se dedicaran a disparar a los extraños. ¿No sería mejor admitir la derrota y regresar a casa? Podría decirle a Deirdre que sí los había visto, que sí les había suplicado y que ellos se habían mantenido firmes en negarle la autorización. Ella nunca podría enterarse de que nada de aquello había ocurrido. Por supuesto que él se sentiría avergonzado. Como todas las cosas, se trataba de una cuestión de elección: la vergüenza de volver a casa en ese momento o la probable mortificación de continuar adelante.

Arden y Portia estaban rellenoando con gravilla un agujero en el camino de acceso cuando oyeron detenerse un coche junto a la puerta de la verja. Se giraron y vieron a alguien salir torpemente cargado con una maleta. El coche se apresuró a marcharse y la persona, que era un joven, se quedó de pie allí bajo el sol abrasador y entre una nube de polvo, justo fuera de la verja.

—¿Quién es ese? —preguntó Portia.

—No lo sé —contestó Arden.

—¿Viene hacia nosotras?

—No lo sé.

Esperó un momento, pero aquel hombre se había quedado allí de pie, mirando a su alrededor. Parecía un poco aturdido. Dejó la maleta en el suelo y se pasó un pañuelo por la cara. Luego volvió a coger la maleta y empezó a caminar hacia ellas por la carretera.

—Viene hacia nosotras —dijo Portia.

—Sí —afirmó Arden.

¿Quién puede ser?, se preguntó. Venir hasta aquí con una maleta. A medida que el hombre se acercaba, se revelaba poco a poco como un joven bastante atractivo, alto y delgado, con el cabello, los rasgos y la tez oscuros. Parecía cansado y sucio, su ropa le hacía parecer bastante desaliñado.

—*Buenas tardes* —dijo Arden, a medida que se les iba acercando.

—Sí —dijo él—. *Buenas tardes*. —Dejó la maleta en el suelo, como si fuera un peso imposible de cargar. Y entonces dijo—: *¿Habla usted inglés?*

—Sí —dijo Arden.

—Ah, qué bien —dijo, y sonrió. Sus dientes eran blanquísimos—. Estoy buscando a... ¿Es esto Ocho Ríos?

—Sí —dijo Arden—. Esto es Ocho Ríos.

—Mi nombre es Omar Razaghi. Estoy buscando a Arden Langdon.

Arden guardó silencio un momento. No sabía qué hacer. Un extraño en la carretera arrastrando una maleta.

Fue Portia quien contestó. Primero miró a su madre y luego dijo:

—Esa eres tú.

—Sí.

—Soy yo —reconoció Arden.

—Ah, bien —dijo Omar. Y volvió a sonreír—. He tenido suerte. Me alegro

mucho de haberla encontrado. —Le alargó la mano.

A Arden no le apetecía especialmente estrecharle la mano, pero lo hizo. Era más fácil hacerlo que ignorar aquel gesto.

—Escribí hace un par de meses —dijo Omar— con motivo de la biografía de Jules Gund. Y usted me contestó. ¿Lo recuerda?

—Sí —dijo Arden—. Por supuesto.

—Bien —Omar parecía no saber qué más decir—. Y...

—Y... —Arden apuntó.

—Sí —dijo Omar—. Y... Y me preguntaba si podía hablar con usted sobre el libro, con usted y con los otros albaceas. Ahora no, en algún momento que a ustedes les venga bien.

—Pero ¿no te llegó mi carta? —preguntó Arden—. Decidimos no conceder la autorización para la biografía.

—Sí, lo sé —dijo Omar—, pero me preguntaba si... Bueno, me gustaría hablar con ustedes.

—¿Has hecho un viaje tan largo solo para hablar con nosotros? —preguntó Arden—. ¿O da la casualidad de que pasabas por aquí?

—No —dijo Omar. Y luego añadió—: Bueno, sí, de hecho, sí. En realidad solo quiero hablar con ustedes. Siento mucho presentarme así. Me refiero a hacerlo repentinamente, como salido de la nada. Tenía intención de llamar primero, pero me fue imposible encontrar un teléfono público y entonces encontré a alguien que venía en esta dirección y pensé que sería más fácil, que sería mejor simplemente...

—... aparecer.

—Sí —dijo Omar—. No sabía qué hacer. Me ha resultado muy difícil llegar hasta aquí, pero puedo volver en otro momento. Si usted me dice cuándo, puedo volver y hablamos entonces. ¿Podría hablar con ustedes en algún otro momento?

—¿Y dónde... dónde te alojas?

Omar miró a su alrededor, como si de repente pudiera aparecer un hotel de la nada.

—No lo sé —dijo—. En algún lugar cerca de aquí, espero. ¿Hay algún hotel en el pueblo?

—No —dijo Arden.

—Bueno, tiene que haber alguno en alguna parte —dijo Omar, casi de mal humor—. Si usted me dice cuándo puedo volver, me marcharé y buscaré un lugar donde alojarme.

—Pero vas a pie —dijo Arden—. Y no hay nada en varios kilómetros a la redonda. ¿Quién te ha traído hasta aquí?

Omar miró hacia atrás en dirección a la carretera, pero el coche había desaparecido hacía rato.

—No lo sé. Un hombre que encontré en Ansina. Le di quinientos pesos.

—¡Quinientos pesos! ¿Estás loco?

—Sí —dijo Omar—. Me pareció mucho, pero no había otra forma de llegar hasta aquí.

—No —dijo Arden—. Supongo que no, al menos no hay ninguna forma de llegar hasta aquí desde Ansina, pero ya estás aquí y no hay ningún sitio adonde ir. Ahora puedes venir a la casa con nosotras y quedarte aquí hasta que te llevemos de nuevo al pueblo.

—No quisiera importunar. De verdad, puedo dormir afuera o donde sea.

—No seas ridículo —dijo Arden—. No puedes dormir afuera. Mírate. Entra en casa. Pon la maleta en la carretilla, aquí.

Omar puso la maleta y una mochila en la carretilla y se dispuso a empujarla por los surcos del camino, detrás de la niña y la mujer. Se sentía extenuado, demasiado cansado incluso para preocuparse de causar buena impresión.

—¿Por qué cogiste el autobús hasta Ansina? ¿Por qué no fuiste directamente a Tranqueras? —preguntó Arden.

—Nadie en Montevideo parecía saber cómo llegar hasta aquí. Al final una mujer me dijo que cogiera el autobús hasta Ansina y que fuera desde allí. No sabía qué debía hacer.

—¡Ansina! —dijo Arden—. No sé en qué estaría pensando esa mujer.

—Ni yo —dijo Omar.

—Bueno, el caso es que has llegado —dijo Arden.

—Este lugar parece estar lejos de todas partes —dijo Omar—. ¿Hay alguna ciudad cerca?

—Sí —dijo Arden—. Tranqueras. Bueno, está a unos dieciséis kilómetros de aquí, pero tú has venido del otro lado, ¿no?

—Supongo —dijo Omar—. Estuve a punto de perder los nervios. No sabía adónde me estaba llevando ese hombre. No había nada en kilómetros y kilómetros. Solo bosques.

A la vuelta de una curva en el camino de acceso, la casa apareció a la vista. Se trataba de una casa de ladrillo enorme y, a cierta distancia, parecía estar pintada de amarillo, con un tejado de pizarra cubierto de musgo y una fachada clásica y elegante que parecía fuera de lugar en medio de un paraje descuidado. Omar se detuvo un momento y se quedó mirándola.

—Caramba —dijo.

—Es una monstruosidad, ¿no te parece? —preguntó Arden.

—No —dijo Omar—. Me parece preciosa.

Arden y Portia reanudaron el paso, pero Omar no se movió. Se pararon de nuevo y le miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Portia.

—Nada —dijo Omar—. Es solo que... nunca pensé que algún día estaría aquí. Lees un libro y te imaginas este lugar, pero no crees que exista en la realidad, no piensas que algún día puedas llegar a estar aquí. Al menos yo nunca lo había pensado,

nunca.

Arden le cogió la carretilla.

—Venga —dijo.

—No, no —dijo él. Forcejeó con ella por llevar la carretilla—. Déjeme a mí.

Arden dejó que la llevara Omar. Recorrieron el resto del camino en silencio. Había un tramo de escalones de piedra que conducían a la puerta principal.

—Puedes dejar la carretilla aquí —dijo Arden—. Ya vendré a buscarla más tarde. Coge solo tus bolsas.

Omar cargó con las bolsas y las siguió a través de la puerta.

Caroline estaba bajando las escaleras desde la torre y Arden estaba subiéndolas. Arden la oyó bajar y esperó en el descansillo.

—¿Quién era ese? —preguntó Caroline—. Te he visto subiendo por el camino de acceso con un hombre.

—¡Es el biógrafo! —exclamó Arden—. El que nos escribió la carta.

—¿Y qué está haciendo aquí? —preguntó Caroline.

—Quiere hablar con nosotros. Quiere que reconsideremos nuestra decisión. Ha hecho todo este viaje desde Kansas.

—¿Ha venido desde tan lejos solo por eso?

—Sí —dijo Arden—. Eso parece.

—¿Está loco?

—Eso parece —dijo Arden—. Cogió el autobús nocturno hasta Ansina y le pagó a un tipo quinientos pesos para que lo trajera en coche hasta aquí. Y no tiene donde alojarse.

—Entonces, ¿se quedará aquí?

—Al menos esta noche. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Nada, supongo. No parece un loco peligroso, ¿verdad?

—No —dijo Arden—. Tan solo está desorientado. Ahora está dándose un baño. Le he dicho que cenaremos hacia las siete y media. ¿Aviso a Adam?

—Sí —dijo Caroline—. No, espera. Quizá sea mejor que esta noche solo estemos nosotras. Adam... Bueno, ya conoces a Adam. Estaremos más tranquilas si solo estamos nosotras, al menos al principio. Con Adam las cosas se complicarán.

—Sí —dijo Arden—. Estaba pensando lo mismo.

—¿Tenemos algo decente para cenar?

—Iba a hacer un *risotto*. Y berenjenas al horno.

—¿Cómo es? —preguntó Caroline—. Parece de piel oscura. ¿Es africano?

—No. Es egipcio o algo así, creo.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—Ay —dijo Arden—. No sé decirte. Veinticinco. ¿Quizá treinta? Tiene que estar desesperado para haber hecho todo este trayecto. O loco. Creo que está un poco

abrumado.

—Puede que no tenga muchas luces —sugirió Caroline.

—Creo que solo está confundido. Y quizá se deba a haber viajado en el autobús nocturno. ¡Ha llegado a decir que podía dormir afuera! Parece ser que pensaba que habría un hotel en el pueblo, algún Holiday Inn, sin duda.

—Bueno, no deja de ser una cara nueva a la mesa. —Caroline se dispuso a subir las escaleras de nuevo, pero se dio la vuelta—. Tomemos algún vino decente esta noche. Estoy cansada de beber vino peleón.

—¿Qué quieres, entonces?

—¿Qué te parece champán?

—¿Champán? ¿No le dará eso una impresión equivocada?

—Me importa poco la impresión que podamos darle. Solo es una excusa para beber champán.

Arden estaba a punto de cortar en rodajas las berenjenas cuando oyó como bajaba el agua por la tubería. Dejó el cuchillo y subió por las escaleras de atrás y caminó hasta el descansillo. La puerta estaba cerrada y llamó.

—Sí —dijo Omar.

—Soy yo —dijo Arden—. Arden Langdon.

Esperó y, unos segundos después, Omar abrió la puerta. Todavía tenía el cabello húmedo y sin peinar. Se había puesto unos pantalones y una camisa arrugada, pero iba descalzo. Llevaba la camisa sin abrochar y dejaba entrever parte de su torso oscuro y peludo. Olía a limpio y a fresco.

—Hola —dijo él.

Omar había cerrado los postigos de la ventana y la habitación estaba oscura. Tenía la maleta abierta sobre la cama. Arden observó que la maleta estaba impecablemente hecha.

—¿Te ha sentado bien el baño? ¿Has tenido bastante agua caliente?

—Sí —dijo Omar—. Gracias.

—Tienes que estar cansado. ¿Pudiste dormir en el autobús?

—La verdad es que no —dijo Omar—, pero no estoy cansado. Creo que es por la excitación de estar aquí. De haber llegado hasta aquí. No estaba seguro de poder conseguirlo y, la verdad, por un momento tuve la certeza de que no lo conseguiría. No es un lugar al que se llegue fácilmente.

—Sí —dijo Arden—. Lo sé. —Hizo una pausa momentánea—. Me gustaría saber por qué has venido —dijo ella—. Perdona si te parezco brusca. Es que me resulta extraño que estés aquí y no saber exactamente por qué. ¿Has venido hasta aquí para intentar que cambiemos de opinión?

—Sí —dijo Omar.

—¿Por qué? —preguntó Arden.

—Porque lo necesito —dijo Omar—. Quiero escribir una biografía de Jules Gund. Y no puedo escribir el libro sin que me concedan la autorización.

—Pero podrías escribirla igual. La gente escribe biografías sin autorización y sin tantos miramientos.

—Bueno, sí —dijo Omar—. Teóricamente, sí, pero, mire, es complicado. Hay una beca de por medio, también la editorial de la universidad, y no me darán el dinero ni publicarán el libro si no cuento con su autorización.

—Oh —dijo Arden—. Ese es el problema. No es nada sorprendente que estés aquí.

—Siento mucho causar problemas —dijo Omar.

—No nos causas ningún problema —dijo Arden—. Solo lamento que hayas hecho todo este largo trayecto porque no vas a conseguir que cambiemos de opinión. Me temo que tenemos una opinión muy formada al respecto.

Ahora le tocaba a Omar decir «Oh».

—Lo siento.

—Creo que podría escribir una biografía muy buena. Y me gustaría trabajar estrechamente con ustedes y respetar todos sus deseos. Es eso lo que he venido a comentarles a todos. Entiendo que las cosas son complicadas y estoy dispuesto a ser... en fin, discreto, ya sabe, o reservado o como prefiera usted expresarlo.

—Oh, no —dijo Arden—, la razón por la que hemos negado la autorización no es por censurar o silenciar nada. No debes pensar eso. No es por eso.

—Entonces, ¿por qué es? —preguntó Omar.

—No estoy autorizada a decírtelo —dijo Arden—. Siento mucho no poder ser más precisa, pero debes aceptar mi palabra. Será una pérdida de tiempo para ti creer que puedes hacer que cambiemos de opinión. Y, de verdad, no quiero ver cómo pierdes el tiempo.

—Pero he hecho este largo viaje hasta aquí —dijo Omar—. ¿No puedo al menos hablar con todos ustedes?

—Ah, claro que sí —dijo Arden—. Yo no voy a impedirlo. Caroline cenará con nosotros. Y podrás ver a Adam mañana. Vive bastante cerca de aquí.

—¿Y los tres son de la misma opinión?

—Supongo que no, puesto que somos personas con diferencias. Con marcadas diferencias, como podrás comprobar. Nuestra decisión es mutua, aunque no tanto nuestras razones.

—Oh —dijo Omar.

—Lamento traerte malas noticias. Solo quería que no te hicieras ilusiones ahora que estás aquí. Pensé que debías conocer la situación exacta.

—Sí —dijo Omar—. Gracias.

—Dejaré que termines de arreglarte. Siento haber irrumpido de esta manera en tu habitación.

—No —dijo Omar—. Le agradezco que haya venido a decírmelo. Es muy amable

por su parte. Es usted diferente de lo que esperaba. Muy diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Arden.

—Más joven. Supongo que pensaba que todos los albaceas eran ancianos e intimidantes.

—Vaya, espero no ser nada de eso —dijo Arden. Se dijo que no debía dejar que flirteara con ella.

—Y además es usted guapa —dijo Omar—. No pensé que los albaceas pudieran ser guapos.

—¿Así que tu estrategia será adularnos a todos? —preguntó Arden.

—Soy demasiado estúpido como para tener una estrategia —dijo Omar—. Si tuviera una estrategia, no me habría plantado aquí de este modo.

Omar terminó de vestirse, pero era demasiado pronto para bajar a cenar. Se quedó de pie junto a la ventana y miró a través de una rendija de la persiana. Pudo entrever un tendedero del que colgaba un montón desordenado de prendas íntimas femeninas. Bragas y sujetadores revoloteando radiantes a la luz del crepúsculo. Omar bajó del todo la persiana. En unos minutos tendría que bajar y cenar con ellas. Y mostrarse encantador. Si después de haber llegado hasta aquí no consigo la autorización, pensó, ¿qué podré hacer? No puedo echarme atrás ahora. Pero no se puede hacer nada más. Habrá que desistir. Quizá no sea tan malo. Deirdre es una exagerada. Podría devolver el dinero de la beca. O lo que quedaba de él. Lo que faltara se lo podría pedir prestado a sus padres, aunque ellos nunca le habían perdonado que no hubiera hecho la carrera de medicina. Le habían advertido sobre las inconveniencias de convertirse en profesor universitario y tenían razón. Puede que eso les predispusiera a ayudarlo: cuando la gente tiene razón y uno admite que se ha equivocado, tiende a ser benévola. Pero no debía darse por vencido tan fácilmente. Que Arden Langdon le hubiera dicho que insistir era inútil no significaba que lo fuera. De hecho, quizá estaba intentando disuadirlo. Fue extraño por su parte que irrumpiera en la habitación de aquella manera. Ella tan solo es una de los tres. Puede que nunca hubiera hablado de la carta a los demás. Y, por supuesto ella no quería una biografía. Ella era la malvada, la querida, la rompehogares. ¿O era quizá *destrozahogares*?

A las siete y media Omar apareció en el patio, donde encontró a Portia preparando una mesa redonda. El patio estaba vacío, solo la mesa y una fuente en el centro: una pileta redonda sobre la que se erigía una columna acanalada en cuyo extremo superior una vasija dejaba caer el agua.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo Portia.

—Me llamo Omar —dijo.

—Sí —dijo Portia—. Ya lo sé.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Sabes cómo? —preguntó Portia.

—La verdad es que no —dijo Omar—, pero puedo hacer lo mismo que tú.

—Va tenedor, tenedor, cuchillo y cuchara. Iría tenedor, tenedor, cuchillo, cuchara, la cuchara arriba, pero no tomaremos sopa.

—¿Soléis tomar sopa? —preguntó Omar.

—No —dijo Portia—. Para cenar no. ¿Y tú?

—No —dijo Omar.

—Tomamos sopa a diario en la escuela —dijo Portia.

—¿A qué escuela vas?

—Al colegio de monjas de Santa Teresa. Santa Teresa fue la florecilla de Dios.

—¿De verdad? —preguntó Omar.

—Sí —dijo Portia—. Se bebía su propio esputo.

—¿Y por qué lo hacía?

—Para mortificarse —dijo Portia.

—Vaya —dijo Omar.

—La cuchara va por fuera —dijo Portia—. Tenedor, tenedor, cuchillo, cuchara.

—Ah, sí —dijo Omar—. Perdón.

—¿Cuál es tu santo favorito? —preguntó Portia.

—Creo que no tengo ninguno —dijo Omar—. Adoro a todos los santos por igual.

¿Cuál es el tuyo?

—Santa Inés. Dicen que cuando rezaba caían rosas y lirios del cielo. Me habría gustado ver eso. Cuando yo rezo le pido a Dios que deje caer algo.

—Espero que no sea nada demasiado grande.

Portia se rio.

—No —dijo—. Solo una pluma o algo parecido.

—¿Y lo hace?

—Una vez cayó un poco de pintura del techo.

—¿En serio? —dijo Omar.

—Pero la pintura siempre está cayendo —dijo Portia—. ¡Eh! ¿Por qué doblas las servilletas de esa manera?

—¿No te parece bien? —preguntó Omar. Portia las estudió unos momentos.

—Supongo que están bien así —dijo.

—¿Debo doblarlas como las tuyas? —preguntó Omar.

—No —dijo Portia—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque quiero hablar con algunas personas de aquí —dijo Omar.

—¿Con quién?

—Con tu madre, con tu tío y con... —Omar no sabía cómo tipificar la relación de Portia con la esposa—. Y con la señora Gund.

—¿Sobre qué?

—Sobre un libro que estoy escribiendo. Sobre un libro que quiero escribir.

—¿Qué clase de libro?

—Una biografía —dijo Omar—. ¿Sabes lo que es una biografía?

—Sí —dijo Portia—, por supuesto. Leí una biografía sobre Helen Keller. Ella era ciega, sorda y muda. Ser mudo no significa ser estúpido, significa que no puedes hablar. Solo gruñir. —Ella gruñó—. ¿Estás escribiendo una biografía sobre mi padre?

—Espero poder hacerlo —dijo Omar.

Arden apareció con una bandeja con una botella de champán y varias copas.

—Me ha ayudado a poner la mesa —dijo Portia—. Mira cómo ha doblado las servilletas.

—Estupendo —dijo Arden.

—Está escribiendo una biografía —dijo Portia.

—¿De verdad? —preguntó Arden.

—Sí —dijo Portia—. Sobre Jules.

—¿De verdad? —preguntó Arden.

—Solo he dicho que espero poder hacerlo —dijo Omar.

—¿Quieres una copa de champán, Omar? —preguntó Arden.

—¿Champán? —preguntó Portia—. ¿Por qué champán?

—Es lo que ha pedido Caroline. ¿Por qué no subes y le dices que la cena ya está lista? Ahora que la comida está hecha y la mesa preparada, ya puede hacer acto de presencia.

Portia entró en la casa. Arden miró a Omar.

—Champán —dijo ella—. ¿Sí o no?

—Sí, por favor —dijo Omar.

Arden sirvió dos copas de champán y le dio una a Omar.

—Gracias —dijo él.

—Siéntate —dijo Arden.

Omar se sentó.

—Salud —dijo él, levantando la copa.

—Sí —dijo Arden—. Salud.

Los dos tomaron un sorbo de sus copas.

—Es muy amable por su parte dejar que me quede aquí —dijo Omar—. Quiero disculparme de nuevo por esta intrusión.

Arden se encogió de hombros.

—En cierto modo te admiro por haber irrumpido aquí de esta forma.

Omar pareció sonrojarse un poco. Tomó otro sorbo de champán.

—Muy poca gente habría hecho un viaje tan largo para tan poco —dijo Arden.

—Cierto —dijo Omar—, pero no se me ocurrió ninguna otra cosa.

—Por lo que viniste hasta aquí.

—Sí —dijo Omar.

—Bueno, pues entonces creo que eso te hace merecedor de una copa de champán

como mínimo.

Se quedaron en silencio un momento. Omar miró alrededor del patio, luego hacia lo alto de la casa que los rodeaba.

—Me gusta mucho su casa —dijo Omar.

—Se está cayendo a pedazos —dijo Arden—. Aunque todo se caiga a pedazos, aquí las cosas parecen caerse a pedazos un poco más deprisa de lo normal. Cualquiera día de estos todo se vendrá abajo, estoy segura.

—¿Tan vieja es?

—No. La decadencia la hace parecer más antigua de lo que es. Fue construida en 1935, cuando los padres de Jules se trasladaron aquí. Se supone que es la réplica de su *schloss*, palacio en alemán. Deseaban disfrutar de las comodidades de la arquitectura familiar, razón por la que intentaron recrear un poco el estilo bávaro aquí en el Nuevo Mundo, pero creo que se perdió algún detalle en la recreación. En realidad, bastantes.

—¿Por qué se trasladaron aquí? —preguntó Omar.

—Para huir de Hitler —dijo Arden—. La madre de Jules era judía.

—Sí, claro —dijo Omar—. Conocía ese detalle. Me refiero a por qué aquí, por qué Uruguay, por qué este paraje.

—Ah —dijo Arden—. La familia de Jules se dedicaba al negocio de la minería. Cerca de aquí había una mina de magnesio o eso se suponía. Vinieron con el pretexto de explotarla. El gobierno de Uruguay les dejó entrar porque traían dinero para invertir y prometieron que la mantendrían en funcionamiento y emplearían a mucha gente durante un número determinado de años. Y entonces construyeron esta casa, contuvieron el río con un dique y así formaron el lago y se trajeron la góndola y prácticamente todo lo que tenían entonces en barco.

Se quedaron en silencio un rato y entonces Omar preguntó:

—¿A qué distancia está el lago?

—A unos cinco kilómetros —dijo Arden—. Puede que un poco más. La carretera desapareció, así que hay que caminar. Hay un atajo por el bosque.

—¿Y la góndola todavía está allí?

—Sí —dijo Arden—. Se va pudriendo en el cobertizo. La llave debe de estar por algún lugar. Si todavía hay llave. Las cosas desaparecen.

—Me gustaría verla —dijo Omar.

—Está en un estado bastante lamentable —dijo una voz a su espalda. Ambos se giraron y vieron a Caroline de pie, en la puerta de entrada, muy hermosa, con un vestido azul y un chal de seda negro. Llevaba un collar de hojas de plata labrada y también unas hojas plateadas colgaban de sus orejas—. O eso he creído siempre —continuó—. Las góndolas me parecen ridículas fuera de Venecia.

Omar se levantó cuando ella se acercó a la mesa.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo Caroline—. Soy Caroline Gund. Me temo que no recuerdo tu

nombre.

—Omar Razaghi —dijo Omar. Le estrechó la mano—. Es un placer conocerla.

—Nos has sorprendido con tu llegada —dijo Caroline.

—Lo siento —dijo Omar.

—Ah, no lo sientas —dijo Caroline—. ¡Son tan escasas las sorpresas por aquí!
¡Champán! ¡Otra sorpresa! ¡Qué brillo tan estupendo tiene!

—Tú eras la que quería champán —dijo Portia.

—Sí, pero sigue siendo una sorpresa. No siempre se consigue lo que se quiere.
¿Serías tan amable de servirme una copa, señor Razaghi?

—Ah, sí —dijo Omar—. Por supuesto.

Sirvió champán en una copa y se la alargó.

—No solemos beber champán —dijo Caroline—. No te vayas a llevar una impresión equivocada.

—Está muy bueno —dijo Omar, en un tono un tanto estúpido.

—Sí. Creo que si se tiene intención de beber champán, debe tomarse el mejor champán —dijo Caroline—. Es en lo único en lo que me considero un poco esnob. También lo era antaño en todo lo referente a la ropa, pero el hecho de vivir aquí me lo impide. Por alguna extraña razón se puede comprar champán bastante decente por aquí y por muy poco dinero. Estoy segura de que se trata de contrabando o algo parecido. Es una de las ventajas que tiene vivir en un lugar tan dejado de la mano de Dios, un lugar sin ley como este: aparecen cosas extrañas en la playa.

—¿Qué playa? —preguntó Portia.

—Hablaba metafóricamente —dijo Caroline—. Qué pena, estamos demasiado lejos de *la playa*.

—Vives en Kansas, ¿verdad? —dijo Arden.

—Sí —contestó Omar—. Ya hace varios años. Me estoy sacando el doctorado allí. O al menos lo estoy intentando. Mucho me temo que mi éxito depende en cierta manera de que escriba ese libro.

—¿Siempre has vivido en Kansas? —preguntó Arden.

—No —dijo Omar—. Nací en Irán. Mis padres emigraron cuando el sah fue derrocado. Nos trasladamos a Toronto, en Canadá. Estuve viviendo allí hasta que empecé la universidad.

—Irán, Canadá, Kansas... ¿Dónde está tu hogar? —preguntó Caroline.

—No lo sé exactamente —dijo Omar—. Ahora en Kansas, supongo.

—¿Te quedarás en Kansas? —preguntó Caroline.

—Es difícil conseguir un trabajo como profesor universitario —dijo Omar—. Si me ofrecen un puesto, supongo que me quedaré allí. O me iré a cualquier sitio donde pueda encontrar un trabajo.

—Me suena raro eso de que sea un trabajo lo que te obligue a decidir dónde debes vivir. Estoy segura de que la realidad no condiciona hasta ese punto.

—Me temo que la realidad me condiciona y mucho —dijo Omar.

—Vaya —dijo Caroline—. ¿Y por qué?

—Bueno, no lo sé —dijo Omar—. Ahora mismo estoy intentando, bueno, ya sabe, encarrilar ciertas cosas, adquirir una buena base, supongo, y luego espero vivir menos condicionado.

—Ya, pero una vez que adquieras esa base estarás siempre vinculado a ella. Se convertirá en un ancla, en una carga. No. Ahora es el momento de liberarse de todo eso. Ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Caroline —dijo Arden—, ¿me puedes ayudar un momento en la cocina?

—Claro —dijo Caroline—, aunque no puedo siquiera imaginar en qué puedo serte de ayuda.

Una vez en la cocina, Arden le dijo:

—¿Qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Caroline.

—¿Por qué estás coqueteando con él?

Caroline soltó una carcajada.

—¿Coqueteando? No he coqueteado con nadie desde hace años. Te puedo asegurar que he olvidado cómo hacerlo.

—Bueno, pues parece que estás recuperando la memoria.

—Solo intento ser amable. Ya que ha venido hasta aquí, podríamos mostrarnos todos amables. Me resulta tan patético que haya hecho todo ese trayecto desde Kansas. Solo trato de ser agradable con el pobre chico. Y, después de todo, eres tú la que lo has invitado.

—¡Yo no lo he invitado a venir! Le escribí y le dije que no. Sencillamente apareció de la nada. ¿Qué podía hacer?

—Exactamente lo que has hecho. Resulta agradable tener una cara nueva a la mesa. Y la verdad es que es una cara interesante, ¿no te parece?

—No me he fijado —dijo Arden.

—¿Seguro que no? Bueno. ¿Y en qué te puedo ayudar?

—¿Qué?

—Dijiste que necesitabas que te ayudara en la cocina —le recordó Caroline.

—Ah —dijo Arden—. Solo quería hablar contigo. Advertirte. Creo que tenemos que andar con cuidado. Si nos mostramos demasiado amables puede llegar a pensar que hemos cambiado de opinión.

—Yo puedo ser amable sin cambiar de opinión —dijo Caroline—. Si él piensa que solo por ser amable he cambiado de opinión, es su problema.

—Sí, pero sería cruel dárselo a entender.

—Bueno, tú puedes no ser amable con él. No es necesario que las dos lo seamos, ¿verdad? ¿No se merece un poco de amabilidad después de un viaje tan largo?

—Yo no me refiero a no ser amable —dijo Arden.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Me refiero a ser un poco menos encantadora.

—¿Por qué?

—Bah, ¡olvídalo! ¡Muéstrate como quieras! Pero esta vez tendrás que ser tú quien le diga que no. Yo ya le escribí la carta. Y me costó muchísimo escribirle que no. Y me niego a volver a hacerlo. Tú puedes ser quien le diga que no en persona. Ha dicho que si no escribe el libro, no podrá doctorarse. ¿Lo has oído?

—Sí —dijo Caroline—. Y creo que le estamos haciendo un gran favor. Lo último que necesita es ese doctorado. Lo va a condenar a una vida miserable en Kansas.

—Bueno, es su vida. Creo que deberíamos dejar que la conduzca hacia donde quiera y como quiera.

—¿Así que has cambiado de opinión? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No, no he cambiado de opinión. Y es justamente por eso, porque no he cambiado de opinión, por lo que creo que no deberíamos dar señal alguna de debilidad. Puedo notar cómo van aumentando sus esperanzas. Creo que lo del champán ha sido un error.

—El champán nunca es un error —dijo Caroline.

Arden volvió a la mesa con el *risotto* y las berenjenas y una barra de pan. Caroline con otra botella de champán.

—¿Disfrutaste de tu estancia en Montevideo? —le preguntó a Omar, mientras empezaban a comer.

—No estuve mucho tiempo —dijo Omar—. Solo dos días. Y estaba más preocupado por averiguar cómo llegar hasta aquí que por cualquier otra cosa. No fue fácil con mi nivel de español. Me pasé la mayor parte del tiempo en las estaciones de autobús y de tren de Montevideo. En vano.

—Eso no suena nada bien —dijo Caroline.

—Fue como estar en un sueño —dijo Omar—. En una pesadilla, supongo. Todo este viaje ha sido como un sueño. Todavía no me puedo creer que estoy aquí. No me siento aquí.

—¿Dónde sientes que estás? —preguntó Arden.

—No lo sé. No me siento en ningún sitio concreto. Me noto un poco raro, como si estuviera flotando. Quizá sea por no haber dormido anoche. No he dormido mucho desde que llegué a Uruguay.

—Debes de estar cansado —dijo Arden.

—No, tampoco estoy cansado —dijo Omar—. Antes, esta tarde, al llegar aquí, me sentía exhausto, pero ahora no me siento cansado en absoluto. —Miró hacia el cielo—. Todo esto es tan bonito. Miren todas esas estrellas.

Todos se quedaron mirando al cielo.

—Allí está la Cruz del Sur —dijo Portia.

—Sí —dijo Omar—. Parece como si aquí hubiera más estrellas.

—Solo es porque está más oscuro —dijo Caroline—. Es más fácil verlas. Y

también quizá porque en esta época del año estamos más cerca de ellas, más de lo que nunca están ustedes en Kansas. —Cogió el chal que había dejado en el respaldo de la silla y se lo puso por los hombros.

—La hermana Juliana dice que las estrellas son los ojos de los ángeles —dijo Portia.

—Puede que lo sean —dijo Caroline—. Los ángeles aplastan sus rostros contra la oscura ventana de la noche y nos miran desde lo alto. ¿Nos mirarán con nostalgia, quizá? ¿O con preocupación? ¿O quizá burlones? Siempre me lo he preguntado.

Arden acompañó a Portia a la cama y luego regresó a la cocina para fregar los platos. Estaban apilados en el hondo fregadero. Se quedó mirándolos un buen rato, como si fueran un objeto de exposición en un museo de piezas domésticas. Había bebido demasiado champán y se sentía exhausta. Se sentó y apoyó la cabeza sobre la mesa, con la frente apoyada en el antebrazo. Creo que algo va a salir mal, pensó.

Caroline se sentó un buen rato en su estudio, contemplando su versión de la *Virgen del prado*. A veces se hacen cosas que no se entienden. ¿Por qué me he comportado así durante la cena? ¿Por qué me he puesto el collar de hojas de plata labrada que Jules me trajo de México?

No creo que se parezca en nada a un prado.

Se dirigió hacia la ventana. Divisó la luz que se colaba débilmente a través de las rendijas de la persiana de la ventana de Omar.

Todavía está despierto. Ha llegado hasta tan lejos y no puede dormir. ¿Por qué nos excitan tanto cosas como viajar, como hacer trayectos tan largos? ¿Tiene algo que ver con lo que dejamos atrás o con lo que nos encontramos?

Pero estaba equivocada: Omar no estaba despierto. Simplemente se había quedado dormido con la luz encendida.

A la mañana siguiente, Omar durmió hasta bastante tarde. El ruidoso tictac del reloj que había en la mesita de noche marcaba las diez y veinte. En la casa reinaba un silencio tal que parecía estar deshabitada. De hecho, era tanta la quietud que se diría que el planeta había sido evacuado mientras Omar dormía. En la cocina encontró algún indicio de vida, si no vida propiamente dicha: una barra de pan, un bote de mermelada y un pequeño tazón con miel sobre la mesa, dispuesto todo ello de una forma que reflejaba claramente que estaban a su plena disposición. El pan tenía un sabor bastante rancio, pero la mermelada y la miel estaban deliciosas y despertaron en Omar un apetito voraz, puesto que la noche anterior había declinado repetir *risotto* tanto por nervios como por una ridícula cortesía. Y como no había nadie que estuviera mirándolo, Omar extendió bastante cantidad de mermelada y miel (de manera alternativa) en varias rebanadas de pan. La miel, oscura y aromática, tenía un curioso sabor a especias. La mermelada era de cereza y tenía algún hueso. Mientras lavaba el plato en el fregadero, vio una nota sobre el mostrador:

Estimado Omar:

Estoy en el jardín, al otro lado del patio, bajando por un camino de gravilla, detrás del seto de laurel. Caroline está arriba en su estudio. Es mejor que vengas primero a verme.

Arden

Se preguntaba por qué era mejor que primero fuera a ver a Arden. ¿Significaba eso que ella esperaba que acudiera o simplemente que se dirigiera a ella si necesitaba compañía? No voy a darle vueltas, pensó Omar. Iré a verla, sin más, como haría cualquier persona normal después de leer esta nota. Voy a comportarme como una persona normal todo el tiempo que me sea posible.

Abrió la puerta de la cocina y salió al patio. La mesa donde habían cenado la noche anterior estaba despejada, pero todavía tenía el mantel puesto, moteado con manchas difuminadas. Todavía permanecía sobre la tela, visiblemente solitario, uno de los tapones de corcho de las botellas de champán. Omar lo cogió y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Lo guardaré, pensó, como recuerdo de la primera noche que pasé en Ocho Ríos.

Distinguió el seto de laurel en cuanto salió del patio. Bajó por el camino de gravilla atravesando un jardín antaño formal pero tan descuidado que resultaba

irregular: los minúsculos arbustos de alheña habían crecido desmesuradamente y las flores y la maleza se abrían paso por los espacios libres que quedaban entre ellos. Ese jardín estaba bordeado por un gigantesco seto de laurel a través del cual habían tallado un arco, justo enfrente del que había en el muro del patio, como reflejo en un espejo. Omar atravesó ese segundo arco y descubrió el jardín, un jardín enorme rodeado por una endeble valla de tela metálica. Arden Langdon estaba agachada en el centro del jardín. Llevaba pantalones de color caqui, una blusa de madrás descolorida y un sombrero de paja de ala ancha. Iba descalza. Omar se quedó de pie justo detrás de la valla, observándola. Arden se desplazaba por la hilera en cuclillas, arrastrando los pies lentamente, arrancando con delicadeza las malas hierbas de la tierra, sacudiendo el polvo de las raíces y arrojándolas en un cubo de metal que empujaba por delante de ella. Llegó al final de la hilera y se puso de pie, apoyó las manos en sus caderas y arqueó la espalda. Entonces se percató de la presencia de Omar.

—Buenos días —dijo ella—. Ya te has levantado.

—Sí —dijo Omar—. Buenos días.

—¿Has encontrado el pan y la mermelada?

—Sí —dijo Omar—. Gracias. Estaba delicioso.

—Espero que hayas tenido suficiente.

—Había de sobra —dijo Omar.

Avanzó por la hilera que acababa de dejar limpia de rastros y se quedó cerca de él, por la parte interior de la valla.

—¿Has dormido bien? —preguntó. Tenía la cara un poco sucia y el cabello que rodeaba las sienes estaba húmedo. Olía a tierra.

—De maravilla —dijo Omar.

—Bien —dijo ella. Sonrió y se tocó la sien con el dorso de la muñeca—. Puedes entrar si quieres. Hay una puerta un poco más allá. —Señaló con la mano—. ¿Te gustan los jardines?

—Bueno, la verdad es que no he cuidado nunca ningún jardín —dijo Omar—, pero siempre me han gustado.

Caminó hasta la puerta e intentó abrirla, pero no pudo. Parecía estar cerrada, o quizá encallada.

—Tienes que aguantar la abrazadera hacia abajo, levantar la palanca y luego empujar —dijo Arden—. Hay que hacer fuerza.

Después de un leve forcejeo, la puerta se abrió y Omar entró en el jardín.

—Es un jardín muy grande —dijo—. ¿Se encarga usted sola de mantenerlo?

—No —dijo Arden—. Pete me ayuda.

Omar debió de demostrar cierta confusión, porque ella añadió:

—Pete es el compañero de Adam. Su novio, supongo. Adam es el hermano de Jules.

—Y dijo que vivían cerca de aquí, ¿no?

—Sí —dijo Arden—. Siguiendo por la carretera, al final. Tuviste que pasar por

delante de su casa de camino hacia aquí. Un edificio redondo y de piedra. Antes funcionó como molino.

—No presté mucha atención, me temo. Iba adormilado. Supongo que les parecí bastante estúpido.

Arden negó con la cabeza.

—No esperaba encontrar a nadie, me refiero a ninguno de ustedes, tan rápido. Esperaba poder recuperarme antes de encontrarme con ustedes. Pero allí estaba usted.

—Sí —dijo Arden—. Allí estaba yo.

Removió las hierbas del cubo, como si hubiera perdido algo entre ellas o como si quisiera encontrar algunas que no fueran rastrojos para poder replantarlas en la tierra.

—¿Puedo ayudarla? —dijo Omar—. Ahora, en el jardín. Creo que puedo ocuparme de arrancar los hierbajos y regar las plantas.

Arden se rio.

—Vas demasiado bien vestido para cuidar el jardín —dijo ella—. Y además me apetece un descanso. No has tomado café, ¿verdad? ¿O te has preparado uno?

—No —dijo Omar.

—Bien, vamos —dijo Arden. Dejó el cubo en el suelo—. Si te apetece, tomaremos un café.

Se sentaron a la mesa de la cocina y bebieron café.

—¿De dónde te vino el interés por la obra de Jules? —preguntó Arden.

—Bueno, leí *La góndola* en una clase sobre literatura de la Diáspora.

—Entiendo.

—El libro me gustó mucho, probablemente porque tenía algo que ver conmigo: había dejado Irán, me trasladé a Canadá a una edad que... No sé. Es un libro bonito. Me llegó muy adentro. Sé que suena sentimental, pero es la verdad.

—Sí —dijo Arden.

—Otros libros no me han emocionado tanto. Me gustó la delicadeza de *La góndola*, su elegancia. Haber venido a vivir tan lejos, haber traído tantas cosas consigo, pero quedar tan traumatizado, tan desolado...

—Sí —Arden repitió algo confusa, como si estuviera en trance.

—Pues eso —dijo Omar—, así me interesé por Jules Gund. Intenté leer más, alguna otra obra suya o alguna obra que hubieran escrito sobre él, pero no había nada. O al menos yo no encontré nada. La mujer que daba el curso sobre la Diáspora era la directora de mi tesis. Ella me animó a trabajar sobre Gund y por eso estoy aquí.

Arden tomó un sorbo de café. Estaba un poco amargo.

—¿Quieres azúcar? —preguntó ella—. Lo siento, olvidé preguntártelo. ¿O prefieres leche?

—No —dijo Omar—. Me gusta solo.

—Está amargo —dijo Arden.

Omar guardó silencio.

—Me resulta extraño que estés aquí —dijo ella, después de unos instantes—.

Quiero decir, no me refiero a la sorpresa que ha supuesto que te presentaras de esta manera.

—Entonces, ¿a qué se refiere? —preguntó Omar.

—No sé si sabré explicarlo —dijo Arden. Juntó las manos con los dedos alineados, como si fuera a rezar, y luego las frotó arriba y abajo, sin separarlas—. Supongo que es porque suelo ver a poca gente. Por eso ahora, cuando veo a alguien, pienso: ¿cómo ha ocurrido y por qué?

—Pero usted sabe por qué estoy aquí, ¿no?

—Sí, por supuesto —dijo Arden. Y estuvo a punto de decir: «Conozco la razón por la que estás aquí por ti, pero no conozco la razón por la que estás aquí por mí».

—Me pregunto si... —Omar empezó a decir, pero dudó.

—¿Qué?

—Anoche, cuando vino a mi habitación, dijo que no había posibilidad de que cambiaran de opinión. Me pregunto si sigue pensando lo mismo.

—Sí —dijo Arden—. Creo que sí.

—Pero ¿no está segura?

—No lo sé —dijo Arden—. Me gustaría ayudarte. Te ayudaría, pero lo que quieres es precisamente... Resulta algo complicado para todos: lo que quieres es la vida de Jules. Aunque hayan transcurrido tres años desde su muerte, de alguna manera todavía estamos muy vinculados a él. Creo que no estamos preparados para dejar que se marche. Que es lo que en cierto modo parece estar pidiendo.

—No estoy pidiendo eso en absoluto —dijo Omar.

—Ya sé que no. Quiero decir, intelectualmente sé que no, pero emocionalmente deberías comprender (o puede que no puedas comprenderlo) qué es exactamente lo que estás pidiendo.

Omar parecía confuso, pero no dijo nada. Tomó un sorbo de café. Estaba amargo.

—Había pensado en escribir una biografía yo misma —dijo Arden.

—¿Sobre Jules?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace muy poco. A raíz del interés que mostraste tú. Después de que tomáramos la decisión, pensé: Bueno, ¿por qué no escribo yo misma la biografía? Me dije que no sería tan difícil. Hasta llegué a comprar tarjetones para tomar notas. Escribí las cosas que sabía en cada uno de los tarjetones, un hecho relacionado con Jules en cada tarjetón, y pensé que solo tendría que ordenarlas cronológicamente y elaborar un poco los hechos. Y luego rellenar los espacios en blanco.

—Ya veo —dijo Omar—. Entonces, esa es la razón por la que no quieren que sea yo quien escriba la biografía.

Arden se rio.

—¡No! —dijo—. Claro que no es por eso. Ya he abandonado la idea de escribirla. Desistí enseguida.

—¿Por qué?

—Había demasiadas lagunas —dijo—. La verdad, me asusté. Me detuve por miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a lo que no sabía sobre Jules.

—¿Por qué ha de darle miedo eso?

Ella lo miró y negó con la cabeza. Después de unos instantes dijo:

—Quizá no tendría que estar hablando de esto contigo.

—Oh —dijo Omar.

—Dadas las circunstancias, no creo que sea correcto.

—Sí —dijo él—. Claro, lo siento.

—No —dijo ella—. No lo sientas. He sido yo la que ha sacado el tema. No sé por qué. Lo siento.

Los dos se tomaron un momento para beber un sorbo de café y entonces Omar dijo:

—Me pregunto si puedo... Bueno, si podría hablar con los tres a la vez en algún momento que les fuera bien, con usted, con la señora Gund y con el señor Gund.

—Por supuesto —dijo ella—. Invitaré a Adam a cenar esta noche. Podrás hablar con nosotros entonces. Quizá te sirva de algo.

—Me resulta embarazoso depender tanto de su hospitalidad —dijo Omar—. Yo podría invitarles a todos a cenar a alguna parte. ¿Hay algún restaurante que esté bien por aquí cerca? —Pensó: No pueden costar mucho los restaurantes en esta región de Uruguay, pero ¿podría utilizar una tarjeta de crédito para pagar? ¿Tendría suficiente dinero en efectivo? Había gastado gran parte de él en pagar al hombre que le trajo hasta aquí.

—Me temo que no hay demasiados restaurantes decentes por esta zona —dijo Arden—. Vivimos en un lugar bastante recóndito, por decirlo de alguna manera. Y no podemos permitir que te gastes el dinero en nosotros.

—Por favor —dijo Omar—. Me gustaría invitarles. Han sido ustedes muy amables por dejar que me quedara aquí y por darme de comer.

—Oh, sí —se rio Arden—. ¡Pan rancio y café amargo! ¡Como en la cárcel!

—Y champán y mermelada y miel y ese delicioso *risotto* de anoche. Por favor, quiero invitarles a cenar fuera.

—Bueno, llamaré a Adam por teléfono. En algunas ocasiones sufre agorafobia, pero en otras le gusta bastante salir. Voy a comprobar qué humor tiene hoy. No saldrá a cenar a un restaurante a menos que realmente quiera hacerlo.

—Bueno, espero que él diga que sí —dijo Omar—. Y, si finalmente vamos, su nov... su compañero también debe venir con nosotros, por favor.

—Voy a llamarlos —dijo Arden—. Ahora quizá sea un buen momento para subir a saludar a Caroline. Creo que ella quiere hablar contigo. Está en su estudio. ¿Sabes que se dedica a la pintura?

—No —dijo Omar—. Me temo que mis conocimientos sobre ustedes son ridículamente escasos.

—Bueno, eso es reconfortante —dijo Arden.

—¿Caroline es pintora?

—Sí. Al parecer tiene bastante talento o, según me han dicho, tenía talento, pero perdió la confianza y ahora solo hace reproducciones.

—¿Qué quiere decir?

—Hace reproducciones de cuadros. Ya no ha vuelto a reflejar su personalidad artística en sus pinturas. Se ha excluido a sí misma de su propio arte.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo Arden—. Podrías preguntárselo.

Había una escalera especial que conducía al estudio de Caroline en el ático. Omar cruzó el patio, abrió la puerta que Arden le había indicado y subió las escaleras con bastante inquietud. Se quedó de pie junto a la puerta cerrada durante unos instantes antes de llamar.

—¿Sí? —dijo una voz.

—Soy Omar Razaghi —dijo Omar.

—*Entrez* —dijo Caroline.

Omar abrió la puerta y entró en la estancia. No era en absoluto como la había imaginado: aquel estudio era grande y muy luminoso. Caroline estaba sentada junto a las ventanas, en una desvencijada silla de mimbre. Sobre el regazo tenía abierto un gran libro de pintura.

—Hola —dijo ella—. Entra y siéntate.

Omar se sentó en la silla que ella le señaló.

—Lamento no tener nada que ofrecerte aquí arriba, a menos que quieras un whisky.

—No, gracias —dijo Omar.

—Un poco pronto para un whisky, ¿verdad?

Omar asintió con la cabeza. Caroline cerró el libro: *Los dibujos de Alberto Giacometti*.

—¿Sabes algo de pintura? —preguntó ella, después de un instante.

—No —dijo Omar—. Me temo que no. Me gusta la pintura, mucho, pero no sé demasiado sobre arte.

—¿Qué tipo de pintura te gusta? —preguntó Caroline.

Omar miró alrededor de aquella estancia, como si pudiera encontrar algún estilo que encajara en esa categoría. Todo lo que pudo ver fue un montón de lienzos apoyados en la pared y girados del revés y uno expuesto en un caballete: la Virgen María vestida con un sudario azul y el Niño Jesús en su regazo. Qué curioso, pensó, cuando se mira un cuadro como ese uno nunca piensa: Oh, es una madre con un bebé

en su regazo. Uno siempre sabe que se trata de la Virgen María y del Niño Jesús. Miró a Caroline.

—Bueno, me gustan los impresionistas... Monet, Cézanne, Van Gogh, pero ahora que los nombro, quizá no fueran todos impresionistas.

—¿Qué es lo que te gusta de Monet y de Cézanne y de Van Gogh?

—Bueno, creo que sus cuadros son bonitos —dijo Omar—. Creo que consiguieron dar con algo que solo la pintura era capaz de reflejar y que ninguna otra cosa podía reflejar.

—¿Y qué es? ¿Qué es eso que la pintura puede reflejar y que nada más puede reflejar?

—No lo sé —dijo Omar—. Capturar un lugar y un tiempo, un instante, pero lo capturan de forma personal, subjetiva, evocadora. Se trata de pintura, pero no solo es pintura. La verdad es que no entiendo el arte abstracto.

—¿Y eso es lo que crees que hace la pintura: captar lugares y momentos?

—No —dijo Omar—, bueno, no lo sé exactamente. Creo que los impresionistas, si ellos tres eran impresionistas, sí lo conseguían. Pero la pintura puede lograr otras muchas cosas, estoy seguro. No tengo argumentos inteligentes para hablar de este tema, lo siento. No es mi especialidad.

—No —dijo Caroline—. Te expresas con inteligencia. Y por supuesto que puedes hablar sobre pintura. Ya he notado esto otras veces: esa inseguridad a la hora de hablar sobre algo que está fuera de nuestra especialidad, esa precaución. Qué aburrido lo hace todo. Antes no era así. La gente acostumbraba a hablar de cualquier cosa que le gustara.

—Uno aprende a ser precavido en la universidad —dijo Omar—. Puedes buscarte problemas si dices algo inapropiado o si te equivocas.

—Bueno, me gusta lo que has dicho sobre Monet, Cézanne y Van Gogh. Y estoy de acuerdo contigo: lograron algo concreto, cada uno a su manera.

—¿Eran impresionistas? —preguntó Omar.

—Por lo que a ti respecta, sí —dijo Caroline.

Ella se levantó, dejó el enorme libro en el suelo y se encaminó hacia las ventanas para mirar afuera. Omar se fijó en que estaban muy altas, a la altura de la copa de los árboles, a la altura de los hombros verdes, inclinados y brillantes de los abetos.

Todavía mirando por la ventana, Caroline dijo:

—¿Y tú qué sabes sobre mí?

—¿Cómo dice?

Ella se volvió hacia él.

—¿Qué sabes de mí? Tengo la sensación de estar en desventaja. Quiero entenderme contigo, pero quiero hacerlo de una manera equitativa. ¿Qué sabes de mí?

—Muy poco —dijo Omar—. Sé que estaba casada con Jules Gund. Que es francesa. Que pinta. Eso lo acabo de descubrir ahora.

Omar la miró. Caroline estaba mirando otra vez por la ventana. No podía verle la cara.

—Soy algo más que eso —dijo ella.

—Sí —dijo él—. Por supuesto que es algo más.

—Que hayas venido hasta aquí —dijo ella—, que quieras escribir una biografía sobre Jules me hace pensar en ello.

—¿En qué? —preguntó Omar.

—En quién soy. —Se apartó de la ventana—. En quién parecería que soy si se escribiera una biografía sobre Jules. Si tú, pongamos por caso, escribieras una biografía sobre Jules, ¿quién sería yo? Una francesa loca. La que se casó con Jules Gund. La que pinta en el ático.

—Usted no está loca —dijo Omar, aunque en ese momento le pareció que algo loca sí debía de estar: la tensión de su cuerpo transmitía cierta locura potencial y la luz de su entorno parecía que fuera a estallar, pero quizá fuera una percepción suya. Notó estar sudando. Por primera vez desde que llegara a Uruguay sintió real, vívidamente, que se encontraba allí. La noche anterior le parecía un sueño.

—¿No lo estoy? —preguntó ella, con una risa salvaje y potencialmente loca—. Entonces, si no estoy loca, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Creo que no la entiendo —dijo Omar.

—¿Que no me entiendes?

—No —dijo Omar—. Creo que no.

—¿Qué idea tienes sobre el matrimonio?

—¿Sobre el matrimonio? —dijo Omar—. ¿Qué quiere decir?

—¿Qué piensas sobre el matrimonio como institución? ¿Crees en la fidelidad? ¿En la monogamia? ¿En el divorcio? ¿Crees que los hombres son promiscuos por naturaleza?

—Nunca he pensado mucho sobre eso —dijo Omar—. No sé exactamente qué pensar.

—¿Qué rabia! —dijo Caroline—. Nadie sabe exactamente qué pensar. Lo único que pasa es que tienes miedo de decir lo que piensas.

—Sí —dijo Omar—. Es posible.

—No tengas miedo. Necesito saber lo que piensas.

—¿Por qué? —preguntó Omar.

—Porque si vas a escribir una biografía sobre mi marido, tengo que saber lo que piensas sobre ciertas cosas.

—¿Como el matrimonio, por ejemplo?

—Sí —dijo Caroline.

Omar guardó silencio.

—¿Estás casado? —preguntó ella.

—No —dijo Omar.

—¿Eres homosexual?

—No —dijo Omar.

—Entonces, ¿podemos concluir que eres un heterosexual soltero?

—Sí —dijo Omar—. Podemos concluir eso.

—¿Estás comprometido con alguien?

—Sí —dijo Omar—. Supongo que sí.

—¿Que lo supones? ¿No estás seguro? ¡Qué poco romántico!

—No, sí que estoy seguro, pero ¿por qué quiere saber todo eso?

—Porque no me gustaría que la persona que escriba la biografía de Jules Gund fuera una persona que nunca se hubiera enamorado o, lo que es peor, una persona que reconociera no estar ni haber estado jamás enamorada.

—Pero creí que no iba a escribir la biografía.

—Efectivamente, no ibas a escribirla.

¿Qué habría hecho Deirdre, se preguntó Omar, si hubiera tenido que hacer frente a esa especie de interrogatorio lunático? Se imaginó a Deirdre empujando o abofeteando a Caroline, pero no porque Deirdre fuera una persona con tendencias violentas, simplemente tuvo aquella visión. ¿Quizá porque era él quien quería empujar o abofetear a Caroline? No. Pero se sentía extraño.

Los dos estuvieron en silencio unos momentos. Al rato, Caroline dijo:

—Te lo voy a preguntar otra vez: ¿estás comprometido con alguien?

—Sí —dijo Omar—. Lo estoy.

—Me alegra oír eso —dijo Caroline.

—Bueno, a mí me alegra haber hecho algo de su agrado.

Caroline sonrió.

—Supongo que estás comprometido con una mujer, ¿no?

—Sí —dijo Omar—. Es una mujer.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Poco más de dos años —dijo Omar.

—¿Te estoy incomodando?

—Sí —dijo Omar.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque es algo íntimo, supongo.

—Entiendo. Tú vienes aquí para hacernos un montón de preguntas íntimas. Perdona si me equivoco, pero supongo que es así como se escribe una biografía, ¿no?, pero, en cambio, nosotros no podemos preguntarte nada a ti. ¿Es así como funciona esto?

—Yo no he dicho que no pueda preguntarme cosas. Solo he dicho que me incomoda. Y si no me concede la autorización, no le preguntaré nada.

Caroline lo miró.

—Me resulta un poco difícil creerte.

—¿Crear qué?

—Que estés o que hayas estado enamorado.

—Tengo novia —dijo Omar—. Se llama Deirdre. Hace dos años que salimos juntos. Y si no fuera por ella, ahora no estaría aquí.

—¿A qué te refieres cuando dices «aquí», al hombre que eres ahora o al hecho de estar en Uruguay?

—A que no estaría aquí en Uruguay.

A ambas cosas, pensó.

—¿Por qué no?

—Habría desistido —dijo Omar—. Habría aceptado su decisión.

—Así que Deirdre te convenció para que vinieras aquí. ¿Ella te presionó para que vinieras aquí y nos hicieras cambiar de opinión?

—Sí —dijo Omar.

—Y si no consigues que cambiemos de opinión, si regresas sin la autorización, ¿qué pensará ella?

—No lo sé —dijo Omar.

—¿Pensará que has fracasado? —preguntó Caroline.

—No lo sé —dijo Omar.

—¡Ya sé que no lo sabes! —exclamó Caroline—. Pues claro que no lo sabes. Está claro que no eres un adivino que lee los pensamientos. Te pregunto qué crees que pensará ella.

—Creo que pensará que he fracasado —dijo Omar—. Habré fracasado.

—A veces conviene fracasar en algo —dijo Caroline—. Intentar algo, pero fracasar. No hay nada deshonesto en ello.

—Supongo que no —dijo Omar—, pero no deja de ser un fracaso. Y Deirdre se toma esas cosas con menos filosofía que usted.

—Ah, entonces es una mujer práctica.

—Sí —dijo Omar—. Ella es, entre otras cosas, una mujer muy práctica.

—¿Y tú no? ¿O sí?

—¿Una mujer práctica? No, no lo soy.

—¿Eres un hombre práctico? Creo que, para escribir una biografía, uno debería ser práctico.

—Seguro que eso ayudaría —dijo Omar—. He decidido ser práctico.

—Qué deprimente que suena: aspirar a ser práctico.

—Estoy decidido a serlo, no lo aspiro solamente.

—¿A qué aspiras entonces?

—Aspiro a escribir una biografía sobre Jules Gund —dijo él—: Aspiro a escribir una nueva clase de biografía.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

Omar suspiró profundamente. Tenía la sensación de que ese era su momento.

—Tengo la intención de abandonar la noción de objetividad —declaró, como si supiera de qué estaba hablando—. La biografía objetiva es un mito. Quiero escribir una biografía que celebre la subjetividad. Bajo el punto de vista de la biografía, no

hubo Jules Gund alguno. No hubo un único Jules Gund, real o intacto. Sin lugar a dudas, no hubo ningún Jules Gund «autorizado». Existe el Jules Gund de usted. Existe el Jules Gund de la señora Langdon. Existe el mío.

—¿Y en tu biografía se reflejarían todos?

—Sí —dijo Omar—. Al menos eso es a lo que aspiro. Una exposición más veraz en virtud de, y no a pesar de, su subjetividad. Las biografías son un engaño.

—Sí —dijo Caroline—, entiendo tu punto de vista.

—Lo siento —dijo Omar.

—¿Que lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?

—Siento la lección que acabo de impartir. Es curioso, yo no suelo impartir lecciones. Ni siquiera cuando se supone que debo hacerlo. Pensé que si entendía qué tipo de libro tenía intención de escribir o, como mínimo, que esperaba escribir con su colaboración, podría usted reconsiderar su decisión. No tengo ninguna intención de usurpar, explotar ni secuestrar la vida de Jules Gund para mi propio beneficio.

—Me parece interesante lo que te propones hacer. Y, efectivamente, no suena demasiado académico. ¿Apoyaría tu universidad semejante proyecto?

—Oh, sí —Omar se apresuró a garantizarle—. Cuanto más desvaría uno, más les gusta. Es necesario hacer algo que nadie comprenda. Así nadie puede atacarte. Si no comprenden nada, piensan que es posible que sea algo brillante y mantienen la boca cerrada.

—¿Y siempre ha sido esa tu idea de cómo debe ser una biografía? No recuerdo que te expresaras en estos términos cuando nos escribiste la carta. En aquel momento parecías defender una visión más tradicional.

—Sí —dijo Omar—. Está en lo cierto. Ha sido desde que estoy aquí y la he conocido a usted y a la señora Langdon...

—¡Deja de llamarla señora Langdon! Se llama Arden. Y yo me llamo Caroline. Tráтанos de tú. «La señora Langdon» suena a amanuense.

—Sí —dijo Omar—. Desde que te conozco a ti y desde que conozco a Arden he entendido así las cosas.

—Entonces, estamos hablando de una revelación reciente, ¿no?

—Sí —dijo Omar—. Muy reciente. Vine aquí pensando en escribir una biografía académica convencional, pero ahora entiendo no solo que eso sería imposible sino también de mal gusto.

Alguien llamó a la puerta.

—*Entrez* —dijo Caroline.

La puerta se abrió y apareció Arden de pie en el descansillo.

—Siento interrumpir —dijo ella—, pero acabo de hablar con Adam.

—¿Qué quiere? —preguntó Caroline.

—Ha invitado a Omar a comer con él y con Pete. Y otra cosa, Caroline: Omar se ha ofrecido a llevarnos a cenar esta noche, a ti, a mí, a Adam y a Pete. Adam ha aceptado la invitación. ¿Qué piensas tú?

—Bueno, ir a cenar fuera de casa suena bien, pero no podemos permitir que Omar nos invite. Mientras esté aquí, nosotros seremos sus anfitriones.

—No, por favor, insisto —dijo Omar—. No hay nada que desee más que poder invitaros a cenar fuera. Lo digo sinceramente. ¡Debéis permitírmelo! Insisto.

—Adam sugirió el restaurante Federico —dijo Arden—. Espero que te guste la comida italiana —le dijo a Omar.

Omar dijo que sí.

—Era el restaurante preferido de Jules —dijo Arden—. Está un poco lejos, pero, como ya te comenté, tampoco hay restaurantes decentes por el vecindario.

—La verdad es que no hay ningún vecindario —dijo Caroline.

—Bueno, Adam te está esperando. Dijo que fueras hacia el mediodía. ¿Quieres ir en coche o prefieres caminar? Está a poco más de un kilómetro carretera abajo.

—Me gustaría ir caminando —dijo Omar—, si me indicas el camino.

—Basta con seguir recto la carretera hacia abajo —dijo Arden. Se volvió hacia Caroline—. Sobre la cena, ¿llamo para reservar a las ocho?

—Dudo mucho que necesitemos reservar —dijo Caroline.

—Ya, es solo para asegurarnos. ¿Te parece bien a las ocho?

—Sí, a las ocho está bien. Será mejor que te vayas, Omar, si Adam te espera a mediodía. No querrás hacerlo esperar.

—No —dijo Omar.

—Entonces, vamos —dijo Arden—. Ahora te indico la dirección que has de tomar.

Omar se sentía un poco confuso mientras caminaba carretera abajo hacia la casa de Adam Gund. La conversación que había mantenido con Caroline, que finalmente se había alargado toda la mañana, le había dejado ligeramente desconcertado y en ese momento estaba intentando calmarse y recuperar la cordura. Sí, pensó, he estado un poco excéntrico, pero creo que ella también es un poco excéntrica, así que no pasa nada. ¿Por qué he dicho eso de la biografía subjetiva? ¿Ha sido una tontería? ¿Quiero escribir una biografía semejante? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿La publicaría la universidad? Se detuvo un momento y se quedó de pie en el centro de la carretera. Se arrodilló y extendió la palma de su mano sobre el asfalto agrietado. Oh, pensó, qué tranquilidad, qué hermosura y qué paz hay aquí. Y qué calidez.

No había tráfico en la carretera cuya pendiente iba descendiendo gradualmente. Omar siguió avanzando por el centro del camino. Las arboledas crecían casi tocando la carretera por ambos lados y, un poco más adelante, en uno de los lados, los árboles se abrían para dar cabida a un espacio más abierto que parecía un prado. La carretera bordeaba el prado y luego descendía con una pendiente más pronunciada. Un tosco puente de piedra se elevaba sobre un riachuelo amplio y poco profundo. Omar se detuvo un instante y miró el enérgico fluir del agua sobre las rocas. Pensó: Estoy aquí, en Uruguay, pero bien podría estar en cualquier otro lugar. Podría estar en Kansas. Sin embargo, el olor del aire era diferente: notaba un cierto aroma cálido y polvoriento que le parecía vagamente exótico.

Omar cruzó el puente y divisó el camino de tierra que conducía a lo que debía de ser el molino, una vivienda alta y cilíndrica construida en piedra. Dejó la desierta carretera y recorrió el camino flanqueado por árboles. Un murete de piedra separaba la casa del camino y, en la parte interior del muro, frente a la casa, se extendía un patio empedrado entre cuyas piedras había crecido musgo. En el patio había un hombre con un cepillo de alambre que raspaba enérgicamente la pintura de un tablón de madera. El ruido que provocaba esa actividad y la atención que el hombre ponía en ella impidieron que se percatara de la llegada de Omar.

Omar permaneció de pie por la parte exterior del murete y se quedó un rato observando la escena. El hombre era asiático y no parecía mucho mayor que Omar. Tenía el cabello oscuro, recogido por detrás con una coleta. Sus brazos morenos y desnudos eran fibrosos y fuertes. Por fin interrumpió la actividad y dio un paso atrás para evaluar su trabajo. Entonces se percató de la presencia de Omar.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Omar—. Soy Omar Razaghi. He venido a ver a Adam Gund.

—Sí —dijo Pete—. Te estábamos esperando. Entra.

Omar abrió la verja de madera y entró en el patio. Pete dejó el cepillo sobre la mesa y se limpió las manos en los pantalones. Le alargó una para saludarlo.

—Soy Pete —dijo él—. Vivo aquí con Adam.

Omar le estrechó la mano.

—Encantado de conocerte —dijo.

—¿Qué tal ha ido la caminata? —preguntó Pete.

—Muy agradable —dijo Omar—. He disfrutado mucho.

—Tienes que estar sediento. Entra y te daré un vaso de agua.

Antes de que este acto de caridad se materializara, la puerta de entrada se abrió y un hombre mayor, vestido con un traje de lino que pedía a gritos un lavado y un planchado, salió de la casa. Llevaba un sombrero de paja y un pañuelo alrededor del cuello. Se ayudaba de una vara, quizá fuera un bastón, con la que señaló a Omar.

—El señor Razaghi, imagino —dijo él.

—Sí —dijo Omar—. ¿Es usted el señor Gund?

Adam le alargó la mano.

—Lo he sido —dijo—. Y todo parece indicar que voy a seguir siendo el señor Gund por mucho que trate de evitar esa suerte. Todos los días me levanto con la esperanza de haber sufrido una metamorfosis, razón por la que nunca he entendido ese libro del señor Kafka. Me complacería mucho despertarme y comprobar que soy un insecto.

Omar le estrechó la mano, pero no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Así que ha sobrevivido toda una noche con esas locas de Ocho Ríos —dijo Adam, que parecía no percatarse del silencio de Omar—. No parece que le haya afectado esa experiencia, aunque no tener yo conocimiento anterior sobre su aspecto deslegítima tal juicio por mi parte. ¿No lo han devorado vivo?

—No —dijo Omar—. Me han tratado muy bien. Sobre todo si tenemos en cuenta que llegué sin avisar.

—Sí, cuán excitante ha tenido que ser su llegada. Nadie llega nunca a Ocho Ríos y mucho menos sin avisar. Tengo la seguridad de que esas mujeres todavía están fibrilando. En fin, aquí sí estábamos esperando su llegada y debo decir que ha sido admirablemente puntual. He pensado que, en lugar de correr el riesgo de envenenarlo con una comida elaborada en nuestra encefalítica cocina, mejor nos aventuremos a comer en la única cantina medianamente inofensiva del vecindario.

—Me parece bien —dijo Omar—. Lo que sea.

—Tengo tendencia a la preocupación, lo cual convierte la conducción en una aventura poco grata. ¿Sabe usted conducir, señor Razaghi?

—Sí —dijo Omar.

—Una maravilla para todos. Una magnífica perfección la suya. Me temo que debemos partir enseguida, pues la cantina deja de servir comidas a las dos en punto.

—Disfrutad de la comida —dijo Pete—. Seguramente nos veremos luego, Omar.
—Sí —dijo Omar—. Eso espero.
—El coche está por aquí —dijo Adam, señalando con su bastón.

La cantina se encontraba en un modesto edificio situado en un espacio abierto rodeado de árboles situado a unos dieciséis kilómetros carretera abajo. Había muchos camiones y *jeeps* estacionados en el aparcamiento de gravilla que había enfrente. Omar observó que solo había hombres comiendo en la cantina y que todos parecían estar devorando enormes platos de chuletones y salchichas reventonas medio crudas. El comedor era una plataforma con techo metálico, abierto por tres lados, puesto que el cuarto quedaba frente a una cocina cuyas llamaradas relampagueaban periódicamente. Adam y Omar encontraron una mesa en el extremo más lejano de la sala, un poco apartada de los comensales más bulliciosos. La mesa estaba cubierta por un mantel plastificado de colores brillantes. Una camarera muy guapa les ofreció los menús, pero Adam los rechazó y le pidió algo en un español que quedaba fuera del alcance de Omar.

—He pedido que nos traigan una bandeja de carne a la parrilla y una jarra de cerveza —dijo, cuando la camarera ya se había ido—. Espero que sea de su agrado.

Tan solo habían pasado unas pocas horas desde que Omar había engullido el pan, la mermelada y la miel, pero ya se sentía hambriento. Había en el aire un agradable olor a fritanga y a carne jugosa y condimentada y, cuando la camarera regresó con una jarra de resplandeciente cerveza de color ámbar que parecía emanar luz propia, Omar se sintió extrañamente feliz. El ambiente de aquella adormilada arboleda desprendía una agradable calidez, todos aquellos hombres carnívoros a su alrededor parecían felices y guapos y él estaba en Uruguay.

—Dejaré que haga los honores —dijo Adam, asintiendo con la cabeza hacia la jarra de cerveza.

Omar llenó dos vasos de cerveza. Recordó a Deirdre llenando los vasos aquella tarde en Kiplings y le sobrevino un repentino sentimiento de ternura hacia ella. Si no fuera por ella, pensó, ahora no estaría aquí, en Uruguay, bebiendo cerveza con el hermano de Jules Gund. Hizo un brindis en silencio por ella. ¡Oh, Deirdre!

Adam bebió un sorbo de cerveza y se aclaró la garganta.

—Así pues, dígame —dijo él—, ¿ha conseguido ya que cambien de opinión?

—¿Respecto a la biografía? —preguntó Omar.

—Sí, claro. Aunque me gustaría que consiguiera hacerlas cambiar de opinión también sobre otras cosas, aún no lo conozco lo suficiente como para presuponer que sería capaz de hacerlo.

—No creo —dijo Omar—. Las dos parecen estar en clara oposición a conceder la autorización, pero nunca se puede decir.

—Supongo que sabe que yo estoy de su parte en este asunto.

—No lo sabía —dijo Omar—. Creí que la decisión era unánime.

—¿Arden le ha dicho eso?

—No sé. No creo. Solo se trata de una presunción mía, supongo.

—Bueno, pues presupone mal. No, estoy totalmente a favor de esa biografía. He intentado inyectar un poco de cordura en esas mujeres, pero, como habrá podido comprobar, eso es tan difícil como intentar hacer callar a un manantial. ¿Hacer callar a un manantial? ¿Se trata de una expresión idiomática inglesa o acabo de inventármela?

—No recuerdo haberla oído antes —dijo Omar—. De todas formas, el inglés es mi segunda lengua.

—¿Cuál es su lengua materna?

—El farsi. Nací en Irán.

—Querrá decir en Persia.

—Bueno, antes se llamaba Persia.

—Sí, antes, cuando el mundo guardaba una cierta elegancia en el orden. ¿Sabe que aprendí alemán siendo ya adulto? Mis padres nunca hablaron alemán después de abandonar Alemania. Hablábamos en inglés en casa y en español en cualquier otro sitio, pero en alemán nunca. Bueno, eso no viene al caso. ¿De qué estábamos hablando?

—De la biografía —dijo Omar.

—Exacto. Estoy totalmente a favor de ella. Y es posible que Caroline y Arden puedan llegar a coincidir conmigo.

—¿De verdad? —preguntó Omar—. ¿Cómo?

—No se preocupe por eso. Ellas no coinciden conmigo sobre este asunto solo porque les resulta más interesante no coincidir conmigo sobre este asunto. Y, en cierto modo, les agradezco esa obstinación, porque eso es lo que le ha traído a usted hasta nosotros.

—Sí, pero el consentimiento de ambas habría conducido al mismo resultado.

—Quizá no de forma tan inmediata ni tan suplicante. ¡Sí, de verdad, usted me resulta tremendamente adorable! Está claro que no tiene ni la menor idea de lo adorable que es y eso hace que todavía lo sea más. Estoy seguro de que estuvieron ahuecándole las almohadas y zurciendo los calcetines toda la noche.

—Me dejaron bastante tranquilo —dijo Omar, algo molesto.

Les sirvieron la bandeja de carne entre los dos.

—Por favor, sírvase —dijo Adam—. Coja todos los bocaditos que desee.

—No suelo comer carne —dijo Omar y, con esa excusa, se sirvió un poco de salchicha y lo que parecía ser una chuleta de cordero.

—Me resulta bastante absurdo estar vivo, conservar los dientes y no comer carne, pero su dieta, o lo que quiera que sea, parece casar con usted. —Adam dispuso unas cuantas chuletas y salchichas en el plato y las atacó con cuchillo y tenedor. Era un devorador afanoso y desordenado, según observó Omar. El jugo rosado le resbalaba

por el mentón hasta el pañuelo.

—No, no, no —dijo Adam, después de haber estado un rato concentrado en satisfacer su glotonería—. Hay una razón por la que le he traído aquí, hay una razón para este pequeño y privado *déjeuner sur l'herbe*. Y estoy seguro de que ya ha adivinado cuál es.

La carne estaba deliciosa: tierna y jugosa, esa suerte de alimento que convertía el acto de comer carne en una circunstancia muy persuasiva. Cuando Omar, que había sufrido un ataque de estupor, no contestó, Adam se quedó mirándolo.

—¿Lo ha adivinado? —preguntó.

—Ah, no —consiguió decir Omar en medio de un bocado de salchicha.

—Tenemos que trabajar juntos —dijo Adam—. Debemos conspirar.

—Sí —dijo Omar—, por supuesto.

—Puedo ayudarlo —dijo Adam. Llenó los dos vasos de cerveza—. Puedo conseguir que las mujeres le concedan la autorización.

—¿Puede hacerlo? —dijo Omar—. ¿Cómo?

—No importa cómo —dijo Adam—. No he pasado la mayor parte de mi vida con unas locas sin haber aprendido un poco a tratar con ellas. ¿Sabía que mi madre estaba loca?

—No —dijo Omar.

—Loca. Deshecha por el dolor. Postrada por la amargura. Demente. Sí, he recorrido muchos kilómetros junto a una mujer loca. Y Caroline y Arden están también más que locas. Se ayudan y se estimulan recíprocamente, ya ve.

—A mí me parecen bastante cuerdas —dijo Omar, aunque recordó que poco antes había considerado la posibilidad de que Caroline estuviera loca.

—Oh, por supuesto que parecen estar bastante cuerdas. Esa es la culminación de su locura: sus elegantes fachadas racionales. Pero se trata tan solo de una fachada, querido. Detrás de esa fachada, hay una morada para dementes, se lo aseguro, un manicomio repiqueteando por toda esa mansión encantada como dos señoritas Havisham. Tiemblo con solo pensarlo. —Adam temblaba realmente y pinchó con el tenedor otra salchicha que colocó en su plato—. No —continuó—, déjeme las locas a mí. Conseguiré que firmen en la línea de puntos, imagino que habrá una línea de puntos en algún sitio, en un santiamén.

—Bueno, fantástico —dijo Omar—. Eso es algo grande.

—Sí, ¿verdad que es algo grande? —dijo Adam—. Mi padre me daba un manotazo cada vez que yo decía que algo era grande. «Federico era Grande», habría dicho él. «¡Catalina era Grande! Tu *baba au rhum*^[4] no es grande». Y hablando de *baba au rhum*, ¿le apetece un flan? Es mejor que lo pidamos ya, antes de que nuestra camarera desaparezca. Estas camareras tienen la terrible costumbre de desaparecer. Me parece que les atrae demasiado el coqueteo con los clientes durante la sobremesa. Tiene usted aspecto de querer un flan o dos...

—No, gracias —dijo Omar.

—¿Está seguro?

—Sí —dijo Omar—. Después de haber comido toda esta carne, no puedo más.

—No hay duda de que ese es el secreto de su encantadora figura, pero como yo tengo abandonada la mía desde hace mucho tiempo o, mejor dicho, es ella la que me ha abandonado a mí, yo sí pediré un flan.

Llamó a la camarera y la camarera apareció.

—Pues eso —dijo Adam—. Lo ayudaré a conseguir la autorización que necesita.

—Gracias —dijo Omar.

—Y me pregunto si sería tan amable de echarme una mano con un asunto.

—Por supuesto —dijo Omar—. ¿De qué se trata?

Adam soltó el tenedor. Se pasó inútilmente la servilleta por la pechera manchada y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Hay algo —dijo— que puede hacer por mí.

—¿De qué se trata? —repitió Omar. Se preguntaba si parecería un glotón al coger la última salchicha, que tenía la piel reventada y dejaba escapar su succulento contenido en la bandeja. No, pensó, no debo hacerlo, ya he comido suficiente.

Examinó el rostro de Adam y observó que estaba pensando. Después de unos momentos, Adam dijo:

—Es una historia muy larga. No sé por dónde empezar.

Omar ya había aprendido que era mejor no decir nada. Esperó. Empujó un poco la bandeja para apartarla de sí. A su alrededor, todos los hombres empezaron a levantarse de sus mesas; en el aparcamiento, los camiones comenzaban a recular levantando nubes de polvo. Todo parecía indicar que la hora de la comida había llegado a su fin de manera algo precipitada. La camarera llegó con el flan de Adam, que se zarandeaba graciosamente en una piscina de sirope sobre un plato blanco. Retiró la bandeja y se la llevó.

Adam tomó una cucharada de flan.

—Delicioso —afirmó.

Todavía quedaban unos cuantos hombres rezagados en las mesas, fumando sus cigarrillos o sus puros, bebiendo diminutas tazas de café solo o tomando mate. Adam llevaba un rato concentrado en su flan y Omar pensó que se había olvidado de aquella larga historia, pero no. Cuando se terminó el flan y rebañó el plato hasta dejarlo limpio, Adam soltó la cuchara. Se limpió la boca dándose toquitos con la servilleta, la dobló con delicadeza y la dejó sobre la mesa.

—Creo que le ahorraré esa larga historia —dijo él.

—Me gustaría oírla —dijo Omar.

—Es verdad —dijo Adam—, olvidé que es usted un biógrafo. Se sirve de los residuos de la narrativa. Prefiere eso al flan. —Omar guardó silencio. Adam dijo—: Lo siento. Debe comprender o, mejor dicho, le ruego que comprenda, que esta insubordinación que demuestro con todo el mundo no es más que una insubordinación hacia mí mismo, pero quizá sea usted lo suficientemente inteligente

como para saberlo ya.

Omar guardó silencio. La camarera volvió y les sirvió a ambos sendos cafés solos. Omar no sabía si los había traído de manera mecánica o si Adam los había pedido. Adam dijo:

—Desprecio. Un concepto patético, ¿no le parece? Mi mente es capaz de advertirlo, pero prácticamente eso es todo lo que siento. Yo estoy henchido de ese insufrible gas. Algún día saldré volando desairadamente, empujado por los vientos del desprecio. Ícaro voló demasiado cerca del sol.

—Sí —dijo Omar.

Adam sonrió, un poco triste, mirando la taza del café solo. Algo había cambiado: Omar cayó en la cuenta de que ellos dos eran los únicos que quedaban en la cantina. Había unos cuantos hombres de pie en el aparcamiento, pero todas las mesas estaban vacías. La luz había modificado todo lo que tenían a su alrededor y ahora era algo menos duro.

—¿Conoce la historia de Ícaro? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Omar, aunque de repente pensó que quizá no la conocía: ¿Acaso había algo más que unas alas hechas de plumas y cera que se fundían al calor del sol? Por supuesto que había algo más.

—Mis padres fueron refugiados —dijo Adam—. Claro que eso ya lo sabe. Se trajeron con ellos una serie de objetos cuando vinieron a Uruguay.

Por un momento Omar creyó que aquello tenía algo que ver con la historia de Ícaro, pero luego se dio cuenta de que no.

—¿Qué objetos? —dijo él.

—Tanto mi padre como mi madre provenían de familias adineradas. Sobre todo mi madre. Mi madre se trajo algunos cuadros, cuadros que supuestamente no podían sacarse de Alemania. Y joyas.

—¿Ahora son suyos? —preguntó Omar.

—¡Qué preguntas tan interesantes y metódicas formula! Creo que será un buen biógrafo. Y, respondiendo a su pregunta, creo que me pertenecen —dijo Adam—. Eran de mi madre. Y, por esa misma razón, también pertenecían a Jules, por supuesto, pero Jules está muerto. Supongo que también por esa razón pertenecen a Caroline. O quizá por la misma razón pertenezcan a Arden. Pero creo que la mayoría me pertenece a mí. Ni Caroline ni Arden saben de la existencia de esos objetos. Jules tampoco tenía conocimiento de ella. Mi madre no se sentía a salvo aquí. Después de abandonar Stuttgart, no se sentía a salvo en ningún lugar. No se sentía a salvo en ningún lugar del planeta. A diferencia de Arden y Caroline, ella sí tenía una razón para enloquecer. Ahora me gustaría vender esos objetos. Me gustaría que se llevara esos cuadros y esas joyas de vuelta a Nueva York y que las entregara allí a un hombre que se encargaría de subastarlos.

—Oh, pero yo no vivo en Nueva York —dijo Omar, como si eso lo inhabilitara para cualquier encargo.

—Pero pasará por Nueva York. O quizá pueda arreglárselas para ir allí. Si ha sido capaz de llegar hasta aquí, estoy seguro de que será capaz de ir a Nueva York. Basta con que vaya allí y entregue esos objetos a un hombre. Yo le daré su dirección.

—¿Es legal? —preguntó Omar.

—¿Legal qué?

—Todo eso. Sacar esos objetos del país, llevarlos a Nueva York...

—Es moral —dijo Adam.

—Pero ¿no es legal?

Adam no contestó al instante, pero luego dijo:

—Usted ya sabe, naturalmente, que mi madre era judía. Sabe que vinieron a Uruguay para escapar de Hitler. Esperaron demasiado tiempo. Creo que durante un tiempo pensaron que habiéndose casado mi madre con un hombre que no era judío, las cosas no podrían irles mal, pero fueron mal. Se dieron cuenta y finalmente se vinieron aquí. En aquel momento Uruguay era el único lugar al que podían ir. ¿Conoce las condiciones en que llegaron aquí?

—No —dijo Omar.

—Bueno, en primer lugar, mi padre tuvo que comprar una mina. Una mina arruinada, una mina agotada, una mina que él no quería. Y tuvo que pagar mucho dinero por ella. A mi madre no le permitieron sacar de Alemania ninguna de las propiedades familiares. Al final, la dejaron salir, pero no pudo traer nada consigo. Por eso pasó esos objetos de contrabando, esos pocos cuadros y esas pocas joyas. Ahora los quiero vender. ¿Sabe por qué quiero venderlos ahora?

—No —dijo Omar.

—Necesito dinero para Pete. Necesito dar dinero a Pete para que pueda dejarme.

Omar guardó silencio. Luego dijo:

—Todo este asunto suena muy íntimo y muy complicado. Creo que no quiero verme envuelto en todo eso. No creo que deba hacerlo.

—Oh —dijo Adam—. Oh —dijo de nuevo. A continuación añadió—: Ayúdeme a recordar una cosa: ¿qué es lo que quiere usted?

—¿Qué?

—Quiere escribir una biografía sobre Jules, ¿no? Quiere la autorización para escribir una biografía de mi hermano. ¿No es eso lo que quiere?

—Sí —dijo Omar—. Eso es lo que quiero.

—Y, sin embargo, ¿no quiere verse envuelto en asuntos íntimos o complicados?

—Es que el asunto tiene pinta de acabar liándose —dijo Omar—. Y parece peligroso.

—¿Y usted no quiere que las cosas se líen ni que sean peligrosas? —preguntó Adam.

—No —dijo Omar.

—Según mi experiencia, tarde o temprano las cosas acaban por liarse o por hacerse peligrosas —dijo Adam.

Se levantó y pagó a la camarera, que estaba limpiando las mesas con un trapo y un limpiador líquido en *spray*. Omar lo vio darle un billete, ella sacó del bolsillo de su delantal el cambio y Adam regresó a la mesa pero no se sentó.

—Lo siento —dijo Omar, después de un instante—. Es que no se me dan bien esas cosas.

—Está asustado —dijo Adam. Era una afirmación, no una acusación.

—Sí —dijo Omar.

Adam puso la mano sobre el hombro de Omar.

—Puede estar asustado —dijo Adam—. Pero la cuestión es no permitir que el miedo le impida hacer lo que debe ni conseguir lo que desea. Así actúa un cobarde. —Retiró la mano—. Pero dejémoslo ya. Me está entrando sueño —dijo—. Quiero volver a casa y echarme una siesta.

El silencio reinó durante el camino de regreso al molino. Pete estaba en el mismo lugar donde lo habían dejado. Se encaminó hacia el coche y ayudó a Adam a salir de él.

—¿Estaba buena la comida? —preguntó.

—Deliciosa —dijo Adam—, pero me ha dejado aturdido. Quiero tumbarme: tumbarme y quedarme inconsciente.

—Gracias por la comida —dijo Omar.

—No hay de qué —dijo Adam—. Gracias por el placer de su compañía. Pete, ¿me ayudas a subir las escaleras? —Se dirigió a Omar—: Pete hace ese tipo de cosas, como ayudarme a subir las escaleras una y otra vez. Es muy bueno conmigo.

—Deje que le ayude —dijo Omar—. Hay algo que quiero comentarle.

—¿De verdad? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Omar—. De verdad.

—Bueno, no hace falta que me ayude a subir las escaleras. Podemos hablar sin necesidad de experimentar esa excepcional tortura.

Omar miró a Pete.

—Perdonad —dijo Pete—. Ya me voy.

—No —Adam tocó el antebrazo desnudo de Pete—. Quédate. Pete puede oír lo que tenga que decirme, señor Razaghi. No tenemos secretos.

—Solo quería decirle que haré lo que me ha pedido que haga. Por supuesto que lo haré. Creo que eso es lo que debo hacer.

—¿De verdad? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Omar—. Estoy seguro de que eso es lo que debo hacer.

Adam golpeó dos veces los guijarros del suelo con el bastón.

—Bien —dijo—. Me siento revivir. Creo que tengo fuerza suficiente como para arrastrarme hasta mi cama sin ayuda de ninguno de estos dos corpulentos jóvenes. Os dejo aquí. —Se dio la vuelta y caminó con bastante ligereza pero con gran esfuerzo

hacia la casa.

Cuando desapareció de su vista, Pete dijo:

—Te acompaño caminando hasta la mansión. ¿O prefieres ir solo?

—No —dijo Omar—, claro que no.

Pete dejó las herramientas y partieron por el estrecho camino que conducía a la carretera. Caminaban sin hablar. A veces, las personas desvían su atención hacia el paisaje y, cuando ocurre simultáneamente, resulta un eficaz y satisfactorio sustituto de la comunicación.

Omar sentía unas irrefrenables ganas de orinar; había querido preguntar por el lavabo en el molino, pero la situación no dejaba hueco a tal petición y se había dicho que ya orinaría al borde del camino en cuanto hubiera alcanzado la carretera, pero ahí estaba Pete, compartiendo la carretera con él. Avanzaron en silencio camino arriba hasta alcanzar la carretera principal.

Omar no podía esperar más.

—Si me excusas un momento, tengo que hacer una visita a los arbustos —dijo. Pete se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Qué? —preguntó.

—Necesito hacer una visita a los arbustos —dijo Omar—. La llamada de la naturaleza.

—Oh, sí, claro —dijo Pete. Se rio, pero sin maldad.

Omar se adentró en los matorrales y orinó con fuerza contra un árbol. Curioso que algo así pudiera resultar tan gratificante.

Cuando volvió donde se encontraba Pete, algo había cambiado entre ellos, esa baja llamada de la naturaleza humana había liberado algo y su silencio se volvió más amigable.

Al cabo de un rato, Omar dijo:

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Pete miró a su alrededor, como si Omar se hubiera referido a ese preciso lugar.

—Pues unos seis años —dijo él.

—¿De dónde eres originario? —preguntó Omar.

—De Tailandia —dijo Pete—. De Bangkok.

—Nunca he estado allí —dijo Omar.

Pete guardó silencio un momento.

—Mi madre era prostituta. Y yo también lo fui un tiempo, de chaval. Un alemán me llevó a Stuttgart cuando tenía diecisiete años. Allí conocí a Adam.

—¿Qué hacía Adam en Stuttgart?

—Vivía allí. Era el director ejecutivo de la Ópera de Stuttgart. Yo trabajaba allí montando los escenarios. Cuando se trasladó a vivir aquí, me vine con él. Para poder hacerlo tuvo que adoptarme. Legalmente soy su hijo.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó Omar.

—Sí —dijo Pete—. Tengo un pequeño negocio. Consigo muebles viejos y hago

que parezcan más antiguos. Hay una mujer que viene dos veces al año desde Nueva York y me compra todos. Dice que tengo muy buen ojo. También ayudo a Arden con el jardín. Y me ocupo de las abejas.

—¿Qué abejas? —preguntó Omar.

—Hay una colmena en Ocho Ríos, detrás del jardín. Ya te la enseñaré.

—Ese jardín es enorme —dijo Omar.

—Todos los años vamos ampliándolo. Cuesta muchísimo cuidarlo y más en esta época del año. ¿Donde tú vives es invierno ahora?

—Sí —dijo Omar.

—¿Vives en Estados Unidos?

—Sí —dijo Omar.

—¿En qué estado?

—En un estado que se llama Kansas. Está en el centro del país. Es el centro.

—¿Y allí hace mucho frío?

—Sí —dijo Omar—. Ahora hace mucho frío. Y seguro que está nevando. —Imitó la nieve haciendo titilar los dedos.

—¿Por qué lo elegiste? ¿Por qué un estado frío? No todos los estados son tan fríos, ¿verdad?

—No —dijo Omar—. Algunos son más cálidos que otros.

—Entonces, ¿por qué no elegiste un estado más cálido? Creo que Florida es cálida. Estuve en Miami una vez. Miami está bien.

—Sí —dijo Omar—. Florida es cálida.

—Pero ¿no te gusta Florida?

—Nunca he estado en Florida. Vivo en Kansas porque es allí donde trabajo como profesor.

—¿Y quieres escribir un libro sobre Jules?

—Sí —dijo Omar—. Una biografía. ¿Llegaste a conocer a Jules?

—Sí —dijo Pete—. La primera vez que vine aquí Jules aún vivía. Fui yo quien lo encontró muerto. Sabía a donde iría.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Omar.

—No lo sé. Simplemente lo sabía.

—¿Dónde estaba?

—En un lugar en el bosque. Cerca del lago.

—¿Cerca de la góndola?

—La góndola está en el cobertizo —dijo Pete.

—¿Ese lugar del bosque estaba cerca del cobertizo?

—No —dijo Pete—. Estaba al otro lado del lago.

—¿Sabías que estaba muerto?

—Sí —dijo Pete.

—¿Por qué?

—Se había llevado el rifle —dijo Pete. Tocó la parte superior de la cabeza de

Omar con la palma de la mano—. Se la voló —dijo—. Quedó igual que un huevo cascado.

Caminaron el resto del trayecto en silencio y llegaron a la verja de Ocho Ríos. Tan solo ha pasado un día desde mi llegada, pensó Omar. Parecía que habían pasado varios días.

—¿Dónde están los ríos? —preguntó a Pete.

—¿Qué ríos?

—Los ocho ríos. Lo digo por el nombre de este sitio: Ocho Ríos.

—Sí —dijo Pete—, pero no hay ríos. Es solo un nombre.

Desde una ventana de la torre, Caroline observaba a Pete y Omar subiendo por el camino de acceso. Ella sentía la presencia de Omar como una amenaza y no solo por el libro. Esa sensación la golpeó de una manera más profunda e imprecisa. De un modo un tanto instintivo, antes de que hubiera podido intuir la amenaza, Caroline había creído que podría afrontarla o rehuirla, lo que explicaría su comportamiento con Omar la noche anterior y aquella mañana, pero ya no estaba segura. Los dos hombres, Omar y Pete, parecían charlar alegremente como si fueran dos viejos amigos. En ese momento, Omar alzó la vista y la vio en la ventana. Levantó la mano en una mezcla de movimiento ondulante y de saludo. La familiaridad de ese gesto la paralizó. Se apartó de la ventana. Se quedó allí, de pie, sin sentir y sin pensar en nada. Últimamente solía tener esa sensación: ese estancamiento, esa vacuidad, ese sentarse o quedarse quieta y sentirse vacía, hueca, pero no era desagradable. No la asustaba: aquella sensación era una suerte de contento, una pausa, un estar satisfecha por nada en particular.

Caroline encontró a Arden en la cocina, donde parecía estar haciendo pan. En su fuero interno, Caroline tenía la sensación de que Arden ejecutaba gran parte de las tareas domésticas para irritarla a ella: no les costaría nada comprar pan.

Se quedó de pie junto a la puerta durante unos instantes antes de decir:

—Solo quería comunicarte que esta noche no iré a cenar con vosotros.

—¿Por qué? —preguntó Arden, sin dirigirle la mirada—. ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro bien —dijo Caroline. Pensó: Quiere hacerme creer que le cuesta muchísimo hacer pan.

—¿Y, entonces, por qué no vendrás a cenar?

—No veo qué sentido tiene que vaya. No cambiaré de opinión sobre este asunto. Una pérdida de tiempo para mí y una pérdida de tiempo para él.

—Él solo quiere hablar con nosotros —dijo Arden. Dejó de trabajar la masa—. Quiere hablar con los tres y plantear sus argumentos. Se ha ofrecido a invitarnos a cenar. Ha llegado hasta aquí solo para eso. No ir será hacerle un feo. Y, a mi parecer, también una muestra de mala educación.

—A mi parecer, que haya venido hasta aquí es una muestra de mala educación. No deberíamos darle esa satisfacción. Yo no pienso hacerlo —dijo Caroline.

—Bueno, entonces no tiene sentido que salgamos a cenar —dijo Arden—. La

idea era que pudiera hablar con los tres. Si tú no vienes, no tiene ningún sentido.

—¿Y por qué precisamente yo?

—Porque es a ti a quien tiene que convencer.

—Te acabo de decir que no me convencerá de nada.

—Bueno, pues si estás tan segura de eso, ¿qué daño puede hacerte venir a cenar y escuchar lo que tenga que decirnos?

—Él también tiene que convencerte a ti —dijo Caroline—. ¿O acaso has cambiado de opinión?

Arden volvió a trabajar la masa.

—Creo que sí —contestó.

—Vaya —dijo Caroline—. Te ha seducido. Te ha...

—¡Él no me ha seducido! —exclamó Arden—. He cambiado de opinión yo sola.

—Llámalo como quieras —dijo Caroline.

Arden no contestó.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —preguntó Caroline.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Para burlarte de mí?

—No —dijo Caroline—. Lo siento, no me estoy burlando de ti. De verdad, Arden, no es eso. ¿Por qué has cambiado de opinión? Sinceramente, quiero saberlo.

—No lo sé muy bien —dijo Arden—. Como tú bien sabes, las razones que tenía para oponerme eran confusas. Decir que no y coincidir contigo fue una respuesta instintiva. Y ahora tengo una sensación diferente. No sé exactamente por qué. Creo que a Jules le habría gustado Omar. Creo que logrará comprender a Jules. Ahora siento que ese libro debería existir.

—Honestamente, ¿no crees que piensas eso porque te ha seducido?

—¿Te parece seductor?

—No —dijo Caroline—. No me parece seductor, pero no me sorprendería que a ti sí. Creo que tú eres más sensible a la seducción que yo.

—¿Por qué? —preguntó Arden—. ¿Crees que no tengo criterio?

—No —dijo Caroline. Hizo una pausa—. Creo que te sientes sola —lo expresó con cariño: era una afirmación, no una acusación.

Arden bajó los ojos para evitar su mirada, pero luego volvió a levantarlos. Las mejillas y la garganta se le habían enrojecido.

—Quizá me sienta sola —dijo—. Quizá su llegada me haya hecho comprender que me siento sola. Sí, quizá sea eso. Pero el haber cambiado de opinión no tiene nada que ver con eso, no se trata de eso.

—Quizá no debería decirte esto...

—¿Qué? —exigió Arden—. ¿Decirme qué?

Caroline reflexionó. Y luego dijo:

—¿Sabes que está enamorado?

—No —dijo Arden—. No lo sabía.

—Me lo contó esta mañana. Tiene novia. Bueno, quizá aún no estén

comprometidos. Eso no lo dijo. Es una colega de la universidad.

—¿Por qué me cuentas eso?

—No lo sé. Pensé que debías saberlo.

—¿Por qué?

Caroline se volvió hacia la puerta.

—Perdóname si te he molestado.

—No me has molestado —dijo Arden—. Aunque estoy segura de que tu intención sí era molestarme.

—Te equivocas, Arden.

—Es una vergüenza —dijo Arden.

—¿Qué?

—Hacer lo que estás haciendo, denegarle la autorización por pura inquina.

—No sé qué quieres decir —dijo Caroline—. Oye que yo sepa no he hecho nada por inquina.

—Yo lo veo de otro modo —dijo Arden.

—No hay duda —dijo Caroline.

Se dio la vuelta y bajó por el oscuro pasillo hacia el vestíbulo de entrada, pero se detuvo al final de las escaleras, con la mano apoyada en la barandilla. Esto no puede quedar así, pensó. Desanduvo sus pasos hasta alcanzar la puerta de la cocina. Arden, acalorada y resuelta, estaba trabajando la masa y no desvió la mirada.

—Arden —dijo Caroline.

Arden entonces levantó la mirada y dijo:

—¿Sí?

—Siento haberte ofendido. De verdad que no entiendo por qué nos hemos hablado así.

Arden no contestó nada. Presionó los dedos en la masa.

—No quiero que todo esto cause problemas entre nosotras. —Se percató de que Arden estaba llorando y dejó de hablar—. ¿Qué te ocurre? —preguntó.

Arden sacudió la cabeza y se sentó en una silla. Apoyó los codos sobre la mesa y, sintiéndose violenta por la situación, ocultó torpemente el rostro entre las manos con las palmas hacia fuera y los dedos extendidos por estar cubiertos de harina. Caroline cruzó la cocina y se quedó de pie junto a ella. Alargó la mano, indecisa, para apoyarla sobre su espalda.

—¿Qué te ocurre? —repitió.

Arden reveló su rostro. Tenía las mejillas húmedas. Volvió a sacudir la cabeza.

—Nada —dijo—. No lo sé, estoy sensible, nada más.

Caroline apartó la mano. No recordaba haber tocado jamás a Arden. Alguna vez la habría tocado, pero no podía recordarlo. Humedeció un trapo en el fregadero y se lo ofreció a Arden.

—Toma —le dijo.

Arden cogió el trapo y lo presionó contra sus ojos y sus mejillas.

—Gracias —dijo.

Caroline se quedó allí un momento.

—De nada —dijo.

Volvió a tocar a Arden en el hombro, en un gesto rápido y ligero, luego se volvió y salió de la habitación, esa vez sin detenerse y sin regresar.

Arden se quedó sentada en la cocina mientras se horneaba el pan. Bebió un vaso de agua y con el culo del vaso fue dibujando sobre la mesa de piedra. Los anillos iban desapareciendo. Pensó que si se quedaba allí sentada en silencio, un buen rato, el caos que agitaba su mente acabaría desvaneciéndose del todo, como la nieve resplandeciente sobre una cúpula de cristal.

¿Había cometido un error? ¿Omar la había seducido? ¿Acaso estaba traicionando a Jules? Jules nunca le había dicho a ella que no quisiera una biografía. Quizá sí se le hubiera escrito a Caroline en alguna carta de hace veinte o treinta años. Ahora aquello no tenía ninguna validez. Si tuviéramos que mantener la palabra de todo lo que escribimos en las cartas de hace treinta años... No, si esa era la única razón para decir que no, no era razón suficiente. Había hecho bien en pecar de prudente, al principio, pero que Omar hubiera venido desde tan lejos lo cambiaba todo. Omar no era ningún charlatán ni un monstruo. Sería mezquino e incluso perverso negarle la autorización. Quizá no fuera inquina. No debería haber dicho inquina, pero la respuesta de Caroline escondía algo retorcido y perverso; aun así aquella manera de responder suya tenía mucho sentido: Caroline tenía tan pocos argumentos a los que aferrarse que los defendía ferozmente. Debo disculparla, pensó Arden, esa es su manera de recordar que alguien la amó.

Adam se despertó al oír que alguien pronunciaba su nombre. Se quedó tumbado en la cama un instante, un poco desorientado. Luego volvió a oír su nombre en un grito que procedía de abajo. Parecía la voz de Arden. Efectivamente, se trataba de Arden. Ella era la única que se quedaría en el vestíbulo y bramaría su nombre. Adam se levantó y salió al rellano. Arden estaba de pie en la entrada, con la cabeza hacia atrás, mirándolo fijamente desde abajo.

—Perdona —voceó—. ¿Te he despertado? ¿Estabas haciendo la siesta?

—Sí —dijo él—. Me temo que sí.

—Vaya, lo siento —dijo ella—, pero es importante. Ha ocurrido una cosa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Espera, ahora bajo. No hay necesidad de que nos estemos gritando. Si das con el café, podrías hacer un poco. No lo encontramos desde hace unos días.

—Claro —dijo Arden, desapareciendo de su vista al entrar en la sala de estar.

Adam regresó a su dormitorio. Se quedó de pie frente al espejo y bostezó. No

había nada peor que le despertaran a uno de la siesta a destiempo. Esta terrible y entrometida mujer, pensó. ¡Corretear como una gallina descabezada gritando que ha ocurrido una cosa! ¡Se hunde el cielo! Se peinó, se estiró la misma ropa que había resistido una comida y una siesta y bajó las escaleras.

Al poco, Arden salió de la cocina con dos tazas de café.

—La leche huele fatal —dijo ella—, así que tendremos que tomarlo solo.

—Lo prefiero solo —dijo Adam.

Ella le alargó su taza y se sentó en el sofá.

—¿Dónde has encontrado el café? —preguntó él.

—En la panera —dijo ella.

—Ah —dijo él.

—Salvo pan, hay de todo en la panera —dijo ella.

—Sería bastante deprimente guardar el pan en la panera —dijo Adam—. ¿Dices que ha ocurrido una cosa?

—Sí —dijo Arden—. Y creo que deberíamos hablar antes de la cena.

—¿Qué ha ocurrido?

—Bueno —dijo Arden—. Que he cambiado de opinión.

—¿Y por qué? ¡El efecto del señor Razaghi es poderoso! Apenas ha pasado con nosotros veinticuatro horas. Este café está muy bueno. Cuando yo hago el café nunca sabe tan bueno.

—Es cuestión de medirlo bien —dijo Arden—. ¿Qué tal ha ido la comida con él?

—Bastante bien. Creo que es un seductor algo estúpido pero inocente y entusiasta.

—No es estúpido —dijo Arden.

—No tengo la menor duda de que a ti te parece sabio —dijo Adam.

—Yo nunca he dicho que me considere inteligente —dijo Arden.

—Eso es lo más sabio que te he oído decir —dijo Adam.

—Omar me gusta mucho —dijo Arden.

—A mí también —dijo Adam—. Es muy achuchable.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería fantástico meterlo en una jaula y darle frutos secos para comer. Y achucharlo con ternura.

—No sé de qué estás hablando. Si vas por ahí, debes saber que no es gay. Tiene prometida. O novia. O algo así.

—Ah, estoy seguro de que tiene algo así. Todos tenemos algo así. ¿Y, entonces, ha sido él quien ha hecho que cambiaras de opinión?

—He cambiado de opinión yo sola —dijo Arden—, pero hay un problema. Caroline no quiere venir a cenar esta noche con nosotros.

—¿Por qué?

—Dice que no tiene ningún sentido que vaya ella. Que no cambiará de opinión. Y parece muy segura.

—Claro que parece muy segura. Caroline siempre está segura. Eso es lo que más admiro de ella. Muchas veces está segura de diferentes cosas y en diferentes momentos sobre cosas diametralmente opuestas, pero llegará un día en que comprenderá que es más divertido colaborar. Y cambiará de opinión, como has hecho tú, con tanta sensatez.

—Es lo correcto, ¿verdad? —preguntó Arden—. Me refiero a la biografía, a dejar que la escriba. En el fondo no crees que sea un estúpido, ¿verdad que no?

—Oh, no es necesario ser inteligente para escribir una biografía decente. Solo hay que ser obstinado. Y él es obstinado, eso ya lo sabemos. Lo ha demostrado viniendo hasta aquí.

—Ahora me hace bastante ilusión —dijo Arden—. ¿Cuánto tiempo crees que puede costarle?

—Años y años, estoy seguro —dijo Adam—. Tanto tiempo como le permitan las becas que vayan concediéndole para escribirla. Será el escribir lo que lo animará a continuar en ello, no la publicación del libro.

—Bueno, espero que no le cueste mucho tiempo —dijo Arden—. Quiero leerlo pronto, pero ahora, escucha, ¿qué hacemos esta noche? La idea de ir al restaurante Federico era para ofrecerle la oportunidad de que nos expusiera sus argumentos a los tres. ¿Deberíamos cancelarlo?

—No debemos cancelarlo de ninguna manera —dijo Adam—. Saldremos y disfrutaremos de una agradable cena con él. Caroline puede permanecer abatida en su torre y sentir allí toda su superioridad moral. Eso se le da muy bien. Podemos beber champán con nuestro adorable señor Razaghi.

—Entonces, adelante —dijo Arden. Se puso en pie—. Vendremos a buscarte hacia las siete y media. ¿Pete vendrá?

—No lo sé —dijo Adam—. Ha desaparecido. Supongo que sí.

—¿Crees que si hablaras con Caroline, vendría?

—No —dijo Adam—. Olvidémonos de Caroline por el momento y divirtámonos.

Omar se presentó en el vestíbulo de entrada a las siete en punto, tal como se le había indicado. Vestía chaqueta y llevaba corbata. Había abusado de la colonia y se había puesto gomina en el pelo. Se sentó en uno de los bancos que estaban junto a la puerta, similares a los de una iglesia, y trató de no sudar. Todo anunciaba que hacía mucho calor. Al momento, se abrió una de las puertas de la derecha del primer descansillo de la galería y apareció Arden. Llevaba un vestido camisero de seda sin mangas a rayas en tonos pastel naranja, rojo y lila, un vestido bastante pasado de moda que a Omar le recordó a una caja de lápices de colores, bueno, a una parte de la misma. Arden estaba muy guapa y ella lo sabía porque se sonrojó al bajar las escaleras.

—Me temo que Caroline no vendrá a cenar con nosotros —dijo ella.

—Oh, qué lástima —dijo Omar.

—Ella... Bueno, no voy a excusarla. Se ha puesto un poco difícil, pero Adam y yo estamos encantados de poder hablar contigo. Y de cenar contigo.

—Bien —dijo Omar—. Gracias. Estás muy guapa.

—Gracias —dijo Arden—. Tú también. Entonces, ¿vamos? Solo me falta decirle buenas noches a Portia.

Desapareció pasillo abajo en dirección a la cocina. Omar abrió la puerta y salió al porche. Hacía uno de esos días magníficos en que todo, los árboles, la fachada, también intuía que él mismo, parecía estar espléndidamente iluminado. Al cabo de un rato oyó abrirse la puerta a su espalda.

—Estás aquí —dijo Arden—. Iremos en el coche de Adam, así que tendremos que bajar hasta el molino caminando.

—No pasa nada —dijo Omar.

—Si no te importa, creo que voy a quitarme estos malditos zapatos —dijo Arden—. La verdad es que no están hechos para caminar y menos por aquí.

Se inclinó para desatarse los zapatos, unas sandalias de color beis, abiertas por delante y con tacón. Se los colgó de una mano y salieron hacia el camino.

—Debes de estar cansado de tanta caminata —dijo ella.

—No, me gusta caminar.

—A mí también, pero este trayecto me aburre tanto... Apenas cambia de un día a otro.

—Es mejor así, porque te distraes menos.

—Pues yo agradecería cierta distracción —dijo Arden.

—¿Te aburre vivir aquí?

—No —dijo Arden—. Todo esto es muy tranquilo y eso me gusta. Y creo que es un buen lugar para que Portia crezca. No quiero que se vea envuelta por toda esa basura que rodea a los chicos de Estados Unidos, pero tampoco se puede evitar que algo de todo eso termine llegando aquí. La cultura popular norteamericana es muy perniciosa y más la dirigida a los niños, pero, claro, el precio que se paga por evitarla es no tener nada de cultura —se rio.

—Pero ¿te gusta estar aquí?

Arden miró a su alrededor. Omar también. La densa luz de la puesta de sol se filtraba por las callejuelas que se formaban entre los pinos. Los dos pilares de piedra de la verja estaban cubiertos por una enredadera de rosas silvestres. El aire desprendía un dulce aroma.

—Sí, me gusta estar aquí —dijo Arden—. Los primeros años de mi vida fueron dramáticos, sufrí muchos traslados y mucha inestabilidad. Quizá por eso me guste estar aquí. Y sin duda Portia crecerá anhelando justo lo contrario. Tú también te trasladaste cuando eras joven, ¿verdad? ¿De Irán adónde?

—A Toronto, en Canadá. Y luego viví en Berkeley, en California, antes de trasladarme a Kansas.

—¿Qué hacías en Berkeley?

—Trabajaba en un restaurante.

—¿De camarero?

—No, de ayudante de camarero.

—¿Y luego te fuiste a Kansas?

—Sí.

—¿Y tus padres? ¿Todavía viven en Toronto?

—Sí —dijo Omar—. Mi padre es cirujano. Un hombre déspota y conservador. Nunca me ha perdonado que no eligiera la carrera de medicina. Me preceden generaciones y generaciones de doctores.

—Pero ¿no te estabas sacando el doctorado? ¡Así serás doctor!

—Sí, si escribo este libro, sí —dijo Omar—, pero para mi padre ser doctor en literatura no es nada.

—¿Y tu madre? ¿Está ella orgullosa de ti?

—No —dijo Omar—. También le habría gustado que su hijo hubiera sido médico. ¿Y qué me dices de tus padres? ¿Dónde están?

—Los dos han muerto —dijo Arden.

—Vaya —dijo Omar—, lo siento.

—La verdad es que no los echo de menos —dijo Arden—. No fueron buenos padres. Y, es más, tampoco fueron buenas personas. Bueno, a mi madre apenas la conocí. Murió cuando yo tenía cinco años. Creo que se suicidó, aunque, en sentido estricto, sufriera un accidente. Y entonces me llevaron a vivir con mi abuela.

—¿Adónde?

—En Ashland, en Wisconsin. En tierra de nadie, igual que aquí. Yo adoraba a mi

abuela, pero murió y me fui a Inglaterra a vivir con mi padre o, mejor dicho, viví en un internado y de vez en cuando visitaba a mi padre. Y ahora él también está muerto. Todos están muertos.

Omar guardó silencio. Cruzaron la verja y giraron hacia la carretera.

—Lo siento —dijo Arden—. Debo parecer macabra.

—No —dijo Omar.

—Es que detesto el pasado —dijo Arden—. Detesto mi pasado.

—¿Por qué? —preguntó Omar.

—Todo parecía tan estúpido, tan azaroso. No tenía ninguna lógica y no conducía a ninguna parte. Solo dábamos tumbos de un lugar a otro. Por eso quiero darle a Portia la sensación de estabilidad, la sensación de tener un hogar. Un hogar en todos los sentidos, también geográficamente. Creo que es importante estar vinculado a un lugar, pensar que procedes de un lugar concreto. ¿Sientes eso por Irán?

—No —dijo Omar—. No del todo. Salimos del país cuando yo tenía diez años. Y jamás llegué a sentir Toronto como un hogar porque siempre albergábamos la esperanza de regresar a Irán en cuanto las cosas cambiaran...

—¿Y qué hay de Kansas?

—Tan solo hace dos años que vivo allí —dijo Omar—. Quizá cuando lleve más tiempo viviendo allí... —Recordó la sensación que lo invadió la noche que creía haber perdido a *Mitzie*.

—Yo me sentí como en casa tan pronto como llegué aquí. No sé por qué. Quizá porque estaba embarazada y necesitaba sentir eso. También creo que por alguna extraña razón estaba preparada para sentirlo en aquel momento. Pero, fuera como fuera, ese sentimiento permaneció. Sonará extraño, pero a veces tengo, o creo tener, recuerdos de haber pasado aquí mi infancia. —Sacudió la cabeza—. Muy extraño.

—Es extraño cómo funciona la memoria —dijo Omar—. Y los *déjà vu*.

—Sí —dijo Arden—. No creo que haya vida en el más allá, ni creo en la reencarnación ni en nada de eso, pero sí creo que esta vida es más... más intensa, más compleja de lo que pensamos. A veces siento como si hubiera una riqueza, una complejidad increíble, acechando al otro lado de la pared. Otro nivel de vida, de compromiso.

Omar guardó silencio. Está hablando de amor, pensó.

—Estoy diciendo un sinsentido, ya lo sé —dijo Arden—. Ni siquiera sé de qué estoy hablando.

Omar se preguntó si era cierto que Arden no lo supiera.

Adam ya estaba preparado cuando ellos llegaron. También se había vestido muy elegante. Arden conducía, Adam se sentó junto a ella y Omar se sentó atrás.

—¿No viene Pete con nosotros? —preguntó Arden.

—Por lo visto, no —dijo Adam—. Aún no ha vuelto de allá donde esté.

—Esta tarde estaba en el jardín —dijo Arden.

—Esta tarde estaba en el jardín: ¡suenan tan bíblico! —dijo Adam—. Creo que por fin entiendo esa triste querencia que tú y tantos otros tenéis a labrar esta miserable tierra. Es el Edén lo que perseguís, tratando en vano de recuperar el paraíso perdido.

—No tiene nada que ver con la religión —dijo Arden.

—Oh, sí tiene que ver con la religión, querida —dijo Adam—. La ventaja de hacerse viejo es que pierdes ese apego sentimental con la tierra. No siento la necesidad de perder el tiempo con el suelo, plantando zanahorias, para sentirme a salvo ni para salvarme.

—¿Acaso tienes que despreciar todo lo que hacemos? —preguntó Arden.

—Oh, no, no te deprecio en absoluto. Yo te admiro mucho. Creo que eres muy buena conductora. Y que vistes muy bien. Creo que eres una madre maravillosa. Y que haces un café delicioso. De hecho, tus dones son infinitos.

Nadie dijo nada durante un rato. El paisaje que atravesaban parecía reflejar de algún modo ese silencio: a pesar de elevarse y descender según los vaivenes del terreno, la carretera era recta y las arboledas que la bordeaban eran monótonas.

—Parece que vivís lejos de todas partes —dijo Omar, al cabo de un rato.

—¡Qué observación tan perspicaz! —dijo Adam.

—El restaurante Federico está en Tacuarembó —dijo Arden—. No está lejos de aquí, bueno, no demasiado lejos.

Adam se volvió desde su asiento para mirar de frente a Omar.

—El Federico siempre ha estado aquí —dijo—. Con esto quiero decir que lleva aquí tanto como yo. Venía aquí con mis padres y con Jules. Muchos sábados por la noche cenábamos los Gund en el Federico, *en famille*. Aquellas cenas en el Federico resultaban un poco patéticas, un poco tristes, como un intento desesperado por conservar el europeísmo, la normalidad. —Volvió a girarse para recuperar su posición inicial—. Se lo explico para que tenga un poco de perspectiva histórica —dijo.

El restaurante Federico se parecía de un modo alarmante al Ponte Vecchio, el restaurante italiano situado en Lawrence donde Deirdre y Omar celebraban alguna ocasión cuando su presupuesto les permitía algún derroche. Omar no sabía qué podría encontrarse allí, pero había pensado que un restaurante italiano en Uruguay no se parecería demasiado a un restaurante italiano en Kansas. De alguna manera, creía que todo en Uruguay tenía que ser diferente de todo en Kansas, esa era la idea que tenía de ambos lugares, y que no fueran tan diferentes, que fueran casi idénticos, lo exasperaba.

El restaurante parecía vacío. Sí, el restaurante estaba vacío.

—Me alegra tanto que hayas reservado mesa... —dijo Adam.

Arden se rio.

—Bueno, nunca se sabe con el Federico —replicó ella—. O no hay nadie o no

cabe un alfiler.

Omar estaba preocupado tratando de encontrar alguna señal que indicara que el establecimiento aceptaba tarjetas de crédito, concretamente la Visa. Suponía que tendría suficiente dinero en efectivo para pagar la cena, a menos que fuera carísimo, pero no parecía un restaurante excesivamente caro. Dos peces muertos en el acuario que había junto a la entrada le parecieron buena señal.

Un hombre con esmoquin emergió de la oscuridad del fondo del restaurante. La iluminación era muy tenue, procedente mayoritariamente de unas velas cuya cera goteaba por las botellas de vino que hacían de lámparas (una técnica también aplicada en el Ponte Vecchio). A distancia, el hombre tenía un aspecto bastante lúgubre y su expresión malhumorada no se alteró a medida que se acercaba. Cogió unos cuantos menús de la cubierta del acuario y dijo en español:

—¿Tres?

—Sí —dijo Arden—. *Tenemos una reservación. A nombre de Gund. Para cuatro personas, pero solo somos tres.*

Comprensiblemente dadas aquellas circunstancias, aquel hombre no parecía mostrar mucho interés en esa información. Los condujo a través de un mar de mesas vacías hasta un compartimento circular que se extendía a lo largo de la pared del fondo.

—*Muy bien* —dijo Arden—. *Gracias.*

Omar, que había entendido las palabras en español que Arden había pronunciado, se sintió poderoso. Quizá estaba empezando a aprender español. Quizá llegaba así sin más, como cuando uno se pone moreno o cuando se aclimata a un nuevo huso horario.

—*Sí, gracias* —le dijo al *maître*.

Arden se deslizó en ese espacio separado y avanzó de lado hasta el centro; Omar y Adam se situaron a ambos lados de ella. Arden cogió los menús que el *maître* había medio arrojado sobre la mesa y les alargó uno a cada uno.

—Aquí todo es bueno —le dijo a Omar.

—Sería más preciso decir que no hay ningún plato que sea mejor que otro —dijo Adam—, pero primero deberíamos pedir la bebida. ¿Querría acompañarme con un martini, señor Razaghi?

En la capa más profunda de su mente Omar pensó que quizá no fuera conveniente beber en una cena tan importante como aquella (no aguantaba especialmente bien el alcohol y todavía se sentía algo aturdido por la cerveza que había bebido durante la comida), pero su respuesta inmediata fue afirmativa: le apetecía un cóctel y dijo que sí.

La forma como Adam chascó los dedos hacía intuir que se había pasado media vida llamando a camareros (y a quienes fueran) de esa forma. Inmediatamente se personó un camarero junto a la mesa. Pidieron las bebidas (vermús para Adam y Omar, una copa de vino para Arden) y volvieron a concentrar su atención en los

menús.

Omar se fijaba principalmente en los precios e intentaba convertirlos mentalmente en dólares. Se maravilló al comprobar que el lugar era barato hasta el absurdo: ¡entrantes por tan solo un dólar y medio! Ay, un momento... Y volvió a hacer el cálculo colocando esa vez la coma decimal a la derecha. Los entrantes valían quince dólares. Y de ahí hacia arriba. Bueno, todavía estaba dentro de sus posibilidades. Suponía que las bebidas y el vino no costarían tantísimo.

Adam fue el primero que dejó el menú sobre la mesa. Después Arden cerró el suyo indicando así que ya había decidido. Omar seguía buscando el plato pronunciable más barato posible y afortunadamente pudo discernir el plato italiano que se escondía detrás del filtro del español. También dejó el menú sobre la mesa.

Llegaron las bebidas. Omar no reaccionó con suficiente rapidez para proponer un brindis (¿sería de mal gusto brindar por Jules Gund?) y sintió pasar esa oportunidad al ver a Arden y Adam dando un primer sorbo ansioso sin que pareciera que se les hubiera ocurrido siquiera la posibilidad de brindar o proponer un brindis. En realidad, los brindis son una costumbre ridícula, pensó Omar, tan ridícula como cuando se dice «Jesús» cuando alguien estornuda.

—Siento que la señora Gund no haya podido acompañarnos —dijo él, dejando con muchísimo cuidado su copa de martini peligrosamente llena. Omar había pedido otro martini simplemente por ser lo más fácil de pedir después de haber pedido Adam el suyo.

—¿De verdad? —dijo Adam—. Me sorprende que ya la conozca tanto como para echar de menos su compañía.

—No, no la conozco —dijo Omar, recordando la conversación que había mantenido con Caroline aquella mañana. De alguna manera, la conocía bastante bien y se alegraba de que no estuviera allí—. Solo es que quería tener la oportunidad de hablar con los tres, con todos, a la vez.

El camarero regresó para servirles la cena. Cuando fue despachado (la forma de Adam de llamar a los camareros no era un fenómeno singular, pues los despachaba con igual salero), otro grupo de comensales entró en el restaurante y, de repente, todo el interés se volcó en mirar cómo se sentaban. Al cabo de un rato, Adam se dirigió a Omar y, como si no tuviera ni idea de lo que había llevado a Omar hasta ellos, le dijo:

—¿Qué es eso que quiere decirnos?

Por un momento los nervios de Omar lo traicionaron, así que tomó otro sorbo de su bebida. ¿Por qué tienen que llenar tanto las copas?, se preguntó presa del pánico. Su principal objetivo era beber hasta alcanzar un nivel que le permitiera manejar la copa con facilidad, aunque se alegraba de haber seguido la iniciativa de Adam y de haber pedido el martini: se trataba de una bebida fantástica. Se percató de que el martini de Adam había descendido ya a un envidiable nivel de seguridad.

—Bien —empezó a decir Omar—, supongo que me gustaría hablar con ustedes acerca de las razones que me llevan a querer escribir una biografía de Jules Gund,

también acerca de la importancia que tiene este proyecto para mí, así como responder a cualquier pregunta o resolver los temores que puedan tener. Confío en explicarles las cosas correctamente a fin de que concluyan que no hay razón alguna para negarme la autorización.

Omar se dio cuenta de que Adam volvía a concentrar su atención en el enorme grupo que había entrado en el restaurante hacía poco.

—¿Ese es Suki Schmidt? —preguntó a Arden.

—Sí —dijo Arden—. Y también están Willem, su hermano Brat y no sé quién más. Quizá sean la mujer de Brat y su hermana.

—Creía que Willem y ella se habían divorciado.

—Se divorciaron —dijo Arden—, pero se reconciliaron.

—Menuda estupidez por su parte. Siempre se estaban peleando.

—Sí —dijo Arden—, pero separados eran infelices. Al parecer lo echaban de menos.

—¿Qué?

—Pelearse.

—Eran buenísimos en eso de las peleas —dijo Adam—. Una vez ella le disparó, ¿te acuerdas? Y también le pegó, creo que en el estómago.

—Sí, ahora lleva una de esas bolsas de plástico —dijo Arden.

—La violencia está terriblemente subestimada —dijo Adam—. Es tan... tan expeditiva. Yo siempre le pido a Pete que me dé una bofetada. «Dame una bofetada», le digo.

—Pete nunca te abofetearía —dijo Arden.

—Sí, ya lo sé —dijo Adam—, pero creo que seríamos mucho más felices si me diera alguna. ¿Alguna vez abofeteaste a Jules?

—Sí, la verdad es que sí —dijo Arden—. Una vez o dos.

Debería estar tomando notas o algo, pensó Omar. Debería haber ido con grabadora. De repente todo parecía agotador e imposible. ¿Cómo se escribe una biografía, cuando queda tanto, cuando queda todo, el infinito, por conocer?, se preguntaba Omar. Parecía imposible. Era como elaborar el listín de teléfonos desde cero. Volvió a tomar un sorbo de su martini.

—A ti se te notaba muchas veces ese rubor poscoital propio del bofetón —dijo Adam.

—No, Jules nunca me abofeteó —dijo Arden—. Si así lo crees, estás muy equivocado.

—Oh, jamás he creído algo así. Daba por hecho que tú eras quien lo abofeteaba. ¿Y qué hay de usted, señor Razaghi? Tengo entendido que está usted prometido. ¿Su prometida lo abofetea? ¿O es usted quien la abofetea? Aunque no parece usted nada dado a las bofetadas. ¿O quizá ambos estén en contra de todo eso?

—No estoy prometido —dijo Omar.

—Disculpe —dijo Adam—. Me han informado mal. Mis fuentes deben de estar

equivocadas.

—¿Quién le ha dicho que yo tenga... que esté prometido? —preguntó Omar.

—Un pajarito —dijo Adam—. Un pajarraco. Un pájaro cantor. Una golondrina. Un murciélago.

—Bueno, pues no estoy prometido —dijo Omar, pensando: ¿por qué lo estoy diciendo así, como si me estuvieran acusando de algo? Debe de ser el martini. Se quedó mirándolo un momento y tomó otro sorbo.

—Hay algo tan repulsivamente victoriano en todas las parejas —dijo Adam—. La autosuficiencia, la sensación de santidad, seguridad y superioridad... Y por esa razón Dios inventó las bofetadas. Estoy seguro de que los victorianos se pasaban el día dándose de bofetadas. Y así se explica que llevaran aquellos trajes horrorosos con que ocultar sus magulladuras.

La conversación parecía haber derivado hacia un territorio fuera del alcance de Omar y, con la impresión de que él y su martini habían contribuido a esa caprichosa desviación, decidió quedarse sentado y en silencio y ordenar sus pensamientos.

—Podrías explicarnos, entonces, por qué quieres escribir una biografía de Jules Gund —sugirió Arden.

¿Por qué quería escribir una biografía de Jules Gund? Una pregunta muy razonable, especialmente razonable bajo aquellas circunstancias. Se daba por hecho que quería escribir una biografía de Jules Gund y claro que quería escribirla. No estaría allí si no quisiera. Pero, de repente, por primera vez en todo este tiempo, no se sintió tan seguro. ¿Quería de verdad escribir una biografía de Jules Gund? ¿Y podría hacerlo?

—Bueno, como ya les comenté —se oyó a sí mismo decir—, me interesa muchísimo su trabajo. Aunque solo escribiera un libro, creo que es un libro importante. Merece mayor reconocimiento, más lectores, y creo que una biografía ayudaría en ese aspecto. En realidad, el hecho de que solo escribiera un libro no tiene importancia.

—Él escribió otro libro —dijo Adam.

—Adam... —advirtió Arden.

—¿Qué? —preguntó Adam.

—Solo publicó un libro —dijo Arden—. *La góndola*. Eso es lo que tiene importancia.

—Bueno, dependerá de quién determine la importancia.

—¿Escribió más libros? —preguntó Omar.

—No —dijo Arden—. Trabajó en otros libros pero ninguno de ellos... No terminó ningún otro libro. Solo *La góndola*. Sigue con lo que estabas diciendo.

Omar se sentía abochornado. ¿Otros libros? ¿Qué habían querido decir con eso?

—¿Por qué quieres escribir una biografía de Jules? —insistió Arden.

—Bueno —dijo Omar—. Creo que *La góndola* es un documento histórico y artístico importante. Su vida también era interesante en muchos aspectos, pues

constituye la quintaesencia de su siglo.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó Adam.

—Su vida es un puente entre distintos mundos, culturas y religiones. Todos los grandes conflictos del siglo se han manifestado de alguna manera en ella.

—Ya entiendo a qué te refieres —dijo Arden—. Jules era un medio judío, europeo educado en la religión católica en Sudamérica...

—Exactamente —dijo Omar—. Y luego está, por supuesto, su vida personal.

—Pero todo eso se me podría aplicar a mí también —dijo Adam—. Y que yo sea homosexual, sí, mi vida sería una historia más propia del siglo xx que esos enredos de esposas y amantes que suenan tan decimonónicos. ¿Por qué no se anima a escribir mi biografía?

—No dudo ni por un instante que su vida es sumamente interesante y relevante —dijo Omar—. Y lo animo a escribir su autobiografía, pero como persona que dedica su vida al estudio de la literatura, muestro mayor interés por la vida de Jules Gund. Y, por supuesto, creo que debo insistir en el gran interés académico que tendría una biografía de Jules Gund. Como ya sabe, la editorial de la Universidad de Kansas ya se ha comprometido a publicar el libro basado en mi tesis.

—¿Y qué tirada tendría la obra? —preguntó Adam.

Por el amor de Dios, pensó Omar, ¿por qué no me pregunta cuántas páginas tendrá el libro?

—No lo sé —dijo—. Aunque estoy seguro de que la tirada será muy similar a las de otras universidades.

Quizá Arden había advertido un matiz de frustración en su voz, porque se inclinó hacia la mesa (hasta entonces se había hundido en el fondo del banco) y dijo:

—He cambiado de opinión, Omar. He decidido que voy a concederte mi autorización para que escribas esa biografía.

—¿De verdad? —dijo Omar—. Gracias.

—Estoy segura de que escribirás una buena biografía —dijo Arden. Elevó su copa de vino hacia él.

—¿Y qué hay de Caroline?

—Todavía tienes que convencer a Caroline —dijo Arden.

—Ojalá hubiera venido esta noche. ¿Cómo puedo convencerla si no puedo hablar con ella?

—Usted está dando por sentado que Caroline es una persona racional. Y no lo es. No podrá convencerla por esa vía —dijo Adam.

—Entonces, ¿cómo puedo convencerla? —preguntó Omar.

—No podrá convencerla —dijo Adam.

—¿Y no es necesario que estén todos de acuerdo? ¿Pueden ustedes concederme la autorización sin tenerla en cuenta a ella?

—Lo que he dicho es que no podrá convencerla —dijo Adam—. No he dicho que no pueda cambiar de opinión. Espero que no haya olvidado nuestro pequeño acuerdo.

—No —dijo Omar—. Claro que no.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Arden.

—Eso no te incumbe —dijo Adam.

—Si incumbe a la autorización, me incumbe a mí —dijo Arden—. ¿A qué acuerdo habéis llegado?

—De verdad que no te incumbe —dijo Adam—. ¿No es así, señor Razaghi?

—Por favor, llámeme Omar —dijo Omar.

—¿No es así, Omar?

—No estoy muy seguro de qué incumbe a quién. O a quiénes.

—Bueno, de lo que sí estoy absolutamente seguro es de que lo que estábamos hablando antes no incumbe a Arden. Ni a Caroline.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Arden—. Si estás tramando algo, Adam, tengo que saberlo. De lo contrario no cooperaré.

—No estoy tramando nada —dijo Adam—. No soy ningún conspirador. Será mejor que dejemos el tema y disfrutemos de la cena. Si me excusáis un momento, voy a saludar a Suki y a Willem. —Se levantó de la mesa y cruzó el comedor.

Arden se quedó en silencio. Sus dedos jugueteaban con el pie de la copa de vino y miraba fijamente hacia delante. Omar no sabía qué decir. Arden estaba preciosa. Se había recogido el cabello en un moño, llevaba pendientes de perlas y se había pintado los labios. No había duda de que se había arreglado especialmente para la cena y eso era algo triste, pensó Omar, que estuviera tan hermosa, con sus labios pintados, su peinado y ese bolsito cartera en la banqueta, a su lado... ¿Todo eso para qué? Para una cena con él y con Adam en un espantoso restaurante. Arden tenía un aspecto derrotado y triste.

—Lo siento —dijo él.

Ella se volvió hacia él y sonrió. Quizá no estaba tan triste.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué lo sientes?

—Porque... No he estado tramando nada con Adam. De verdad, no hay nada de eso.

—Oh —dijo ella, y se rio. Tenía una risa maravillosa, desbordante, natural—. No sé si creerte. Adam siempre está tramando algo. Ya estoy acostumbrada.

—Quiere que haga algo por él —dijo Omar. Se sintió mejor después de haberlo dicho. No quería tener secretos con Arden.

—No es necesario que hagas nada por él, ya lo sabes. Ten cuidado. Todo irá bien.

—¿Y qué hay de Caroline?

Ella desvió la mirada hacia la otra mesa, donde Adam se había quedado de pie, hablando. Negó con la cabeza.

—Caroline tiene que decidirlo por sí misma —dijo ella—. Cuanto más intentes persuadirla, más resistencia opondrá.

—Bueno, me alegro de que tú hayas cambiado de opinión —dijo Omar—. Gracias.

Ella volvió a mirarlo.

—No he cambiado de opinión por complacerte —dijo—. No quiero que creas que es esa la razón.

—No —dijo Omar.

—Después de pensar bien las cosas, creo que una biografía es lo mejor para Jules. He cambiado de opinión por él, no por ti.

—Por supuesto —dijo Omar.

Llegados ya al molino, Adam abrió la puerta del coche.

—¿Queréis entrar para tomar la última copa? Creo que tenemos una botella de Chartreuse rondando por ahí.

—Ya he tenido suficiente esta noche —dijo Arden—. Además, Ada se ha quedado con Portia.

—Si quieres, llévate el coche —dijo Adam—. Pete puede ir a recogerlo mañana. Entonces, acompáñeme hasta la puerta, señor Razaghi —dijo Adam—. Este empedrado es traicionero de noche.

Omar salió del coche y ayudó a Adam a bajar de su asiento. Adam se cogió del brazo de Omar y lo dirigió a través de la oscuridad por el patio empedrado.

—Bueno —dijo Adam—. Ya tiene a una en el bote, pero falta la otra. Quizá no me haya necesitado a mí para convencer a Arden, pero Caroline es un hueso duro de roer.

Hablaba bastante alto. Se habían bebido una botella de Prosecco en la cena y Omar temía que Arden pudiera oírlo.

—No creo que yo haya tenido nada que ver en el cambio de opinión de Arden —dijo él.

—¡Tonterías! Pues claro que sí. No subestime el efecto de su encanto.

Omar no dijo nada, pero se ruborizó en la oscuridad. Sintió que Adam le agarraba el brazo con fuerza.

—Antaño también yo tenía su encanto —dijo Adam—. Por mucho que pueda extrañarle ahora. El encanto se marchita con la edad. Como el queso o la belleza. O al menos eso es lo que me ocurrió a mí. Algunas personas consiguen conservar una cosa u otra, rarísimas veces ambas, pero convendrá en que este premio tiene un precio. El precio es el desinterés, la pérdida, la abstinencia. Creo que hay algo un tanto patético en hacerse viejo y conservar la belleza y el encanto: al menos para mí, eso refleja que se han malgastado los recursos o, como mínimo, que se ha hecho un claro mal uso de los mismos. Creo que yo me he desprendido correctísimamente de esos recursos, porque el encanto y la belleza son bienes más valiosos en los jóvenes. Un anciano apenas puede comprar nada con ellos, razón por la que no me importa ser viejo y feo: eso es lo más apropiado.

—Pero usted no es feo —dijo Omar, envalentonado por el licor.

—¡Qué encantador por su parte decir eso! —dijo Adam—. Gracias, pero no derroche su encanto conmigo.

—No, gracias a usted —dijo Omar—. Gracias por todos esos consejos y por su ayuda.

—Creo que cuando en el futuro vuelva la vista atrás, descubriré que no he hecho nada por usted —dijo Adam—, pero ahora que sí se siente obligado, me apresuraré a recordarle nuestro acuerdo.

—Por supuesto —dijo Omar—, no lo he olvidado.

—Bueno, podemos hablar de todo eso más tarde. Mañana, quizá. Ahora necesito mi cama. ¿Podría ayudarme a abrir la puerta? Se atasca un poco y responde mejor a la fuerza bruta. Una cualidad, como el encanto y la belleza, que también me falta.

La puerta se resistía, pero Omar consiguió abrirla de un empujón. Adam entró.

—Encanto y fuerza bruta. Qué deliciosa mezcla es usted.

Omar se quedó en el soportal.

—Buenas noches —dijo él.

Adam se volvió hacia la puerta. Apoyó una mano en uno de los hombros de Omar y le besó en la mejilla.

—Buenas noches, querido.

Se dio la vuelta y subió lentamente los oscuros escalones. Omar cerró la puerta y cruzó el patio. Arden había salido del coche y estaba sentada en el muro de piedra. Se había vuelto a quitar los zapatos. Él se sentó junto a ella. Hacía fresco y ella se había puesto un jersey que él no sabía de dónde había sacado. Quizá lo habría dejado en el coche.

—¿Te parece bien que volvamos caminando? —preguntó ella—. Me apetece dar un paseo y respirar un poco de aire fresco, pero, si quieres, podemos ir en coche. Tienes que estar cansado.

—No —dijo Omar—. Me apetece caminar.

Arden se levantó y empezó a caminar por el camino de acceso. Omar la siguió. Fueron en silencio hasta la carretera. Cruzaron el puente que salvaba el riachuelo, cuyo fluir podía oírse bajo sus pies en la oscuridad. Como de mutuo acuerdo, se detuvieron allí.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo Arden.

Omar no estaba muy seguro de a qué se refería, tampoco quería pensar acerca de lo que podía o debía hacer. No dijo nada.

—Bueno, puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites —dijo Arden.

—Gracias —dijo Omar.

Arden empezó a caminar de nuevo y Omar la siguió.

—Hay algo que me gustaría mucho hacer —dijo él.

—¿Y de qué se trata?

—Me gustaría ver la góndola.

—Oh —dijo Arden—. Claro que puedes verla. Aunque hay una buena caminata.

Te aviso porque ya no hay carretera. Ya te comenté que la carretera desapareció, ¿verdad?

—Sí —dijo Omar—. ¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo?

—Hace unos cinco años. El padre de Jules construyó un lago para la góndola conteniendo el río con un dique. Este mismo río —señaló su recorrido con un movimiento de la mano por detrás de ellos—, pero más arriba. Y, por supuesto, del dique, como de todo, nadie se preocupó. Una tormenta destrozó el dique y borró la carretera que conducía al lago y tampoco nos hemos preocupado nunca de arreglarla.

—Pero ¿todavía se puede llegar hasta allí?

—Sí, a pie. Hay un caminito.

—¿A qué distancia está? ¿Cuánto se tarda en llegar?

—Está a unos cinco kilómetros. Colina arriba. Se tarda una hora más o menos. Si quieres, podemos ir mañana. Es un bonito paseo.

—Gracias —dijo Omar—. Me gustaría mucho pasear hasta allí.

—Entonces, después del desayuno. Podemos llevarnos la comida.

—¿Puedo llevar la cámara de fotos? —preguntó Omar.

—No veo por qué no —dijo Arden.

Omar dijo:

—Es curioso.

—¿Qué es curioso?

—Donde yo vivo, en Kansas... Ahora vivo en una casa situada junto a un lago desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arden.

—Como aquí. Había un lago que se formó al construir un dique, pero el dique se rompió y el lago desapareció. Solo quedó un riachuelo y una ciénaga. Es curioso que haya ocurrido lo mismo aquí.

—Sí —dijo Arden—. Supongo que sí. —Y luego añadió—: ¿Vives solo?

—Sí —dijo Omar.

—Pero, según tengo entendido, tienes novia, ¿no?

—Sí, tengo novia —dijo Omar.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Deirdre.

—Es un nombre bonito —dijo Arden.

Omar no contestó.

—¿Y también trabaja en la universidad?

—Sí —dijo Omar—. También.

—¿También se dedica a la literatura?

—Sí —dijo Omar—. También.

—Perdona si te parezco algo impertinente —dijo Arden.

—No me parece nada impertinente —dijo Omar—. Siento haberte hecho sentir así. De verdad que no eres nada impertinente.

—No suelo conocer a gente nueva. He olvidado cómo debo comportarme. —Se quedaron en silencio unos instantes y continuaron caminando uno junto al otro, luego Arden se volvió ligeramente hacia él—: ¿Eres feliz? —preguntó.

Aquella era una pregunta extraña, pensó Omar, quizá sí hubiera olvidado cómo comportarse, pero aquel momento tenía algo especial que la disculpaba o quizá no fuera tanto aquel momento como la suma de momentos, el día completo, que se alargaba detrás de ellos en la oscuridad, como si el día fuera un camino por el que hubieran estado avanzando.

—Supongo que sí —dijo Omar—. No tengo ninguna razón para no serlo. Aunque estoy preocupado por el libro, desde luego, y por la autorización...

—No —dijo Arden—, aparte de todo eso. Yo me refiero a tu vida, a vivir en Kansas, a luchar por tu doctorado, a dedicarte a la enseñanza... ¿Todo eso te hace feliz?

La respuesta era no, pero por alguna razón Omar no fue capaz de reconocerlo, porque reconocer la infelicidad parecía implicar reconocer el fracaso, pues, después de todo, ¿no se trataba de eso? Si él era infeliz, infeliz por vivir en Kansas, por luchar por su doctorado, por dedicarse a la enseñanza, ¿acaso no era el culpable de todo aquello? Sí. Si era infeliz, no podía culpar a nadie más que a sí mismo. Y eso era un fracaso. Pero ¿era realmente infeliz? Jamás lo había pensado de una manera tan precisa. En lugar de contestar que no, dijo:

—Resulta extraño apartarte tanto de tu vida de esta forma. Salir de ella. Imagínate que vinieras a Kansas...

Arden se rio.

—Ya lo sé —dijo Omar—. No puedo imaginarte en Kansas.

Llegaron a la verja y avanzaron por el camino de acceso.

—Tengo la sensación de que llevo aquí mucho más tiempo que un día —dijo Omar.

—Sí —dijo Arden—, parece que haya pasado más tiempo.

—Entiendo por qué quisiste quedarte aquí o, al menos, creo que lo entiendo. De alguna manera, aquí todo parece tan perfecto...

—¿A qué te refieres?

—No sé. Es difícil de explicar. Todo parece perfecto. Todo parece estar en su sitio. Hasta los árboles, la verja, la casa, todas las cosas de la casa y el silencio... No sé, creo que estoy un poco bebido.

Arden sonrió en la oscuridad.

—Estás preciosa esta noche —dijo Omar.

—Ya he cambiado de opinión. Ya puedes dejar de adularme.

—¡No! —dijo Omar—. Es verdad. Lo digo en serio. No te adularía. Quiero decir... no te adularía por razones venales. No soy de esos.

—Ya lo sé —dijo Arden—, pero, de todas formas, no debes hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Omar.

—Bueno, por una razón, tú tienes novia, ¿verdad? No creo que a ella le gustara.

Omar pensó en Deirdre. Le costaba pensar en ella, quizá por estar algo bebido, quizá por la distancia. La distancia parecía afectar a su capacidad de imaginarla.

—No creo que le importara que dijera que eres guapa —dijo él.

Arden no respondió. Llegaron a la casa. Una tenue luz resplandecía en las ventanas de la torre, pero el resto de las ventanas estaban oscuras. Se detuvieron delante de la puerta principal, en la oscuridad. Los árboles de alrededor murmuraban y exhalaban su aroma a pino.

—Me gustaría ir ahora a ver la góndola —dijo Omar.

—¿Ahora? ¿De noche?

—Sí —dijo él.

—Pero no podrías verla. Allí arriba no hay luz.

—Quiero seguir caminando —dijo Omar.

—Yo tengo que entrar —dijo Arden—. Ada se ha quedado con Portia. Puedes pasear cuanto quieras.

—Sí, creo que voy a pasear un rato.

—Bien —dijo Arden—. No te pierdas.

Le dio la espalda bruscamente, sin decirle buenas noches ni ninguna otra palabra y entró en la casa. Omar se quedó afuera y observó cómo se encendían las luces. Luego anduvo camino abajo hasta llegar a la curva, entonces se volvió y se quedó mirando la mansión, que se perfilaba frente a él. Los ladrillos amarillos resplandecían suavemente en la noche. Se apartó del camino de acceso y se adentró en la arboleda. Se tumbó en el suelo y se quedó contemplando las estrellas que asomaban entre los huecos que dejaban las copas temblorosas de los árboles.

Adam estaba sentado a oscuras en el salón cuando Pete regresó. Pete encendió la luz y lo vio.

—¿Por qué estás sentado a oscuras? —preguntó.

—Te estaba esperando —dijo Adam.

—¿Por qué me estabas esperando? —preguntó Pete—. ¿Por qué estabas a oscuras?

—¿Dónde has estado? —preguntó Adam.

—En Huerta.

—¿Y qué es lo que te ha hecho ir a Huerta?

—Una mesa —dijo Pete.

—Te has perdido la cena —dijo Adam.

—Lo siento —dijo Pete—. No creí que fuera a tardar tanto tiempo.

—Mucho tiempo para estar contemplando una mesa. ¿Se trataba de una mesa especialmente fascinante?

Pete entró en la cocina y aclaró un vaso sucio, lo llenó de agua y se la bebió con

rapidez. Luego volvió a llenarlo y regresó al salón mientras tomaba un sorbo.

—¿Quieres algo? —le preguntó a Adam.

—Son tantas las cosas que quiero... —dijo Adam.

—¿Quieres algo que yo te pueda ofrecer? —preguntó Pete.

—Quiero que seas feliz —dijo Adam.

—Soy feliz —dijo Pete.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Pete.

—Si yo estuviera en tu lugar, no sería feliz —dijo Adam.

—Bueno, tú no eres yo. ¿Y en la piel de quién serías tú feliz? En la de nadie, supongo.

Pete se sentó en el sofá en el extremo opuesto a Adam. Había una mesa baja delante del sofá y Pete levantó las piernas, una tras otra, para apoyarlas sobre la mesa. Suspiró y se hundió en los cojines.

—¿Qué tal fue la cena? —preguntó.

—Moderadamente entretenida —dijo Adam—. Arden ha cambiado de opinión. Siempre me ha gustado esa expresión: «cambiar de opinión». Como ocurre con los sombreros, como si uno pudiera quitarse la opinión y ponerse otra distinta. A mí me gustaría cambiar de opinión.

—¿Cambiar qué opinión?

—Me refiero a cambiar de opinión de todo. Como un sombrero.

—A mí me gustan tus opiniones. Las echaría en falta —dijo Pete—. ¿Por qué cambió Arden de opinión?

—Porque cree que será divertido jugar con Omar Razaghi.

Pete guardó silencio.

—Claro que todos queremos jugar con él, cada uno a nuestra manera. El problema es que Caroline no piensa lo mismo y cree que sería más divertido cebarse con él que ayudarlo.

—¿Y tú? —preguntó Pete.

—Yo solo lo encuentro entretenido.

—Bueno, me alegro de que te entretengas.

—Háblame de la mesa —dijo Adam.

—¿Qué mesa?

—La mesa que te ha mantenido ocupado toda la tarde en Huerta.

—No crees que haya ido a Huerta por una mesa, ¿verdad?

—Por supuesto que creo que has ido a Huerta por una mesa. Creo que hay muchas mesas en Huerta.

—En realidad, no se trataba de una mesa, bueno, no únicamente de una mesa. Están construyendo un nuevo juzgado en Huerta. Muy moderno y muy feo. Están subastando todos los objetos del juzgado viejo. Algunos son muy bonitos, también las mesas. Hay unos bancos preciosos. Y de vuelta a casa me detuve en Mordachei, cené

allí y bebí un poco de cerveza.

—¿Tú solo?

—Sí —dijo Pete.

—¿No has hablado con nadie?

—¿Por qué me haces estas preguntas? No tengo ninguna vida secreta.

—Ya lo sé —dijo Adam—. Me gustaría que tuvieras una vida secreta.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Bueno. Secreta no. No necesariamente secreta, pero sí otra vida o, al menos, un poco de vida. Me gustaría que tuvieras eso.

—La tengo —dijo Pete—. Tengo más que un poco de vida.

—A veces pienso que me equivoqué al traerte aquí conmigo.

—Pero resulta que me gusta estar aquí —dijo Pete—. Soy más feliz aquí que en ningún otro sitio donde haya vivido. Me gustaría que no te preocuparas por mí de esa forma. No soy una mascota.

—No he querido decir eso —dijo Adam.

—Creo que sí. No eres el responsable de mi felicidad.

—Claro que no, pero me preocupa.

—Creo que deberías preocuparte de tu propia felicidad.

Adam se rio entre dientes, enigmáticamente.

—¡Oh, ya he abandonado esa idea!

—Simulas haberla abandonado, pero no lo has hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo creo que se trata de cobardía —dijo Pete—. Eso es lo único que no me gusta de ti.

—¿El qué?

—Que simules que la felicidad no importa. Que en cierto modo está fuera de tu alcance o que ya la has dejado atrás. Que estés de vuelta de ella. —Hizo una pausa—. Eso es demasiado fácil y egoísta.

—¿Egoísta?

—Sí —dijo Pete—. Egoísta y un poco miserable. ¿Y qué hay de mí? ¿No te hago yo feliz? ¿No puedo hacerte feliz? ¿Al menos alguna vez?

—Por supuesto que puedes —dijo Adam—. Por supuesto que me haces feliz.

—Entonces no digas que no eres feliz. No digas que la felicidad no importa.

—Lo siento —dijo Adam.

Pete se puso de pie.

—Estoy cansado —dijo—. ¿Te vas a acostar ya?

—Ve tú —dijo Adam—. Yo iré en un minuto.

Pete dejó el vaso en la cocina. Volvió a cruzar el salón y se detuvo en la puerta.

—¿Vienes? —preguntó.

—En un minuto —dijo Adam.

—¿Te he molestado? —preguntó Pete.

—No —dijo Adam—. Bueno, sí, un poco, pero no pasa nada. Estoy bien. Gracias por decir lo que has dicho.

—Ven —dijo Pete—. Ven ahora, por favor.

Y, para su sorpresa, Adam acudió.

A la mañana siguiente, Caroline estaba bebiendo té en la mesa de la cocina cuando Omar hizo su aparición.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —contestó ella—. Portia ha perdido el autobús y Arden ha tenido que llevarla a la escuela en coche. No creo que tarde mucho en volver. Hay café en la cafetera.

—Gracias —dijo Omar.

Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa.

—Tengo entendido que tú y Arden vais a salir de excursión —dijo Caroline.

—Sí —dijo Omar—. Vamos a ver la góndola. —Bebió un sorbo de café. Estaba muy caliente y sopló un poco.

—¿Estuvo bien la cena en el Federico? —preguntó Caroline.

—Sí —dijo Omar—. Fue una cena muy agradable.

—Y además Arden ha cambiado de opinión —dijo Caroline.

—Sí —dijo Omar.

—¿Sabes una cosa? He estado pensando en todo esto. Y me siento confundida. Tú me confundes. Quizá ayer te prejuzgara, pero ahora pareces diferente.

—¿Y qué parecía?

—Parecías compasivo y moral.

—¿Y ahora crees que soy inmoral?

—Bueno, me pregunto qué clase de persona escribiría una biografía de un hombre en contra de los deseos de ese hombre o en contra de los deseos de su esposa.

—Lo siento —dijo Omar—, pero no acabo de ver cómo una carta que alguien ha escrito hace treinta años...

—Veinte.

—Pues veinte, los años que sean. No acabo de ver cómo es posible que los sentimientos expresados en aquel momento tengan peso alguno en este asunto.

—¡Algo muy conveniente para ti!

—Y, aunque tuvieran peso, hay otros aspectos que son prioritarios...

—¿Cuáles son esos aspectos?

—Si Jules no hubiera escrito nunca un libro, sería diferente, pero sí escribió un libro. Y, cuando se publicó, se le prestó gran atención a nivel internacional. Pasó a formar parte del debate público.

—¿Y por esa razón se expuso a sí mismo a la maldición de una biografía? ¿Por

haber publicado un libro?

—Sí —dijo Omar—. Y no creo que una biografía sea necesariamente una maldición.

—Simplemente creo que tratas de racionalizarlo y te sirves de excusas. Me gustaría que pudieras leer la carta.

—Y a mí también —dijo Omar.

—Seguro. Y también estoy segura de que te gustaría leer todas las cartas que me envió.

—Sí, claro que me gustaría —dijo Omar.

—¿Y eso no te parece extraño?

—¿Qué?

—Pensar que tienes derecho a leer las cartas que mi marido me escribió.

—No creo que se tratara de un derecho —dijo Omar—. Creo que sería un privilegio.

—Bueno, pues no deberías disfrutar de ese privilegio —dijo Caroline.

—Lamento que pienses de esa forma —dijo Omar—. Y, de hecho, tu aversión hacia la biografía me preocupa más que la de Jules.

—Porque Jules está muerto y yo soy una albacea.

—No —dijo Omar—. Siempre piensas lo peor de mí, ¿no crees?

—¿Y, entonces, por qué?

—Porque me importa lo que piensas. No quiero escribir esa biografía sin tu aprobación.

—Entonces no la escribas.

—No la escribiré. No puedo hacerlo. Pero creo que es una lástima. Creo que es una historia importante que merece ser contada. Y Adam y Arden coinciden conmigo.

—En cuestiones de moralidad, no decide la mayoría.

—¿Por qué conviertes esto en una cuestión moral?

—Porque lo es —dijo Caroline—. No creo que no puedas ni quieras verlo así.

Omar guardó silencio un momento.

—¿Se debe solo por esa carta de Jules o hay otras razones?

—La carta es la razón principal y, bajo mi punto de vista, se trata de una razón más que suficiente.

—Pero ¿tienes otras razones?

—Sí —dijo Caroline—. Por supuesto que tengo otras razones.

—¿Las compartirías conmigo?

—No quiero parecer desagradable. Aunque supongo que, bajo tu punto de vista, ya soy desagradable. Una lástima porque no soy una persona desagradable.

—No creo que seas desagradable —dijo Omar.

Ella le sonrió.

—Me pareces muy joven —dijo ella.

Él no rebatió su percepción.

—Más allá de mis consideraciones sobre la carta de Jules, creo que no estás capacitado para esta tarea. No autorizaría ninguna biografía de Jules, pero una biografía escrita por ti todavía me produce más rechazo.

—¿Por qué? —preguntó Omar.

—No te pareces nada a él. No entenderías su vida. No me entenderías a mí. Tú no eres católico. Eres joven. Eres inmaduro. Y creo que malinterpretarías todo.

—Pero con vuestra colaboración no malinterpretaría nada. Solo en caso de que no me ayudarais podría malinterpretar las cosas.

—No entiendes lo que quiero decir. No me refiero a malinterpretar los hechos. Tú eres un intelectual, un teórico, y pretendes describir los hechos, que constituyen la vida de una persona, pero esa vida suya también fue una vida. Una vida. Todo el mundo parece olvidarse de eso. Y fue una vida miserable. Ya sufrió bastante.

—Pero los buenos biógrafos no suelen parecerse en nada a sus biografiados —dijo Omar—. De hecho, creo que ser distintos es mucho mejor. Permite trabajar con mayor claridad y ecuanimidad.

—¿Ecuanimidad? ¡Ayer me hablabas de algo bastante diferente! Ayer me dijiste que querías escribir una biografía subjetiva y apasionada. Omar, te estás contradiciendo. No sabes lo que estás diciendo, ni lo que estás haciendo. Reconócelo aunque te avergüence reconocerlo. Vergonzoso sería hacer lo que no es correcto.

Omar guardó silencio. Caroline se acercó a él y le tocó la mano con la suya.

—No necesitas escribir esta biografía —dijo ella—. Sé que crees que sí, pero no. Puedes no escribirla. Tienes la opción de no escribirla.

—No es que lo necesite —dijo Omar—. No lo entiendes. Es que todo depende de que la escriba.

—¿Qué es todo?

—Mi trabajo. Mi carrera. Quizá hasta la relación con mi novia.

—Lo siento, lo siento de corazón, estás en un buen aprieto. Puedo entender que bajo tu punto de vista parezca que todo depende de que escribas esta biografía, pero yo te aseguro que no todo depende de eso. Sea cual sea el motivo por el que tanto te aferras a escribir esa biografía, no es importante. Ahora tienes la oportunidad de que las cosas sigan su curso. Esta es la oportunidad de cambiar tu vida, Omar. Debes aprovechar la ocasión.

—No quiero cambiar mi vida —dijo Omar—. Mi vida puede ser difícil, pero me gusta tal como es.

—Bueno, yo no puedo comprometerme a mí misma solo para hacerte la vida más fácil.

—Lo sé —dijo Omar—. No te estoy pidiendo que te comprometas.

—Creía que sí —dijo Caroline—. ¿Qué es entonces lo que me estás pidiendo?

Omar la miró. No tendría que ser tan difícil, pensó. Que estuviera siendo tan difícil significaba que algo estaba mal, que la esencia y la naturaleza de algo estaba mal. Debería haberse dado cuenta antes, así no se habría ni planteado siquiera haber

llegado hasta allí. Venir había sido un error. Debería haber devuelto el dinero de la beca. Deirdre se había equivocado. No era eso lo que debería haber hecho. Nada dependía de aquel viaje. Nada que realmente importara dependía de aquello.

—No te pido nada —dijo él.

Caroline lo miró. Él se notaba la cara temblorosa, pero luego sintió que se endurecía y se sintió dominado por una repentina firmeza, una extraña fuerza hasta entonces desconocida. Entonces él la miró con los ojos cargados de esa potencia. Caroline se encogió de hombros. Se levantó de la mesa y cruzó la estancia en dirección al fregadero, aclaró la taza de té bajo el grifo y la colocó boca abajo en el escurrerplatos. Entonces, sin volver a mirar a Omar, abrió la puerta. Omar la observó marcharse por el patio hasta que desapareció por la puerta que conducía a la torre.

Tiene razón, pensó Omar. No estoy de acuerdo con todo lo que dice y no acabo de comprenderla del todo, pero tiene razón. Quizá tenga razón moralmente, pero yo no soy mala persona, se dijo a sí mismo Omar. Mis intenciones no son malas. Lo que quiero hacer es del todo y moralmente inocuo. Apoyó la cara en sus manos. ¿Por qué habrá creado Dios a Caroline?

Arden lo encontró sentado a la mesa de la cocina de esa guisa cuando regresó del pueblo.

—Qué bien —dijo—, estás levantado. ¿Has dormido bien?

—Sí —dijo Omar sin mirarla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Arden—. Pareces... ¿Te ha pasado algo?

—No —dijo Omar. Levantó la vista e intentó sonreír—. No me ha pasado nada. Lo siento. Debo de estar algo resacoso. No estoy acostumbrado a beber tanto.

—Yo tampoco —dijo Arden—. Aunque no parece que tengas...

—Quizá también sea el viaje —dijo Omar—. Me encuentro un poco raro.

—Estás pálido —dijo Arden. Se acercó a él y le puso la mano en la frente—. No estás caliente.

—Estoy bien —dijo Omar—. El café me despejará.

—¿Todavía quieres ir? Si no te encuentras bien, sería preferible no subir a ver la góndola esta mañana.

—No, quiero ir —dijo Omar—. Me sentará bien hacer un poco de ejercicio. Creo que eso es lo que necesito.

—¿Tienes hambre? —preguntó Arden, sentándose a la mesa.

—No —dijo Omar.

—¿Quieres un poco de pan y mermelada? ¿O unos huevos?

—No, gracias —dijo Omar—. Me basta con el café.

Arden se puso de pie. Había llegado con una bolsa de la compra y empezó a vaciarla para ir guardando su contenido en los armarios y en el viejo frigorífico.

—Portia se ha enfadado con nosotros —dijo—. Quería que la esperáramos hasta que volviera de la escuela para venir de excursión.

—Si quieres, la esperamos —dijo Omar.

—No —dijo Arden—. Solo nos retrasaría.

Cruzaron el arco del patio, bajaron por el sendero de gravilla que cruzaba el antaño formal jardín, sortearon el seto de laurel que lo rodeaba, siguieron por una huerta de árboles frutales y subieron una colina hasta llegar a un bosque de árboles en su mayoría de hoja caduca. Era un día tranquilo y caluroso, no corría ni un soplo de aire y los árboles ensombrecían y filtraban la cálida luz del sol pero no la mitigaban. No había rastro del camino, ni siquiera había señales de que alguien, alguna vez, se hubiera adentrado por aquellos parajes, pero Arden avanzaba con determinación, serpenteando entre los árboles que aparecían a su paso.

—Creí que había un camino —dijo Omar.

—Hay una especie de camino más adelante —dijo Arden—, pero por aquí todavía no.

—¿Son vuestras estas tierras? —preguntó Omar.

—Sí —dijo Arden—. Hemos intentado venderlas, pero nadie las quiere comprar.

—¿Cuántos acres tenéis?

—No lo sé. Creo que muchos, cientos. Y antes había más, cuando todavía teníamos la mina.

—¿Cuándo se vendió la mina?

—No lo sé. Creo que en los años cincuenta, pero no estoy segura.

—¿Todavía funciona?

—No —dijo Arden—. Hace años que se cerró.

—¿De qué era la mina?

—De bauxita —dijo Arden.

—¿Qué es bauxita?

—Creo que un mineral. Se utiliza para fabricar aluminio.

—No entiendo cómo funcionan esas cosas —dijo Omar.

—Yo tampoco —dijo Arden.

Se detuvo, miró a su alrededor y luego reanudó el paso desviando ligeramente la dirección inicial. Ella caminaba más deprisa de lo que Omar había imaginado que caminarían. Que él supiera, no tenían ninguna prisa, pero Arden sí parecía tenerla.

Al cabo de un rato, Omar dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí —dijo Arden, ralentizando un poco el paso.

—¿Tú sabes si...? ¿Tú crees que hay alguna razón por la que Caroline no quiera que se escriba la biografía? Una razón que no sea la carta de Jules.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arden.

—¿Crees que hay algo, algo sobre ella o sobre Jules que no quiera que aparezca en el libro?

—Ah —dijo Arden—. ¿Algo de lo que se avergüence? No, no creo, pero sí es posible, no se me había ocurrido. ¿Tú crees que sí?

—No lo sé —dijo Omar—. No la conozco. Es que no comprendo su obstinación.

—Quizá no se trate de algo que deba entenderse —dijo Arden.

—Pero ¿no crees que todo puede entenderse al mirarlo con atención y con suficiente detenimiento?

—No —dijo Arden—. No, mi experiencia me dice que no es así, pero sí parece una manera práctica de abordar una biografía. De hecho, una manera necesaria de hacerlo.

—No me refiero solo a la biografía. Y yo no soy biógrafo, por el momento no lo soy. Y, a este paso, no lo seré nunca. No, yo me refiero a la vida en general. Quiero decir, la gente muchas veces se comporta de manera misteriosa o inexplicable, pero si la conoces un poco y sabes algo sobre ella, acabas comprendiendo por qué hace lo que hace.

—No creo que la gente sea racional hasta ese punto —dijo Arden.

—¿Tú comprendes la oposición de Caroline?

—Sí —dijo Arden—, pero no de forma racional. No te lo puedo explicar, pero para mí tiene sentido. Creo que es complicado. No hay solo un motivo o dos. Es todo un mundo, es todo su mundo, tal como es.

—Oh —dijo Omar. Luego añadió—: Esta mañana me dijo... me insinuó que yo era inmoral. Que era inmoral por mi parte escribir la biografía.

—¿Eso te dijo? —preguntó Arden—. Tampoco me sorprende. Siempre es su último recurso: la autoridad moral. Ahí está Caroline, en su torreón, mirándonos a todos desde la altura de su autoridad moral.

—¿Tú crees que las biografías son inmorales? ¿Crees que su misma esencia y su naturaleza son inmorales?

—No —dijo Arden—. Quizá yo sea demasiado tonta para comprender cómo son las biografías, pero no debes dejar que la arrogancia de Caroline te afecte. Es así como combate su soledad, convenciéndose a sí misma de que es mejor que los demás. Ella es muy orgullosa. Por eso dejó de pintar, estoy segura. No podía soportar la idea de ser una pintora mediocre y dejó de pintar. Cree que es mejor no pintar a pintar algo mediocre. Es muy triste y estúpido. Está frustrada y le gusta frustrar a los demás. Lo hace constantemente conmigo, pero no me importa. O intento que no me importe. Tampoco debe importarte a ti. De verdad.

Salieron de la arboleda y llegaron a una sucia carretera abandonada que ascendía por un bosque más denso y variado. Arden le explicó que esa era la carretera que iba hasta el lago, la carretera que había desaparecido, y siguieron subiendo por ella. Recorrieron la ladera de la colina y, cuando los bosques empezaron a clarear, Omar

pudo vislumbrar la mansión de Ocho Ríos por debajo de ellos. Habían ascendido mucho más de lo que creía.

Se detuvieron un momento y se quedaron mirando la mansión.

—¿Sabes por qué se llama Ocho Ríos? —preguntó a Arden.

—Hace referencia a ocho ríos —dijo Arden.

—Eso ya lo sé, pero no hay ocho ríos, ¿no?

—No —dijo Arden—. Quizá en su día sí hubiera ocho ríos. Muchos topónimos de por aquí proceden de España o de otros sitios.

—¿El nombre lo pusieron los padres de Jules?

—Oh, no —dijo Arden—. Creo que no. Seguro que ya tenía ese nombre cuando llegaron aquí. Antes de que llegaran aquí.

—Sin embargo, dijiste que fueron ellos quienes construyeron la mansión.

—Creo que antes ya había una casa en el ala donde se encuentra la cocina. Ellos añadieron el resto. —Arden se giró y señaló los bosques al otro lado de la carretera—. Por allí está el camino, pero ven, sube aquí y verás el punto donde la carretera desaparece.

Subió detrás de ella y giró en ángulo hasta donde la carretera terminaba repentinamente. Costaba imaginar que en aquel lugar desolado una pobre corriente que transcurría indiferente por el fondo de aquel cicatrizado tajo que dividía la carretera hubiera sido la responsable de devastar aquel paisaje. Se quedaron de pie al borde del precipicio y miraron las ruinas desde lo alto.

—La noche que se rompió el dique —dijo Arden después de unos instantes— fue extraña. Primero lo oímos. Aunque, por supuesto, no sabíamos qué estábamos oyendo: un ruido extraño en la distancia. Una especie de trueno, pero no parecía partir del cielo. Fue espantoso oír cómo se iba acercando y no saber qué era aquello. Nunca me había parado a pensar en lo poco que controlamos la tierra hasta que vine aquí. Hasta en la casa se hace evidente. La manera en que crecen las cosas, de una forma increíblemente rápida, la manera en que la casa cruje constantemente, se descompone y se desintegra. Por la noche oigo las tejas resbalar por el tejado y estamparse contra el suelo del patio. —Arden miró a Omar—. ¿Crees en Dios? —le preguntó.

Él le contestó que no.

—A veces pienso o siento que la tierra no quiere que las cosas perduren, quiere que todo se derrumbe y que todos nosotros nos vayamos. Quiere volver al punto en que estaba antes de que todo comenzara, de vuelta al jardín de las frutas y los animales, antes de que Dios se volviera ambicioso y arruinara todo. No se tendría que haber inmiscuido. Debería haber descansado el sexto día, no el séptimo. —Ella se estremeció y se apartó del abismo.

Desanduvieron sus pasos y reencontraron el camino, que se remontaba por la rocosa pendiente poblada de árboles. El sendero era estrecho y tenían que caminar en fila india, Arden por delante de Omar. Al cabo de un rato, Omar dijo:

—Supongo que no podría ver el otro libro, el manuscrito, la obra que mencionasteis anoche.

Arden se detuvo un instante, pero siguió caminando. No se volvió.

—No —dijo ella—. Eso no es posible. Adam no debería haberlo mencionado.

—¿Cuántos hay?

—Uno. Solo uno.

—¿Lo has leído?

—Sí —dijo Arden.

El hecho de tener que hablar a su espalda, sin verle la cara, envalentonaba a Omar.

—¿De qué trata? —preguntó.

Arden no lo miraba. Miraba hacia delante.

—Trataba de un hombre que vive en una gran mansión en el centro de la nada con su mujer y su amante. Jules no era especialmente imaginativo.

—La mayoría de los escritores no son nada imaginativos —dijo Omar.

Arden guardó silencio.

—¿Todavía trabajaba en él cuando murió? ¿O ya lo había terminado?

—Ya lo había terminado —dijo Arden.

—¿Y Jules no quiso publicarlo? ¿O...?

—¿O no quisimos nosotros? No, Jules no quiso. Adam no debió mencionarlo. No debería haberte dicho nada. Debes olvidarlo. No existe.

—¿Te refieres a que ha sido destruido? ¿El manuscrito?

—Debes olvidarlo —dijo Arden—. Por favor, no vuelvas a mencionarlo.

—Está bien —dijo Omar.

Siguieron caminando en silencio un rato, ascendiendo por el bosque. Entonces, el terreno se allanó, el bosque se abrió y fueron a parar a una gran explanada de hierba, juncos y arbustos espinosos.

Arden se detuvo al borde de la explanada.

—Esto era el lago —dijo—. Era extenso, pero no muy profundo. No podía ser profundo, por la góndola. La pértiga necesita tocar fondo. —Reprodujo el movimiento de un gondolero.

Se quedaron allí un momento, mirando hacia la superficie caliente y brillante de los bajos matorrales.

—El cobertizo está al otro lado —dijo ella, señalando con el dedo—, entre aquellos árboles. Ven.

Retomó el camino hacia abajo y Omar la siguió. Por el centro de la explanada pasaba un riachuelo embarrado y poco profundo que los dos saltaron de un brinco. Entre los árboles del extremo más lejano de la explanada había una construcción de madera baja y alargada, que se elevaba sobre unos pilotes, con dos puertas de granero que daban a donde estaban ellos.

—La puerta está por la parte de atrás.

—Espera —dijo Omar. De repente se sintió extraño. Tenía la sensación de que iba a desmayarse. ¿Se debía al calor? ¿Quizá a la altitud? ¿El esfuerzo de subir con solo un café en el estómago? Tal vez, pensó, pero sabía que se debía a algo más que todo eso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arden.

—Nada —dijo Omar—. Me encuentro un poco raro. Quizá sea la altitud...

—No estamos a mucha altura —dijo Arden—. No estamos nada altos. —Se rio—. Ven, siéntate a la sombra, allí.

Lo condujo hasta lo que había sido la ribera del lago y se sentaron en una zona sombreada que había junto al cobertizo. Arden rescató la botella de agua que había guardado en su bolsa y se la dio a Omar. Él bebió un poco y luego le devolvió la botella. Ella también bebió.

—¿Te sientes mejor? —preguntó ella.

—Sí —dijo él. Se levantó en un intento de demostrar su recuperación, pero Arden permaneció sentada. Omar se quedó mirando la cuenca vacía del lago, intentando representársela llena, pero no fue capaz: también él tenía poca imaginación—. ¿Cómo era? —preguntó.

Por un momento pensó que Arden no lo había oído, porque no contestó. Se volvió y la miró. Ella también estaba mirando fijamente el lago extinto.

—Era un lago —dijo—. Parecía artificial. Se veía claramente que lo había construido el hombre, no Dios. Tenía una forma ovalada demasiado perfecta. A veces veníamos a nadar aquí, aunque estaba lleno de barro y de maleza. Y de serpientes.

—¿Y cogíais la góndola? —preguntó Omar.

—No —dijo ella.

Omar podía adivinar por su voz que estaba recordando algo.

—¿Nunca? —preguntó.

—No —dijo ella—. No se utilizaba. Después de que muriera el padre de Jules no se utilizó jamás. No sé muy bien por qué, la verdad, pero no se utilizaba. Nunca vi a Jules ni a Adam montados en ella. Quizá no supieran manejarla, pero creo que no montaban por otra razón.

—Es algo sorprendente —dijo Omar—. Haberla traído hasta aquí. Haber escapado con ella.

—No la trajeron —dijo Arden.

Omar se giró.

—No la trajeron consigo —repitió Arden—. Apenas trajeron nada. La góndola no llegó hasta después de la guerra.

—Pero en el libro... —Omar empezó a decir, pero se detuvo.

—Se trata de una novela —dijo Arden.

—Sí, ya lo sé —dijo Omar—. Yo daba por hecho que... ¿Y entonces el lago no se construyó hasta después de la guerra?

—No —dijo Arden—. O eso creo.

—Oh —dijo Omar.

Se sentó de nuevo junto a ella. Se quedaron en silencio unos instantes. Ambos miraban fijamente el paisaje radiante por el sol, como si hubiera algo que desentrañar en él. Entonces Arden, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Sabías que yo era actriz de niña?

—No —dijo Omar. La miró. Su expresión era indefinida pero resolutiva y sus ojos se habían detenido en algo que quedaba lejos, como si hubiera enemigos en la orilla opuesta que solo ella podía ver.

—Sí —dijo ella—. Después de que muriera mi abuela, cuando me trasladé a Inglaterra. Mi padre era director. A veces se emborrachaba y a mí me daba miedo. Me enseñó a actuar asustándome. «Llora», me decía, y yo lloraba. —Lanzó a Omar una rápida mirada y volvió a dejar perdida la mirada en el horizonte—. En las películas siempre hacía de huérfana o de enferma. De niña que lloraba. A la gente le gusta ver llorar a las niñas en las películas. Todo estaba allí, todo lo que él quería, a flor de piel. A veces pienso que nacemos con un depósito limitado de emociones. Cuando viajaba en barco, siendo niña, pensaba que todas las cosas, toda la comida, toda el agua, todas las provisiones estaban guardadas en algún sitio y que todo podía agotarse... Pensaba en que el barco se hacía más ligero día a día, que la comida pasaba por nosotros para acabar arrojada al océano. Y que el barco se mantenía a flote gracias a ese vaciado cada vez mayor. Creía que crecer era algo parecido a aquello: al proceso de irse agotando, vaciando. Que los adultos eran impacientes y miserables porque se iban quedando sin emociones. Y yo creía que era algo bueno, algo por lo que valía la pena esforzarse. Así que lloraba cuando mi padre me pedía que llorara, toma tras toma, tantas tomas como fueran necesarias, y todo era real, yo no fingía, de alguna manera pensaba que me estaba liberando de ese padecimiento, que ese padecimiento no podía volver a mí.

Arden lo miró de nuevo y de nuevo apartó la mirada.

—Tú haces que piense en todo esto. Es curioso. No lo entiendo.

—¿Por qué no lo entiendes? —preguntó Omar.

—Yo ya no lloro nunca. No lloro desde hace años. Ni siquiera cuando murió Jules. Ni siquiera cuando... —Negó con la cabeza—. Nunca. Años y años sin llorar, pero estos últimos días, desde que llegaste...

No terminó la frase. Aparentemente no pudo terminarla.

—¿Por qué? —preguntó Omar.

Entonces lo miró directamente y su rostro estaba tenso y lleno de emoción.

—No lo sé —dijo ella. Sonrió levemente—. Ni siquiera sé lo que es. Miedo, quizá. O dolor. No sé si eres tú. Y, si eres tú, no sé por qué.

—Lo siento —dijo él—. Siento haberte molestado. No debería haber venido. Creo haber molestado a todo el mundo. Precisamente esta mañana pensaba que no debería haber venido.

—No —dijo ella—. ¿No te das cuenta? Si no hubieras venido...

Estaban sentados en el suelo, muy cerca el uno del otro. Quizá se estuvieran tocando. Se sentían como si se estuvieran tocando. Se estaban tocando. La mano de Arden acariciaba la mejilla de Omar. Se abandonaron como uno se abandona en un sueño, de una manera inexorable y espantosa, pero a la vez eufórica. Sus rostros se habían apoyado el uno contra el otro, tenían los ojos cerrados y se estaban besando.

Y allí se quedaron sentados, sobrecogidos, expectantes, en silencio. La mano de Omar descansaba sobre la pierna de Arden. Y al cabo de un momento, volvieron a mirarse y se besaron de nuevo.

Entonces Arden se levantó. Se sacudió la ropa a pesar de no haberse manchado. No podía mirarlo a la cara. Se habían besado, pero no podían reconocerlo.

—Deja que te enseñe la góndola —dijo ella. Hizo un ademán con la cabeza en dirección al cobertizo.

Omar se levantó y la siguió hasta que se detuvo para abrir el candado de la puerta. La empujó y le indicó que entrara. Pasó por delante de ella y entró en el cobertizo. Ella se quedó fuera junto a la puerta, donde daba el sol.

El cobertizo estaba oscuro y frío, olía a limo y a descomposición. Las pocas ventanas que había estaban cubiertas de suciedad. Omar se volvió hacia la puerta.

—¿No entras? —le dijo.

—No —dijo Arden.

Estaba pálida o quizá, por la diferencia de luz, fuera el brillo del sol que la iluminaba.

Omar intuyó que ella no quería ver la góndola y de repente él también sintió miedo de verla, como si el hecho de hacerlo fuera a cambiar algo o a cambiarlo a él.

—No me gusta estar ahí dentro —dijo Arden—. Me da escalofríos. Pero, adelante, tú mira. Yo estaré aquí fuera.

Ella desapareció de la puerta.

Omar dio una vuelta por el interior. Había una canoa y un bote de remos sobre el suelo de madera y, detrás, boca abajo y sobre unas tablillas, la góndola. Era más pequeña de lo que había imaginado. Se paseó entre el resto de las barcas y tocó el casco, cuyo color no podía discernir en la oscuridad. Se acuclilló e intentó mirarla desde abajo. Estaba demasiado oscuro como para poder ver nada, pero distinguió el olor a cuero y a terciopelo descompuesto. Y de repente se sintió estúpido. Más que estúpido, sintió que estaba actuando mal, como si estuviera cometiendo un pecado. Tuvo la sensación de que su deseo de ver la góndola era inapropiado, casi lujurioso. Se avergonzó de sí mismo.

Se entristeció. El hecho de que la góndola estuviera allí, del revés, encerrada en la oscuridad, junto al lago ausente, le provocaba una gran tristeza.

Tardó unos instantes en adaptarse a la luz exterior. No veía a Arden por ningún sitio. Por un momento pensó que lo había abandonado allí. Miró a su alrededor y por fin la vio detrás de él, a la sombra de los árboles. Arden bajó la pendiente y pasó por su lado sin decir nada. Cerró la puerta del cobertizo y cogió su bolsa del suelo.

Entonces volvió a pasar por su lado, en dirección a la orilla de lo que había sido el lago. Se quedó allí de pie, a pleno sol, esperando a que él se uniera a ella.

Cuando salieron del bosque y llegaron al huertecito, encontraron a Pete en una escalera tratando de colocar una red en un árbol para impedir que los pájaros arruinaran sus frutos.

—Hola —les dijo.

No habían hablado en todo el camino de regreso, así que la interrupción de Pete fue bien acogida. Se acercaron y se quedaron debajo del árbol que estaba tratando de proteger con la red.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Omar.

—Sí, gracias —dijo Pete—. Será más fácil entre dos.

—Yo os dejo —dijo Arden y se encaminó hacia la casa.

Pete se bajó de la escalera.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó a Omar.

—Hemos subido a ver la góndola —dijo Omar.

—¿Te ha gustado? —preguntó Pete.

Era una pregunta insólita: no se trataba de algo que pudiera gustarte o disgustarte.

—Estoy contento de haberla visto —dijo Omar.

—Ven —dijo Pete—. Te enseñaré la colmena.

La colmena estaba plantada sobre la hierba alta, en el margen del terreno de árboles frutales. Estaba hecha de madera y parecía un tocador del que podían extraerse unos finísimos cajones verticales. Pete extrajo uno que contenía un panal de miel abarrotado de un enjambre de abejas. Las abejas se fueron extendiendo por su mano hasta cubrirla del todo, como si fuera un guante zumbador. Se la acercó a Omar, pero este pegó un grito y se apartó. Pete se rio. Agitaba la mano en el aire como si estuviera dibujando lentamente figuras con una antorcha. Las abejas se fueron alejando soñolientas de ella. Volvió a colocar el cajón en la colmena y se quedó junto a Omar. Observaron el revoloteo de las abejas y su regreso a la colmena, volando desde abajo.

Pete alcanzó un melocotón del árbol, lo arrancó y se lo dio a Omar.

—Gracias —dijo Omar.

Pete eligió otro para él. Había melocotones pequeños a punto de reventar de tan maduros, con una piel muy fina de color rojo pálido. La pulpa también tenía un color pálido y sabía un poco a plátano. Quizá se tratara de otra fruta. Pete se comió el suyo en unos cuantos bocados, sosteniéndolo a cierta distancia para que el jugo goteara en el suelo. Succionó la pulpa adherida al hueso y lo tiró hacia el bosque. Se tumbó bajo los árboles, en una extensión de hierba moteada por el sol, y se puso las manos detrás de la cabeza. La camiseta se le subió y dejó expuesta una parte de la piel de su vientre. Se bajó la camiseta hacia los pantalones, pero volvía a subirse en cuanto

colocaba de nuevo los brazos detrás de la cabeza. Cerró los ojos. Parecía que iba a dormir la siesta.

Omar se terminó el melocotón y arrojó el hueso a la hierba alta. No estaba seguro de lo que debía hacer en aquel momento, si quedarse allí o dejar a Pete solo, pero era agradable estar allí sin tener que hacer nada. El silencio le permitía oír el murmullo de la colmena. Sintió la necesidad de orinar. Se apartó un poco y orinó en la hierba.

Regresó y se sentó junto a Pete. Al cabo de un rato Pete abrió los ojos y se incorporó. Miraba hacia la colmena, a cuyo alrededor todavía había alguna abeja revoloteando.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Pete.

—Veintiocho —dijo Omar.

—Igual que yo —dijo Pete—. Somos como hermanos.

Omar pensó que si fueran hermanos difícilmente podrían tener la misma edad, pero no dijo nada.

Pete se levantó. Omar también.

—Voy a buscar otra escalera —dijo—. Vuelvo enseguida.

Omar se sentó. Observó a Pete caminar hacia el jardín. Se había quedado solo. Podía oír el murmullo de la colmena. Era un zumbido suave y apacible. Casi podía sentirlo. He besado a Arden, pensó. Se tumbó en la hierba. Oyó a Pete volver con la escalera. Cuando se incorporó, Pete había apoyado las dos escaleras en un árbol, una a cada lado.

—Será más fácil si los dos nos subimos al árbol —dijo.

Empezó a subir por una de las escaleras. Omar se levantó y se dirigió hacia el árbol. Era el árbol del que Pete había cogido los melocotones. Estaba repleto de fruta. Algunas piezas estaban podridas. Omar subió la escalera, que se tambaleó al tener que soportar repentinamente su peso. Las ramas del árbol no eran fuertes pero sí flexibles. No podía ver a Pete a través del denso follaje. El zumbido que oía procedía también de ese árbol porque también estaba lleno de abejas.

—Tiraré la red por encima —dijo Pete—. Intenta cogerla y estirla hacia abajo, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Omar.

Podía oír a Pete trajar con la red. Y luego oyó un ruido sibilante al aterrizar la red en el árbol.

—¿La ves? —reclamó Pete.

—No —dijo Omar.

—Mierda —dijo Pete—. Voy a intentarlo de nuevo.

Omar esperó y oyó cómo Pete tiraba otra vez la red. Esa vez una parte de ella quedó colgando, bastante cerca de donde se encontraba él.

—¿La ves? —preguntó Pete.

—Sí —dijo Omar—. Ya la cojo.

—Ten cuidado —dijo Pete.

Omar se estiró para coger la red. Notó una quemazón en la mano, como si hubiera tocado una llama. Y entonces se cayó.

SEGUNDA PARTE

Aquella tarde dorada no quería ir más allá; más que ninguna otra cosa, quería quedarme un rato...

ELIZABETH BISHOP, *Santarém*

Sí alcanzaba a comprender que se encontraba en un hospital y que le había pasado algo muy grave. No se podía mover, le dolía hasta pensar. Luchaba por salir de las garras del sueño, pero volvía a caer en ellas casi de inmediato; no lo agarraban bien porque seguían soltándolo; caía en un sueño profundo y oscuro, para luego volver a emerger a la consciencia y abrir los ojos. Una mujer de pie junto a él lo miraba. Le estaba hablando, pero él se sentía como sumergido en agua y no podía oírla.

Lo habían sacado de su cuerpo y le habían metido en alguna otra cosa. Eso es lo que le dijo a la mujer. Le pidió que le devolvieran su cuerpo.

La siguiente vez que despertó había un médico inclinado sobre él, muy cerca, como si fuera a besarlo.

—¿Puedes sentir esto? —preguntó el médico, acariciando con ternura su mejilla—. Si puedes sentirlo, parpadea.

Omar parpadeó. El médico retiró la mano.

—¿Puedes sentir esto? —le preguntó de nuevo—. Si puedes sentirlo, parpadea.

Omar intentó explicar cómo le habían quitado el cuerpo, pero el médico no lo escuchaba. Solo repetía:

—¿Puedes sentir esto? Si puedes sentirlo, parpadea.

El doctor Peni entró en su despacho y se sentó al escritorio. La mujer se sentó frente a él como suelen hacer las mujeres en esas situaciones, con el rostro pálido por la tensión, expectante. Durante unos instantes el médico disfrutó de ese bello fervor y del poder que tenía sobre ella. Tocó la mesa con dos dedos, dando ligeros golpecitos.

—Bueno —dijo él—, como ya sabe, ha recuperado la consciencia. Eso es una señal muy buena.

—Sí —dijo Arden.

—Seguimos preocupados por la fiebre. Y siento decirle que hay un grado importante de parálisis.

—¿Parálisis?

—Sí. Verá, el veneno afecta al sistema nervioso central, lo bloquea, razón por la que es tan importante inyectar el suero inmediatamente. Debido al retraso que se produjo en este caso, la parálisis es extensa. Si se dedican a la cría de abejas, deberían tener suero disponible.

—¿Es... será permanente? —preguntó ella.

—Es imposible saberlo en este momento. El organismo puede responder de manera milagrosa o no responder en absoluto. Es una persona joven y sana. Tiendo a ser optimista, pero, sin hacerle más pruebas, es imposible saber el alcance de los daños en el sistema nervioso.

—¿Ha hablado con su padre? Tengo entendido que es médico.

—Sí, ha llamado esta mañana. Un hombre de lo más antipático.

—Pero ¿ha conseguido la información que necesitaba?

—Sí —dijo el doctor Peni—. Ese joven... Permítame preguntarle: ¿tiene relación con usted?

—No —dijo Arden—. Era un invitado, había venido de visita. Un amigo.

—Entiendo —dijo el doctor Peni—. Un amigo especial, imagino.

Arden se quedó perpleja.

—No estoy segura de a qué se refiere.

—Lo siento —dijo el doctor Peni—. Por su conducta di por hecho de que se trataba de un amigo especial de usted. Su preocupación parece sincera. Pero es posible que dé por hechas demasiadas cosas. Pensé que si fuera un amigo especial, le gustaría verlo.

—Oh —dijo Arden—, ¿puedo?

—Sí —dijo el doctor Peni—. Está consciente, pero no responde. Su cerebro... Bueno, todavía no sabemos nada. Pero puede ser positivo que lo vea. Positivo para él, me refiero.

—Sí —dijo Arden—. Me gustaría verlo.

—En ese caso, deje que la acompañe a ver a su amigo.

Lo ha entendido todo mal, pensó Arden, mientras lo seguía pasillo abajo. Cree que somos amantes, pero quizá convenga que piense eso. Si cree que alguien quiere a Omar, se esforzará más por salvarlo. Por mí, pensó. Lo salvará por mí.

Gritó al entrar en la habitación. No podía ser. Algo terrible había pasado. Estaba hinchado y tenía el rostro de un viejo, un rostro feo...

—¿Conoce al señor Miquel Rius? —preguntó el doctor Peni.

—¡Oh! —dijo Arden, cayendo en la cuenta—. Creí... Creí que era Omar.

El doctor Peni se rio.

—No —dijo—. Su amigo está aquí. —Le señaló el biombo que rodeaba la otra cama—. Si pasa por aquí, dejaremos que el señor Miquel Rius disfrute de su plácido sueño. —Apartó el biombo para poder colocarse junto a la cama. Omar no tenía buena cara, pero al menos sí era la suya. Tenía los ojos cerrados. El doctor Peni levantó uno de sus párpados y le examinó el ojo. Luego dejó que se cerrara—. Está durmiendo —anunció. Colocó su estetoscopio en el pecho de Omar y escuchó—. Su corazón late bien —dijo.

Arden miró a Omar como si fuera la primera vez que lo viera. Descansó sobre él su fija mirada.

—Puede que quiera tocarlo... —se preguntó el doctor Peni en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Arden.

—Si quiere, puede tocarlo —dijo el doctor Peni—. Con suavidad, por supuesto. —Le señaló con el dedo índice la mejilla de Omar—. Aquí, por ejemplo.

Arden alargó la mano y pasó el dorso de sus dedos por la mejilla de Omar. Omar respondió al contacto moviendo la cabeza ligeramente en la almohada; su rostro reflejó muchísima ternura. Ambos lo vieron. El doctor Peni sonrió.

Pero cuando Arden regresó a la clínica al día siguiente, Omar había entrado de nuevo en coma. El doctor Peni estaba preocupado por su pérdida de consciencia, aunque le aseguró que las constantes vitales de Omar eran buenas. Le explicó que, en ocasiones, la pérdida de consciencia es buena: así es como el cuerpo se cura a sí mismo. El doctor pensaba que sería conveniente que Arden le hablara: el sonido de la voz es un buen estímulo incluso para un cerebro en coma. El médico la condujo hasta la habitación de Omar y la dejó allí.

Al señor Miquel Rius lo habían enviado a casa y habían retirado el biombo blanco que rodeaba la cama de Omar. Arden se sentó en una silla metálica, junto a él. Durante un buen rato solo se dedicó a mirarlo: su cara estaba un poco hinchada, como si le hubieran inflado, y tenía una fea costra alrededor de las pestañas. Respiraba con dificultad. En un rincón de la habitación había un lavamanos con trapos amontonados; Arden puso uno debajo del grifo para mojarlo, lo escurrió y lo pasó suavemente por la cara de Omar.

Habla, pensó, dile algo, pero no podía hablar. Se quedó allí sentada mucho rato, pensando en qué podía decirle, sabiendo que no importaba lo que le dijera, pero sí importaba. Ella sentía que sí importaba. Aunque solo estuviera tirando piedras al fondo de un pozo, allí se quedarían, en el inconsciente. Parecía peligroso, casi criminal, hablar a alguien que no podía oponer resistencia alguna. Y luego pensó que su silencio era perverso, poco generoso, cruel. ¿Por qué no podía hablarle? Si eso podría serle de ayuda, ¿por qué no le salían las palabras?

—Lo siento —dijo.

Estaba sentada a su lado, mirándolo. Se preguntaba si el hecho de estar a su lado podría ser, de alguna manera, tan beneficioso como hablarle. ¿Quién sabe hasta qué punto su subconsciente estaba afectado? Se acercó y le tocó el brazo desnudo que descansaba por encima de la colcha, pero enseguida retiró la mano. No tengo ningún derecho a tocarlo, pensó. Se levantó y arrojó el paño húmedo en el lavamanos. Se fue sin despedirse del doctor Peni.

Arden había encontrado el número de teléfono de Deirdre escrito en una lista que había entre las páginas del pasaporte de Omar y lo había apuntado en un pequeño bloc de notas junto al teléfono del vestíbulo de entrada. Arden lo marcó en cuanto entró en casa. Había hablado con Deirdre la noche del accidente para contarle lo ocurrido: a Omar le había picado una abeja, había sufrido una reacción alérgica, se

había caído de un árbol y se había roto la muñeca derecha, pero se recuperaría.

Salió un contestador automático que le pidió que dejara un mensaje.

—Soy Arden Langdon —dijo ella—. No quisiera alarmarte, pero me temo que Omar ha vuelto a entrar en coma. Supongo que el doctor Peni está en contacto con el padre de Omar, pero pensé que debía llamarte. Creo que deberías venir. Por favor, llámame en cuanto puedas.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia las puertas acristaladas del patio, que estaban abiertas. Esto es el final, pensó. Si su novia viene, no puede ocurrir nada. Él no morirá y yo no me enamoraré de él.

El mantel seguía puesto en la mesa. Solo habían pasado tres noches desde aquella en que bebieran champán. Lo dobló y lo recogió entre sus brazos. Estaba manchado, tendría que lavarlo con lejía.

Omar había tenido problemas para llegar hasta Ocho Ríos fundamentalmente porque no se creía capaz de llegar hasta allí; Deirdre, sin embargo, no se dejó amilanar por la duda y su intrepidez fue pareja a la urgencia del momento. Llegó allí dos días después de recibir las llamadas de Arden y «allí» era Tranqueras, el pueblo más próximo. Cuanto más cerca estaba de su destino, más difícil era el viaje: parecía no haber ningún camino por donde continuar desde Tranqueras o al menos ninguna ruta comercial. En su prisa por partir y, por tanto, por llegar, no había preguntado ni había escuchado bien las instrucciones de Arden y había dado por sentado que la casa, Ocho Ríos, se encontraba en el pueblo, no a dieciséis kilómetros de distancia.

Pensó en llamar a Arden y pedir que fueran a buscarla o que le diera instrucciones sobre cómo proseguir su viaje, pero no parecía haber teléfonos públicos disponibles. En otras circunstancias, Tranqueras habría sido un lugar agradable donde dejarse caer: había una única calle con comercios, una plaza con un parque enfrente de la iglesia, un mercadito de sandalias, pilas y pollos escuálidos y mal desplumados y un café con unas cuantas mesas dispuestas en la ancha calle adoquinada. Delante de ese café, Deirdre descendió del autobús. Se sentó a una de las mesas bajo un parasol que anunciaba cerveza alemana. Un joven bien vestido salió del café y se le acercó. El español de Deirdre era bastante bueno, había estudiado en la universidad y había pasado seis meses en Sevilla. Pidió un *agua mineral*, después de que le dijeran que *la bebida típica de la región* era la Coca-Cola.

Cuando el camarero regresó con el agua, ella le preguntó si conocía Ocho Ríos y su respuesta fue afirmativa. ¿Sabría cómo llegar hasta allí?

Estaba un poco lejos, reconoció él, pero siempre había gente que iba en esa dirección, especialmente a última hora de la tarde. ¿Que no podía esperar hasta entonces? Ah, claro, una urgencia. Bueno, en ese caso...

Deirdre subió al autobús escolar atiborrado de niñas parlanchinas hasta Ocho Ríos y se bajó, junto con Portia, en la curva de la carretera, junto a las verjas.

—Hay que ir caminando desde aquí —explicó Portia.

—¿Está lejos? —preguntó Deirdre.

Portia señaló la carretera y dijo:

—Está más o menos tan lejos como hasta donde alcanza la vista.

—Oh —dijo Deirdre.

—¿Eso es lejos? —se preguntó Portia.

—Sí —dijo Deirdre—, para mí, sí.

—Si quieres, puedes dejar tu maleta aquí —dijo Portia— y venir a buscarla más tarde con la carretilla.

—Prefiero llevarla —dijo Deirdre.

Empezaron a caminar por la carretera.

—¿Sabes cómo se encuentra Omar? —preguntó Deirdre.

—Le picó una abeja —dijo Portia—. Y se hinchó como un globo. No podía respirar. —Imitó un jadeo—. Está en el hospital.

—Lo sé —dijo Deirdre—. Por eso estoy aquí.

—¿Eres su madre? —preguntó Portia.

—No —dijo Deirdre—. Soy amiga suya.

—¿Su novia?

—Sí —dijo Deirdre—. ¿Sabes si ya está mejor?

—No lo sé —dijo Portia—. ¿Dónde vives?

—En Estados Unidos —dijo Deirdre—. ¿Sabes dónde está eso?

—Sí —dijo Portia—. Mi madre vivió allí antes de trasladarse aquí. Y mi abuela también vivió allí, pero ya está muerta.

Deirdre soltó la maleta.

—Descansemos un minuto —sugirió. Se sentó sobre la maleta—. ¿Has visto a Omar después de que le picara la abeja? —preguntó.

—Sí —dijo Portia—. Estaba tendido en el suelo, pataleando con los pies. Los zapatos se le salieron. Luego se desmayó. Pete y mi madre tuvieron que llevarlo hasta el coche. Se les cayó una vez. Pesaba más de lo que parecía, dijeron.

Deirdre se levantó.

—Sigamos —dijo—. ¿Querías ayudarme? —preguntó a Portia.

—Sí —dijo Portia.

—Pues llévame esto —dijo Deirdre, dándole la mochila.

Portia dejó a Deirdre en el vestíbulo de entrada y se adentró en la casa en busca de su madre. La encontró en el jardín.

—Hola —dijo Arden en voz alta, mientras su hija se acercaba—. Se supone que tienes que quitarte el uniforme antes de pisar el jardín.

—La novia de Omar está aquí —dijo Portia—. Ha cogido el autobús conmigo.

—¿Cómo? —preguntó Arden.

—La novia de Omar ha venido en autobús conmigo. Está en casa, esperándote.

—¿En el autobús escolar? ¿Estás segura? —preguntó Arden—. No pensé que llegaría aquí tan pronto.

—Dice que es la novia de Omar. Viene de Estados Unidos. Me ha pedido que le llevara la mochila.

Deirdre esperó a que la niña se marchara y entonces miró a su alrededor. La estancia en la que estaba esperando era grande, con puertas y ventanas a ambos lados. El techo tenía una altura de tres plantas. En el centro de aquella estancia había una enorme mesa de madera, cuyo borde de marquetería estaba laboriosamente taraceado con incrustaciones de madreperla. Sobre la mesa había un jarrón grande con flores prácticamente secas. El suelo de parqué estaba muy rayado, faltaban unas cuantas tablas y muchas estaban desencajadas. En una esquina, debajo de la curva de la escalera, había una mesilla con un viejo teléfono de disco y una libreta donde estaba anotado el número de Deirdre.

Deirdre estaba intentando abrir las puertas acristaladas que daban al patio cuando oyó que alguien cerraba una puerta en la planta superior. Retrocedió hasta el centro de la estancia y vio a una mujer bajando las escaleras. Durante un segundo creyó que se trataba de Anaïs Nin. Y entonces recordó que Anaïs Nin ya había fallecido, que ella estaba en Uruguay y que su mente estaba confundida por el viaje, la fatiga y la preocupación. Durante un segundo sintió que iba a romper a llorar, pero la sensación de calma que desprendía aquella mujer, su mirada silenciosa, la tranquilizó. La mujer, que aparentaba tener entre cincuenta y sesenta años, era bastante hermosa. Tenía un rostro sereno. Llevaba el cabello con la raya en medio y retirado hacia atrás con un recogido liviano, de manera que colgaba en dos mitades a cada lado de la cara. Llevaba un vestido de lino de color añil sin ceñir en la cintura que le ocultaba las rodillas. El collar de cuentas de color ámbar y plateado le llegaba casi hasta la altura del ombligo. La mujer bajaba las escaleras despacio, manteniendo tan erguida la espalda que apenas se movía aquel pesado collar y no dijo una sola palabra hasta que llegó al rellano.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo.

—Hola —dijo Deirdre.

La mujer repitió el saludo. Sonreía con gesto paciente pero frío.

—Me llamo Deirdre MacArthur. ¿Es usted la señora Langdon?

—No —dijo la mujer—. Soy Caroline Gund.

La esposa, pensó Deirdre.

—¿En qué puedo ayudarla? —repitió la mujer.

—Soy amiga de Omar Razaghi —dijo Deirdre—. He venido a ver a Omar.

—Oh, Omar —dijo la mujer—. Omar no está aquí. Ha tenido un accidente.

—¡Ya lo sé! —dijo Deirdre—. Por eso estoy aquí. ¿Sabe usted cómo se encuentra?

—Me temo que no —dijo la mujer. Tocó la superficie polvorienta de la mesa grande con dos dedos y luego los frotó entre sí. Aquel gesto tenía un cariz condenatorio, como si Deirdre fuera la responsable de quitar el polvo de los muebles—. ¿Viene usted de dónde?

—De Estados Unidos —dijo Deirdre—. De Kansas.

—Ah, sí, Kansas. No deja de presentarse gente de Kansas por aquí. Inesperadamente —añadió.

—La señora Langdon sabía que venía —dijo Deirdre—. Ella me pidió que viniera.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo Deirdre—. ¿De verdad no sabe nada de Omar? ¿Todavía está en coma?

—Creo que ha recuperado la consciencia. Arden tiene más información. Yo me he mantenido bastante al margen del tema.

—Oh —dijo Deirdre.

—¿Acaba de llegar?

—Sí —dijo Deirdre—. Acabo de llegar. Llevo horas y horas y horas de viaje. Días.

—Le enseñaría su habitación, pero no estoy segura de cuál es la suya. Arden es quien se encarga de la casa. Pero puedo ofrecerle algo de beber, agua o cualquier otra cosa que desee.

—Gracias —dijo Deirdre.

—¿Agua? ¿O algo más fuerte? A juzgar por su aspecto me da la impresión de que esto último sería... ¿cómo decirlo? ¿Más apreciado? ¿Más necesario?

—Agua estará bien —dijo Deirdre—. Quizá le pida otra cosa más tarde.

—Por supuesto —dijo Caroline—. Con su permiso.

Abrió la puerta que había debajo de la escalera y desapareció por el oscuro pasillo que conducía a la cocina.

Deirdre se sentó en uno de los bancos que había junto a la puerta. Desde allí vio a la niña y a otra mujer cruzando el patio. Se puso de pie.

Arden abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Portia se quedó rezagada junto a la fuente.

—Hola —dijo Arden—. Siento no haber estado aquí para recibirte, pero no tenía ni idea de cuándo llegarías. Has venido antes de lo que pensaba. Yo soy Arden Langdon. —Le alargó la mano y, entonces, al ver lo sucia que estaba, la retiró y se rio—. Lo siento, estaba en el jardín y...

—Hola —dijo Deirdre—. ¿Sabes cómo está Omar?

—Sí, sí —dijo Arden—. Me alegra decirte que está mejor. Ha recuperado la consciencia, se ha mantenido consciente durante veinticuatro horas. Hoy no lo he visto, pero el doctor Peni, el médico que lo está tratando, llamó al mediodía con un parte bastante bueno. No he ido a verlo hoy por si llegabas.

—¿Cuál es el horario de visitas? —preguntó Deirdre—. ¿Cuándo puedo verlo?

—Oh, en ese aspecto es una institución bastante flexible —dijo Arden—. No hay horario de visitas. Creo que puedes ir a visitarlo cuando quieras.

—¿Ahora? —preguntó Deirdre—. ¿Podría ir a verlo ahora?

La puerta situada bajo la escalera se abrió y apareció Caroline sosteniendo un

vaso de agua.

—Oh, Caroline —dijo Arden—. Hola. ¿Ya conoces a Deirdre?

—Sí —dijo Caroline—. Esta agua es para ella. —Le dio el vaso de agua—. La dejo en manos de Arden. Ella es, como ya le he comentado, quien se encarga de la casa.

Caroline subió las escaleras lentamente.

—Yo también tomaré un poco de agua —dijo Arden, cuando vio a Deirdre beberse la suya de un trago—. Sentémonos en la cocina un momento. Por aquí.

Abrió la puerta debajo de la escalera y se adentró por el pasillo. Deirdre cogió su bolsa.

—Oh, ¿por qué no la dejas aquí? —preguntó Arden—. A menos que necesites algo que lleves en ella.

Deirdre soltó la bolsa y siguió a Arden por el oscuro pasillo hasta la espaciosa y luminosa cocina. Arden sacó una botella de agua del frigorífico, rellenó el vaso de Deirdre y sirvió un segundo vaso para ella.

—Siéntate —dijo, señalando la mesa con la cabeza—. Me lavo las manos en un segundo.

Deirdre se sentó a la mesa. Las patas eran de madera y el tablero de piedra. En el centro había un jarrón de cristal de donde emergía un ramillete de flores frescas. Deirdre apoyó las manos planas sobre el tablero.

Arden se frotaba las manos enjabonadas debajo del chorro de agua del grifo y se giró para mirar a Deirdre.

—Has tardado poquísimo en venir. ¿Qué tal el viaje? Portia me ha dicho que has venido en el autobús escolar desde el pueblo. Qué inteligente por tu parte.

—El hombre del café me dio la idea —dijo Deirdre—. Fue muy amable. Igual que tú, por llamarme y permitir que me quede aquí. Te lo agradezco mucho.

—Bueno, habría preferido que no te hubiera traído hasta aquí nada desagradable —dijo Arden. Cerró el agua y se secó las manos con una toalla blanca—. Aunque supongo que no habrías venido por ninguna otra razón. Pero como puedes comprobar, tenemos mucho sitio, bueno, mejor dicho, lo comprobarás cuando te enseñe la casa. Lamento no haberte preparado ninguna cama todavía, pero no tardaré ni un minuto.

—Puedo dormir en la cama de Omar —dijo Deirdre—. No quiero darte más molestias.

—No es ninguna molestia —dijo Arden.

Se sentó a la mesa y se bebió el vaso de agua. Nunca se le habría ocurrido que Deirdre pudiera dormir en la cama de Omar. No, debe dormir en su propia habitación.

—¿Dónde está Omar? —preguntó Deirdre.

—Oh —dijo Arden—. La clínica está a las afueras de Tacuarembó. Está a unos treinta minutos en coche desde aquí. ¿Por qué no...? ¿Prefieres refrescarte un poco antes y luego vamos?

—No me gusta tener que depender tanto de ti —dijo Deirdre—. ¿Hay algún lugar

en Tacuarembó donde pueda quedarme?

—Oh, por favor —dijo Arden—. No debes sentirte mal por eso. Quédate aquí. De verdad que no hay ningún problema. Como verás, poco podrás molestar. Hay un lavabo en la planta superior que puedes utilizar. Y pondremos tus bolsas en una habitación. ¿Solo has traído la bolsa que está en el vestíbulo?

—Sí —dijo Deirdre.

—Viajas con poco equipaje —dijo Arden.

—La verdad es que no hice bien la bolsa —dijo Deirdre—. Tenía tanta prisa...

—Bueno, si necesitas cualquier cosa, dímelo. Creo que mi ropa puede valerte. Ven, te enseñaré el baño.

En el trayecto en coche se mantuvieron en silencio un rato. Arden conducía y Deirdre iba sentada a su lado mirando por la ventanilla. No pasaron por ningún otro edificio ni por otras casas, tampoco vieron gente ni coches.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Deirdre.

Arden la miró.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Cómo es que le picó una abeja a Omar? —preguntó.

—Pete y Omar estaban colocando una red en un árbol del huerto. Omar fue muy amable al ofrecerse a ayudarlo. Estaba subido a una escalera y parece ser que le picó allí. Pete y yo tenemos una colmena, criamos abejas —dijo Arden—. Pete es el compañero del hermano de Jules Gund. No sé exactamente cómo ocurrió. Yo estaba en casa. Habíamos salido a... Al pobre Omar le picó la abeja y... ¿Sabías que es alérgico a las picaduras de abeja?

—No —dijo Deirdre. Y luego repitió—: No.

—Creo que la reacción fue instantánea. Pete apareció corriendo, no podía mover él solo a Omar. Al principio no sabíamos que le había picado una abeja. Creímos que simplemente se había caído del árbol. Se dieron cuenta en la clínica, por eso no le pusieron el suero a tiempo. Ya ves que hay bastante distancia hasta Tacuarembó y, cuando llegamos, tuvieron que llamar al médico y todo eso llevó mucho tiempo. Fue horrible. Pero no debes preocuparte. Se va a recuperar, el doctor Peni me lo aseguró. —Miró a Deirdre, que se sujetaba fuertemente al pequeño agarrador que colgaba del techo del coche—. Hay algo que quizá deba decirte —dijo Arden.

Deirdre la miró. Arden tenía la vista fija en la carretera, con una mirada muy seria, pero su preocupación era artificial, pensaba Deirdre.

—¿Qué? —preguntó.

—Es sobre el doctor Peni —dijo Arden—. Es una tontería, pero creo que tienes que saberlo. Está cuidando muy bien a Omar. Extraordinariamente bien.

—Me alegra saberlo —dijo Deirdre.

—Sí —dijo Arden.

—¿Y qué es? —preguntó Deirdre.

—El doctor Peni cree que Omar es mi... bueno, supongo que da por hecho que es mi amante. Nunca le he dicho nada semejante, simplemente ha malinterpretado mi preocupación y yo no lo corregí.

—¿Por qué no? —preguntó Deirdre.

—Creí que era lo mejor para Omar —dijo Arden—. El doctor Peni es un hombre bastante romántico, bueno, un machista, es tan machista como todos los hombres de por aquí. Le gusta comprobar que el mundo guarda cierto orden. Nos vio a Omar y a mí de un modo que le resultó llamativo, supongo, y pensé que eso beneficiaría a Omar, por eso no lo corregí. Por supuesto, ahora que estás aquí, lo sacaremos de su error, pero quería que lo supieras.

—No —dijo Deirdre—. Lo que sea mejor para Omar. No me importa lo que piense el médico.

—Pero presentándote de esta forma, recién llegada de Estados Unidos, se preguntará quién eres tú.

—Puedo ser su hermana —dijo Deirdre— o una amiga. Tampoco importa. ¿Tengo que dar explicaciones? Dejemos que piense lo que quiera. Si ha dado por sentado algo sobre ti, dará por sentado algo sobre mí, ¿no?

—Supongo que sí —dijo Arden.

—Entonces, al menos por ahora, dejémoslo estar —dijo Deirdre—. Al menos hasta que estemos seguros de que Omar está fuera de peligro. Seré su hermana, pero, pensándolo mejor, no puedo ser su hermana, no me parezco nada a él. ¿Quién puedo ser?

—Una amiga —dijo Arden.

—Está bien —dijo Deirdre—. Seré una amiga. —Miró a Arden—. Una amiga íntima —añadió.

Arden condujo a Deirdre por el pasillo; la puerta de la habitación de Omar estaba abierta. Omar estaba dormido. La cama que el señor Miquel Rius había dejado estaba ocupada por un joven, de hecho un adolescente, que estaba sentado en la cama tomándose la cena de una bandeja. Miró a las dos mujeres, que se habían quedado de pie a la entrada.

—Buenas tardes —dijo Arden en español—. Hemos venido a ver a Omar.

El chico no tuvo nada que contestar a eso. Volvió a concentrarse en su comida.

—Entra y siéntate con él. No creo que debas despertarlo, pero puedes sentarte. Puedes abrir el biombo si quieres más intimidad —dijo Arden señalando el biombo de paneles de tela blanca que estaba apoyado en la pared.

—Gracias —dijo Deirdre.

—Estaré en la sala de espera —dijo Arden. Se dio la vuelta y se fue por el pasillo.

Antes, desde la torre, Caroline había estado observándolas cuando se iban en el coche. Se había quedado sentada mirando por la ventana un buen rato después de que el coche hubiera desaparecido y el polvo de la carretera hubiera vuelto a posarse.

Entonces se levantó, bajó las escaleras y cruzó el patio. La bolsa de Deirdre se había quedado en el vestíbulo. Salió a la puerta principal y tomó el camino de acceso.

Llegó hasta el molino. Llamó a la puerta, pero esta se abrió antes de que su llamada pudiera oírse. Cruzó la puerta y se quedó de pie, la sala de estar estaba vacía. Miró hacia arriba.

—Hola —voceó.

Al momento, Adam apareció por el descansillo de la planta superior.

—Caroline —dijo—, hola.

—Hola —repitió, de manera algo estúpida, como si fueran a pasarse el resto del día saludándose mutuamente.

—Supongo que el decoro me obliga a descender.

—Puedo subir yo —dijo Caroline.

—¿No recibía la anciana Colette a sus invitados en su dormitorio? Yo no estoy tan decrepito. Todavía. Y, además, el licor está en la planta baja. Descenderé yo. — Empezó a bajar. Caroline entró en la sala de estar y se sentó en el sillón.

—¿Dónde está Pete? —preguntó, cuando finalmente Adam entró en aquella estancia.

—Pete ha cogido la camioneta y se ha ido a rebuscar entre la basura —dijo Adam—. Después de haber hecho yo el esfuerzo de bajar, espero que seas tú quien prepare los combinados.

—¿Combinados? —preguntó Caroline—. ¿Quieres un cóctel?

—¡Un cóctel! Qué palabra tan maravillosa. Si pudiéramos tomarnos un cóctel, un auténtico cóctel, un cóctel en toda regla, sentados en los taburetes de un bar, en algún lugar, pero el licor es licor en cualquier parte del mundo. Y es uno de los grandes consuelos. Puede que sea el mayor consuelo. ¿Por qué no vas a la cocina y preparas unos cócteles?

—¿Qué tienes? ¿De qué lo quieres?

—Nada. Desgraciadamente, necesitaríamos un alquimista. Hay una botella de vodka. Y algo de vino.

—¿Y qué prefieres?

—Oh, si eres capaz de encontrar hielo, creo que vodka. Si no das con el hielo, vino.

Caroline se marchó a la cocina. La ausencia de Pete se hacía notar por el desorden. Afortunadamente, la botella de vodka destacaba entre todo aquel desbarajuste y también había hielo, aunque bastante calcificado, en el congelador.

Volvió con dos vasos de vodka con hielo y le alargó uno a Adam.

—Y, digo yo, ¿a qué debo este placer? Porque ya sabes que es un verdadero placer. —Alzó su vaso—. Por el placer de tenerte aquí —dijo.

—Qué encantador eres —dijo Caroline.

—Sabes... —dijo Adam—. A menudo pienso... A menudo me digo a mí mismo: debes cambiar tu vida radicalmente. Ahora, antes de que sea demasiado tarde. Ahora, ahora, ahora. Las cosas extraordinarias suelen pasar en los últimos capítulos, ¿verdad? ¿Alguna vez has pensado que tu vida es una novela? Yo sí. Desde bastante pronto. Pensé, sí, supongo que fue cuando me fui de aquí la primera vez, pensé: Debes vivir tu vida como si fueras el héroe de una novela. Siempre hay que hacer algo interesante, siempre hay que ganarse un hueco en la página. Es muy duro vivir la vida de esa forma. Las novelas son engañosas en ese sentido, pues se dejan mucho en el tintero: los años de aburrimiento, de felicidad quizá, pero felicidad tediosa. O de infelicidad tediosa.

—Y yo, en realidad —dijo Caroline—, ahora quiero hablarte de algo concreto.

—En otras palabras, «Cállate» —dijo Adam.

—Sí —dijo Caroline.

—Desisto —dijo Adam.

Se hizo el silencio, los dos se quedaron observando la transparencia de sus bebidas. Y entonces Adam dijo:

—¿Sobre qué cosa concreta querías hablarme?

—No estoy segura —dijo Caroline—. Sobre lealtades, quizá.

—¿Lealtades? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Caroline—. Creo que esa es la palabra. Hoy he estado pensando. Hoy, quizá no solo hoy. Sí, no solo hoy. Desde que empezó todo este asunto de la autorización y la biografía, supongo.

—¿Lealtades? —dijo Adam.

Caroline guardó silencio. Tenían una forma extraña de conversar, aunque, bien mirado, tampoco era tan extraña. Acaso las personas que han estado viviendo juntas, casi solas, y que han compartido determinadas experiencias, hablan de esa forma, con elipsis, como las piedras que saltan por la superficie plana del agua. Después de beber un poco más de vodka, Caroline dijo:

—Quizá no se trate de lealtades. No sé a lo que me refiero.

—Suele pasarte —dijo Adam.

—Lo sé —dijo Caroline—. Es todo este asunto de la biografía. No me importa que hayáis dado vuestro consentimiento. De verdad, no me importa, pero me molesta cómo están yendo las cosas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adam.

—Quiero decir que no me gusta sentirme que estoy oponiéndome a ti o a Arden. A ti especialmente. De alguna manera, vivo oponiéndome a Arden, pero no a ti. A ti, nunca. A eso me refería con lo de las lealtades. Siempre te he sentido como mi aliado, Adam, siempre. Y si pensara que no lo eres...

—Pero por supuesto que soy tu aliado, Caroline, de verdad. Esta biografía no es nada. Es una tontería. Es un *divertimento*.

—Yo no lo veo así. Ya sé que tú sí y quizá tengas razón, pero yo no. No puedo.

—Y yo respeto tus sentimientos. Y los de Arden también. Me atrevería a decir que incluso ese chico también respeta tus sentimientos. No hay ningún problema, querida. No te preocupes.

—No puedo evitarlo. Mira, algo ha cambiado. No sé qué ni en qué momento. No sé si es algo que está dentro o fuera de mí. Pero siento que... Ya no me siento cómoda. Ya no me siento bien.

—¿A qué diablos te refieres?

—¿Crees que soy estúpida?

—Creo que todos somos estúpidos.

—¡Adam! No, por favor, no seas así. Por favor. Ayúdame. Estoy intentando... Necesito hablar seriamente. Por una vez.

—No eres estúpida, Caroline. Eres una mujer sabia y elegante.

—¿Crees...? Sinceramente, dímelo con toda sinceridad, por favor. ¿Crees que hice bien en quedarme aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Después de que Jules regresara con Arden, ¿crees que hice bien en quedarme aquí?

Adam se encogió de hombros.

—No te juzgué. Se trataba de un asunto íntimo tuyo, tuyo y de Jules.

—Pero quiero saberlo. Júzgame ahora.

—No creo que debas mirar hacia atrás de esa forma. Es inútil.

—No estoy de acuerdo. ¿Cómo sabemos, cómo reconocemos cualquier cosa sobre nosotros si no miramos atrás?

—Creo que la pregunta correcta sería por qué queremos conocer todo sobre nosotros. Yo prefiero saber lo mínimo posible sobre mí mismo.

—¡Adam!

—Lo siento. No, no creo que te equivocaras al quedarte. No lo pensé entonces y no lo pienso ahora. Este era tu hogar y Jules era tu marido y tú tenías todo el derecho a quedarte.

—Era, era... —dijo Caroline.

—Sí —dijo Adam—, era.

—¿Y qué tal es?

—Oh, es. Cuanta menos atención prestes al es, mejor.

—Tampoco le he estado prestando mucha atención a ese particular. Eso es lo que hacemos aquí, ¿no? Seguir y seguir y dejar que la vida transcurra en otro lugar, en otras personas.

—La gente puede vivir, si quiere.

—¿No te gusta la vida, Adam?

—Sí, me gusta la vida. No me gustaría vivir eternamente, pero, durante un tiempo, la vida no está mal.

—¿Y eres feliz viviendo aquí? ¿O preferirías que las cosas fueran de otra manera? ¿Te habría gustado quedarte en Stuttgart?

—A mi edad ni busco ni espero felicidad.

—Entonces, olvídate de la felicidad. ¿Te gustaría estar viviendo en Stuttgart? ¿En Europa?

—No —dijo Adam.

—¿Por qué no?

—Debes mostrar interés o aparentar que muestras interés por todo, por la política, por la moda, por la cultura. Es extenuante. ¿Por qué? ¿Acaso estás pensando en volver a Europa?

—No —dijo Caroline—. La verdad es que no. Solo estoy pensando... Me pregunto por qué estoy aquí. Qué es lo que me retiene aquí. Si este es el lugar al que pertenezco.

—Qué cosas tan terribles te preguntas. Si yo fuera tú, lo cortarías de raíz. Y no estoy siendo simplista. Estoy hablando en serio.

—Me gustaría no pensar en ello. Me gustaría ser como tú.

—Estás aquí porque es donde la vida te ha traído. No perteneces a este lugar. No hay nada que te retenga. Nadie pertenece a ningún lugar y mucho menos a este lugar.

Caroline se puso de pie y miró por la ventana; al rocoso riachuelo que pasaba por detrás del molino. Después dijo:

—No es por la carta.

—¿Qué? —preguntó Adam—. ¿Qué carta?

—La carta de Jules, donde decía que no quería una biografía. No es esa la razón por la que me resisto.

—¿Y de verdad había una carta?

Se apartó de la ventana y lo miró. Negó con la cabeza.

—No —dijo ella.

—Me sonaba a excusa barata —dijo Adam.

Caroline no contestó. Transcurrido un momento, Adam dijo:

—¿Y entonces cuál es la razón?

—Creo que un sentimiento de culpa. O vergüenza, quizá.

—¿De qué?

Caroline estiró una colcha que había doblada en el respaldo del sillón.

—De tantas cosas... —dijo ella—. De todo.

—Bueno, eso acota bastante el campo.

Caroline no sonrió. Apoyó las manos sobre la colcha alisada.

—No entiendo —dijo Adam.

—Ya lo sé —dijo Caroline.

—Es la culpa de Jules, la vergüenza de Jules...

—No —dijo Caroline—. No del todo.

—Bueno —dijo Adam—. Por supuesto. Todos somos culpables. No se llega a

nuestra edad sin haber reunido una buena carga de culpas, pero no creo que una biografía escrita por el señor Razaghi vaya a ahondar excesivamente en las fosas morales de nuestras vidas ni a exponernos de una forma que no deseemos de ningún modo. Esa es la belleza de la biografía autorizada. No hay nada que debas temer, querida.

—¡No temo nada! —dijo Caroline, con algo de violencia—. Naturalmente que no temo nada. No lo entiendes. Si el libro no contara nada, no lo querría por saber que no cuenta nada.

—Creo que no comprendo —dijo Adam.

Caroline volvió a su silla. Cogió su vaso de vodka y lo agitó en busca de algún resto de licor que pudiera quedar. Luego lo dejó otra vez sobre la mesita que los separaba.

—¿Sabes cómo conocí a Jules? —preguntó a Adam.

—Lo conociste en el barco, ¿no? ¿Al regresar de Francia?

—No —dijo Caroline.

—¿Y, entonces, dónde lo conociste?

—Nunca subí a ese barco. Regresé a casa en avión. Fui en avión a Nueva York, pero Margot no cogió aquel avión. Estuvimos a punto de tener un accidente a la ida y ella odiaba los aviones. Ella cogió el barco y conoció a Jules. —Hizo una pausa—. Cuando fui a buscarla al puerto, los vi juntos y me dije que ella se había enamorado. Hacían tan buena pareja... Margot era muy guapa. Ella era la hermana guapa. Y él era muy guapo también. Ya sabes cómo era por aquel entonces. Aquel verano se quedó en Nueva York. Por supuesto, yo me enamoré de él y, por supuesto, él lo sabía, todos lo sabíamos, supongo, pero estaba claro que Jules era de Margot y que yo solo podía adorarlo en silencio. Así lo comprendimos todos. Pero luego algo cambió entre nosotros. Aquello ya no parecía tan seguro, lo que yo sentía o lo que yo sentía que él sentía. —Se detuvo.

—¿Y ese es tu gran y terrible secreto, que le robaste el novio a tu hermana?

—Sé que suena intrascendente, pero no es así. Hice algo terrible. Cometí un crimen, un pecado.

—Enamorarse de alguien no es algo terrible —dijo Adam—. La moralidad no entra en ese juego. Como suele decirse, todo vale en el amor y en la guerra. El mundo sería un lugar aburrido si no fuera así. Creo que te dejas llevar por el absurdo, Caroline.

Caroline negó con la cabeza.

—No he vuelto a hablar con Margot desde entonces —dijo—. Y mi madre tampoco me perdonó jamás. Ni mi hermana ni mi madre. Así que todo lo que tenía era Jules y este lugar y luego dejé de querer a Jules, porque ¿cómo podía querer a Jules? Pero por orgullo y por vergüenza no dejé que se marchara. Creo que eso fue lo que lo mató.

—Jules se suicidó —dijo Adam.

—Sí —dijo Caroline—, eso es lo que todos queremos creer, desde luego, pero no es la verdad.

—¿Y temes que esa biografía te dejará al descubierto? ¿Que nos deje al descubierto a nosotros? Creo que sobrevaloras la capacidad del señor Razaghi.

—No tiene nada que ver con la capacidad del señor Razaghi.

—Entonces no sé a qué te refieres.

—Adam, ¿no te parece extraño que no hayamos hablado nunca de la muerte de Jules? O quizá tú y Arden sí hayáis hablado de ello. ¿Vosotros habéis hablado de su muerte?

—No —dijo Adam.

—¿Y no crees que es extraño? Mi marido, tu hermano, el padre de su hija... Nunca hemos hablado de ello.

—No, no creo que sea tan extraño. ¿Qué podríamos decir al respecto?

—No lo sé. Debemos encontrar lo que hay que decir diciéndolo, pero hablar con el señor Razaghi, venderle una vida que no era la de Jules, pues eso es lo que tú harás, también lo hará Arden, lo sé, ya os estoy escuchando... La versión ficticia que todos tenemos deja de parecer ficticia por haberla asumido como real desde hace mucho tiempo. No es eso lo que debe ocurrir ahora. Eso no debe ocurrir nunca. Yo no lo permitiré.

Caroline se puso de pie.

—No sé de qué estás hablando. De verdad, no lo sé. ¿De qué versión ficticia hablas? Nunca he mentado sobre Jules. Yo no estoy implicado en su muerte. Y me ofende que tú insinúes lo contrario. Jules siempre fue un melancólico. Siempre, nació con ese rasgo. Ya había intentado suicidarse una vez, cuando tenía diecisiete años, ¿sabías eso?

—No —dijo Caroline.

—Pues lo intentó. En el garaje, con el automóvil. Y no olvides que mi madre estaba loca. Su vida tampoco fue fácil, eso es cierto, pero ya era un poco loca y Jules heredó parte de esa locura. Escribió un libro que fue aclamado en todo el mundo y luego malgastó veinte miserables años intentando repetirlo, fracasando una y otra vez. No me sorprende que destruyera el manuscrito y se adentrara en el bosque. No creo que su muerte tenga mucho misterio. No, no creo que haya tanto de que hablar sobre eso.

—Bueno, ¿y qué hay de eso que acabas de decir acerca de un primer intento de suicidio? ¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

Adam se quedó pensativo.

—No lo sé —dijo—. Supongo que consideré que se trataba de algo íntimo y que era cosa suya el contártelo o no. Y, de alguna manera, tienes razón, no hemos hablado de aquello. Aquello fue algo terrible y nosotros no hablábamos de cosas terribles. Así era como mis padres afrontaban su pasado.

—¿No hablando de ello?

—Sí —dijo Adam—. Y yo soy su hijo. Y la partida ya está lo bastante avanzada como para empezar a hablar de ello.

Caroline se rio abiertamente.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Adam.

—Suena extraño oírte decir eso precisamente a ti, que siempre estás hablando.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo Adam.

—Sí —dijo Caroline—, y es un poco triste.

—Bueno, hay muchas cosas que son un poco tristes —dijo Adam. Caroline permanecía de pie. A continuación, dijo:

—No quiero que se escriba ese libro porque no sería un libro honesto. No contaría la verdad. Dudo que alguna biografía cuente la verdad. Pero no quiero un libro falso sobre Jules. No quiero un libro de apariencias.

—No hace falta que sea tan complicado. Te lo vuelvo a decir, creo que no comprendes el tipo de libro que quiere escribir Razaghi. Es un escritorzuelo. Le interesan más las fechas y los lugares. Nada de todo esto le preocupa, Caroline.

—Sí —dijo Caroline—, lo sé. Y precisamente por eso. Nada de esto le preocupa, tú lo has expresado muy bien. Mejor que yo. Sería un libro vacío. Su libro sería todo lo que ha quedado de Jules y sería vacío y falso.

Permaneció de pie, pero Adam no dijo nada. No sabía qué decir.

—Lo siento —dijo al cabo de un rato—. No sé qué decir.

Caroline se encogió de hombros. Se dio la vuelta y salió de la sala de estar. Adam oyó cómo se abrió y se cerró la puerta de entrada. Se quedó sentado allí un buen rato. Luego oyó llegar la camioneta de Pete. Bien, pensó, Pete ya está en casa. Intentó levantarse, pero se sentía muy cansado y un poco mareado. ¿Cuánto vodka había bebido? Se reclinó sobre los cojines y cerró los ojos.

Deirdre entró en la habitación. Había una silla de aluminio a los pies de cada cama. Colocó la silla de la cama de Omar en el extremo más lejano y se sentó de cara a la puerta. El chico de la otra cama se tomaba la cena muy concentrado. Tenía buen aspecto y, con aquel pijama de seda marrón con un monograma indescifrable en el bolsillo de la chaqueta, parecía un príncipe.

Omar estaba tumbado en la cama, con la cabeza fuera de la almohada y extrañamente ladeado, como si hubiera estado agitándose dormido; su cuerpo estaba retorcido por debajo de la fina manta blanca, pero dormía plácidamente. Tenía las dos manos envueltas en mitones de gasa. Llevaba un pijama de nailon verde con un horroroso estampado de cachemir de color morado. Deirdre se quedó allí sentada mucho rato, sin hablar y sin tocar a Omar. Una enfermera entró en la habitación y se llevó la bandeja del chico de la otra cama. Miró a Deirdre e inclinó la cabeza sin decir nada. Cuando salió de la habitación, el chico de la otra cama cogió un libro del estante, encendió la lámpara que tenía encima de la cama y, al acostarse de lado, dio

la espalda a Deirdre y así Deirdre sintió cierta intimidad.

Deirdre se acercó y tocó a Omar en el brazo, pero él no se movió. Se inclinó más cerca, le susurró su nombre al oído y observó su rostro quieto e impassible. Le cogió la mano. A un tiempo tuvo dos sensaciones intensas: sintió un profundo y casi extenuante afecto por él, su dulzura, su bondad, su encanto, pero también lo sintió lejano, extraño, ajeno, sintió que había zonas ocultas en él que no conocía. Al cabo de un rato, él retiró su mano de la de ella, sin despertarse.

Se quedó allí sentada. Deirdre estaba muy cansada. El chico de la cama contigua se incorporó y apagó la lámpara, dejó el libro sobre la mesa y adoptó una postura que sugería que pronto se quedaría dormido. Deirdre se puso de pie. Volvió a dejar la silla a los pies de la cama de Omar. Se quedó mirándolo desde allí. Deseaba que se despertara para asegurarse de que no seguía en coma, aunque tampoco le habrían mentido al respecto.

Un rato más tarde abandonó la habitación y recorrió el pasillo. Cuando llegó al final, se dio cuenta de que había estado caminando en sentido contrario. Se dio la vuelta. Volvió a pasar por delante de la habitación y, por supuesto, él seguía allí tumbado, tal como ella lo había dejado. Había pensado, irracionalmente, que su ausencia podía haberlo hecho despertar.

Arden Langdon estaba sentada en la sala de espera. Simplemente sentada, no leía ningún libro ni ninguna revista. Deirdre la vio desde el fondo del pasillo. Había algo extraño en la sensación de quietud absoluta y paciencia infinita que desprendía.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa guardaron silencio. En el vestíbulo del hospital, Arden le había preguntado a Deirdre si Omar estaba despierto y ella le había contestado que no, Omar no estaba despierto. «Podemos volver mañana por la mañana —había dicho Arden—. Entonces estará despierto».

Deirdre se había quedado dormida en el coche, con la cabeza apoyada en la puerta. Arden pensó que el cese de movimiento del coche la despertaría, pero no fue así, por lo que se vio obligada a acercarse y tocar el hombro de Deirdre para sacudirlo suavemente.

—Deirdre —susurró—, ya estamos en casa. Bueno, yo estoy en casa. Tú estás aquí.

Deirdre abrió los ojos. Habían aparcado en la parte más alta del camino de acceso, en el margen de apretada hierba que había junto a la casa. El cielo aún estaba ligeramente iluminado. Una luz tenue, la última luz, se derramaba a lo largo de muchos kilómetros hasta llegar al muro amarillento de la casa. Por alguna razón que parecía del todo correcta y necesaria, Arden mantuvo su mano sobre el hombro de Deirdre unos instantes. Arden sabía, de manera instintiva, cómo y cuándo tocar a las personas. Era un don, un talento que ella tenía.

—Entremos —dijo Arden—. Vamos a preparar una cama para que puedas dormir.

Deirdre se despertó a la mañana siguiente en una cama extraña de una habitación extraña. Había mucha tranquilidad. Por un momento pensó que estaba en alguna clase de sanatorio. El suelo de linóleo y la estructura metálica blanca de la cama tenían un aire curiosamente terapéutico. Tengo tuberculosis, pensó, y me han metido en un sanatorio.

Entonces vio la maleta abierta en el suelo y recordó que estaba en Ocho Ríos, en Uruguay, y que era Omar quien estaba incapacitado. Miró el reloj, el único objeto, aparte de una lámpara de cerámica y de un vaso de agua, que había en la mesita de noche. El vaso de agua tenía algo extrañamente encantador: el cristal tenía un delicado grabado en forma de guirnalda de flores trenzadas y el agua estaba especialmente clara y luminosa. Regimientos de finas burbujitas se adherían por la escarpada cara interior. Eran las once menos veinte. Había estado durmiendo horas y horas. Se levantó de la cama y se quedó en el centro de la habitación, mirando a su alrededor. Había tres puertas, una en cada pared, y, en la cuarta, la ventana estaba con las persianas bajadas, bastante feas y anticuadas cubiertas con cortinas de tejido brocado que no encajaba en absoluto con el ambiente funcional y terapéutico de aquella habitación. Parecían cortinas hechas con los restos de otros cortinajes más señoriales. Las cortinas no estaban corridas. Por las rendijas de las persianas, se filtraba la luz formando prismas que se abrían camino, anhelantes, al interior de la habitación. Fuera debe de hacer un día resplandeciente, pensó Deirdre. Subió dos tramos de la polvorienta persiana y miró hacia el exterior: una extensión descuidada de césped se precipitaba hacia un bosque de abetos. Había un perro sentado en el césped, royendo con mucho cuidado un hueso enorme. Deirdre dio unos ligeros golpecitos al cristal, pero el perro no respondió. Le invadió la extraña sensación de que el animal estaba en otro mundo, que detrás de aquella ventana y detrás de cada una de las tres puertas había otros mundos.

Deirdre tenía la esperanza de que una de las puertas condujera al cuarto de baño, pero no, no era así: una daba a un gran armario vacío cuyo único ocupante era una fruta seca y olorosa difícil de identificar que colgaba de una cinta de raso atada a la barra. Ese objeto, suspendido allí solo, en el interior de aquel oscuro armario, parecía un tótem inquietante. Otra de las puertas daba a una habitación de idéntico tamaño que la suya donde, en lugar de una cama, había una mesa de trabajo alargada con una pila enorme de rollos de tela y una vieja máquina de coser. La tercera puerta daba a un interminable pasillo con una docena de puertas cerradas. Entre puerta y puerta, a

ambos lados del pasillo, habían dispuesto varias sillas de estilos diferentes que sin duda alguna no servían para ningún fin, nadie se sentaba allí para esperar, ellas eran las que siempre esperaban.

Deirdre recordó de manera algo confusa que la noche anterior había entrado en un cuarto de baño de ese mismo pasillo. ¡Qué cansada y exhausta se había sentido! Esperaba haberse comportado correctamente. Se dispuso a buscar el cuarto de baño. Llamó a la puerta situada al otro lado del pasillo y, al no oír respuesta, la abrió. En esa habitación, prácticamente del mismo tamaño y de la misma forma que su dormitorio, solo había una gran mesa de madera colocada delante de la ventana. Sobre la mesa había uno de esos teatrinos con telones de terciopelo propios de los espectáculos de marionetas. Las marionetas colgaban de las paredes cual víctimas de una sesión de tortura. En aquella estancia se respiraba algo escalofriante, eso sintió Deirdre. Cerró la puerta rápidamente. De niña, también ahora pero especialmente de niña, había detestado las caras mudas de mirada fija de las muñecas. Nunca fue capaz de jugar a fingir que estaban vivas y había menospreciado a las niñas que jugaban a muñecas.

La habitación que estaba junto a la sala de costura era otro dormitorio similar al suyo. Reconoció la maleta de Omar, con la tapa bajada pero sin cerrar, sobre una silla... La cama estaba perfectamente hecha. Entró en la habitación y cerró la puerta. Miró en el interior de la maleta. Encima de la ropa había unos cuantos libros: la biografía que Hermione Lee escribió de Virginia Woolf (Deirdre se la había regalado, junto con un reloj, en Navidad) y las ediciones española e inglesa de *La góndola*. También había una libretita barata con un bolígrafo encajado en la espiral. Deirdre abrió la libreta y reconoció la letra cuidada y algo anticuada de Omar. Parecía un diario. Miró alrededor de la habitación y, una vez se hubo cerciorado de que estaba a solas, empezó a leer:

Bueno, ya he llegado. Ya estoy aquí, en Montevideo, y aunque tampoco será nada del otro mundo, sigo sorprendido por haber llegado tan lejos. De todas formas, creo que el viaje hasta aquí ha sido la parte más fácil. Estoy un poco asustado y perdido, pero también entusiasmado. Montevideo es una ciudad entre grandiosa y decadente, como la mayoría de las ciudades del mundo. He estado paseando un poco. Me alojo en un hotelucho, pero es barato. Mi habitación no tiene ventana. Parece segura, tan segura como el capullo de una flor, pero da un poco de miedo, uno siente que podría desaparecer estando en ella si, además de la ventana, desapareciera la puerta y uno no pudiera salir de ella. Es una habitación muy sencilla: suelo, paredes, techo, cama, armario, silla. Del techo cuelga una cadena con una bombilla. Ahora estoy sentado en la cama escribiendo esto. Podría estar en cualquier lugar del mundo. Las sábanas están tiasas y ásperas, pero limpias. Huelen a lejía. La cama cruje cuando me muevo.

Ahora que estoy aquí, todavía en Montevideo, aunque aún no haya conseguido nada ni nada haya cambiado, ahora que estoy aquí, ahora que he llegado hasta tan

lejos, tengo el presentimiento de que las cosas irán bien. Me refiero a cualquier cosa que ocurra. Había pensado en escribirles desde aquí diciéndoles que iba para allá, enviar un telegrama o algo parecido, pero creo que será mejor presentarme sin avisar. A menos que estén locos de atar o no atiendan a razones, estoy seguro de que existe alguna forma de plantearles el tema que los convenza para que me concedan la autorización.

En el avión nos han dado a todos champán gratis en unas botellas de miniatura. La mujer que tenía al lado no quería la suya, así que conseguí dos. Me he guardado una para beberla con Deirdre cuando regrese, cuando todo esto se haya enderezado, cuando obtenga la autorización y todo vuelva a ir bien. Así podremos celebrarlo. Solo es una botellita, pero podemos beberla juntos. Estoy cansado y es difícil escribir sentado en esta cama. Huelga decir que no dispongo ni de una mesa.

Eso era todo lo que había escrito en la libreta.

—¡Estás aquí! —dijo Arden, cuando Deirdre entró en la cocina—. Justo ahora iba a ir a despertarte, pero me daba apuro hacerlo. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —dijo Deirdre.

—Estabas muy cansada —dijo Arden—. Sí, debías de estar agotada. Físicamente agotada. Y, claro, emocionalmente también.

Aunque Deirdre sabía que ese agotamiento era una descripción objetiva, tuvo la sensación de que esa afirmación de Arden era un juicio, como si su propia debilidad hubiera llevado o provocado ese agotamiento.

—Me siento mucho mejor ahora —dijo ella.

—¿Has podido encontrar el cuarto de baño? Espero que hayas tenido suficiente agua caliente para ducharte a gusto.

El agua de la ducha había salido templada y había ido enfriándose, pero después de tan largo viaje Deirdre la había agradecido muchísimo.

—Ningún problema —dijo—. Estoy enamorada de tu casa. Todos esos adornos antiguos y los muebles...

—Va perdiendo encanto con el tiempo —dijo Arden—. A mí también me gustó mucho todo la primera vez que vine —dijo esto de una forma que dejaba claro que todavía le gustaba pero que contaba con la prerrogativa del tiempo para poder quejarse—. ¿Qué quieres para desayunar? Todos tomamos desayunos tan diferentes que tenemos prácticamente todo lo que pueda gustarte.

—Un café será perfecto —dijo Deirdre.

—Sí, por supuesto —dijo Arden—, pero ¿quieres algo más? Tienes que estar muerta de hambre. Ayer no cenaste nada.

Deirdre se sintió entonces hambrienta.

—Sí, creo que tengo un poco de hambre —se permitió decir.

—Pues claro que sí —dijo Arden—. ¿Cómo quieres los huevos?

—Revueltos —dijo Deirdre—, pero deja que los prepare yo. De verdad, déjame a mí. Solo dime...

—Tonterías —dijo Arden—. Confío en que no me veas incapaz... Espero que aún sepa hacer unos huevos —se rio.

Vertió el café de una cafetera con filtro en una taza, la colocó delante de Deirdre y señaló con la cabeza la leche y el azúcar que estaban sobre la mesa. Luego se ocupó de los huevos. El café estaba muy bueno, oscuro, aromático e intenso.

Arden regresó a la mesa con el plato de los huevos, pan y patatas fritas. Dejó el plato delante de Deirdre, luego se llenó una taza con café y se sentó al otro extremo de la mesa.

—Gracias —dijo Deirdre—. Tiene un aspecto delicioso.

Arden tomó un sorbo de café dibujando una vaga sonrisa en el rostro.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —preguntó Deirdre.

—Hará unos diez años —dijo Arden—. Creo que once.

—¿Y eres de Uruguay? ¿Naciste aquí?

—No —Arden se rio—. Nací en Inglaterra. Mi padre era británico y mi madre estadounidense. Era actriz.

—Entonces, ¿creciste en Inglaterra?

—Sí, salvo una breve temporada en Los Ángeles y en Wisconsin. Casi siempre viví en internados. Mis padres solo se preocupaban de sí mismos. Se divorciaron al poco de nacer yo.

—¿Tu madre todavía actúa? —preguntó Deirdre.

—Creo que no —dijo Arden—. Falleció.

—Oh, lo siento —dijo Deirdre.

—Sucedió hace bastante tiempo —dijo Arden.

—Yo quise ser actriz —dijo Deirdre—, pero nunca pude relajarme en escena. Siempre estaba tensa, decían.

—Entiendo —dijo Arden.

—¿Te molesta que te haga preguntas? —preguntó Deirdre.

—No —dijo Arden—, claro que no me molesta.

—Es que me resulta muy interesante que vivas aquí... ¿Cómo llegaste a Uruguay?

—Dios me trajo hasta aquí —dijo Arden.

—Oh —dijo Deirdre.

Arden se rio.

—Me uní a uno de esos terribles grupos misioneros cristianos cuando estaba en la universidad. Andaba un poco desorientada. Creo que lo hice para herir a mi padre, un hombre radicalmente antirreligioso. El grupo se llamaba Ruido Jubiloso. Viajábamos por todo el mundo, dando conciertos y sonriendo de manera exagerada para convertir a los paganos. Yo tocaba la pandereta.

—¿Y entonces viniste a Uruguay?

—Sí —dijo Arden—. Estábamos haciendo la ruta de Sudamérica en autobús. Dios mío, ¿eres capaz de imaginártelo? Aguanté así hasta llegar a Montevideo, donde recuperé el raciocinio. Siempre he amado Montevideo por esa razón. No podía volver a casa, así que lo arreglé para ir a la universidad. Allí conocí a Jules. Trabajaba como profesor. Y luego vine aquí.

—Has tenido una vida interesante —dijo Deirdre.

—Bueno, ahora se ha calmado mucho. Me costó tiempo encontrar mi hogar. Hasta llegar aquí nunca había tenido un hogar. Mis padres tampoco tuvieron tiempo de crear hogares.

—¿Y aquí vivís solo tú, Portia y Caroline?

—Sí. Un hogar extraño, ya lo sé. Adam y Pete viven al final de la carretera. Adam es el hermano de Jules. Pete es su compañero. Era Pete quien estaba con Omar cuando tuvo el accidente. Se siente muy mal por todo lo ocurrido, claro. Se siente responsable.

—¿Suelen picar, esas abejas?

—Supongo —dijo Arden—. A mí me han picado bastantes veces. —Se miró las manos y los antebrazos desnudos, como buscando pruebas de ello—. Nadie había reaccionado a una picadura como reaccionó Omar. Nunca había visto nada igual. Creí que se iba a morir.

—¿Tuvo Omar la oportunidad de hablar contigo? —preguntó Deirdre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arden.

—Me refiero al libro. A la biografía. Y a la autorización. —Deirdre se percató de la brusquedad de su voz—. Me lo preguntaba —matizó suavizando el tono.

—Sí, sí habló conmigo —dijo Arden—. Y logró que cambiáramos de opinión. Bueno, logró que yo cambiara de opinión. Adam ya estaba de acuerdo antes. Omar consiguió que yo cambiara de opinión, pero no consiguió convencer a Caroline. Ella todavía se niega a conceder la autorización.

—¿Y qué te dijo para que cambiaras de opinión? —preguntó Deirdre.

—Realmente no sé si fue por algo que dijera él —dijo Arden—. Sí, mi opinión ha cambiado y creo que ha sido por él, pero tampoco estoy segura. Mira, Caroline asegura que Jules le escribió, justo después de que se publicara *La góndola*, diciendo que nunca querría que escribieran una biografía sobre él. Creo que en aquel momento estaba leyendo una biografía, no sé de quién, y que le molestó. Las biografías pueden resultar molestas. Bueno, cuando llegó la carta de Omar, yo no había decidido no conceder la autorización por esa razón, pero ahora... —Arden recogió el plato rebañado de Deirdre y lo llevó al fregadero. Lo aclaró debajo del grifo y entonces se giró y miró a Deirdre, que permanecía sentada a la mesa—. Ahora me parece un argumento menos decisivo. Jules escribió esa carta hace muchísimo tiempo. Jules está muerto. Esa biografía no puede perjudicarlo. Y Omar está vivo y la biografía puede ayudarlo. Me pareció así de sencillo.

—Entonces, ¿cambiaste de opinión para ayudar a Omar? —preguntó Deirdre.

Arden miró a Deirdre y sonrió.

—Sí —dijo—. Supongo que esa es la razón. Estoy segura de que estás deseando verlo otra vez. ¿Quieres que vayamos? No quiero apremiarte, pero me gustaría estar de vuelta antes de que Portia vuelva de la escuela.

—Me sabe mal que tengas que acompañarme en coche hasta allí —dijo Deirdre—. Me gustaría poder ir yo sola.

—Últimamente todo el mundo quiere ser autosuficiente —dijo Arden—. Es un poco triste.

—No me gusta nada abusar...

—No es ningún abuso —dijo Arden.

Deirdre creyó estar en la habitación equivocada, pero el número de la puerta confirmaba lo contrario. En esa ocasión, el biombo estaba extendido alrededor de la cama del chico y se oía un murmullo de voces detrás del mismo. Se adentró rodeando la cama resguardada y vio a Omar tumbado y despierto.

—¡Deirdre! —dijo él.

Ella se sentó en la cama y le besó.

—Hola —dijo él—. Dios mío. ¿Cómo es que estás aquí?

—Arden me llamó. Estabas en coma. Y tenías parálisis. ¿Puedes mover todo?

—Sí —dijo Omar—. Creo que sí.

—¿Ya has intentado andar?

—No —dijo Omar.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco raro. Atontado. Supongo que será por la medicación.

—¿Qué tal está tu pobre mano? ¿Te duele? Omar se miró el mitón de gasa.

—No —dijo—. Solo me pica. No me puedo creer que hayas venido. No era necesario. Y, por Dios, ¿cuánto te has gastado en el viaje?

—No te preocupes por eso —dijo Deirdre—. Lo único importante es que estoy aquí y que estás bien.

—La enfermera me ha dicho que anoche vino alguien a visitarme. No podía imaginar quién podía ser. Quiero decir, alguien que no fuera Arden. ¿Por qué no me despertaste?

—Me pidieron que no lo hiciera. ¿Te ha estado visitando Arden?

—Sí —dijo—. ¿Ya la conoces?

—Por supuesto —dijo Deirdre—. Estoy alojada en su casa.

—¿No es asombroso? Quiero decir, la casa, todo.

—Creo que es espeluznante —dijo Deirdre.

—¿Ya conoces a Caroline?

—Sí. Brevemente.

—¿Y a Adam?

—No —dijo Deirdre—. Llegué ayer por la noche.

—No sé por qué te llamó Arden. De verdad que estoy bien.

—Pero creo que has estado muy mal. Arden estaba muy preocupada. ¿Recuerdas lo que pasó?

—No —dijo Omar—. No recuerdo con claridad nada de lo que ocurrió aquel día. Lo que sí recuerdo es que no me encontraba bien, tenía resaca. Habíamos salido a cenar la noche anterior.

—¿Eso lo recuerdas?

—Sí —dijo Omar—. Fuimos a ese restaurante... un restaurante italiano. Adam, Arden y yo. Caroline no vino. Ella no lo está poniendo fácil.

—Sí, ya lo sé —dijo Deirdre—, pero también sé que Arden ha cambiado de opinión. Y su hermano también. ¡Te felicito!

—Sí —dijo Omar—. Aunque creo que su hermano, Adam, estaba de acuerdo desde el principio. Arden ha cambiado de opinión, pero no creo que Caroline lo haga. Aunque Adam dice que...

—¿Qué dice...?

—Dice... Me dijo que podía hacer que cambiara de opinión por mí. Que él haría que cambiara de opinión por mí. Si yo...

—¿Qué?

—Nada —dijo Omar—. No lo recuerdo bien.

—¿Qué? —dijo Deirdre—. Omar, he hecho todo este viaje hasta aquí. ¿Qué está pasando? No puedo ayudarte a menos que sepa qué está pasando.

—No está pasando nada —dijo Omar—. Y, otra cosa, hay otro libro.

—¿Qué quieres decir?

—Jules escribió otro libro.

—¿Se publicó?

—No.

—¿Y lo has leído?

—No, pero parece ser que trata de su vida en común.

—Estupendo. Si te dieras prisa, te podrían publicar la biografía simultáneamente. Eso sería fantástico.

—No quieren publicar ese libro.

—¿Por qué no?

—No estoy seguro. Se supone que es secreto, creo. Adam sacó el tema y luego Arden me dijo que lo olvidara. Así que no lo menciones.

—Está bien —dijo Deirdre—, pero son noticias muy interesantes.

—Lo sé —dijo Omar.

Oyeron cómo desplazaban el biombo de la otra cama y guardaron silencio. De allí salieron un médico y una enfermera. Esta última se marchó, pero el médico se lavó las manos en un lavabo que había en un rincón de la habitación, se acercó a la cama

de Omar y se quedó de pie junto a él.

—Soy el doctor Peni —se presentó, alargando su mano—. ¿Y usted es una amiga de nuestro pobre agujoneado Omar?

—Sí —dijo Deirdre. Le estrechó la mano y notó que la suya aún estaba húmeda.

—¿Ha venido desde Estados Unidos?

—Sí —dijo Deirdre.

—Si ha venido de tan lejos, debe de ser usted una buena amiga.

—Estoy muy preocupada por Omar.

—Por supuesto. Todos estamos preocupados. Pero creo que todas las novedades son optimistas. Lleva consciente dos días. Ahora creo que ya es definitivo. No va a dejarnos otra vez, ¿verdad, Omar?

Omar dijo que no lo haría.

—Verá —dijo él, dirigiéndose a Deirdre—. No debe estar preocupada. Es usted demasiado hermosa para preocuparse. Todas las mujeres que visitan a Omar son hermosas. No me extraña que se recupere tan bien. No tengo la menor duda: la belleza de las mujeres lo ha sanado.

A Deirdre parecía disgustarle la desviación que tomaban las palabras del médico.

—¿Se ha recuperado de la parálisis? —preguntó ella.

—Sí, Omar ha recuperado la sensibilidad en todas las partes de su cuerpo. Pronto afinará como un violinista. Y estará preparado para tocar de nuevo. No debe preocuparse por Omar —dijo—. Debe tranquilizarse.

—No quiero que me tranquilice —dijo Deirdre—. Quiero que me diga la verdad.

—Oh, pero la verdad es tranquilizadora. La verdad siempre es tranquilizadora —dijo él.

Aunque a Deirdre también le disgustaba esa afirmación, sabía que refutarla no la conduciría a nada.

—¿Cómo está de salud? —preguntó ella—. Parece que ha perdido un poco la memoria.

—Dadas las circunstancias, está bien. Todos sus órganos están funcionando con normalidad. Su pérdida de memoria es temporal y no es más que consecuencia de un traumatismo craneoencefálico. Todo volverá a su lugar e imagino que no tardará mucho, pero debemos tener paciencia. Omar tiene suerte de ser un joven tan querido y tener tan buenas amistades. Desempeñan un papel importante en su recuperación, se lo aseguro. Yo también tengo mi papel, por supuesto, un papel instrumental, pero no podemos infravalorar la vertiente humana. ¿Es usted religiosa, señorita...?

—MacArthur —dijo Deirdre—. Deirdre MacArthur. No, no soy religiosa.

—Si lo fuera, le pediría que rezara por su amigo. Usted hace su trabajo y yo hago el mío, pero, siendo así, dejaremos las oraciones para otros.

Acarició a Omar con unos golpecitos en la cabeza, volvió a estrecharle la mano a Deirdre y salió de la habitación.

Ya de vuelta a la casa, en el coche, Deirdre le dijo a Arden:

—¿Vive el señor Gund cerca de vosotras?

—¿Te refieres a Adam? —preguntó Arden.

—Sí —dijo Deirdre—. Supongo. El hermano de Jules Gund. El otro albacea.

—Sí —dijo Arden—. No está nada lejos.

—¿Crees que podría visitarlo? —preguntó Deirdre.

—Por supuesto —dijo Arden. Dirigió la mirada hacia Deirdre—. ¿Para qué?

—Oh —dijo Deirdre—. Me gustaría conocerlo. Y hay otra cosa, algo personal, sobre lo que me gustaría hablar con él.

—Por supuesto —dijo Arden—. Puedo dejarte allí de camino a casa.

—No me gusta causarte problemas —dijo Deirdre.

—No me causas ningún problema —dijo Arden—. Nos viene de camino.

Arden aparcó delante del molino.

—Quizá sea mejor que te acompañe, solo para asegurarnos de que está —dijo—. Y para presentarte.

—Gracias —dijo Deirdre.

Las dos mujeres salieron del coche y se acercaron a la casa. Arden llamó a la puerta de madera. Poco después la abrió y llamó a Adam por su nombre.

Estaba bajando las escaleras.

—Entra, entra —dijo—. ¿Quién es? —preguntó, al ver a Deirdre tras la puerta abierta.

—Deirdre MacArthur —dijo Arden—, la amiga de Omar, de Kansas. Acabamos de visitar a Omar. Y Deirdre quería hablar contigo.

—Ah, ¿sí? —dijo Adam.

—Sí —dijo Deirdre—, aunque, si le viene mejor, puedo venir en otro momento.

—No, estoy libre sin remisión para el resto de mi vida —dijo Adam—. Ahora me va bien. De hecho, tenía la intención de subir a la casa esta tarde para charlar con usted.

—Entonces os dejo —dijo Arden—. ¿Te importa volver caminando a casa, Deirdre? No está muy lejos.

—Por supuesto que no —dijo Deirdre—. Gracias.

Arden salió y cerró la puerta.

—Entre y siéntese —dijo Adam—. Me alegra muchísimo tener tantos invitados. Primero Omar y ahora usted. No estamos acostumbrados a tanta compañía.

Deirdre lo siguió hasta la sala de estar.

—¿Quiere algo de beber? ¿Algo frío? ¿Algo caliente? ¿Algo templado?

—Algo frío estará bien —dijo Deirdre—. Un poco de agua mineral, si tiene.

—Sí, sí —dijo Adam—. Siéntese —le señaló el sofá y desapareció en el interior de la cocina para regresar tan solo unos instantes después con dos vasos de agua. Le

acercó uno de los vasos a Deirdre, que aún no se había sentado—. Así pues, ¿es usted el amor de Omar? —preguntó—. Casi una aliteración: amor de Omar. ¿O se trata simplemente de un anagrama?

—Creo que ninguna de las dos cosas —dijo Deirdre—. Tampoco es la palabra que yo usaría para definir nuestra relación.

—Creo que las palabras no sirven para definir relaciones —dijo Adam—. Al menos las mías. Todas mis relaciones son demasiado complicadas como para describirlas con unas simples palabras.

Deirdre permaneció en silencio.

—Por favor, siéntese, querida —dijo Adam—. Parece haberse quedado atornillada ahí. Me molesta.

Deirdre se sentó, tiesa, a regañadientes. Adam se sentó frente a ella.

—No pretendía ofenderla. Y advierto que usted se ha ofendido. Supongo que es usted la compañera de Omar o su pareja sentimental o algo de eso *moderne* que se dice ahora. ¡Pero a mí me suena tan deprimente! Es mucho más agradable ser un amor. Debería tomarlo en consideración.

—Lo haré —dijo Deirdre.

—Quizá no sea usted un amor —dijo Adam.

—¿Y usted? —preguntó Deirdre.

—Sí, fui un amor, en mi juventud. Y fui joven mucho tiempo. Quizá precisamente por el efecto de ser un amor. Retarda el proceso de envejecimiento, pero, desgraciadamente, no lo detiene y, un día, me levanté una mañana y vi que ya era viejo. Usted está envejeciendo de manera más gradual y eso es, en mi opinión, una bendición: no hay nada peor que despertar una mañana y descubrir que estás decrepito.

—¿Es mejor envejecer de manera gradual?

—Sí —dijo Adam—. Así no te das cuenta. A no ser que seas lo suficientemente estúpido como para mirar una vieja fotografía. Por esa razón destruí todas las viejas fotografías de mí mismo.

—Yo creo que algunas personas quieren recordar su belleza de antaño —dijo Deirdre.

—Mejor recordarla con el ojo de la mente —dijo Adam—. La belleza recordada es más intensa que la belleza registrada.

—¿De verdad ha destruido todas sus viejas fotos? —preguntó Deirdre.

—No —dijo Adam—, pero las destruiré en cuanto se vaya. Encenderé un fuego, una hoguera en el patio, e inmolaré mi pasado. Creo que la gente debería dejar el mundo habiendo hecho limpieza, sin dejar ni un solo rastro. Me parece una ordinariez dejar cosas tras de sí, es como dejar la basura, pienso yo. Yo no dejaré nada tras de mí.

—¿Jules Gund dejó muchas cosas tras de sí?

—¡No me diga que usted también está escribiendo una biografía de Jules Gund!

—No —dijo Deirdre—, solo me lo preguntaba. ¿Hay muchas cartas, fotos, manuscritos y otros materiales?

—Quizá debería escribir usted la biografía. Muestra más interés que nuestro pobre Omar. ¿Cómo está? ¿Ha ido a visitarlo?

—Sí —dijo Deirdre.

—¿Y cómo está?

—A pesar de todo, parece que mejor.

—¿A pesar de qué?

—A pesar del accidente —dijo Deirdre.

—¿Y no nos ocurre eso a todos?

—¿A todos qué? —preguntó Deirdre.

—¿No estamos todos mejor a pesar de nuestros accidentes? —dijo Adam.

Deirdre no contestó nada.

—Parece una mujer sensata —dijo Adam—. ¿Se considera a sí misma una mujer sensata?

—Sí —dijo Deirdre—, supongo que sí.

—Para mí es una experiencia nueva, esto de hablar con una mujer sensata. Tengo tanta práctica en el arte de tratar con histéricas.

—No nos gusta mucho ese término —dijo Deirdre.

—Oh —dijo Adam—. ¿«No nos gusta»? ¿A quiénes no «nos»?

—A las mujeres —dijo Deirdre—. Ese término se relaciona con nuestras matrices. Ese término apesta a opresión masculina.

—¡Matrices! Estoy rodeado de mujeres preocupadas por las matrices.

—Solo me refería a la raíz latina de la palabra —dijo Deirdre—. Yo no estoy preocupada por mi matriz. Ni por las matrices de las demás.

—Y yo me alegro de oírlo. Me refería a que no tengo práctica en el arte de hablar de manera directa, puesto que todo lo que nos decimos, aquí en Ocho Ríos, acaba como mínimo retorciéndose. Y yo quiero hablar con usted llana y directamente.

—Por favor, hágalo —dijo Deirdre.

—Lo intentaré. El día anterior al que el pobre Omar se topó con esa abeja venenosa tuve una conversación con él. Varias conversaciones, de hecho, pero es solo una de ellas la que me interesa.

—¿Sobre la biografía? —preguntó Deirdre.

—Sí —dijo Adam—. Entre otras cosas. La verdad es que hicimos un pequeño pacto. Y me preocupa que por este momento de debilidad pueda olvidar su obligación.

—Ese pequeño pacto es la razón por la que he venido a visitarlo —dijo Deirdre.

—¡Ah! Así que no lo ha olvidado. ¿Le ha hablado de ello?

—Sí —dijo Deirdre—. Lo ha mencionado.

—Bien. Entonces no lo ha olvidado.

—Creo que quizá sí. Quiero decir, se acuerda de que le propuso un pacto, pero no

recuerda los detalles.

—Se trata de algo muy simple: mi madre se trajo unos cuadros cuando se mudó aquí, en avión, desde Alemania. Me gustaría vender esos cuadros ahora. Omar aceptó llevarlos a Nueva York a un comerciante que se encargaría de la venta.

—¿Se refiere a pasarlos de contrabando?

—No.

—¿Y Omar aceptó?

—Sí, aceptó.

—Usted dijo que se trataba de un pacto. ¿Qué hará usted a cambio?

—Le garanticé la autorización. Convencí a Arden para que cambiara de opinión.

—En otras palabras, lo ha chantajeado.

—Contrabando, chantaje... Tiene una imaginación muy romántica. No hay duda de que lee muchas novelas decimonónicas.

—No, prefiero el modernismo. Y, además, Arden me dijo que cambió de opinión ella sola.

—Naturalmente que Arden cree que cambió de opinión ella sola. Esa es la única manera de que uno cambie de opinión, dejar a los demás que piensen que han cambiado de opinión ellos solos. Caroline creará lo mismo.

—Quizá deba usted olvidar ese pacto a mi parecer tan coercitivo como ridículo. En lugar de estar preocupado en esos asuntos suyos, debiera usted preocuparse por la recuperación de Omar.

—¡Y claro que me preocupo! No soy tan desalmado, pero según los últimos informes ya está fuera de peligro y progresando maravillosamente bien. Estoy seguro de que estará recogiendo miel dentro de nada.

Deirdre se puso de pie.

—Me alegra oír eso —dijo ella—. Si me lo permite, creo que voy a regresar a Ocho Ríos. Estoy cansada.

—Espere —dijo Adam—. Por favor.

Deirdre ya se dirigía hacia la puerta, pero se dio la vuelta.

—¿Qué? —preguntó—. Mire, de verdad creo que fue un error por su parte manipular a Omar de esa forma. Estoy segura de que lo que le ha pedido es ilegal. No voy a permitirle que lo haga. Además, él es la persona menos indicada para hacer algo así. Sería mejor que buscara a otra persona.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Adam.

—Oh —dijo Deirdre.

—Sobre eso precisamente quería hablarle.

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de que Omar no sea el más indicado para ese trabajo. Sobre buscar a otra persona.

Deirdre dijo «Oh» de nuevo, y se acercó lentamente hacia la puerta.

—¿Querría volver a sentarse? Es solo un momento. No parece cansada en

absoluto.

—Estoy cansada —dijo Deirdre algo irritada, pero volvió y se sentó.

—Le pedí a Omar que se llevara los cuadros a Nueva York para venderlos, y eso, se lo aseguro, es un derecho moral que tengo, porque era la única persona disponible para transportarlos a Nueva York, pero estoy de acuerdo con usted que no es la persona más indicada para ese trabajo.

—¿A qué se refiere con lo de derecho moral? ¿Es legal o no?

—Está obsesionada con la semántica. Es la maldición de los teóricos. Intente por un momento escapar de ella.

—¡Sí, dígales eso a los guardias de la aduana! ¡Dígales que escapen de las teorías!

—Cálmese. ¿Podemos olvidar por un momento la legalidad del asunto? ¿Acaso su mente no puede mirar desde ninguna otra perspectiva?

—No sé por qué me está contando todo esto. Si cree que Omar va a transportar todos esos cuadros, está equivocado. Y tampoco voy a hacerlo yo. Así que no tiene sentido seguir hablando de esto.

—Parece muy segura de sí misma. ¿Ni siquiera va a escucharme? ¿Qué otra cosa mejor puede hacer ahora?

—Estoy cansada —dijo Deirdre—. Y estoy preocupada por Omar. No tiene ni idea de lo preocupada que estoy por él. No está bien. No puedo pensar en pasar unos cuadros de contrabando en semejante momento.

—Nunca he entendido la expresión «en semejante momento». Estoy seguro de que se refiere a «en este momento» y no a un momento diferente pero parecido a este momento.

—Y, ahora, ¿quién está obsesionado con la semántica? —Deirdre se levantó.

—Es una persona menos interesante de lo que pensaba —dijo Adam—. Aunque me gusta usted. Es estimulante. Una lástima que no sienta la necesidad de aventura. Vive sumergida: lee demasiados libros o quizá haya dejado de hacerlo. Probablemente solo lee críticas de libros, vive por cuenta ajena. Y después de hacer todo este viaje hasta Uruguay, no muestra interés por lo que se encuentra aquí. Se arrepentirá toda su vida. Quizá tarde años en arrepentirse. Un día, cuando sea una anciana decrepita como yo, pensará: ¿Por qué no pasé aquellos cuadros de contrabando?

—Entonces sí se trata de contrabando. Yo tenía razón.

—Prefiero pensar que es un traslado secreto.

—¿Y por qué tiene que hacerse en secreto?

—A fin de sostener su procedencia: pues debe parecer que los cuadros jamás han salido de Alemania. El hombre de Nueva York conoce a alguien que los trasladará a Alemania. Y sí, los pasará de contrabando, como tanto le gusta a usted decir. Y se venderán en Alemania. Las joyas son otro asunto. Pueden venderse fácilmente en Nueva York.

Deirdre se puso de pie.

—Bueno, lo siento —dijo ella—, pero ni Omar ni yo podemos ayudarlo a llevar a cabo esas operaciones. Considere disuelto ese pequeño pacto entre Omar y usted. Estoy segura de que podremos conseguir la autorización de Caroline sin su ayuda.

—¿Está segura?

—Bueno —dijo Deirdre—. Solo cabe intentarlo. Intentarlo de manera honesta, sin recurrir a pactos, chantajes ni manipulaciones.

—Por decirlo de alguna manera, elige usted el camino recto —dijo Adam—. No obstante, me parece extraño, extraño y un poco estúpido, si me permite la franqueza, que quiera enemistarse conmigo de esta forma. Después de todo, ¿qué me impide cambiar de opinión?

—Oh —dijo Deirdre—. Tenía entendido que usted quería la biografía. No creí que su apoyo fuera variable ni que se pudiera comprar. No creí que su opinión pudiera ser objeto de discusión.

—Todo puede ser objeto de discusión, querida. —Adam se levantó—. A la par que admiro su sentido común, creo que sería conveniente que esta situación la resolviéramos entre Omar y yo. Yo hice el acuerdo con él, le compete a él disolverlo o no. Bueno. He disfrutado mucho con nuestra conversación, pero a esta hora suelo hacer una siesta. ¿Me disculpa?

Adam salió de la habitación y Deirdre lo oyó subir las escaleras.

Esperó un momento, pero ya no se oía nada. Cuando salió al vestíbulo, él ya había desaparecido. Allí, de pie, se sintió tonta, así que se dirigió hacia la puerta de entrada. No estaba segura del camino que debía seguir para llegar a Ocho Ríos. Suponía que tenía que subir por el sendero hasta la carretera y luego tomar una de las dos direcciones. Una de ellas sería la correcta.

Qué cargante es esta gente, pensaba Deirdre mientras caminaba hacia Ocho Ríos. Pobre Omar, tener que entenderse con ellos. Ha sido un acierto haber venido y poder así encauzar las cosas. Quizá el accidente de Omar fuera una bendición oculta.

Cuando ya se acercaba a la casa, el autobús escolar acababa de parar para dejar a Portia delante de la verja. Portia la esperó, sujetando fuerte su mochila.

—Hola —dijo Deirdre.

—Hola —dijo Portia—. ¿Dónde has estado?

—He ido a visitar a tu tío —dijo Deirdre.

Empezaron a subir por la carretera. Intentó pensar en alguna frase agradable que decirle a Portia. Estuvo a punto de comentarle que llevaba un vestido muy bonito, pero se dio cuenta de que se trataba del uniforme. No se le ocurría ninguna otra cosa, así que al final dijo:

—¿Qué tal ha ido la escuela hoy?

—Bien —dijo Portia.

—Omar y yo somos profesores —dijo Deirdre.

—¿Sois monjas? —preguntó Portia.

—No —dijo Deirdre—. No trabajamos en un colegio católico. Somos profesores en la universidad. En una universidad pública.

—Ah —dijo Portia. No parecía estar muy interesada en el tema.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —le preguntó Deirdre.

—Quiero ser enfermera —dijo Portia.

—¿Y por qué no médico?

—Prefiero ser enfermera.

—¿Por qué?

—Porque si la gente se muere, no es por tu culpa. Si eres médico, sí que lo es. Pero si los enfermos mejoran, la enfermera los ayuda.

—Ah —dijo Deirdre—. Hoy he visto a una enfermera, en la clínica donde está Omar.

Portia la miró.

—Pues claro —dijo—. Es allí donde trabajan las enfermeras.

—Sí —dijo Deirdre.

No volvieron a hablar en lo que quedaba de trayecto; lo bueno que tenían los niños es que podías ignorarlos si querías: no se lo tomaban como algo personal.

Arden estaba esperando en el vestíbulo de entrada. Dio un abrazo a Portia y le

dijo a Deirdre:

—El doctor Peni ha llamado. Dice que puede dar el alta a Omar mañana, si pasa una buena noche.

—Oh, qué bien —dijo Deirdre.

—Pero dijo que no podría viajar al menos durante una semana. Que tendría que pasar la mayor parte del tiempo en cama descansando.

—Entonces supongo que lo mejor será quedarme aquí y regresar con él. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —dijo Arden—. ¿Qué tal ha ido la conversación con Adam?

—Bien —dijo Deirdre.

—Supongo que no te invitó a comer. Tienes que estar hambrienta.

—¿Puedo merendar? —preguntó Portia.

—Sí —dijo Arden—. ¿Quieres que te prepare algo? —preguntó a Deirdre.

—No, gracias —dijo Deirdre—. Estoy cansada. Creo que voy a echarme una siesta.

—Claro —dijo Arden—. Cenaremos hacia las siete. ¿Comes carne?

Deirdre le dijo que sí y preguntó si Caroline estaría presente durante la cena. Arden le dijo que no estaba segura.

Caroline no las acompañó durante la cena.

—Me gustaría hablar con ella —dijo Deirdre, cuando terminaron de cenar—. ¿Crees que podría?

Arden hizo una pausa. Ella sabía que Caroline consideraba la interacción social una intrusión si no era ella quien la hubiera iniciado, pero no encontró ninguna razón por la que debiera proteger a Deirdre de Caroline. Estaba haciendo grandes esfuerzos por congeniar con Deirdre, porque no esforzarse para conseguirlo era para ella mezquino y miserable, pero le estaba costando muchísimo. Deirdre se mostraba agradable, considerada, amable, agradecida e incluso servicial... —ayudó con la cena y se ofreció a limpiar la cocina—, pero esa agresividad suya apenas perceptible desconcertaba muchísimo a Arden. Y esa agresividad la advertía Arden en la manera de preguntar si podría hablar con Caroline o con Adam. Después de todo, Deirdre solo era una invitada y a Arden le parecía extraño que fuera ella quien iniciara todos los encuentros. Apenas había contado nada sobre su encuentro con Adam: Arden le había vuelto a preguntar mientras cenaban y su respuesta había sido igual de concisa y vaga. Arden suponía que había ido mal, tan mal como solían ir tantas conversaciones con Adam, e intuyó que a Deirdre no le iría mucho mejor con Caroline, quizá incluso le fuera peor. Por alguna razón había sentido el impulso de proteger a Deirdre disuadiéndola de enfrentarse a Caroline (Caroline habría percibido aquello como un enfrentamiento), pero luego se preguntó a quién quería proteger, a Deirdre o a Omar. Y pensó: Esto es absurdo, debería mantenerme al margen.

Le dijo a Deirdre que probablemente encontraría a Caroline en su estudio de la torre, al final de las escaleras.

Eso de tener que subir hasta la torre intimidaba incluso a Deirdre. Se detuvo detrás de la puerta cerrada e intentó oír algo a fin de descubrir si Caroline se encontraba efectivamente allí, pero antes de que pudiera distinguir ningún sonido, la puerta se abrió.

—Hola —dijo Caroline—. Me pareció oír a alguien subir por las escaleras.

Llevaba una camisa blanca de vestir de hombre, sin remeter, por encima de unos pantalones de color beis. Tenía el cabello recogido hacia atrás en un moño sujeto con un pincel.

—Sí —dijo Deirdre—. Espero no molestarte.

Caroline corroboró esa suposición al no decir nada por desmentirla. Se quedó allí de pie, sujetando la puerta abierta, sonriendo con gesto de extrañeza a Deirdre.

—Quería hablar contigo —continuó Deirdre—, pero puedo volver en otro momento, podemos vernos en cualquier otro sitio más tarde...

—No, no —dijo Caroline radiante por haber comprobado así la eficacia de su pausa—. Entra. Ahora me va bien. Entra y siéntate.

Deirdre entró en el estudio. Miró a su alrededor en busca de un cuadro que alabar, pero todos los lienzos estaban cara a la pared. Solo había un cuadro a la vista, un lienzo sujeto en un caballete, una naturaleza muerta bastante sosa, una de esas composiciones que Deirdre tanto detestaba que consistían en un conjunto de objetos difíciles de pintar que no tenían nada que ver entre sí (en este caso, uvas, conejos muertos y un decantador de cristal lleno de vino) y estaban desparramados sobre una mesa para que el artista pudiera lucirse.

—Es fabuloso —dijo Deirdre, señalando el cuadro con la cabeza.

—Es un Meléndez —dijo Caroline.

Deirdre no estaba segura de si se refería a un artista o a una técnica. Apenas había pasado de puntillas por la asignatura de historia del arte, así que optó por no decir nada.

—Siéntate —dijo Caroline, como si Deirdre fuera un perro.

Había un sofá bajo, moderno —en realidad, de los años cincuenta—, prácticamente cubierto por libros de arte y un sillón delante del mismo. Deirdre apartó una pila de libros y se sentó en el sofá. Caroline se sentó en el otro extremo.

—Es fantástico —concluyó Deirdre—. ¡Esas uvas tienen un aspecto exquisito! —Se dio cuenta de que su comentario había sonado absurdo, pero la suspicacia de Caroline, la callada observación a la que la estaba sometiendo la enervaba—. ¿Solo pintas naturalezas muertas? —preguntó.

—No —dijo Caroline, sin ampliar la información.

Deirdre miraba en busca de otro cuadro del que poder hacer algún otro

comentario, pero confirmó su impresión inicial: todos los lienzos estaban cara a la pared. Deirdre sintió que a pesar de estar Caroline sentada frente a ella esbozando una sonrisa, también Caroline estaba, de alguna manera, cara a la pared: su presencia tenía un porte ausente, casi hostil.

—Una sala fabulosa —dijo Deirdre—. Tiene que ser fantástico pintar aquí arriba.

Caroline agradeció el comentario ampliando levemente esa sonrisa de labios prietos. Después dijo:

—¿Quieres beber algo? Tengo un poco de whisky escocés.

—Sí, gracias —dijo Deirdre.

Caroline se levantó y se dirigió hacia una mesa, donde sirvió un poco de whisky solo en dos vasos.

—¿Agua? —preguntó—. Me temo que no tengo ni hielo ni soda.

—Un poco de agua, por favor —dijo Deirdre.

Observó a Caroline vertiendo agua de una botella de plástico en uno de los vasos y regresar con las bebidas. Caroline le acercó uno a Deirdre y volvió a sentarse.

—¿Cómo está Omar? Doy por hecho que ya has ido a visitarlo.

—Sí —dijo Deirdre—. Dentro de lo que cabe, parece que mejor. Creo que volverá a casa mañana. Bueno, aquí, me refiero.

—Ah, bien —dijo Caroline—. ¿Y entonces os iréis?

—Dentro de una semana —dijo Deirdre—. El médico dice que no puede viajar durante una semana.

Caroline dijo «Ah» otra vez. Deirdre tomó un sorbo de su bebida.

—Muy... —dijo—. Gracias. Está fabuloso. —Entonces recordó que había dicho que el cuadro y la habitación eran fabulosos. Fabuloso, fabuloso, pensó, no puede ser todo fabuloso, pensará que soy muy simple. Bebió otro sorbo—. Sabor ahumado —dijo—. ¿Es de malta?

—Sí —dijo Caroline—. Laphroaig.

Deirdre podía notar el calor del whisky esparciéndose en su interior. Su padre llamaba al alcohol «coraje holandés». Ten coraje, pensó, sé valiente. Bebió otro sorbo y dijo:

—Debes de tener curiosidad por saber por qué quiero hablar contigo.

—La verdad es que no —dijo Caroline con amabilidad.

—Oh —dijo Deirdre. Una respuesta bastante desalentadora, pero coraje...—. Bueno —dijo—, ¿puedo contártelo?

—Naturalmente —Caroline dijo riéndose.

Esta mujer es realmente malvada, pensó Deirdre, está disfrutando con esto. Esta gente es horrible. Son unos frustrados que solo destilan veneno. Necesitan mucha terapia.

—Bueno —dijo—, tengo entendido que eres la única albacea que se opone a conceder la autorización. No sé qué es lo que te habrá contado Omar, pero me gustaría garantizarte que su idea es colaborar estrechamente con todos vosotros en la

biografía y respetar vuestros deseos. No tenéis nada que temer.

—No me niego a concederle la autorización por miedo —dijo Caroline.

—Por supuesto —dijo Deirdre—. No me refería al miedo en sí mismo.

—¿A qué te referías? —preguntó Caroline.

—Me refería a... Bueno... ¿Por qué motivo te niegas a concederle la autorización? Si me lo explicaras, quizá podría resolver alguna duda que puedas tener.

—Ya he hablado de este mismo tema con Omar. Varias veces. Discúlpame por no ser capaz de ver la necesidad de volver a hablar de esto contigo.

—Lo siento —dijo Deirdre—. No pretendo ser brusca, de verdad que no es esa mi intención, pero si supieras exactamente qué importancia tiene todo esto para Omar, cuánto depende su vida de la autorización y de ese libro, creo que...

—¿Crees qué?

—Creo que podrías reconsiderarlo. Al menos, espero que consideres la posibilidad de reconsiderarlo.

—Pero mi decisión no tiene nada que ver con Omar. Sé perfectamente lo importante que es todo esto para él. Al fin y al cabo, el haber venido hasta aquí es la mejor prueba de cuánto necesita esa autorización, pero a mí no me preocupan sus necesidades. Yo tengo otras... diferentes lealtades al respecto.

—¿Hacia Jules Gund, te refieres?

—En realidad, no creo que sea de tu incumbencia a lo que yo pueda referirme, pero sí, hacia Jules Gund. Y, es más, hacia mí.

Deirdre se quedó pensativa un momento. Todo iba mal. Esa gente era imposible. Deirdre se había creído capaz de arreglar todo para Omar y ofrecerle la autorización como regalo. Se había imaginado a sí misma entregándole el formulario, rubricado con el triunvirato de firmas, cuando volviera del hospital. Habrían celebrado su regreso con una pequeña fiesta y habrían brindado por la biografía. Y él se habría mostrado encantado y agradecido. ¡Ojalá esa gente atendiera a razones! Miró a Caroline y dijo:

—Lo siento. Me parece que te estoy haciendo perder el tiempo.

—El tiempo no es un bien tanpreciado aquí —dijo Caroline.

—Ya —dijo Deirdre—. De todas formas, creo que ya tienes una opinión formada. No tiene ningún sentido que ni Omar ni yo hablemos contigo.

—Ya nos formamos una opinión hace meses, antes de que Omar viniera aquí. Y fue entonces cuando tomamos una decisión.

—Pero Arden cambió de opinión —dijo Deirdre.

—Sí —dijo Caroline—, Arden cambió de opinión, pero yo no cambiaré la mía.

—Entonces te estoy haciendo perder el tiempo —dijo Deirdre.

—Si esa es la única razón por la que quieres hablar conmigo, entonces sí, supongo que estás haciéndome perder el tiempo —dijo Caroline. Parecía un poco dolida.

Deirdre se puso de pie.

—Entonces, te dejo. Siento haberte molestado.

—No me has molestado —dijo Caroline.

Ojalá te hubiera molestado, pensó Deirdre, ojalá hubiera podido molestarte.

—Gracias por el whisky —dijo.

—De nada —dijo Caroline. Se levantó y abrió la puerta—. Buenas noches —dijo.

En lugar de volver a la casa, Deirdre cruzó el patio y paseó bajo el arco del muro trasero. No tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con Arden. También había algo extraño en Arden, algo que no era capaz de identificar. Arden parecía pensar demasiado en todo lo que decía y hacía para que todo saliera perfecto.

El sol aún no se había puesto, pero los altos y oscuros pinos plantados alrededor de toda la casa creaban una sensación de temprano crepúsculo. Si viviera aquí, lo primero que haría sería talar alguno de estos árboles, pensó Deirdre. Salió del camino de gravilla y se dirigió hacia el arco del seto. Se detuvo en la verja del jardín. Sobre una especie de plataforma situada en el centro del jardín había un aspersor que lanzaba temblorosos chorros de agua a gran distancia. Las plantas goteaban bajo aquella luz mortecina. El aire olía a hierba. Algunos pájaros de gran tamaño, cuervos quizá, picoteaban por la tierra húmeda.

Se quedó allí hasta que se hizo de noche, casi de noche. El aspersor dejó de funcionar. Debe de activarse por medio de un temporizador, pensó. Todo quedó, entonces, muy tranquilo. No se había dado cuenta hasta ese momento del alboroto que montaba ese trasto. Levantó la vista y vio que las estrellas ya empezaban a apreciarse, punteando el cielo. Se estremeció a pesar de no hacer frío, solo un poco de fresco, una leve brisa. Si Omar no consigue la autorización, ¿qué pasará?, se preguntaba. ¿Qué será de él? ¿De mí? ¿De nosotros?

Cerró los ojos. Olor a hierba, a pino y a tierra mojada. Sintió el deseo de rezar y, si bien su deseo no pasó de ahí, aquello para Deirdre ya era mucho.

A Omar le dieron el alta a la mañana siguiente y lo trasladaron en una furgoneta que hacía las veces de ambulancia. Le habían administrado una dosis muy fuerte, quizá excesiva, de un sedante para poder sobrellevar el viaje y llegó con un sopor del que no se recuperó hasta bien entrada la tarde. Deirdre le preparó una sopa o, mejor dicho, recalentó la sopa que había preparado Arden y se la subió a la habitación.

Omar estaba tumbado en la cama, con la mirada un poco vidriosa pero despierto. Después de haberle quitado el vendaje de la mano, una muñequera elástica le cubría la muñeca derecha y la palma de la mano, dejando los dedos y el pulgar al descubierto.

—Oh, eres tú —dijo él.

A Deirdre le molestó esa reacción. ¿Quién podría haber sido? A pesar de ello, trató de mostrarse radiante y alegre.

—Sí —dijo ella—. Te he traído un poco de sopa. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo él—, un poco. ¿De qué es la sopa?

—De berros y aguacate —dijo Deirdre—. Creo que se suele tomar fría, pero te la he calentado. Pensé que algo caliente te sentaría mejor. —Dejó la bandeja con el cuenco de sopa, un pedazo de pan y un vaso de agua en la mesita situada junto a la cama—. ¿Por qué no te sientas en la cama? —preguntó—. Espera, te traigo otra almohada de mi habitación. Ahora mismo vuelvo.

Cuando regresó con la almohada, Omar se había sentado y ya estaba comiendo la sopa.

—Está muy buena —dijo él.

—Bien —dijo Deirdre.

Se sentó junto a la cama y lo observó comer. Parecía tener mucha hambre, aunque la muñequera de la mano le impedía comer rápido y sin mancharse.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó ella—. Puedo darte de comer. Te estás poniendo perdido.

—No —dijo él—, estoy bien así.

Deirdre cogió la servilleta de la bandeja y se la ajustó al cuello, extendiéndosela por el pecho. Llevaba otra vez el pijama verde con estampados de cachemir de color morado.

—¿De dónde has sacado este pijama? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo—. Apareció en el hospital.

—Quizá fuera de Jules Gund —dijo Deirdre—. Quizá te lo llevó Arden. Quizá

estés usando el pijama de Jules Gund.

—Yo creo que debe de haber salido del hospital —dijo Omar—. Quizá fuera de algún paciente que murió.

—Tendría que haberte traído un pijama de casa —dijo ella—. Y un albornoz. No se me ocurrió.

—No tengo pijamas —dijo Omar.

—Ya lo sé —dijo Deirdre—. Quería decir que tendría que haberte comprado alguno y habértelo traído.

—Este está bien —dijo Omar—. Me gusta.

—Omar, este pijama es horroroso.

Lo miró.

—No —dijo—. A mí me gusta. Quiero llevármelo a casa.

Deirdre decidió no discutir con Omar sobre aquel horroroso pijama.

—Bueno —dijo ella—. ¿Cómo te encuentras? Viniste totalmente sedado. No sé lo que te dieron. Creo que ese médico es un poco matasanos. En cuanto lleguemos a casa, debes ir al médico y hacerte un reconocimiento físico completo.

—Estoy bien —dijo Omar—. ¿Hay más sopa?

—No —dijo Deirdre—. Cómete el pan. Escucha, Omar. Tenemos que hablar. ¿Estás bien? ¿Ya tienes la cabeza despejada?

—Por supuesto —dijo Omar.

Deirdre acercó algo más la silla a la cama.

—Bueno, necesitamos hablar de estrategia. Necesitamos pensar en una estrategia. Desde que llegué, he tratado de encauzar las cosas, pero no ha sido fácil. Creo que todos están un poco locos. Sobre todo Adam y Caroline, pero Arden también, aunque al menos ella sí está de acuerdo. Debemos centrarnos en los otros dos.

—Adam también está de acuerdo. Se mostró de acuerdo desde el principio. Y ya te comenté que me ayudaría con el tema de Caroline.

—De eso es de lo que tenemos que hablar. ¡Omar! Ayer hablé con Adam. Me contó lo de vuestro pacto. No puedo creer que aceptaras eso. No lo hiciste, ¿verdad que no?

Omar guardó silencio.

—Le dijiste que no, ¿verdad?

Omar negó con la cabeza.

—No. Le dije que sí lo haría. Me lo contó de un modo que parecía no conllevar riesgo alguno. Y dijo que convencería a Caroline y a Arden. No sé, quizá haya sido un estúpido, pero me parecía que eso era lo único que yo podía hacer.

—¡Omar! Estás loco. Eso es contrabando. Podrías ir a la cárcel. ¿Recuerdas *El expreso de medianoche*?

—Él dijo que no se trataba de nada de eso. De hecho, no creo que sea capaz de pedirme que haga algo peligroso o ilegal. Sé que suena ingenuo, pero confío en él.

—Bueno, pues yo no. Y no vas a sacar del país nada de contrabando por él. Ya se

lo dije. Se molestó un poco y amenazó con cambiar de opinión...

—¡Deirdre! Adam no puede cambiar de opinión. Si él cambia de opinión, no habrá forma de conseguir la autorización.

—No te preocupes. Creo que solo estaba llevándome la contraria. Creo que no le gustan las mujeres, las mujeres fuertes. Adam es uno de esos homosexuales que consideran que las mujeres somos avasalladoras.

—Bueno, entonces no deberías hablar con él. Todo iba por el buen camino. Yo le caía bien.

—Claro que le caías bien. Tú eres adorable y estabas dispuesto a hacer contrabando por él. ¿Cómo no le ibas a caer bien? Pero esa no es la forma de conseguir la autorización, Omar.

—Muy bien, ¿y qué propones tú?

—No lo sé. Por eso tenemos que hablar. Caroline es todavía más difícil, porque es una auténtica lunática, me parece. No atiende a razones. Ya lo he intentado.

—Habría preferido que te hubieras mantenido al margen de todo esto —dijo Omar—. Me estaba saliendo bien. Todo estaba yendo bien.

—¡No estaba yendo todo bien, Omar! Estabas en el hospital y casi de camino a la cárcel. ¡Eso no es ir bien!

—Bueno, todavía estaba en ello. Yo lo estaba haciendo a mi manera. Y estaba funcionando.

—No, no estaba funcionando, Omar. Si hubiera estado funcionando, yo no estaría aquí.

—Yo no te he pedido que vengas —dijo Omar.

—Oh —dijo Deirdre—. ¡Lo siento! Siento haber hecho veinte mil kilómetros o los que sean en avión por haber sido informada de que estabas en coma. ¡En coma! Siento haber tenido que aguantar a una panda de lunáticos durante tres días intentando convencerlos de que te autoricen escribir el libro que tanto necesitas escribir. Siento que...

—¡Basta! —dijo Omar—. Lo siento. No quería decir eso. Solo me refería a que preferiría que no me trataras como a un niño.

—¡Pues no te comportes como un niño! ¡No aceptes hacer contrabando! ¡No te caigas de un árbol!

—Caerme de un árbol fue un accidente.

—Ya sabes lo que pienso yo sobre los accidentes.

Omar quiso lanzar la corteza de pan que estaba comiendo al otro lado de la habitación, pero su lastimada muñeca solo le permitió alcanzar los pies de la cama.

—Sí, ¡y estoy hasta los huevos de que me hagas sentir culpable! No soy un estúpido. No soy un inepto. La gente tiene accidentes, Deirdre. No todos somos tan perfectos como tú.

Deirdre recuperó el trozo pan. Lo colocó en la bandeja y se limpió las manos.

—Yo no soy perfecta —dijo—. Sé que no soy perfecta. No creo que sea perfecta.

Y siento haberme comportado así. Solo intento ayudarte, Omar. Porque te quiero.

—Ya lo sé —dijo Omar—. Lo siento.

—¿De verdad preferirías que no hubiera venido?

—No —dijo Omar.

—Porque me puedo ir. Puedo irme cuando tú quieras.

—No —dijo Omar—. Quiero que te quedes.

Deirdre le retiró el cuenco de sopa y volvió a colocarlo sobre la bandeja. Cogió la servilleta y se puso a limpiarle la cara, pero él le apartó la mano.

—¡Omar! —dijo ella—. Tienes la muñeca rota. Por favor, deja que te quite los restos de sopa de la cara.

—Está bien —dijo Omar. Se dejó someter a esa humillación y luego se apartó de ella.

—¿Por qué estás tan enfadado? ¿Seguro que te encuentras bien?

Omar guardó silencio.

—¿Omar?

Se volvió para mirarla.

—Lo siento —dijo.

—No —dijo Deirdre—. No lo sientas. Solo... —Se le acercó y le tocó la cara—. Descansa un rato.

Arden y Pete estaban trabajando en el jardín. Pete le daba al azadón y Arden quitaba las malas hierbas. Era sorprendente la rapidez con que crecía la maleza, pensaba Arden. Casi parecía imposible. Uno casi podía verlas crecer.

De repente se dio cuenta de que estaba bajo una sombra. Levantó la vista y vio que Pete estaba de pie sobre ella, con las manos apoyadas en el azadón.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Los echarás de menos cuando se vayan? —preguntó Pete.

—¿A quiénes? —preguntó ella naturalmente sabiendo a quiénes se refería, pero decidida a no hablar con Pete sobre ellos. Arden no quería hablar con nadie sobre ellos, solo quería que se fueran.

—A Omar —dijo Pete—. A Omar y a Deirdre.

Arden se sentó de cuclillas. Por un momento se sintió cegada, pero entonces se dio cuenta de que Pete se había movido y el sol le daba directamente en la cara. Cerró los ojos. Pete volvió a moverse y volvió a hacerle sombra. Ella abrió los ojos.

—No —dijo—. ¿Por qué iba a echarlos de menos?

—Creo que yo sí los echaré de menos —dijo Pete—. Me refiero a Omar. Echaré de menos a Omar.

—Tienes que sentirte muy solo aquí —dijo Arden.

Cogió un hierbajo de la tierra y lo tiró en el cubo. Desmenuzó un pequeño grumo de tierra con los dedos.

—¿Lo quieres? —preguntó Pete.

Arden levantó la vista hacia él.

—No —dijo ella, negando también con la cabeza—. No —dijo otra vez—. No quiero a Omar. —Se levantó—. Me duele la cabeza —dijo—. Creo que voy a echarme un rato.

Se quitó los guantes y los arrojó en el cubo sobre el montón de maleza que había recogido. Dejó el cubo allí, en mitad del surco.

Cuando llegó a la cocina vio que la cacerola estaba en el fregadero. Eso la irritó. ¿Por qué había calentado Deirdre la sopa? Se toma fría, esa sopa está mejor fría, su frescura... El calor malogra su sabor. Qué absurda eres, pensó, no tiene ninguna importancia. No importa.

Subió a la habitación y se tumbó en la cama. Le incomodaba que Deirdre anduviera por la casa. Su presencia provocaba tensión. No, era mejor que estuviera. Si Deirdre no hubiera estado allí, Arden habría tenido que cuidar de Omar y eso no habría estado tan bien. Estando Deirdre allí, ella podía evitar a Omar. Podía evitarlo esos días, después se iría: en menos de una semana ya se habría ido. Pero quizá él no se iría. Quizá Caroline cambiara de opinión y entonces se quedara para trabajar en el libro. Deirdre sí se iría, pero él se quedaría mucho tiempo trabajando en el libro. Pero Caroline no cambiaría de opinión.

Estaba segura de que Omar no recordaba el beso que se habían dado; por la irreprimible necesidad de suprimirlo de su recuerdo, de negarse a sí misma que aquel beso había sucedido, casi no lo recordaba ni ella, pero sabía que sí había ocurrido, que se habían besado, sentados allá arriba, fuera del cobertizo, bajo el sol abrasador. Se habían besado. Quizá él lo recordara. O quizá lo recordara y no significara nada para él. Es difícil saber qué significa un beso. Ella no pensaba que Omar fuera por ahí besando a las mujeres de forma indiscriminada, pero eso no implicaba que aquel beso hubiera significado nada especial para él. ¡Significar algo! Qué estúpida se sentía. Qué patética. Eran todos esos años de vivir sola, de vivir apartada de las cosas, de la gente, de los hombres. Esos años sin que nadie la besara. Desde la muerte de Jules, solo había tenido una relación. Fue con el hermano de las hermanas Van Deleer, amigas de Caroline. Su hermano había viajado para verlas y se alojó con ellas durante un mes. A Arden la invitaron a cenar y terminó en la cama con él. Tampoco aquella situación les pareció extraña: desde el preciso instante en que se vieron en la galería de las Van Deleer, donde estuvieron tomando unas copas antes de la comida, ella supo (y también supo que él lo supo) que acabarían acostándose. Se llamaba Henrik. Fue muy bonito, pero se fue, como estaba previsto, al terminar aquel mes. Su esposa y su hija, una niña que curiosamente también se llamaba Portia, vivían en Ciudad del Cabo. Por supuesto que se enamoró de él, imposible que no ocurriera bajo aquellas circunstancias, pero se trataba de un amor apasionado y superficial que apenas dejó huella. Ella lo había besado aquella primera noche, la noche que se conocieron, en la fiesta que organizaron en su honor. Arden se había levantado para ir al baño después

de cenar y él la había seguido. Cuando salió, él la estaba esperando en la oscuridad del pasillo; la esperaba de pie, observándola. Para volver al salón, Arden tenía que pasar por delante de él. El pasillo era estrecho. Por un momento pensó que él estaba esperando para entrar en el baño, pero no era así, la estaba esperando a ella. Entonces pensó: Es una tontería simular que no quiero que ocurra, no cometeré semejante tontería. No soy así. Quiero que ocurra. Se dirigió hacia él, por el oscuro pasillo, y lo besó.

Las hermanas Van Deleer lo descubrieron, por supuesto, y después de aquello jamás volvieron a mostrarse amables con ella. Arden estaba segura de que se lo habrían contado a Caroline, pero Caroline nunca se lo mencionó.

La atracción que había sentido ella por Henrik y Henrik por ella había sido clarísima, llamativa y explícita, pero la atracción que sentía por Omar no era así. Todo había transcurrido de manera bastante sobrecogedora, como si temerosos hubieran ido a tuestas, y luego aquel extraño beso al calor del sol. Quizá, pensó, de alguna manera, nos queremos, porque el beso fue... ¿cómo? ¿Real? Sí, el beso fue real, así que quizá sí que nos queremos, pero no se trata de un amor práctico. Y con eso basta. El hecho de que ocurriera no significa nada: no significa que deba reconocerse, ni fomentarse, ni consumarse. ¡Consumarse! Se preguntó cómo sería hacer el amor con Omar. Omar era muy atractivo. Y, tocándose suavemente bajo esa extraña tenue luz de su habitación, imaginó su piel, su cabello, sus ojos. ¿Por qué le habría preguntado Pete si quería a Omar? ¿Qué sabía Pete? ¿Habría hablado Omar con él cuando estuvieron cubriendo los árboles con las redes? ¿Qué le habría dicho? ¿Le habría dicho a Pete que la quería? ¿Que se habían besado? Se levantó de la cama. Entró en el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. Se miró en el espejo. A veces podía mirarse a sí misma y encontrarse hermosa, pero nunca se sentía segura. Siempre advertía algún fallo. Y recordó entonces la época en que su enorme cara aparecía en la pantalla del cine, una cara horrible. Por aquel entonces no era guapa.

Salió de nuevo al jardín. Pete todavía estaba dándole al azadón. Se quedó de pie junto a la verja y lo llamó.

Él se dio la vuelta.

—¿Qué? —dijo.

Ella gesticuló para que se acercara.

—Ven aquí —le dijo.

Él sacó con un impulso el azadón de la tierra y se dirigió hacia la valla. Tenía la cara sudorosa. Se la secó con su brazo desnudo. Se quedó allí de pie, esperando a que ella hablara.

Arden retiró la mirada. Miraba hacia el fondo del jardín, hacia el huerto, hacia los árboles cubiertos de redes. Así estaban feos: la red era sintética, de plástico naranja. Una pena que tuvieran que taparlos con redes. Deberían buscar alguna otra red que no fuera tan monstruosa. Una red invisible.

—¿Qué? —dijo Pete.

Con la vista todavía fijada en los árboles, Arden dijo:

—¿Te dijo algo Omar el otro día, cuando estabais colocando las redes en los árboles?

—¿A qué te refieres? —preguntó Pete.

Entonces se giró hacia él.

—¿Por qué me has preguntado eso antes?

—¿El qué?

—Antes —dijo ella—. Lo que me has preguntado sobre Omar.

—Era solo curiosidad —dijo Pete.

—¿Él no te dijo nada sobre mí el otro día?

—No —dijo Pete.

—Oh —dijo ella. Y tras unos instantes de silencio, prosiguió—: Tenía curiosidad. Me ha parecido extraño que me preguntaras eso.

—Lo siento —dijo Pete—. Es que pensé que... Si yo estuviera en tu lugar...

—Si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué?

—Podría quererlo.

—Bueno, apenas lo conocemos, ¿no, Pete? Hace muy poco que está aquí. Tiene novia y se irá pronto.

—Sí —dijo Pete—. Todo eso es muy cierto.

Regresó a su azadón. Lo recogió del suelo y reanudó su trabajo. Al cabo de un poco, se detuvo y se giró. Arden se había quedado de pie junto a la verja. Pete le sonrió.

Caroline estaba de pie en el centro de la cocina, mirando a su alrededor con la mirada perdida, como si no hubiera visto una cocina jamás.

—Estás ahí —dijo, cuando Arden entró desde el jardín—. Solo quería hacerte saber que voy a pasar unos días fuera.

—¿Dónde? —preguntó Arden.

—En casa de Gianfranco y Donatella. No me siento cómoda, con todos esos inválidos y parásitos fisgoneando por aquí.

Gianfranco y Donatella Norelli eran una pareja italiana que tenía un viñedo a una hora de camino.

—Vale —dijo Arden—. ¿Cuándo te vas?

Caroline miró el reloj.

—Ahora ya es un poco tarde. Creo que esperaré a mañana por la mañana.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Hasta que se vayan —dijo Caroline—. Llámame cuando no haya moros en la costa.

—No pienso hacer eso —dijo Arden mirando la cacerola que todavía seguía en el fregadero. No podía dejar de pensar en esa deliciosa sopa que ella había preparado

para servirse fría y había terminado recalentándose.

—¿Cómo? —dijo Caroline.

—Vete si quieres, vete, pero no me des órdenes. No me digas lo que debo hacer.

—Por Dios —dijo Caroline—, creo que eres tú quien necesita irse de aquí. Si tú quieres, yo estaré encantada de que me acompañes.

—¿Vas a irte sin hablar con él?

—¿Con quién?

—¡Con Omar! —dijo Arden casi gritando. Golpeó la cacerola en el fregadero y la llenó de agua.

—¿Por qué tendría que hablar con Omar? Ya he hablado suficiente con él.

Arden querría haberle dicho: «Si te vas, no podrás cambiar de opinión», pero claro, pensó, esa era precisamente la razón por la que Caroline se iba. Y lo cierto era que debía de tener miedo de acabar cambiando de opinión si se quedaba.

—Tienes miedo de terminar cambiando de opinión si te quedas —le dijo.

—No —Caroline dijo—. Tengo miedo de acabar de perder la cabeza si me quedo. Tendré a toda esa gente abordándome constantemente, día y noche, intentando que cambie de opinión, pero yo no quiero cambiar de opinión. Quiero que esa gente se vaya, pero mientras sigan incapacitándose y multiplicándose, seré yo misma la que me vaya.

—Vale —dijo Arden—. Vete.

A la mañana siguiente, Deirdre le llevó el desayuno a Omar en una bandeja.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó él.

—¿Quién? —preguntó Deirdre—. ¿Quién es todo el mundo?

—Caroline, Adam, Pete, Arden, Portia. Desde que he regresado aquí, solo te he visto a ti.

—Todos parecen ocupadísimos con lo que sea a lo que se dedican aquí. Falsificando cuadros y criando abejas asesinas. ¿Sabes que hay un misterioso teatro de maléficas marionetas que parecen de vudú al otro lado del pasillo?

—No —dijo Omar—. ¿Has estado abriendo puertas?

—Estaba buscando el cuarto de baño. Y, al lado de mi habitación, hay una sala de costura con una de esas viejas máquinas a pedales.

—¿Y?

—Solo te estoy informando. —Dejó la bandeja en la mesita de noche—. ¿Por qué no te quitas ese pijama? Voy a ver si te lo pueden lavar. —O destruir, pensó—. ¿Quieres bañarte?

—Eso estaría bien —dijo Omar.

—Hay una bonita bañera al otro lado del pasillo —dijo Deirdre—. Voy a prepararte el baño.

Omar oyó cómo abría los grifos y el agua llenando la bañera. Pasaron varios

minutos antes de que Deirdre regresara. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Oh, no —dijo.

—¿Qué pasa?

—Caroline se ha largado.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba llenando la bañera cuando la he visto marcharse con una maleta. La he seguido mientras bajaba las escaleras. Se va a casa de unos amigos unos días.

—¿Cuántos días?

—No lo precisó. La maleta era bastante grande.

—¿Todavía está aquí?

—No, ya se ha ido.

—¿Y por qué no la has detenido?

—¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Impedirle el paso?

—Pero es que necesito hablar con ella. Tengo que hablar con ella. Si no puedo hablar con ella, todo habrá terminado.

—Lo sé —dijo Deirdre—. Me entró pánico. Pero ¿qué podría haber hecho?

—¿Adónde ha ido?

—Ya te lo he dicho, a visitar a unos amigos.

—Ya lo sé, pero ¿adónde? ¿Muy lejos? No saldrá del país ¿no?

—No tengo ni idea.

—Tenemos que averiguarlo. Pregúntaselo a Arden. ¿Está ella por aquí?

—Supongo que sí —dijo Deirdre—. Debe de estar por alguna parte.

—¿Le dirás a Arden que quiero hablar con ella?

—Está bien, pero primero tienes que bañarte. ¡Mierda! La bañera. La he dejado llenándose.

Dos días después, Pete acompañó a Omar en coche hasta Las Golondrinas, el nombre que recibía el viñedo donde Caroline estaba pasando unos días con sus amigos. No había sido fácil quedar con ella: al principio, Caroline se resistía a contestar a sus llamadas, pero después de mucho insistir Omar, al final, se puso al teléfono para decirle que dejara de acosarla a ella y a sus amigos. Omar prometió desistir si hablaba con él quince minutos. Por alguna milagrosa razón, ella aceptó.

Huelga decir que Deirdre quería acompañarlo, pero Omar se negó a que lo hiciera. Y por alguna milagrosa razón, ella accedió a no hacerlo. Así que allí estaba él, atravesando la cordillera a toda velocidad en la maltrecha camioneta de Pete. Hasta donde alcanzaba la vista y en todas direcciones se extendían campos salpicados por charcos poco profundos rodeados de sauces bajo cuya sombra de muchos de ellos se arrellanaba el ganado.

—Todo esto es muy bonito —gritó Omar para que su voz superara el ruido de la camioneta y del viento que entraba por las ventanillas abiertas.

—Sí —asintió Pete.

—Se parece a Kansas —dijo Omar—. Muy llano.

Pete aminoró la marcha y se detuvo: dos hombres a caballo estaban haciendo cruzar un rebaño de ganado por la carretera.

—¿Son gauchos? —preguntó Omar.

—Sí —dijo Pete.

Se inclinó hacia delante y buscó un paquete de cigarrillos en la guantera. Le ofreció a Omar.

—No, gracias —dijo Omar.

—¿No fumas? —dijo Pete.

—No —dijo Omar.

Pete se puso un cigarrillo en la boca y presionó el encendedor del salpicadero.

—Yo solo fumo en la camioneta. Me gusta fumar mientras conduzco.

—¿Conduces mucho cuando vas a buscar muebles? —preguntó Omar.

—Sí —dijo Pete.

—¿Vas a ranchos?

—A veces, pero suelo ir a pueblos, allí la gente suele tener muebles antiguos. Creen que no son bonitos, quieren cosas nuevas, así que me venden los objetos viejos por muy poco dinero.

El encendedor saltó y Pete lo presionó contra la punta del cigarrillo. Se

desprendió ese repentino olor cálido y agradable del tabaco. El rebaño terminó de cruzar. Los gauchos les hicieron una señal con las manos. Pete devolvió el gesto y continuó conduciendo.

—Entonces —dijo—, ¿necesitas ver a Caroline por lo del libro?

—Sí —dijo Omar—. Arden y Adam están de acuerdo, pero Caroline no.

—Caroline es muy testaruda —dijo Pete.

Omar asintió.

—¿Cómo era Jules? —preguntó.

—Jules no me gustaba —dijo Pete.

—¿Por qué no? —preguntó Omar.

Pete se encogió de hombros. Sacudió la ceniza del cigarrillo por fuera de la ventanilla.

—No creo que fuera una persona agradable —dijo Pete—. No parecía demasiado feliz. Su cara siempre estaba así... —Pete frunció el ceño.

—¿Qué hacía? —preguntó Omar.

—¿A qué te refieres?

—¿En qué ocupaba su tiempo?

—Viajaba mucho. A Europa y Estados Unidos. Y, cuando estaba aquí, siempre se ponía a escribir. Siempre en su estudio, aunque creo que la mayor parte del tiempo se dedicaba a beber, pero tampoco lo conocí mucho. Solo coincidí con él unos años. Creo que antes de que yo viniera aquí él era más feliz.

—¿Viniste con Adam?

—Sí, desde Alemania.

—¿Te gusta vivir aquí?

—Sí —dijo Pete—. Me recuerda un poco a Tailandia. Más que Alemania. No me gustaba Alemania. Ni el lugar ni la gente. Aquí se está mejor.

—¿Y esto es como Tailandia? —preguntó Omar.

Pete echó una mirada a los campos.

—No —dijo—, pero el clima es bueno. En Alemania hacía demasiado frío. Yo odio el frío.

—Entonces no te gustaría Kansas.

—¿Te gusta el frío y esquiar?

—No —dijo Omar.

—En Alemania todo el mundo esquía.

—Me gusta el sol y la playa —dijo Omar.

—Sí, eso está muy bien —dijo Pete—. Aquí hay playas muy bonitas, en el sur. Deberías ir antes de que te vayas. ¿A Deirdre también le gusta la playa?

—Le gusta nadar, pero no le gusta tomar el sol —dijo Omar.

—A mí me encanta sentir el sol —dijo Pete. Sacó su brazo desnudo por la ventanilla dibujando círculos con él en la cálida brisa—. Podríamos ir a la playa, ahora, con la camioneta. La carretera es buena.

—Pero Caroline nos está esperando en Las Golondrinas —dijo Omar—. Tengo que hablar con ella.

Pete retiró el brazo.

—Me gustaría enseñarte la playa —dijo—. Quizá en otro momento.

—Sí —dijo Omar—. Eso estaría bien.

—Entonces, ¿volverás?

—Espero que sí —dijo Omar—. Depende de lo que ocurra con Caroline.

—Entonces, espero que diga que sí.

—Sí —dijo Omar—. Yo también.

Guardaron silencio unos instantes, ambos mirando cómo la carretera dividía en dos el paisaje que se extendía ante ellos.

—Omar, Adam me ha dicho que no existe ninguna carta —dijo Pete.

—¿Cómo? —preguntó Omar, apoyando la mano en el salpicadero.

—Adam me dijo que Jules no escribió ninguna carta acerca de una futura biografía. Solo es una mentira de Caroline.

—¿Cuándo te dijo eso?

—El otro día. Volví a casa y él estaba disgustado. Se había enfadado con Caroline y me contó que ella se había inventado lo de la carta.

—¿Y, entonces, por qué no quiere la biografía? —preguntó Omar.

—Creo que Caroline no es demasiado feliz. Igual que Jules. —Volvió a poner aquella cara—. Y puede deberse a cualquier motivo. Siempre resulta complicado saberlo, con gente infeliz.

—Sí —dijo Omar.

Pete miró a Omar.

—Y tú podrías pedirle que te enseñe la carta.

—Es una buena idea —dijo Omar.

Al cabo de un rato, salieron de la carretera principal y se desviaron por una carretera polvorienta. Se detuvieron ante una puerta metálica oscilante que cerraba el paso.

—Tienes que abrir la verja —dijo Pete— y luego cerrarla una vez que haya pasado con la camioneta.

—De acuerdo —dijo Omar.

Se bajó de la camioneta y empujó la verja para abrirla. Pete avanzó y luego se detuvo. Omar cerró la verja y volvió a subirse a la camioneta.

—Esto es Las Golondrinas —dijo Pete.

—¿Qué quiere decir «Las Golondrinas»?

—Es un pájaro. No estoy seguro de cómo se dice en inglés. Un pájaro pequeño que canta y vuela.

Cruzaron un riachuelo ancho pero poco profundo. El puente de madera crujía estrepitosamente al paso de la camioneta. Luego fueron ascendiendo por los viñedos.

La casa se encontraba en lo alto de una colina que emergía entre la planicie y estaba rodeada de árboles altos y de varios edificios anexos. La casa tenía dos plantas y sus muros de estuco estaban pintados de un color rosáceo. Pete aparcó la camioneta a la sombra de una de las acacias. Oyeron ladrar a un perro y el animal apareció al poco amenazando a la camioneta, un perro grande de color cobrizo con un mechón de pelo arremolinado por toda la columna.

Una mujer salió de la casa y dio unas palmadas.

—Cállate, *Fausto* —espetó al perro—. No pasa nada —gritó a los hombres de la camioneta—. Ladra mucho pero no muerde.

La mujer tendría unos cincuenta años. Vestía de manera informal, con unos vaqueros y una camiseta ajustada de tirantes anchos. Iba descalza. Llevaba el cabello teñido de rubio.

Omar se bajó de la camioneta, pero Pete esperó a que la mujer agarrara al perro por el collar. Todavía ladraba.

—¡Cállate! —volvió a gritar ella, y le golpeó con fuerza en el hocico. Entonces se calló.

—Ya puedes salir, ya puedes salir... —le dijo, con bastante impaciencia, a Pete—. No te hará daño.

Omar rodeó la camioneta y se presentó.

—Hola —le dijo a la mujer—. Soy Omar Razaghi.

La mujer se adelantó para darle la mano y entonces se percató de su mal estado.

—He tenido un accidente —dijo Omar.

—Eso parece —contestó; riendo—. Yo soy Donatella. Gianfranco y Caroline están detrás. Estábamos a punto de sentarnos para comer.

—Oh, lo siento —dijo Omar—. No pretendíamos interrumpir la comida. Podemos esperar aquí hasta que terminéis.

—Tonterías —dijo Donatella—. Hay bastante comida para todos, pero el viaje os ha dejado llenos de polvo. Entrad primero.

Estuvieron comiendo —una comida verdaderamente deliciosa— en un patio cubierto de glicinias situado en la parte trasera de la casa que tenía vistas a los viñedos. Cuando Caroline terminó de beber su café expreso, se levantó y arrojó la servilleta de lino sobre la mesa.

—Bueno —dijo—, Omar y yo deberíamos ir a dar un paseo.

Después del maravilloso paréntesis de la comida, la brusquedad de Caroline sonó un poco fuera de lugar, como si hubiera sido Omar quien hubiera estado marcando el ritmo, aminorando el paso, y ahora fuera necesario apresurarse. Llevaba unos pantalones blancos muy entallados y una blusa de algodón de color rosa con un amplio escote cuadrado. Se había colocado las gafas de sol de montura negra en la cabeza a modo de diadema durante la comida, pero ya se las había bajado y le

sonreía. Omar, se levantó.

—Por supuesto —dijo—, eso sería fantástico. Disculpad. Gracias de nuevo por esta deliciosa comida —dijo a los anfitriones.

Caroline ya había bajado las escaleras del patio y empezaba a alejarse de la casa por un camino de gravilla que se extendía por debajo de una pérgola de la que también colgaban glicinias. Omar la alcanzó.

Estuvieron caminando unos instantes en silencio. Los destellos intermitentes de la luz del sol atravesaban el dosel frondoso que los cubría y moteaban tanto el suelo como los hombros prácticamente desnudos de Caroline. Había cogido una flor de la enredadera y la iba desmembrando de manera metódica: primero los pétalos, luego los estambres.

—Gracias por permitir que nos veamos otra vez —dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—Siento que hayas tenido que venir en coche hasta aquí. O lo siento por Pete... Sí, pobre Pete.

—Es que tengo una idea que quiero compartir contigo.

—¿Y de qué idea se trata? —preguntó ella.

—Bueno, ya conoces cuál es la situación. Arden y Adam están de acuerdo con autorizar la biografía, pero tú no.

—Sí —dijo Caroline.

—No sé cuáles son tus razones...

—¡Pero si ya te lo he dicho! —se volvió hacia él, con exasperación—. Tengo una carta de Jules en la que se apunta claramente, sin ningún tipo de duda, que él no deseaba una biografía.

—Sé que no existe ninguna carta —dijo Omar.

—¿Qué?

—Por favor, deja de fingir que hay una carta de Jules. Sé que no existe.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo dijo Pete. Se lo dijo Adam.

Caroline arrojó la florecilla destrozada al suelo.

—No tenían ningún derecho a decírtelo —dijo ella.

—Eso no importa —dijo Omar—. Hace unas horas creía en la existencia de esa carta. Lo que quería decirte es que no conozco tus razones y tampoco necesito conocerlas. Tus razones son íntimas. Si no quieres que se escriba ninguna biografía de Jules, lo entiendo. Estás en tu derecho, pero Arden y Adam también están en su derecho. Y yo también estoy en mi derecho.

—Creo que tú no tienes ningún derecho sobre este asunto.

—No es cierto —dijo Omar—. Sí que lo tengo. Tengo derecho a escribir una biografía de Jules Gund. Tú tienes derecho a no colaborar conmigo. Yo tengo mi derecho y tú tienes el tuyo.

—Y también tengo derecho a no conceder la autorización —dijo Caroline.

—Sí —dijo Omar—, tienes ese derecho, pero eso no impedirá que escriba la biografía.

—Creía que no podías escribirla sin autorización.

—No es así. Lo único que depende de la autorización es mi beca y la publicación por la editorial de la Universidad de Kansas, pero yo puedo escribir una biografía de Jules Gund. Y puedo publicarla en cualquier otro lugar.

—¿Y tú podrías hacer eso? ¿Lo harías?

—Sí —dijo Omar.

—Yo creo que no. Creo que te estás marcando un farol.

Ella se giró y siguió paseando camino abajo. Entonces se detuvo de nuevo y se volvió hacia él.

—Dijiste que tenías una idea. ¿De qué idea se trata?

—Mi idea es que me concedas la autorización y que luego compartas conmigo la información que quieras. O que no compartas nada, si es eso lo que quieres. No hables conmigo. No me muestres las cartas que Jules te envió. No colabores en absoluto. Yo trabajaré con Arden, con Adam y con otras fuentes. En el libro incluso podría aparecer en tu nombre una declaración de ausencia de responsabilidad en el libro dejando así constancia de que tú no has autorizado la biografía.

—Sí, así yo pareceré un monstruo.

Llegaron al final del pasaje sombreado. Otro camino de grava partía en dos la calzada en la que se encontraban y, al fondo de aquel terreno, se alejaba en pendiente formando una sucesión de bancales por donde los viñedos se extendían bajo el esplendor del mediodía. Una balaustrada de piedra tallada flanqueaba el camino en toda su longitud y, detrás de ella, había cipreses plantados a intervalos regulares que dividían aquellas vistas en cuadros. Se quedaron rezagados un momento, bajo aquel frondoso caparazón, de cara a las vistas. Entonces Caroline se sentó cara al sol en la balaustrada, dando la espalda al paisaje.

—Qué aburrido es todo esto —dijo—. Sentémonos un rato. Omar se adelantó hasta una zona soleada y se apoyó en el muro de piedra, a unos pocos metros de Caroline. Ella se había girado sobre sí misma, apartándose de él, de manera que ahora miraba hacia los regimientos de viñas.

En otras circunstancias, habría sido un momento maravilloso: la agradable comida en el patio, el delicioso vino rosado, esas pequeñas tazas de café expreso con el borde ribeteado en oro, el paseo por el pasaje emparrado, la calidez de las piedras bajo sus pies, el débil pero intenso aroma de la tierra, de las glicinias y de las verbenas... Y los pajarillos —quizá fueran golondrinas, pensó Omar, aquellos pajarillos cantaban y volaban— trinaban por aquel follaje. Una lagartija verde escapó apresuradamente muro abajo y luego se quedó paralizada, radiante. Giraba la cabeza con movimientos secos, como las manecillas de un reloj. De repente bajó en picado por el muro y se adentró en el revoltillo de hierbajos que se extendían a sus pies.

Caroline comenzó a hablar, pero como seguía de espaldas a Omar, este no pudo

entender lo que dijo.

—Perdona —dijo él—. No he podido oír lo que decías.

Ella se incorporó y se sentó de cara a él.

—¿Qué más te han contado?

Recordó que la mañana que había ido a visitarla a su estudio le pareció una persona desequilibrada y en aquel momento volvió a sentir que aquella máscara serena y altiva no lograba ocultar la salvaje tensión que sufría en su interior.

—Nada —dijo él.

—Bueno —dijo ella—, ocurra lo que ocurra, yo seguiré pareciendo un monstruo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si escribes el libro, yo pareceré un monstruo y, si no lo escribes, también pareceré un monstruo.

—Tú no parecerás un monstruo —dijo Omar—. Tú no eres ningún monstruo.

—Tú no me conoces —dijo ella. Y luego dijo una vez más—: Tú no me conoces.

—Te conozco un poco —dijo Omar.

Caroline bajó la mirada, jugueteando con sus dedos con un veloso liquen que crecía en la roca, pero luego la levantó de nuevo. Omar reconoció su propio rostro reflejado en las lentes oscuras de las gafas de sol de Caroline.

—¿Sabes por qué se suicidó Jules? —preguntó ella.

—No —dijo él.

—¿Sabes que escribió otro libro después de *La góndola*?

—Sí —dijo Omar.

—Así que eso sí te lo han contado. ¿Te han contado todo?

—No —dijo Omar—. Solo sé que existe otro libro basado en... en vuestra situación, pero que Jules no lo quiso publicar.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Arden. Adam mencionó el libro y Arden me dijo de qué trataba.

—¿Y ella te dijo que Jules no quería publicarlo?

—Sí —dijo Omar.

—Pobre Omar —dijo Caroline—. Todo el mundo te cuenta mentiras.

Pues cuéntame tú la verdad, quiso gritar Omar, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿no hay ningún otro libro? —preguntó.

—No —dijo Caroline—. No hay ningún otro libro. Jules escribió otro libro, un libro sobre nuestra situación, como dices. Trabajó en él durante años. Y podría haber sido un libro muy bonito, quién sabe. Pero ya no existe.

—¿Qué ocurrió con el libro? —preguntó Omar.

—Desapareció —dijo Caroline—. Lo quemé.

—Oh —dijo Omar. Y entonces preguntó—: ¿Por qué?

Caroline pareció sobrecogerse. Bajó la cabeza. Colocó la mano plana sobre la piedra que tenía al lado y se quedó mirándola.

—No lo sé —dijo—. Quizá tenía la sensación de haberle dado demasiado y

necesitaba quitarle algo, quizá no le diera lo suficiente e igualmente quisiera quitarle algo. Y es horrible no poder hacer algo tú mismo, ni un hijo, ni un cuadro, y otra persona crea algo a partir de lo que es tuyo. —Cerró la mano en forma de puño y luego la abrió lentamente y dio una palmadita en la piedra—. Quizá no se debiera a nada de eso. Quizá simplemente lo odiaba. O me odiaba a mí misma. O a Arden. O quizá porque él nos odiaba a todos nosotros, a todo el mundo. O quizá fuera porque lo quería y no podía soportarlo. La verdad es que no puedo decir por qué lo hice, pero sí estoy segura de que tú podrás averiguarlo y explicármelo después, porque debe tener una explicación, por supuesto: todo tiene un sentido o se puede encontrar un sentido para todo, si gente como tú merodea por aquí y lo hace por nosotros. Se pueden reunir todas las piezas y ensamblarlas, aunque estén hechas trizas. O aunque se hayan quemado.

Omar se quedó callado. Hacía calor bajo el sol. Ojalá no hubiera bebido vino durante la comida. El doctor Peni le había dicho que no bebiera nada de alcohol al menos durante diez días, pero aquella situación le había puesto nervioso y el vino tenía un aspecto delicioso. Caroline se puso de pie. Avanzó por el paseo y se detuvo bajo el dosel emparrado de vides en flor.

—Te concederé la autorización —dijo entonces—. Es peor tratar de detenerte. Creo que eso me hace más daño. Me lastima más. Así que ve y escribe tu libro. Explícanos todo. Explícanos a nosotros mismos. Y después te lo agradeceremos y todo.

Se dio la vuelta y subió por el pasaje sombrío, en dirección al patio, donde Donatella, Gianfranco y Pete seguían sentados a la mesa dejando pasar el tiempo entre risas.

Cuando abandonaron la casa en la camioneta estuvieron un rato en silencio. Pete se paró en la verja; Omar bajó, la abrió y dejó pasar la furgoneta, luego la cerró y volvió a subir. Se sentía cansado y enfermo. Cruzaron el puente traqueteante y, cuando disminuyó el ruido, Pete preguntó:

—¿Cómo ha ido tu conversación con Caroline?

—Ha dicho que sí —dijo Omar.

—Entonces, ¿has conseguido lo que querías? —preguntó Pete—. ¿Has conseguido lo que te ha hecho venir aquí?

—Sí —dijo Omar.

Giraron por la carretera asfaltada y fueron un buen rato en silencio.

—No pareces muy contento por haber conseguido lo querías —dijo Pete.

—No me encuentro muy bien —dijo Omar—. Y estoy cansado.

—Pero ¿estás contento? —preguntó Pete.

—No —dijo Omar—, no estoy contento.

Pete no dijo nada, pero unos instantes después se acercó un poco a Omar y le

palmeó la pierna. Luego puso las dos manos en el volante y se concentró en la conducción, aunque la carretera era absolutamente recta hasta donde alcanzaba la vista.

Pete lo dejó delante de la casa y luego se marchó con la furgoneta. Omar subió al cuarto de baño de la primera planta y vomitó. Se aclaró la boca, se lavó la cara y se fue a su habitación. Se quitó los pantalones y se tumbó en la cama.

Tenía ganas de hablar con Arden, quería preguntarle qué debía hacer, pero sabía que Arden estaba evitándolo. Ella lamentaba el haberlo besado, Arden tenía la esperanza de que él lo hubiera olvidado, pero Omar no lo había olvidado. Aquello había parecido un sueño, pero no había sido tal. Habían subido a ver la góndola y se habían besado fuera del cobertizo. Ella le había acariciado la cara con las manos...

La puerta se abrió y Deirdre entró. Volvió para cerrar la puerta tras de sí y se quedó de pie, mirando a Omar en la cama.

—¿Qué ocurre? —dijo ella.

Omar se secó las mejillas, pero no contestó nada.

—¿Qué ocurre? —repitió ella.

—Nada —dijo él.

—Pues claro que ocurre algo —dijo ella—. Estabas llorando. Estás llorando.

Se cubrió la cara con las manos. Ella se acercó a la cama y le acarició con la mano su pierna desnuda. Omar llevaba calzoncillos tipo *boxer* y se había tumbado sobre la colcha. Hacía calor en la habitación.

—Por favor, dime qué ha ocurrido —dijo ella.

—No lo sé —dijo él, al cabo de un momento.

—¿Estás triste por algo? —preguntó ella.

—Sí —dijo él.

—¿Caroline te ha dicho que no?

—No —dijo él—, ha dicho que sí.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Por qué estás triste? ¿O es puro alivio?

—Estoy triste —dijo Omar.

—¿Por qué? —preguntó Deirdre—. Cuéntamelo. ¿Por qué estás triste?

—No lo sé —dijo él—. Por todo, supongo.

—Pero si todo va bien, Omar —dijo ella. Omar notó que Deirdre se sentaba junto a él en la cama—. No tienes por qué estar triste. Ya tienes la autorización, puedes quedarte con la beca, puedes escribir el libro. Todo va bien. En tres días estaremos de nuevo en Kansas y todo volverá a la normalidad. Podrás empezar a dar tus clases y comenzar la investigación. No tienes nada de qué preocuparte o por lo que estar triste. ¿Por qué estás triste?

Omar negó con la cabeza. Seguía cubriéndose los ojos con las manos. Deirdre le retiró suavemente las manos de su rostro y le alisó el cabello desde la frente hacia

atrás.

—Tiene que haberte costado mucho —dijo ella— hablar con Caroline. Y el trayecto hasta allí. Todavía no te has recuperado del todo. No tendrías que haber ido. ¡Pero estoy tan orgullosa de ti, Omar! Has hecho algo maravilloso. ¿Cómo has logrado convencerla? ¿Qué le dijiste?

Omar negó con la cabeza.

—No quiero hablar de eso —dijo.

—Bueno —dijo Deirdre—. Omar, ¿estás bien?

—Sí —dijo él.

—Es que me preocupas —dijo Deirdre.

—¿Por qué?

—No lo sé. No lo entiendo. Te noto diferente. Quizá solo sea por todo lo que ha pasado, por estar aquí, no lo sé, es posible que cuando volvamos a casa todo vuelva a ser normal. Quiero decir, normal no, no exactamente igual, desde luego, diferente, claro, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé. —Deirdre se quedó en silencio unos instantes, y luego dijo—: He estado pensando. He pensado que tal vez no deberías volver a casa de Yvonne. No creo que debas quedarte allí solo. Sobre todo en invierno, con el coche, la nieve y tu muñeca... Quizá deberías trasladarte a mi casa. Creo que nos iría bien vivir juntos. Creo que ya ha llegado el momento. ¿Qué te parece?

—¿Qué?

—Que vivamos juntos.

—No sé —dijo Omar—. Antes decías que yo era demasiado irresponsable como para vivir conmigo.

—Eso era antes —dijo Deirdre—. Las cosas cambian. Las cosas han cambiado.

—¿En qué sentido han cambiado? —preguntó Omar.

—Pues han... Oh, Omar, yo he cambiado. Los dos hemos cambiado. Me he dado cuenta de lo mucho que te quiero. Lo mucho que te admiro. Y te necesito. —Deirdre hizo una pausa. Le acarició la mejilla húmeda, suavemente, con el dorso de la mano—. Y lo que te quiero —dijo ella—. Siento comportarme a veces de una manera que parezca poner todo esto en duda. Y lo siento porque todo esto es verdad, está todo aquí, más allá de cualquier cosa que diga o haga, mis sentimientos por ti siempre están aquí, siempre. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo Omar.

—Bien —dijo Deirdre—. Creo que cuando volvamos deberíamos intentar hacer las cosas de otra manera. Creo que vivir juntos será un buen cambio, ¿no te parece?

—No lo sé —dijo Omar.

—Bueno, ya pensaremos en eso —dijo Deirdre—. No tenemos que decidirlo ahora.

—No —dijo Omar.

—¿Quieres dormir?

—Sí —dijo Omar—. A lo mejor duermo un rato.

—De acuerdo. —Deirdre se puso de pie—. ¿Quieres algo para beber? ¿Un poco de agua?

—No, gracias —dijo Omar.

Deirdre se quedó de pie junto a la cama.

—Me alegro de que hayamos hablado de esto —dijo—. Por favor, no estés triste. Y felicidades, Omar. Has conseguido una gran cosa. Estoy muy orgullosa de ti.

Deirdre abandonó la habitación, cerrando la puerta sin hacer nada de ruido tras de sí.

Aquella tarde Omar se sentía mejor y salió a dar un paseo con Deirdre; bajaron por el acceso de entrada, cruzaron las verjas y pasearon a lo largo de la carretera que conducía al molino, donde solo se divisaba carretera, bosques y cielo. Era una tarde cálida y tranquila: el sol del atardecer se posaba sobre los árboles por un lado de la carretera de una manera casi despiadada, convirtiendo el verde de las hojas en dorado. Se entretuvieron en mitad del camino y sus sombras se proyectaron de manera exagerada a sus espaldas. No habían hablado mucho durante el paseo y no se dijeron ni una sola palabra allí en medio de la carretera desierta. Omar se arrodilló y tocó el pavimento de macadán aún caliente por el efecto de todo un día de intenso sol.

—Recuerdo la primera vez que recorrí esta carretera.

—¿Cuándo fue? —preguntó Deirdre.

—El primer día que llegué aquí. No, el segundo. Fui a ver a Adam. Recuerdo que, por alguna razón, me sentía muy feliz caminando por aquí. Estaba esperanzado. —Entonces se levantó. Al cabo de un momento, dijo—: He tomado una decisión.

—¿Cuál? —preguntó Deirdre—. ¿Qué has decidido?

Omar miró la carretera. Por un momento Deirdre pensó que se agacharía y volvería a acariciar el pavimento, pero no fue así.

—He decidido... Creo que he decidido que no voy a escribir la biografía de Jules Gund. Creo que voy a olvidarme de todo esto.

—¿Omar? ¿Qué dices? ¿Por qué piensas eso?

Omar negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Creo que no tiene ningún sentido. No quiero hacerlo. Creo que no lo haría bien. No haría un buen trabajo. No me parece bien.

—¿Que no te parece bien? ¿Por qué?

—No puedo explicarlo. No logro comprenderlo. Simplemente, siento que no está bien, nada bien. Es como si esto fuera un estanque donde todo se ha quedado en calma, donde todo estuviera quieto y cristalino. Si empezara a agitarlo, enturbiaría todo.

—¡Omar! Eso es ridículo. En primer lugar, todo no está quieto y cristalino y, en

segundo lugar... Creo que estás confundido, eso es todo. Y cansado. El impacto que has sufrido todos estos días, esta experiencia, ha sido demasiado para ti, Omar. No pienses en nada de eso ahora. Cuando llegemos a casa y te encuentres mejor, te sentirás de otra manera, seguro. Creo que aquí se te han torcido un poco las cosas. De alguna manera, estás demasiado cerca de todo.

—No creo que sea una cuestión de perspectiva —dijo Omar. A Deirdre le extrañó que Omar utilizara una expresión así.

—Bueno —dijo Deirdre—. ¿Por qué no esperas a ver qué pasa? Por favor, Omar, no hay necesidad de tomar ninguna decisión en este momento. Vayámonos de aquí, volvamos a casa y, cuando te encuentres mejor, cuando vuelvas a ser tú, podrás pensar en todo esto, pero ahora no. Aquí no. Prométemelo. Por favor, prométemelo.

Omar guardó silencio.

—Omar, por favor, prométemelo. Prométeme que no dirás a nadie de aquí nada de eso de no escribir el libro.

—Está bien —dijo Omar—. Te lo prometo. —Se quedaron allí de pie unos momentos y luego Omar dijo—: Creo que voy a ir a ver a Adam.

—¿A Adam? ¿Por qué?

—Necesito hablar con él antes de irme. Quiero decirle que no me llevaré los cuadros a Nueva York.

—Ah —dijo Deirdre—. ¿Y crees que debes ir a decírselo? Ese pacto era una majadería, Omar. Estoy segura de que en el fondo no esperaba que lo hicieras. Tal vez sea mejor dejar las cosas como están.

—No —dijo Omar—. Necesito decírselo. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Qué vas a decirle?

—No lo sé. Algo. Que he decidido que no puedo hacerlo por... por... cuestiones prácticas.

—Bueno, pero no digas nada sobre el libro. Recuerda, me lo has prometido.

—Sí —dijo Omar.

—¿Quieres que vaya contigo? Quizá te resulte más fácil conmigo.

—No —dijo Omar—. Creo que será mejor que vaya solo.

—No es necesario que lo hagas —dijo Deirdre—. Adam se equivocó al proponerte algo así: te coaccionó. No estás moralmente obligado a darle ninguna explicación.

—Me gustaría hablar con él, ya está —dijo Omar—. Ya nos veremos en la casa. No tardaré mucho.

Se dio la vuelta y se encaminó carretera abajo hacia el molino. Deirdre se quedó mirándolo hasta que giró para tomar la carretera y desapareció.

Adam estaba sentado en una silla de madera en el patio empedrado que se extendía delante del molino, bebiendo una copa de lo que parecía vino rosado. Si su traje

hubiera estado un poco menos arrugado y su cabello un poco menos enmarañado, bien podría haber sido un personaje de un anuncio publicitario.

—Buenas tardes —dijo él, mientras Omar retiraba la palanca de la verja y entraba en el patio.

—Hola —dijo Omar.

—Me alegro mucho de verlo —dijo Adam—. Así que ya se ha puesto en marcha de nuevo. ¿Ya no está impedido?

—Me encuentro mucho mejor —dijo Omar.

—¿Quiere una copa de vino? Tengo una botella aquí, tendría usted que ir a buscar otra copa.

—No, gracias —dijo Omar—. Se supone que no puedo beber alcohol.

—Estoy seguro de que una pequeña copa de vino le haría mucho bien —dijo Adam—. Tiene un efecto muy tonificante.

—Ya tomé un poco, el otro día, en Las Golondrinas, y me sentó fatal —dijo Omar.

—¿Y le echa la culpa al vino? Estoy seguro de que fue la compañía. Pero entiendo que volvió victorioso. El héroe conquistador. —Adam levantó su copa de vino, cuyo tono rosáceo brillaba en la luz decreciente—. Felicidades.

—Gracias —dijo Omar—. De hecho, vengo a decirle una cosa.

—Estoy seguro de ello —dijo Adam—. La gente siempre viene a decirme cosas. Y nunca es lo que yo quiero oír, por supuesto. Eso solo ocurrió una vez, al menos que yo recuerde. Cuando era tan joven como usted... o puede que más joven, incluso... Yo estudiaba en Heidelberg. Un chico al que yo quería vino y me dijo: «He venido a decirte una cosa». Esa cosa era que me quería, pero no pudo decirlo. Creyó que si lo decía, si decía «He venido a decirte una cosa», yo ya sabría a qué se refería. O al menos eso era lo que deseaba. Y, naturalmente, lo supe. Pero tampoco yo fui más valiente que él. Tendría que haberle dicho: «No digas nada, ya lo sé», pero no pude. No lo hice. Fue como regresar a la Edad Media, una época de silencio y oscuridad. Así que allí nos quedamos, sentados, sin decir nada, y la oportunidad se nos escapó. No creo que haya venido usted a decirme que me quiere, ¿verdad?

—No —dijo Omar.

Adam no hizo ningún comentario a aquella respuesta, pero al ver que Omar no hablaba dijo:

—¿Y entonces qué es lo que ha venido a decirme?

—He venido para decirle que no podré llevar esos cuadros a Nueva York.

—¿Que no podrá? —dijo Adam—. ¿O que no lo hará?

—Que no lo haré —dijo Omar.

—Oh —dijo Adam. Se fijó en el tono rosado de su bebida—. Estoy seguro de que tiene una excelente razón para decir algo así.

—Es que... Bueno, el pacto era que usted convencería a Caroline para que aceptara, pero usted no la convenció. Lo hice yo.

—Sí —dijo Adam—. El héroe conquistador. —Levantó su copa hacia Omar y luego se la bebió.

—Por favor, no diga eso —dijo Omar—. No me llame así. No lo comprende. He decidido...

—¿Ha decidido qué?

—Nada. Que no puedo... Que no voy a llevar los cuadros, pero no puede comprenderlo.

—Oh, creo que sí. Un poco. Lo comprendo un poco. Y, en realidad, ¿acaso es posible comprender más que un poco? ¿Quién querría comprender más que un poco? Yo no. —Adam se puso de pie—. Fue una pequeña locura por mi parte. ¡La inviabilidad de las cosas! Cuanto más viejo te haces, más claro está que recae sobre ti todo su peso. Uno podría pensar que no debería ser tan difícil como lo es en realidad —dijo dirigiendo esa arenga a las piedras que había bajo sus pies.

Omar no sabía a qué se refería, así que no dijo nada. Y luego añadió:

—Lo siento.

—No —dijo Adam, levantando la vista hacia Omar—. No lo sienta. No puedo soportar que lo sienta. Además, seguro que hay cosas mejores por las que pueda lamentarse. Olvide nuestro pequeño pacto.

—Me habría gustado haberlo ayudado, de verdad —dijo Omar—. Y quiero serle de alguna ayuda. Tal vez haya otra cosa que pueda hacer por usted.

—No se me ocurre nada en este momento —dijo Adam—, pero si se me ocurre, no dudaré en ponerme en contacto con usted.

—Lo siento —dijo Omar—. Estoy siendo absolutamente sincero.

—¿Y yo no?

—No, creo que no.

Adam avanzó unos pasos e hizo algo insólito: acarició a Omar en la mejilla.

—No esté tan seguro —dijo—. Conmigo nunca se sabe.

Pete los llevaría en coche hasta Tacuarembó, desde donde podrían tomar un autobús que los llevaría directamente a Montevideo. Pasarían allí una noche y volarían a la mañana siguiente.

Deirdre terminó de hacer el equipaje y cerró su bolsa. La bajó a la planta baja y la dejó en el banco que había junto a la puerta de entrada. Después volvió a subir y se dirigió a la habitación de Omar. Omar estaba sentado en la cama junto a su maleta abierta.

—¿Has terminado de hacer la maleta? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza. Algo no iba bien. Omar apenas había hablado con Deirdre desde que mantuvieron aquella conversación en la carretera, pero ella no sabía qué hacer, solo pensaba en sacarlo de allí y llevarlo de vuelta a casa.

—Entonces, bajemos ya —dijo ella—. Seguro que Pete ya habrá llegado.

—¿Sabes dónde está Arden? —preguntó él.

—Sí, en su habitación. Ha dicho que bajaría para despedirse.

Omar se puso de pie.

—Necesito hablar con Arden. Espérame abajo.

—Omar...

—¿Qué?

—¿Por qué necesitas hablar con Arden? Creo que deberíamos irnos ya.

—Solo quiero despedirme de ella y darle las gracias.

—Puedes hacerlo abajo.

—Quiero hacerlo en privado.

—Recuerda lo que me prometiste —dijo Deirdre.

—Sí —dijo Omar—. Lo recuerdo.

Omar salió de la habitación. Nunca había estado en la habitación de Arden, pero sabía dónde estaba: en la segunda planta, su habitación era una de las habitaciones más grandes que daba a la fachada delantera de la casa. Recorrió el pasillo y cruzó la galería para dirigirse al lado opuesto de la casa. La puerta de su habitación estaba cerrada. Llamó. Al cabo de un momento, Arden la abrió.

—Omar —dijo ella.

—¿Puedo entrar? —preguntó él.

Ella se mostró confusa, casi como si hubiera creído que ya se había ido, pero retrocedió unos pasos para apartarse de la puerta y la abrió más para que él pudiera entrar. No la cerró una vez que él hubo entrado.

La habitación era muy grande. Era más oscura de lo que él había imaginado, toda llena de sombras. Había una inmensa cama sin hacer, con dosel, contra la pared del fondo. Junto a ella había una puerta abierta que daba a un cuarto de baño. Entre las ventanas frontales había un gran sofá imperial y, frente a él, varias sillas a juego. La mayor parte del suelo estaba cubierto por una gran alfombra estampada bastante gastada y las paredes estaban pintadas de verde pálido.

Ninguno de los dos dijo una palabra, pero al final Arden preguntó:

—¿Pete ha llegado ya? ¿Estás preparado para irte?

—No —dijo Omar.

—Iba a bajar para despedirme. Portia está enfadada. Quería quedarse en casa en lugar de ir a la escuela para poder decir adiós, pero le dije que yo lo haría en su nombre. Así que adiós de parte de Portia.

—¿Por qué has estado evitándome? —dijo Omar.

Ella se lo quedó mirando.

—Omar... —dijo.

—¿Por qué?

—Pensé que sería lo mejor, estando Deirdre aquí... No quería estar en medio.

—Creo que te quiero —dijo Omar.

—Oh —dijo ella. Eludió su mirada un instante, pero luego levantó la vista hacia él—. Gracias —dijo ella—. Me halaga que creas eso, pero no puedes quererme. Apenas me conoces.

—Pero yo...

—No —dijo ella—, escúchame. No debería haberte besado. Lamento haberlo hecho. Aquel beso fue un error por mi parte, Omar, fue una equivocación de los dos. Me gustas mucho, pero no debes creer que me quieres. —Ella negó con la cabeza—. No debes creer eso.

—¿Por qué no? —preguntó Omar.

—Porque... —dijo ella—. No puedo explicártelo sin herirte y no quiero hacerte daño. Confía en mí, Omar.

—No me harás daño —dijo Omar.

Ella se puso de pie.

—Sí —dijo—, sí te haría daño. Y no quiero herirte. Y tampoco quiero que tú me hagas daño a mí. Por favor... —Ella le rozó el brazo—. Por favor, me dolería, ya me duele, pero es mejor que te vayas. No hay nada de qué hablar, de verdad, Omar. No hay nada que decir. Seamos amigos.

Oyeron crujir la gravilla en la parte exterior de la entrada y el cierre seco de una puerta de coche.

—Ahí está Pete —dijo ella. Volvió a rozarlo—. Deberías irte. No querrás perder el autobús.

Pero Omar no se movió. Se quedó allí de pie, mirándola. Estuvieron mirándose el uno al otro un largo rato. Entonces Arden se adelantó y cerró la puerta. Volvió y se

quedó cerca de él. Volvió a rozarlo, primero el brazo, luego la cara. Él cerró los ojos, movió la cara hacia la mano de ella, la alcanzó, a ciegas, la tocó, abrió la boca y encontró la boca de ella.

Ya en el coche, los tres iban en silencio, casi como si fueran unos extraños. Deirdre iba sentada delante, a la derecha de Pete. Ella cerró los ojos y fingió dormir, pero Pete podía asegurar que estaba despierta y de alguna manera la detestaba por ese engaño. No es lo suficientemente valiente ni honesta como para sentarse junto a mí y no hablar, pensó él. Por el retrovisor podía ver a Omar mirando por la ventanilla. Pete levantó la vista muchas veces hacia el retrovisor, pero nunca se cruzó con la mirada de Omar, fija su mirada en la ventanilla pero apenas atento a nada, del todo indiferente a todo.

Llegaron a Tacuarembó con bastante antelación y Pete se ofreció a quedarse con ellos hasta que llegara el autobús, pero Deirdre lo despachó con muy poco tacto. Nada fue como Pete había imaginado que sería aquella despedida. Pete había creído que al ser joven como ellos lo considerarían uno de los suyos, había imaginado que reirían y hablarían durante el trayecto en coche y que se abrazarían antes de subir al autobús, había imaginado que pegarían su cara contra la ventana del autobús y que le dirían adiós con la mano mientras el autobús arrancaba para irse. Y había imaginado algo insensato e imposible, que le pedirían que fuera con ellos, pero no, cogieron sus bolsas del maletero y luego le dijeron que se fuera o, mejor dicho, Deirdre le dijo que se fuera. Se mostró educada: le agradeció que les trajera en coche y todo lo que había hecho por ellos, pero le dijo que se fuera.

—Tienes un largo camino de regreso —dijo ella—, no tiene sentido que te quedes con nosotros. Quién sabe si el autobús se retrasará.

Pete se quedó de pie un momento, como si estuviera decidiendo o intentando dar con alguna razón por la que debiera quedarse con ellos, pero no fue lo suficientemente perspicaz como para dar con una excusa y, por supuesto, tuvo que marcharse. No podía quedarse si ellos no lo querían a su lado. Y todo parecía indicar que no lo querían a su lado. Por supuesto que no lo querían. Qué estúpido había sido. Llegar a pensar que podrían pedirle que fuera con ellos, cuando les había faltado tiempo para librarse de él.

Deirdre entró a comprar los billetes y Pete se quedó solo con Omar. Alargó su mano y tocó el brazo de Omar.

—Me alegro de haberte conocido. Siento que tengas que irte.

—Yo también —dijo Omar—. Gracias, Pete.

Omar abrazó a Pete. Ocurrió muy deprisa, fue un abrazo rápido. Por encima del hombro de Omar, Pete podía ver a Deirdre en la ventanilla de compra de billetes. Omar olía bien, a limpio, desprendía calor. Omar palmeó la espalda de Pete y luego se apartó.

—Volverás —dijo Pete.

—Sí —dijo Omar—. Supongo que sí.

—Bien —dijo Pete—. Te llevaré conmigo cuando vaya a buscar muebles. Nos divertiremos juntos. E iremos a la playa.

—Sí —dijo Omar.

Deirdre regresó con los billetes. Se los enseñó como si fueran premios, como si hubiera tenido que luchar por ellos. Quizá sí había tenido que hacerlo. Adoptó una pose que indicaba a Pete que había llegado el momento de que se fuera. Él extendió la mano hacia ella.

—Adiós, Deirdre —dijo.

Ella le estrechó la mano y le tocó también con la otra.

—Adiós, Pete —dijo Deirdre—. Gracias de nuevo por traernos y por todo lo demás.

Deirdre era sincera, Pete sentía que era sincera, quizá se hubiera equivocado y sí se hubiera quedado dormida en el coche.

—De nada —dijo Pete—. Espero que tengáis un buen viaje.

—Sí —dijo Deirdre—. Tú también.

Pero yo no voy a ningún sitio, pensó Pete. Volvió a decir adiós a Omar y se dirigió hacia el coche. Al arrancar el coche, los buscó con la mirada, pero ya habían entrado en la estación de autobuses a sentarse. Pete se marchó. No sabía qué había perdido. Ni siquiera sabía si había perdido algo. Más bien había perdido la esperanza de algo, la absurda posibilidad de algo. Condujo un poco, lo justo para salir de Tacuarembó y entonces paró el coche en el arcén. Se quedó allí sentado, haciendo tiempo. No quería regresar tan pronto.

Pete tardó mucho en volver. Se había detenido en una pequeña población de camino a casa y había bebido tres cervezas en un bar, luego se había medio dormido en el coche y más tarde había vuelto a parar para cenar en un restaurante de carretera. Adam había dejado las luces encendidas para cuando Pete regresara. O quizá simplemente se las hubiera dejado encendidas, eso era lo más probable. Pete apagó las luces de la sala de estar. La cocina estaba muy desordenada, Adam había cenado y no había recogido nada, pero Pete la dejó tal cual. Estaba muy cansado. Conducir de noche lo agotaba. La noche era muy oscura y las luces del coche alumbraban poco. Uno de los faros debía de estar fundido. Se sentó un rato en la sala de estar, a oscuras. Todavía notaba la sensación de estar viajando, la sensación de tener la carretera moviéndose por debajo de él. Esa sensación tardaría un rato en aquietarse y cesar.

Al cabo de un rato subió las escaleras. Le sorprendió encontrar la luz del cuarto de baño encendida y a Adam sentado en la cama. Estaba leyendo a Proust. Dejó el grueso libro, abierto, sobre su regazo y miró a Pete.

—Te he oído llegar —dijo.

—Siento haberte despertado —dijo Pete.

—No —dijo Adam—. Te estaba esperando. Estaba preocupado. Pensé que te habías ido con ellos.

—No —dijo Pete—. Se han ido.

—Y en buena hora, diría yo —dijo Adam.

Pete se quedó rezagado en la puerta.

—Ven a la cama —dijo Adam. Entonces se inclinó hacia delante, porque parecía que Pete se había puesto a llorar—. ¿Qué te pasa, Pete? ¿Qué ocurre?

Pete se volvió de espaldas, cruzó los brazos para ocultarse la cara y los apoyó en el marco de la puerta. Estaba sollozando.

Adam se levantó de la cama. Se quedó de pie junto a Pete y le puso la mano, muy suavemente, en la temblorosa espalda.

—¿Qué ha ocurrido, Pete? —preguntó—. ¿Por qué lloras?

—No lo sé —dijo Pete—. Creí que era feliz.

—Ven a la cama —dijo Adam—. Quítate la ropa y ven a la cama.

Pete lo obedeció. Se quitó la ropa, apagó la luz y se metió en la cama. Adam lo abrazó. Lo abrazó y le acarició el cabello. Pronunció su nombre, una y otra vez, hasta que Pete dejó de llorar. Entonces dijo en la oscuridad:

—No pasa nada, Pete. No te preocupes. Comprendo que debas irte de aquí.

—No quiero abandonarte —dijo Pete.

—Sí, sí quieres hacerlo —dijo Adam—. Debes hacerlo. Aquí no hay nada para ti. Pete guardó silencio un momento.

—¿Y qué pasará contigo? ¿Quién te cuidará?

—No tengo tanta necesidad de que me cuiden —dijo Adam—. No te preocupes.

El viaje de regreso a casa fue largo y deprimente. Parecía especialmente concebido para hundirlos psicológicamente, para hacer que llegaran a casa con la dignidad y la paciencia bajo mínimos. La humillación empezó de inmediato y fue casi una constante: el avión estaba a reborar y se vieron obligados a ocupar los asientos centrales de la odiosa fila de cinco del centro del avión.

—Esto es absurdo —susurró Deirdre a Omar mientras se abrochaban los cinturones—. No entiendo por qué han puesto un avión tan grande. Al venir, el avión era normal, con un solo pasillo. Esto es una locura. ¿Puedes imaginarte así ocho horas?

—No podemos hacer nada al respecto —dijo Omar—. Así que relájate.

—Para ti es fácil decir eso —dijo Deirdre—. Tienes la suerte de ir narcotizado.

Omar estaba bajo los efectos de los sedantes que le había prescrito el doctor Peni.

—Estoy adormilado —dijo Omar—. Solo quiero dormir. Despiértame cuando lleguemos a Miami.

—Yo no puedo dormir así, rodeada de extraños —dijo Deirdre—. A lo mejor nadie ocupa estos dos asientos y podemos estirarnos.

—Lo dudo —dijo Omar—. ¿No dijeron que el vuelo iba completo cuando pedimos que nos cambiaran los asientos?

—Sí —dijo Deirdre—. Todos los billetes están vendidos, pero quizá algún pasajero no aparezca. Oh, no... Mira: una mujer con un niño pequeño. Por favor, Señor, no permitas que se siente a mi lado.

El Señor no estaba escuchando a Deirdre. La mujer, una mujer joven, bien vestida y guapa, ocupó su asiento de pasillo y acomodó a su pequeño en el asiento contiguo al que ocupaba Deirdre. Dirigió a Deirdre una sonrisa mientras lo abrochaba, sin duda esperando de ella un comentario sobre lo encantadora que parecía su criatura, pero Deirdre solo acertó a devolverle una débil sonrisa. Deberían existir unas líneas aéreas solo para familias con niños, pensó ella, o al menos una sección reservada solo para dichas familias en los aviones.

El niño estaba tomándose un biberón con una sustancia lechosa más espesa y amarillenta que un ponche con huevo. El pequeño succionaba tan contento y miró a Deirdre. Deirdre se volvió hacia Omar para dirigir su queja hacia él, pero Omar estaba concentradísimo en la explicación que los auxiliares de vuelo estaban dando para saber cómo actuar en caso de accidente. Omar siempre prestaba toda su atención a esas lecciones (incluso cogía y se estudiaba el folleto sobre seguridad del bolsillo

del asiento), sobre todo porque sentía pena por esos auxiliares que escenificaban aquello para nadie (por esa misma razón nunca disfrutaba completamente del teatro, porque siempre estaba pendiente de la intensidad con que podía notarse la indiferencia del público) y un poco por querer saber qué debía hacer en caso de producirse un accidente. A Omar le habría gustado que le hubieran dejado practicar con las máscaras de oxígeno, con los chalecos salvavidas y con los supuestos cojines hinchables de los asientos: una charla sobre su funcionamiento no le parecía una preparación adecuada.

Por fin despegaron y, cuando Omar estaba a punto de quedarse dormido, Deirdre lo avisó con el dedo.

—Mira eso —dijo ella—. Mira ahí. Mira lo que está comiendo el niño.

Omar miró detrás de Deirdre. La madre le estaba dando al niño algo de color rosado de una pequeña lata.

—¿Qué es eso? —Omar murmuró.

—Es comida de gato —Deirdre susurró—. Le está dando a su hijo comida de gato.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Omar.

—Porque lo es. Huele a comida de gato. Mira. Y la lata es de comida de gato.

—¡Cómo va a ser comida de gato! —dijo Omar—. Y si fuera comida de gato, tampoco es asunto tuyo. Aquí la gente tiene costumbres diferentes, y sigue dietas diferentes. No deberías juzgarla. Es su hijo.

La mujer les sonrió. Pensaba que estaban admirando lo bien que comía su hijo.

—Es un niño muy comilón —dijo aquella mujer.

Omar se quedó dormido, pero se despertó al oír al niño y a Deirdre gritar. Deirdre se había levantado —en realidad estaba intentando levantarse, porque llevaba el cinturón abrochado— y agitaba los brazos. Al parecer —de hecho, no había ninguna duda—, el niño había vomitado la cena sobre ella.

Deirdre se pasó una hora en el lavabo intentando limpiar y secar la ropa manchada y apestosa, pero Deirdre la sintió húmeda y maloliente el resto del viaje. En Miami perdieron la conexión con el siguiente vuelo y se vieron obligados a pasar seis horas sentados en una sala de espera, donde se anunciaba tediosamente un vuelo tras otro, con idénticas instrucciones jerárquicas y complicadas para embarcar; en cuanto partía un vuelo, comenzaba el mismo vía crucis para el siguiente. Llegaron a la conclusión de que la sala de espera del aeropuerto, con aquellas luces fluorescentes y aquella manera incesante y encarnizada de dirigirse al público que no permitía concentrarse en la lectura, ni hablar ni pensar era el mismo infierno. Y no podían escapar de él porque, habiendo como había tantísimas fantásticas maneras de regresar a casa (haciendo escala en Houston, en Atlanta, en Pittsburgh, en Chicago o en San Luis), estaban en la lista de espera de prácticamente todos los vuelos y les habían ordenado permanecer cerca de la zona de embarque.

Por fin, después de un buen rato en el que ambos parecían haber caído en un

sopor catatónico, Deirdre dijo:

—No nos quedaremos aquí para siempre. Me estoy aferrando a esa idea. Parece lo contrario, pero, por lógica, no pasaré el resto de mi vida aquí. Sé que tarde o temprano, en cuestión de horas o días, estaremos en casa. Llegará el momento en que subiremos las escaleras y meteremos la llave en la cerradura. Me dejo en suspenso hasta entonces.

—Yo solo quiero dormir en mi propia cama —dijo Omar.

—Pero yo creía que...

—¿Qué? —preguntó Omar.

Deirdre apartó la mirada de él, se quedó mirando la pantalla que mostraba todas las llegadas y las salidas que no eran la suya.

—Creía que vendrías a vivir conmigo. Al menos al principio. Al menos hasta que te recuperes del todo.

—Pero es que echo mucho de menos mi propia cama —dijo Omar—. Ya sabes lo que es eso. Creo que estaré más cómodo allí.

—Sí, pero tampoco esa es tu cama —dijo Deirdre.

—¿Qué quieres decir? Ah, quieres decir que es la cama de Yvonne. Quieres decir que yo no tengo cama propia.

—Omar, no. No me refería a eso. Quería decir que hasta que no vuelvas a estar bien del todo, no creo que debas vivir solo y menos estando tan lejos de todo, tan aislado, en casa de Yvonne. Y sí, de alguna manera, tú mismo lo has dicho, esa cama es la cama de Yvonne o, para ser exactos, la cama de invitados de Yvonne. No puedes estar unido sentimentalmente a una cama en la que solo has dormido cuatro o cinco meses. De hecho, apuesto a que has dormido en mi cama como mínimo el mismo tiempo que en la tuya.

Quizá, pensó Omar. Sí, sí había pasado muchas noches en la cama de Deirdre: los dos meses que pasaron entre el incendio y el traslado a la casa de Yvonne, también muchas otras noches antes y después de aquel traslado, noches en la cama de Deirdre, siempre tan bien hecha, con sábanas limpias y un montón de almohadas, pero aquella era la cama de Deirdre, en el piso de Deirdre, y él deseaba dormir en su propia cama. No era cuestión del número de veces que hubiera dormido en ella o el hecho de que fuera propia o no. No, no era una cuestión histórica o de propiedad sino era cómo se sentía cuando se tumbaba en la cama, en la oscuridad.

Omar decidió utilizar otra táctica.

—Creo que estaré más tranquilo junto al lago. No quiero estar en un piso tan ruidoso como el tuyo, con Marc Antony y su nuevo novio follando todo el día.

—¡Omar! Mi piso no es ruidoso. Y yo no he dicho que estén follando todo el día. Solo he dicho que les he oído un par de veces.

—Dos veces la misma noche. No paran de follar. Como todo el mundo al principio. En cualquier caso, solo se trata de una hipótesis, porque, a diferencia de lo que tú piensas, yo no creo que vayamos a salir nunca de aquí. Creo que debemos

resignarnos a pasar el resto de nuestras vidas en este lugar e intentar llevarlo lo mejor posible.

Pero al menos sobre ese particular, Deirdre tenía razón: al final, llegaron a casa. Quedaron en que Marc Antony les iría a buscar al aeropuerto, pero, debido al retraso, cogieron un taxi.

Omar pagó el trayecto con el dinero de la beca: al fin y al cabo, se trataba de un gasto legítimo por el viaje.

No hablaron durante el recorrido en taxi. Se sentaron cada uno en un extremo del asiento trasero, con el equipaje apilado entre ellos (Omar siempre temía poner las maletas en el maletero de los taxis, porque creía que podían cobrarle un suplemento por equipaje). Cuando se fueron acercando a Hiawatha Woods, situado a unos cuantos kilómetros de distancia de la ciudad, Omar miró a Deirdre, que se había apoyado, exhausta, en el cristal de su ventanilla. La pálida luz del invierno se posaba en su cara e iluminaba su tristeza. A Omar le invadió un sentimiento de ternura hacia ella: Deirdre había hecho mucho por él, había viajado hasta Uruguay y le había traído de regreso a casa sano y salvo.

—¿Deirdre? —dijo él.

Ella lo miró, intentó recomponer y animar su rostro, pero el cansancio era tan extremo que no le permitía demasiadas composturas. Omar nunca la había visto con esa expresión: Deirdre, la mujer infatigable, tenía el rostro extenuado, abstraído y, de alguna manera, derrotado.

—¿Qué? —dijo ella.

—Quizá tengas razón —dijo él—. Quizá todavía no deba quedarme solo. ¿Puedo quedarme contigo una noche o dos?

—Claro que puedes —dijo ella. Se acercó a la pila de equipaje que los dividía—. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras.

Se quedó en casa de Deirdre tres noches y, a la mañana siguiente de la tercera noche, hicieron el amor. Quizá tuviera algo que ver con lo que habían soñado, porque se despertaron simultáneamente predispuestos. Era tan agradable cuando ocurría de esa forma, tan tierno y espontáneo, despacio, despacio, en el calor de la cama, bajo la pálida luz de la mañana invernal. Y, cuando terminaron, cuando aconteció satisfactoriamente para los dos lo que tenía que acontecer, se quedaron en silencio, abrazados, y cerraron los ojos mientras la luz iba penetrando poco a poco en la habitación. Esa fue la última vez que hicieron el amor.

Aquella tarde, Gwendolyn Pierce, la persona que se había encargado de la casa y del perro mientras Omar estaba de viaje, llevó el coche de Omar a la ciudad. Lo dejó en el aparcamiento del banco con las llaves debajo del asiento. Cuando Omar fue a buscarlo, encontró una nota para él pegada al volante.

Omar:

Bienvenido a casa, espero que ya te encuentres mejor. Gracias por dejar que me quedara en tu casa. Ha sido una estancia agradable y tranquila y he podido sacar adelante mucho trabajo. Es un lugar magnífico para trabajar. ¿Funciona el televisor? Me parecía que no, pero a lo mejor me equivoqué de cable u otra cosa. Todo ha ido bien. No estoy segura de qué tenía que hacer con la nieve del tejado. ¿Debía haberla quitado con la pala? Se está acumulando mucha nieve. No sé si eso es un problema o no. Mitzie está bien. La dejé salir después de comer y no pude encontrarla antes de marcharme, pero estoy segura de que ya te estará esperando o volverá a la hora de la cena. La busqué y la llamé, pero tuve que irme porque tenía clase a las dos. Gracias de nuevo.

GWEN

P.D.: Hice un par de llamadas de conferencia a Tempe y a Nueva York. Ya me dirás lo que te debo cuando te llegue la factura. He dejado lasaña de verduras en el frigorífico. ¡Así tendrás la cena preparada para esta noche!

P.P.D.: ¿Te has enterado? Garfield se ha jubilado (por fin) y Lucy GK es la nueva directora (¡uf!).

Aquella noche, al fin en su cama que no era suya, en su casa que no era suya, en la profundidad de los bosques silentes, Omar se había tumbado despierto, atento a cualquier sonido que pudiera anunciar la llegada de *Mitzie*. Omar había estado fuera casi toda la noche, caminando por entre los árboles nevados, buscándola, pero la perra se había escapado. Se imaginaba a *Mitzie* sola en el bosque. De *La llamada de la selva*, recordaba que los perros de trineo cavaban hoyos en la nieve para protegerse y dormir caliente. ¿Sabría *Mitzie* hacer eso? ¿Era un comportamiento instintivo o genético o, por el contrario, aprendido? Quizá *Mitzie* ya hubiera muerto en alguna carretera. Al día siguiente, cogería el coche y recorrería los alrededores en su busca. Terrible: primero el incendio y ahora aquello. Siempre tenía que suceder alguna desgracia, siempre había algo acechando, algún tipo de violencia oculta y él no podía escapar de ello. Estaba condenado. Había olvidado que estaba condenado. A esas alturas, ya debería saberlo, debería saberlo muy bien, pero siempre lo olvidaba. Recordaba que había bebido champán en el vuelo de ida, que había brindado por sí mismo, por Deirdre, por su futuro. Qué idiota había sido.

Al día siguiente, Omar estaba colgando carteles en los que se leía PERRO EXTRAVIADO por el campus universitario cuando Lucy GreeneKessler se le acercó.

—¡Omar! —dijo ella—. ¿Cómo estás?

Se dio la vuelta dando la espalda al quiosco y la vio. Llevaba una capa verde impermeable y un sombrero varonil con una pequeña pluma dorada. Su mirada era viva y dorada y tenía las mejillas coloradas.

—Estoy bien —dijo—. Bueno, lo cierto es que no. Mi perro se ha perdido. —Omar señaló el cartel—. Es el perro de Yvonne. Felicidades, he oído que eres la nueva jefa de departamento.

—Bueno, jefa en funciones —dijo Lucy—. ¿Y tú cómo estás? ¿Cómo te encuentras? Hemos estado preocupados por ti. Tenemos entendido que estuviste muy enfermo.

—Sí —dijo Omar—. Así fue, pero ahora ya me encuentro mejor.

—¿Estuviste en coma?

—Sí —dijo Omar.

—¿Conseguiste avanzar en tu investigación? Habría sido terrible irse tan lejos para nada.

—Algo —dijo Omar—, pero me gustaría hablar contigo sobre la beca.

—Por supuesto —dijo Lucy—. ¿Puedes venir a mi despacho por la tarde? ¿Hacia las cuatro?

—Sí —dijo Omar.

—Perfecto —dijo Lucy—. Entonces, te veo luego. Ah, me he trasladado al despacho de Garfield, así que no bajas al sótano a buscarme.

—De acuerdo —dijo Omar.

Sin duda alguna, Lucy había dedicado mucho tiempo en redecorar el despacho de Nicholson Garfield, una estancia grande situada en la planta superior de Dawe Hall que contaba con una chimenea y con un enorme mirador donde había colocado un sofá y unos cuantos sillones, también había cambiado las persianas de papel por cortinas. Todo era muy acogedor.

Lucy miró cómo Omar observaba los cambios que había hecho y le dijo:

—Como tendré que pasar mucho tiempo aquí, he decidido arreglarlo un poco para hacerlo más acogedor. ¡Mi hogar lejos de mi hogar! No sé cómo Garfield podía soportarlo, pero creo que lo único que hacía aquí era acosar sexualmente a las mujeres y fumar aquella horrible pipa. Dejé las ventanas abiertas varios días para que se fuera el mal olor. —Lucy se estremeció—. Por poco muero congelada, pero ahora ya se puede respirar. Sentémonos ahí —dijo indicando el mirador—. Creo que es más cómodo. Sentada detrás de este escritorio, tengo la sensación de ser Garfield. Quería llevárselo, a mí me parecía perfecto, pero no podíamos sacarlo por la puerta. Y no había forma de bajarlo por las escaleras. Debieron de subirlo por la ventana hace siglos, así que tengo que quedarme con él. *C'est* horroroso, *non?*

—*Oui* —dijo Omar.

Aquel escritorio era inmenso y tenía un tallado muy elaborado y muchísimas

patas en forma de pezuñas.

Lucy ocupó una mecedora y señaló con la cabeza el sofá. Omar se sentó en él. Lucy cogió un chal que había en el respaldo de la silla y se lo colocó sobre los hombros.

—Hace frío aquí junto a las ventanas. He pedido a los encargados de mantenimiento que vengan a mirar la chimenea. Garfield la había encendido con basura. Nadie sabe a ciencia cierta si funciona. ¿No sería maravilloso que funcionara? Estaba pensando en invitar a unos cuantos miembros de la facultad a tomar el té junto a la chimenea todas las semanas y elegir un tema sobre el que debatir. Tú podrías hablar un día sobre tu trabajo de Gunk. Creo que la vida intelectual y la vida social de la universidad deberían estar más interconectadas. —Entrelazó los dedos de las manos para ilustrar su idea—. Estaría bien no limitarnos solo a la Facultad de Filología Inglesa, podríamos invitar a profesores de otros departamentos y reunirlos a todos aquí: a un químico, a un historiador, a alguien relacionado con los estudios de género. Reunir un grupo así para tomar el té junto a la chimenea podría marcar un poco la diferencia.

Omar se imaginó cómo sería.

—Hablando de té, ¿quieres uno? Puedo pedirle a Kathy que nos prepare una tetera, si te apetece. Tengo un maravilloso Darjeeling a peso.

—No, gracias —dijo Omar.

—Bueno —dijo Lucy, reclinándose en la mecedora y balanceándola un poco—. Estoy contenta de saber que, a pesar de tu problema, el viaje fue todo un éxito. Me parece fantástico que ganaras el premio Siebert Petrie, Omar. Te lo digo de verdad. ¿Te lo había dicho ya? Sabías que yo formaba parte del comité, ¿verdad? Algunos, por ejemplo Garfield, se mostraron un poco escépticos sobre tu proyecto, no creían que Gunk fuera un producto suficientemente conocido.

—Es Gund —dijo Omar.

—¿Cómo?

—Se llama Gund, el autor sobre el que estoy trabajando: Jules Gund. No Gunk.

—Gund, claro, Gund. Creía que había dicho Gund. Como se llame. El caso es que yo alcé la voz por ti. A Garfield le entusiasmaba el trabajo de Teresha Lake sobre Hawthorne. Yo personalmente creo que ya sabemos todo lo que hay que saber sobre Hawthorne, pero con alguien como Gund, bueno, ahí estaríamos abriendo camino. Nos situaríamos en la vanguardia y ahí es donde quiero que se sitúe este departamento.

Omar se puso de pie. Miró hacia donde estaba Lucy, más allá de las ventanas del mirador. Durante el rato que estaban allí sentados había oscurecido y las farolas ya estaban encendidas. Nevaba, los copos eran gruesos y caían rápidos, con una insistencia deprimente, como si tuvieran prisa por enterrar la tierra.

—He decidido no escribir la biografía —dijo—. He decidido devolver la beca.

—¡Omar! ¿De qué estás hablando? Esta mañana me has dicho que allí habías

avanzado en tu investigación...

—No —dijo Omar—. Lo siento. Te he mentado. He decidido no escribir la biografía de Jules Gund.

—¿Por qué? —preguntó Lucy—. ¿Por qué no?

Omar negó con la cabeza.

—Y tampoco voy a volver el próximo semestre. He decidido dejar la universidad.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con Garfield? Estoy totalmente decidida a cambiar, Omar, te lo aseguro. Quiero que las cosas sean diferentes en el departamento.

—No tiene nada que ver con el departamento —dijo Omar.

—Entonces no lo entiendo. ¿Te han ofrecido mejores condiciones en algún otro lugar?

—No —dijo Omar.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Lucy.

—Es que... No es lo que quiero —dijo Omar.

—Oh —dijo Lucy—. ¿A qué te refieres, a escribir la biografía o a ser profesor?

—A ambas cosas —dijo Omar.

—Oh —dijo Lucy otra vez—. Bueno, estoy segura de que sabes lo que es mejor para ti. Al menos, así lo supongo. Y puede que tengas razón. Mira, estuve ojeando las evaluaciones de los estudiantes. Una de las cosas que me he propuesto es mejorar el nivel de la enseñanza en todo el departamento y me han llegado algunos comentarios sobre ti que, francamente, me hicieron pensar. Quizá no hayas nacido para enseñar, Omar.

—Sí —dijo Omar—. Quizá no.

—Bueno, puede ser una racha, ya sabes —dijo Lucy, con una radiante falsa sonrisa—. No se lo deseo a nadie. Mejor retirarse ahora, antes de que se convierta en una losa demasiado pesada y todo esté perdido.

—Eso es precisamente lo que pienso —dijo Omar.

—Pero es una lástima: tu trabajo con Gund y la beca, aunque quizá Gund sea demasiado insignificante.

—Sí, creo que así es —dijo Omar—. Me da cuenta de que tampoco había mucho que ofrecer.

—Sí —dijo Lucy—. Eso suele pasar con los escritores: ¡la monotonía de sus vidas! Y nosotros, los críticos, siempre escurriendo en vano entre sus cosas, intentando encontrar algo, lo que sea, en esas prosaicas tinieblas. Justamente por eso resulta tan maravilloso trabajar sobre Woolf... ¡Hay tanto contenido! Woolf no tiene final, pero supongo que alguien como Gund se acaba pronto. De todas formas, te voy a echar de menos. Ha sido muy interesante tener a alguien de tu origen cultural en el programa. Todos te vamos a echar de menos.

—Bueno —dijo Omar—, solo quería hacértelo saber lo antes posible para que puedas planificar el próximo curso.

—Gracias —dijo Lucy—, pero terminarás el semestre, ¿verdad que sí?

—Por supuesto —dijo Omar.

—Bien —dijo Lucy. Se dieron la mano—. Bueno —dijo ella—, tengo que volver al trabajo. Me estoy dando cuenta de que el trabajo de un jefe de departamento no termina nunca. No sé cómo lo hacía Garfield. Supongo que sencillamente no lo haría.

—Sí —dijo Omar—. Supongo que ese era su truco.

Deirdre estaba de camino a su clase de taichi cuando vio el cartel de PERRO EXTRAVIADO pegado en una farola. Pudo reconocer la letra de Omar.

PERRO EXTRAVIADO

Perrita pequeña, blanca y de pelo largo que responde al nombre de *Mitzie*.

Perdida cerca de Hiawatha Woods el miércoles 16 de enero.

Por favor, llamen al 448-2123 si tienen cualquier información.

Oh, Dios, pensó, Omar ha perdido a *Mitzie*. ¡Esa estúpida perra! Cuando pasó por delante de Kiplings, miró por la ventana y le sorprendió ver a Omar sentado solo en el bar, bebiendo una cerveza. Volvió sobre sus pasos y entró en el restaurante. Se sentó en el taburete que había junto a él.

Estaba preocupado y no apartó su mirada de la cerveza hasta que ella le tocó.

—¡Deirdre! —dijo él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he visto. Iba a la clase de taichi. —Miró el reloj. Ya llegaba tarde—. Te he visto sentado aquí. ¿Qué estás haciendo? —Bebió un poco de su cerveza.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó él.

—No —dijo ella—. Tengo taichi. Pero ¿qué estás haciendo aquí? He visto el cartel de *Mitzie*. ¿Cuánto hace que se perdió?

—Desde ayer. Gwendolyn Pierce la dejó salir y no ha regresado. No sé qué hacer. He llamado a la policía. No han encontrado ningún perro, ni vivo ni muerto, por eso he colgado los carteles.

—Deberías haber puesto una foto en el cartel. Así la gente la reconocería si la viera.

—No he encontrado ninguna fotografía. Yvonne escondió todos sus efectos personales. O quizá no tenga ningún efecto personal. Por eso he puesto una descripción.

—Sí, pero hay muchos perros que cumplen con eso de «pequeña, blanca y de pelo largo».

—Bueno, no he sabido hacerlo mejor.

—Bueno, no te preocupes —dijo Deirdre—. Tú no tienes la culpa.

—¡Pues claro que tengo la culpa! —dijo Omar—. Yo soy el responsable de

Mitzie.

—Sí y, cuando te fuiste, Gwen Pierce pasó a ser la responsable de *Mitzie*. Si ella no la hubiera dejado salir, no habría desaparecido. Fue estúpido por su parte. Una irresponsabilidad suya.

Omar no contestó nada. Apoyó la cabeza entre las manos.

—Será mejor que vayas a taichi —dijo él—. O llegarás tarde.

Deirdre le puso la mano en la espalda. Tenía la sensación de que estaba llorando, pero las manos le ocultaban la cara.

—¿Qué te pasa, Omar? —preguntó.

—De todo —dijo Omar. Y entonces emitió un sonido parecido al del llanto.

—Oh, Omar —dijo Deirdre, y luego le dio unas palmadas en la espalda—. Cuéntame. ¿Qué pasa? *Mitzie* solo es un perro. Volverá. Y, si no vuelve, bueno... Tampoco es el fin del mundo. No debes disgustarte tanto por algo así. Yvonne lo entenderá. Tú no tienes la culpa. Si *Mitzie* se escapó, es un problema de *Mitzie*, no tuyo.

—No es por *Mitzie* —dijo Omar—. *Mitzie* es lo que menos me importa ahora. Quiero decir que no me importa nada.

—¿Y, entonces, por qué estás así? —preguntó Deirdre—. ¿Qué ocurre?

Omar tragó saliva. La mano de Deirdre resbaló por la espalda de Omar, pero la mantuvo ahí, presionándola ligeramente. Podía notar el calor de su piel a través de la camisa. Llevaba una camisa que ella le había regalado por su cumpleaños hacía dos años: una camisa de color verde pálido de velludillo. Le sentaba muy bien con su cabello oscuro. Al cabo de un rato, le dijo:

—¿Qué pasa?

Levantó la cara de sus manos y la miró.

—Acabo de ver a Lucy Greene-Kessler —dijo—. Le he dicho que voy a devolver la beca. O, al menos, que devolveré lo que queda de ella. No voy a escribir la biografía de Gund.

Deirdre guardó silencio unos instantes. Dio otro trago de la cerveza de Omar. Entonces pidió al camarero otra cerveza para ella. Cuando le colocó la jarra helada ante ella, Deirdre dijo, suave, tranquilamente:

—Omar, ¿qué es lo que te ha pasado en Uruguay? No me refiero al percance de la abeja. ¿Qué te ha ocurrido allí que ha hecho que no quieras escribir la biografía? Dímelo, por favor.

—Simplemente comprendí que no quiero escribir una biografía de Jules Gund. No quiero escribir la biografía de nadie.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no? ¿Es que ha ocurrido algo? ¿Descubriste algo?

—No —dijo Omar—. No sé decirlo. No puedo explicarlo.

—Omar, no puedes permitir que tus sentimientos obstaculicen tu camino.

—¿Por qué no?

—Porque conseguiste la autorización para escribir el libro. Eso es lo que importa.

Fueran cuales fueran las disputas que hubiera entre ellos o las dudas que pudieran haber expresado, no puedes dejar que ellas te importunen. No puedes dejar que eso te afecte. Creo que para escribir una biografía, hay que ser un poco cruel.

—Y yo no quiero ser cruel. Devolveré el dinero de la beca. No voy a doctorarme.

—¿Y cómo devolverás el dinero? Ya te has gastado bastante.

—Ya encontraré la manera de devolverlo todo. Se lo pediré prestado a alguien. Quizá no me obliguen a devolverlo todo. No lo sé. Eso no es lo que importa. Lo que importa es que lo dejen.

—¿Qué dejas?

Omar se sentó firme y recto y miró un momento a su alrededor. Eran los únicos clientes del bar. Hizo un gesto a su alrededor.

—Tengo que dejar todo esto —dijo él—. Tengo que dejar esta vida que no me está haciendo ningún bien. Que no es mía.

—¿Qué quieres decir con que no es tuya? Pues claro que es tuya. ¿De qué estás hablando? ¿Has llamado al médico? ¿Has pedido cita?

Omar la miró.

—No es mía —dijo—. No sé qué he estado haciendo. Lo siento, Deirdre.

—¿Y qué hay de nosotros? —dijo Deirdre—. ¿Tienes esa sensación también sobre nosotros? ¿Qué hay de mí?

—Creo que en nosotros también hay algo que no funciona. Lo siento. Creo que no soy yo mismo cuando estoy contigo.

—¡Por supuesto que eres tú mismo! ¡Omar! ¡Yo te quiero!

—No creo que puedas quererme —dijo Omar—. Creo que no me conoces bien.

Deirdre observó su cerveza. Tenía una capa muy gruesa de espuma. Observaba cómo se iba asentando, observaba el choque de las diminutas burbujas estallando, débiles, como en un lamento. Entonces volvió a mirar a Omar.

—Me duele tanto que digas eso, Omar. ¡Yo te quiero de verdad! Y, después de todo lo que hemos pasado, por supuesto que te conozco. Quiero decir... Claro que no lo sé todo sobre ti, no te conozco del todo, pero nunca se conoce a nadie completamente. Creo que yo te conozco mejor que nadie.

Omar pensó en Arden. Arden lo había besado. Él había besado a Arden. ¿Ella lo conocía bien? Tenía la insólita sensación de que sí. Desde el primer momento en que la vio se sintió relajado en lo más profundo y esa sensación no se debía a que Arden lo conociera pues, evidentemente, no lo conocía, pero, entonces, ¿a qué se debía esa sensación? Si la razón no era que lo conociera, ¿a qué se debía aquello?

—Quizá sí me conozcas —dijo Omar—, pero quizá no se trate de eso. Creo que no me captas.

—¿Que no te capto? ¿Qué quieres decir? ¿No te capto?

—Siempre parece estar queriendo cambiarme —dijo Omar.

—¡Yo no quiero cambiarte! Si es eso lo que piensas, no entiendes nada. Ay, Omar, yo te quiero. No quiero cambiarte, pero sí quiero que hagas las cosas que eres

capaz de hacer, las cosas que más te interesan. Sí, quiero que hagas esas cosas. Y animarte a hacer esas cosas no supone que quiera cambiarte. Eso es alentarte. Eso es ayudarte.

—Entonces quizá no estemos de acuerdo en qué es aquello que más me interesa —dijo Omar.

—Oh —dijo Deirdre—. Vale. ¿Qué crees que es lo que más te interesa? ¿Crees que no escribir la biografía, devolver el dinero de la beca y abandonar el programa es lo que más te interesa?

—Sí —dijo Omar—. Eso creo.

—¿Y qué...? Solo es por curiosidad, solo me lo pregunto, ¿qué te hace pensar eso?

—Lo siento, Deirdre. Ya sabes que mi padre quería que estudiara medicina, pero yo no podía estudiar esa carrera. Yo amaba los libros y me gusta leer, así que pensé en doctorarme en literatura, pero no es lo mío. Me encantan los libros y me encanta leer, pero nada más. No me gusta la enseñanza, ni escribir, ni nada de todo esto. No se me da bien y no me gusta. No soy como tú. Lo siento, pero no soy como tú.

Deirdre no contestó nada. Bebió más cerveza. A continuación, miró a Omar. Había lágrimas en sus mejillas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé —dijo Omar—. Tengo veintiocho años y no sé qué quiero hacer. No sé qué puedo hacer. No sé nada.

—No quiero ponerme a llorar aquí —dijo Deirdre—. No quiero ponerme a llorar aquí, en el jodido y estúpido Kiplings.

—Lo siento, Deirdre.

—¡Lo sientes! Oh, ¡cuánto te odio! No, no te odio. Es que... Omar, deseaba tanto, deseaba tantísimo que lo lograras. Supongo que mi deseo era tremendamente egoísta, supongo que todo giraba en torno a mí, a ti y a mí, pero, de todas formas, yo quería que lo lograras tú. Estaba tan orgullosa de ti: irías a Uruguay (¡a Uruguay!) tú solo, conseguirías la autorización... Ya podía ver todo ese futuro desplegarse ante ti, ese magnífico futuro, y me parecía bien, pero tal vez tengas razón, quizá no te conozca o no te capte bien, quizá todo esto no te interese, pero solo quería que fueras feliz, que tuvieras éxito y que fueras feliz.

—No habría ido hasta allí si no hubiera sido por ti —dijo Omar.

—Sí. ¿Y qué conseguiste allí? La picadura de una abeja. Un coma. Un desastroso viaje de regreso.

Ambos guardaron silencio un momento. Entonces Omar dijo:

—Creo que me voy a casa. Estoy cansado. Todavía me fatigo. Podemos seguir hablando de esto en otro momento. ¿Todavía llegas a tu clase de taichi?

Deirdre miró su reloj.

—No —dijo.

—Lo siento —dijo Omar.

—No lo sientas.

—Pero es que lo siento. —Omar se levantó. Se inclinó hacia delante y besó a Deirdre en una de sus húmedas mejillas—. Te estoy muy agradecido —dijo.

—¿Por qué? ¿Por no captarte?

—No —dijo Omar—. Por quererme.

Aquello era como un sueño: los faros abrieron un túnel de luz en la oscuridad e iluminaron a *Mitzie* en el porche delantero. Miró el coche con desconcierto y, cuando él se bajó, ella corrió ladrando hacia él y se arrojó sobre él: lo recordaba, había regresado, y estaba contenta, simplemente contenta, de volver a verlo.

Después de que Omar se acostara, sonó el teléfono. No sabía lo tarde que era. Se levantó y contestó.

—¿Hola? —dijo él.

—Llamo por lo de su perro extraviado —dijo una mujer—. La perrita blanca y con pelo largo. La tengo aquí conmigo.

Durante unos segundos, medio atontado por el sueño, Omar no recordó que *Mitzie* había vuelto. ¿O acaso su regreso había sido un sueño?

—¿En serio? —dijo él.

—Sí —dijo la mujer—. ¿Hay recompensa?

Omar se sentía confuso.

—Espere un momento —dijo. Soltó el auricular y fue a la cocina. *Mitzie* estaba durmiendo en su cama. La perra levantó la vista y lo miró con curiosidad. Omar regresó al teléfono—. Me temo que se ha equivocado —dijo él—. Ya he encontrado a mi perro.

—¿Así que eres demasiado tacaño como para pagar una recompensa? —dijo la mujer.

—No —dijo Omar—. No es eso. Mi perro está aquí. Ha vuelto.

—Que te jodan —dijo la mujer y colgó.

Omar volvió a la cocina. Acarició a *Mitzie* y bebió un vaso de agua. Se comió una asquerosa galleta sin azúcar que Gwendolyn Pierce había dejado. Luego se vistió y salió con el coche hacia la ciudad. Aparcó cerca del banco y caminó por la zona retirando todos los carteles de PERRO EXTRAVIADO. Le costó un buen rato porque tuvo que recordar todos los lugares donde había ido pegándolos. Quería asegurarse de que los quitaba todos. Había colgado veinte, pero solo pudo encontrar diecisiete. Quizá alguien se hubiera llevado los tres que faltaban, quizá aún siguieran colgados quién sabía dónde.

7 de febrero de 1996

Estimados Sr. Gund, Sra. Gund y Sra. Langdon:

Les escribo para agradecerles la extraordinaria y generosa hospitalidad que me brindaron durante mi estancia en Uruguay. Les pido disculpas por haber acudido a ustedes de una manera que ahora percibo ruda y desconsiderada. Mi rudeza acentúa todavía más la hospitalidad que me dispensaron.

Ya me encuentro mucho mejor. Todavía me fatigo un poco, pero me siento con más energía y con más fuerzas cada día. Les estoy muy agradecido por los cuidados que me dispensaron ustedes y el doctor Peni. Gracias.

Además de mostrarles mi agradecimiento, quería informarles de que no voy a escribir la biografía sobre Jules Gund. Me gustaría poder explicarles por qué he decidido no escribir la biografía, pero me temo que no voy a ser capaz. Huelga decir que he decidido abandonar la universidad y seguir otros caminos. Lamento haberles importunado con mi solicitud y agradezco toda la atención que me mostraron.

Siempre recordaré el tiempo que pasé en Ocho Ríos (a pesar de mi enfermedad) como una etapa maravillosa de mi vida. He aprendido mucho de todos ustedes y por ello les estoy muy agradecido.

De nuevo les presento mis excusas por las molestias que pueda haberles ocasionado.

Mis mejores deseos para todos, también para Pete y Portia.

Atentamente,

OMAR RAZAGHI

Lucy Greene-Kessler organizó una barbacoa en su jardín para celebrar el fin del semestre. Omar estaba sentado a una mesa de *picnic* cuando notó unas manos sobre sus hombros que le dieron un ligero zarandeo primero y un breve masaje después. Deirdre se sentó junto a él. Se había puesto demasiada comida en el plato: pollo a la barbacoa, ensalada de patata, ensalada de fruta y ensalada de pasta.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo ella.

—Hola —dijo Omar.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Omar—. ¿Y tú?

—Bien —dijo Deirdre—. No puedo creer que estés aquí. Habías desaparecido.

—He estado retirado.

—Muy retirado —dijo Deirdre—. Bendita la ascensión de Lucy Greene-Kessler, pero me sorprende verte aquí.

—No iba a venir —dijo Omar—, pero luego me dije que quería despedirme de la gente.

—¿Adónde te vas?

—Me vuelvo a Toronto. Me voy a vivir con mis padres una temporada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Mi padre me ha conseguido un trabajo en el hospital. Voy a ser auxiliar de fisioterapia.

—¿Qué tienes que hacer?

—Sujetar a los pacientes mientras los torturan, supongo —dijo Omar.

—¿Y cuándo te vas a Toronto?

—En cuanto vuelva Yvonne. La primera semana de junio.

—¿De verdad que vas a vivir con tus padres y trabajar en un hospital?

—Sí —dijo Omar—. Al menos una temporada.

—¿Y tienes que llevar uniforme?

—Supongo que sí —dijo Omar.

—¿Estarás bien?

—Supongo que sí. La gente no se muere por llevar uniforme ni por vivir con sus padres en Toronto.

A Deirdre le habría gustado decir: Sí, se mueren, de alguna manera, sí se mueren, sin darse cuenta, sin percatarse, pero se mueren. Pero en realidad nos morimos todos, siguió pensando, sin darnos cuenta, sin percatarnos. Apartó su plato sobrecargado.

- ¿Quieres que vayamos a dar un paseo?
—¿Adónde?
—No sé. A ningún sitio en particular. Por aquí, alrededor de la manzana.
—¿Ahora? —dijo Omar.
—No —dijo Deirdre—, dentro de unos años.

Lucy vivía en un barrio antiguo muy agradable: casas con setos muy cuidados, porches y guirnaldas de flores de temporada o banderas en las puertas de entrada. Pasearon calle arriba y empezaron a deambular por la acera, cuyas losetas se habían agrietado y deformado por las enormes raíces de los viejos árboles que se alineaban en la calle. No se dijeron nada hasta que dieron la vuelta a la esquina.

—He conseguido un trabajo en Bucknell —dijo Deirdre.

—¿De verdad? ¡Enhorabuena! Eso es fantástico.

—Sí, bueno, solo tengo contrato de un año. Pura explotación. ¡Pero qué demonios! Me parece bien.

—Es un buen lugar para enseñar —dijo Omar—. Está en Ohio, ¿verdad?

—En Pensilvania. Entre prados de vacas. Nada de grandes iluminaciones, nada de una ciudad brillante para *moi*.

—¿Cuándo te vas?

—Creo que en agosto. Voy a dar clases de verano aquí. Ay, Omar. ¿De verdad te vas a Toronto?

—Sí —dijo Omar—. Al menos una temporada. Hasta que decida qué quiero hacer. O qué puedo hacer.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé —dijo Omar—. Eso es lo que voy a intentar descubrir en Toronto. No tiene ningún sentido que me quede aquí.

—Podrías buscar un trabajo aquí —dijo Deirdre.

—Sí —dijo Omar—, como vendedor de zapatos en un centro comercial.

—Es que no te imagino trabajando en un hospital.

—Solo será una temporada. Necesito ganar algo de dinero. Y comprender las cosas.

Deirdre arrancó de un árbol una hoja tierna, una hojita verde y gruesa, y la desmenuzó.

—¿Sabes algo de ellos?

—¿De quiénes?

—Ya sabes de quiénes. Los tipos de allá abajo —señaló con la cabeza la acera desfigurada.

—No —dijo Omar.

—¿Quieres...? ¿Sigues pensando que tomaste la decisión correcta?

—Sí —dijo Omar.

—No quieres hablar de eso, ¿verdad?

—No —dijo Omar.

—¿No quieres hablar de eso o no quieres hablar de eso conmigo?

Omar se encogió de hombros. Se separaron un poco para dejar paso a una niña que pedaleaba como loca un triciclo.

—Me resulta tan extraño. Sé que ya no somos una pareja, que no somos íntimos, que ya no hablamos todos los días, pero me parece tan raro, tan extraño, que mi preocupación por ti deba desaparecer. Que deba desistir. Porque no es así.

—¿Preocupación? —dijo Omar.

—No sé cuál es la palabra —dijo Deirdre—. Puede que sea amor. No lo sé. Ha sido tan duro no estar cerca de ti. Me he sentido fatal. —Arrojó los tiernos trocitos de hoja contra la acera.

—Solo quiero olvidarlo todo —dijo Omar.

—¿Lo nuestro?

—No, eso no. Por supuesto que eso no. Me refería al objetivo, al viaje, al libro, a todo eso. Quiero olvidar eso.

—¿Por qué? —preguntó Deirdre.

—No —dijo Omar—. Olvidarlo no, pero sí dejarlo correr. Borrón y cuenta nueva. No pensar ni hablar de ello.

—Yo sí pienso en ello —dijo Deirdre—. Me pregunto si...

Omar no dijo nada.

—¿Omar? —preguntó Deirdre.

Omar no dijo nada.

—Omar —Deirdre repitió—, ¿puedo preguntarte algo?

Ella estaba mirándolo, pero él tenía la vista fija al frente, en la acera, que se elevaba y luego descendía como si estuviera compuesta por placas geológicas. Asintió con la cabeza.

—¿Te...? Estuve pensando, intentado averiguar qué ocurrió. Estabas tan extraño. Todo era tan extraño. ¿Te enamoraste de Arden? ¿Es eso lo que pasó? Quiero decir, aparte de lo de la abeja...

En ese momento pasaban junto a una casa construida sobre una leve pendiente de la calle. El césped estaba demasiado crecido y el camino que conducía a la verja de entrada comenzaba con unos cuantos escalones. Omar se sentó en el escalón inferior y se cubrió el rostro con las manos; se sentó en el escalón con mucha naturalidad, como si esa fuera su casa, como si viviera ahí, como si fuera su hogar y tuviera todo el derecho de vivir esa vida o, al menos, un instante de ella, sentado en el escalón. Deirdre miró a su alrededor, pero la calle estaba desierta, la niña del triciclo había desaparecido. Se sentó también junto a Omar.

Omar le mostró su rostro. Sus ojos parecían un poco borrosos y magullados, como si hubiera aplastado sus puños en las órbitas. Deirdre advirtió que Omar había perdido peso, antes no se le marcaban las cuencas de los ojos. Omar dijo:

—Solo es cuestión de superarlo.

Deirdre guardó silencio unos instantes. Era consciente de la importancia de aquel momento: Omar y ella sentados uno al lado del otro en los escalones de una casa cualquiera. Aquí es donde se termina, pensó ella. Y nunca sabremos de quién es esta casa ni cuál es su historia, qué tragedia estarán representando detrás de nosotros, al final de este camino y al otro lado de la puerta de entrada pintada de verde, pasados los setos de rododendros. No, nunca lo sabremos.

—O no —dijo ella.

—¿Qué? —dijo Omar.

—Puedes superarlo —dijo ella— o no.

—Tengo que superarlo —dijo Omar—. Tengo que averiguar qué debo hacer o, mejor dicho, qué puedo hacer y hacerlo.

—Sí —dijo Deirdre—. Sujetar a la gente mientras la torturan en un hospital de Toronto es una extraordinaria manera de averiguarlo.

—¿Y qué otra cosa podría hacer? —preguntó Omar.

—Todo aquello que desees —dijo Deirdre.

—Sí —dijo Omar—. Y mañana es el primer día del resto de mi vida.

Deirdre no contestó nada a aquello, pero luego dijo:

—Podrías volver y estar con Arden. O al menos intentarlo. Creo que te sería más fácil que sujetar a la gente mientras la torturan.

—Ella no me quiere —dijo Omar.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo.

—Quizá estuviera equivocada. La gente suele equivocarse con esas cosas, ya lo sabes. —Hizo una pausa—. Salvo quien ahora te acompaña, por supuesto. Yo no estaba equivocada: yo te quería, ya lo sabes.

—Lo sé —dijo Omar.

—Bien —dijo Deirdre—. Y eso me preocupa. —Hizo una pausa y luego dijo—: Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos —dijo Omar.

—Bien —dijo Deirdre, tocándolo—. Bien.

Deirdre se levantó.

—Por si te sirve de algo, yo no voto por Toronto. Creo que yo me iría a Uruguay.

Omar soltó una carcajada.

—¿Qué? —preguntó Deirdre.

—Siempre me presionas para que vaya a Uruguay —dijo Omar.

—No siempre —dijo Deirdre—. Solo dos veces. —Le alargó la mano—. Ven —dijo—. Deberíamos regresar.

Llegaba tarde: al haber perdido el vuelo de conexión en Miami, en lugar de llegar a Nueva York a media tarde, había llegado pasada la medianoche. Para cuando consiguió reunir todo su equipaje y pasar la aduana ya era la una y media de la madrugada. Se quedó dormida en el taxi y se despertó mientras pasaban por el Yankee Stadium; sabía, o creía que sabía por lo poco que recordaba de lo que en su momento supo de la ciudad de Nueva York que aquel trayecto no podía ser correcto, que no tenía que estar pasando por el Yankee Stadium, un estadio enorme que resplandecía de manera tenue en la noche como un edificio en un sueño. Quizá estuviera soñando. Se incorporó y dio unos golpecitos en la protección de cristal, bueno, mejor dicho, de plexiglás. Por unos instantes tuvo que pensar en qué idioma debía hablar.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella—. ¿Por qué estamos pasando por el Yankee Stadium? Quiero ir a Manhattan. A Jane Street, en Greenwich Village.

—Es un atajo —dijo el conductor. Tenía una cara bonita: unos ojos tristes y oscuros que se encontraron cansinamente con los ojos de ella por el retrovisor interior—. Hay mucho más tráfico por el otro recorrido.

—¡Estamos en plena noche! —dijo ella—. ¡No hay tráfico!

—Este camino es rápido —dijo—. La llevo rápido a Greenwich Village. Relájese, señora, y será más feliz.

Se reclinó de nuevo en su asiento y miró la oscura ciudad desierta por la ventanilla. No le daría propina.

Se detuvo en el borde de la acera.

—Aquí es, señora. Ya hemos llegado.

Ella se inclinó hacia delante y observó el edificio. No le parecía el mismo, no era como lo recordaba, pero no lo había visto desde hacía más de treinta años. Había vivido allí durante un año o dos, a finales de los cincuenta. ¿Había sido allí? Aquello parecía tan diferente. El número sí era correcto.

—¿Esto es Jane Street? —le preguntó al conductor.

—Sí, señora —dijo él.

Le pagó y le dio una propina. Al fin y al cabo, la había llevado hasta allí y, además, ¿cómo podía ella saberlo? Quizá el Yankee Stadium sí estaba de camino. Quizá lo habían trasladado. El taxista sacó la maleta del maletero y la dejó en la acera. Hacía una noche estupenda, fresca, las hojas de los árboles eran de un verde carnoso.

—Este es su edificio, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—. Gracias. Buenas noches.

El conductor subió al taxi. Se quedó allí sentado unos instantes, observándola. Luego se marchó. Nueva York tenía un olor que en aquel momento recordó. Se quedó de pie, junto a su maleta, en la acera, respirando aquel aroma.

Al cabo de un rato, subió los escalones que conducían al vestíbulo iluminado. Se suponía que el portero le daría las llaves, aunque también se suponía que tenía que haber llegado a las seis de la tarde, pero no podía hacer otra cosa que dirigirse allí. No sabía dónde podía encontrar algún hotel. Imaginaba que podría quedarse sentada en el soportal hasta el amanecer, pero su agotamiento la impulsó a pulsar el timbre donde ponía PORTERO. No obtuvo respuesta, así que lo pulsó otra vez y otra vez, cada vez de manera más prolongada, hasta dejar el dedo pulsado. Por fin oyó cómo irrumpía una voz chillona por el interfono.

—¡Hola! —voceó ella—. Soy Caroline Gund.

Sonó el mecanismo de apertura de la puerta y la empujó con el pie. Deslizó la maleta hacia el vestíbulo y Caroline la siguió. Se quedó de pie un momento, jadeando, como si hubiera estado escalando una montaña. No era capaz de recordar dónde estaba el piso del portero. Ni siquiera recordaba que hubiera portero. Podía visualizar el piso, en la parte trasera del edificio, en la planta superior. Se quedó al lado de los buzones. Vio uno con una etiqueta donde se leía M. DESCOURTIEUX. Lo tocó.

El ascensor se abrió y un hombre salió de él, remetiéndose la camisa por dentro de los pantalones. Por un momento lo confundió con el conductor del taxi: aquel hombre tenía los mismos ojos, los mismos ojos tristes y cansados.

—¿La señora Gund? —dijo él.

—Sí —dijo ella.

Sacó un juego de llaves recogidas en una anilla.

—Aquí están las llaves.

—Siento haber llegado tan tarde —dijo ella—. Lamento haberlo despertado.

—No pasa nada —dijo, y le dio las llaves—. ¿Necesita ayuda? —le preguntó, señalando la maleta con la mirada.

—No —dijo—, gracias.

—Siento lo de su hermana —dijo él—. Era una mujer muy agradable. Toda una señora.

—Sí —dijo ella.

—Vivió aquí mucho tiempo —dijo él.

—Sí —dijo ella—. Cuarenta años.

—Caramba —dijo él—. El señor Perth, del 6B, tiene a Hugo.

Ella no entendió a qué se refería, así que simplemente asintió.

—Estoy muy cansada —dijo ella.

Él se quedó mirándola un momento.

—¿De dónde viene? —preguntó—. ¿De Rusia?

—No —dijo ella—. De Uruguay. Gracias por las llaves. Buenas noches.

Él le devolvió las buenas noches y desapareció en el ascensor. Caroline esperó un momento, pulsó el timbre y, al cabo de un rato, el ascensor volvió vacío y entró con su maleta.

Se hizo un lío con las cerraduras y las llaves, pero al final la puerta se abrió. El piso estaba oscuro. Recordaba el largo recibidor. Recordaba dónde estaba el interruptor de la luz y tanteó la pared en su busca, lo tocó y lo encendió. Cerró la puerta tras de sí y cerró con llave. Había una estantería de libros baja a lo largo de una de las paredes, cuencos de cerámica con monedas y cajas de cerillas, adornos navideños y llaves viejas en la balda superior. Sobre la estantería colgaba una lámina de Paul Klee enmarcada. Pasó la cocina de largo y se encaminó hacia la sala de estar. Naturalmente, el mobiliario era distinto, pero también la estancia propiamente dicha la veía diferente de como la recordaba. En su memoria tenía ventanas en dos paredes. Encendió la lámpara de una mesa y miró a su alrededor. Aquella sala de estar estaba repleta de objetos: libros, cuadros, muebles y plantas, pero todo estaba limpio y guardaba un orden. Cada cosa tenía su lugar. Abrió la ventana batiente y se asomó. Todas las ventanas estaban a oscuras. Todo el mundo estaba durmiendo. Todo estaba en silencio. A pesar de ser la ciudad de Nueva York, había mucho silencio. Caminó despacio por la habitación, tocó el sofá, las sillas, las mesas de madera. El polvo.

Volvió al recibidor, cogió la maleta y la llevó al dormitorio. Se detuvo en la puerta. Era ahí donde había dormido con su hermana, en un colchón en el suelo. Margot había trabajado en los grandes almacenes Bergdorf Goodman y Caroline se dedicaba a guardar los abrigos de los clientes de un restaurante llamado Péricord. Durante el día iba a clases de dibujo y pintura en el Art Students League. De alguna manera, todo aquello permanecía allí, aquellos años felices en Nueva York, aquellos años que ya no existían, aquellos años de los que ya nadie hablaba. No los había descolorido ni distorsionado el recuerdo, el recuerdo no los había dejado de color ámbar, sino ese total abandono. Pulsó el interruptor de la luz, pero no se encendió. Miró hacia arriba y vio que no había plafón, solo unos cables suspendidos del agujero. ¿Estarían reparando el plafón en algún sitio? ¿Lo habrían cambiado? Encendió la luz de la mesita de noche. No había colchones, los habían sustituido por una antigua cama de madera de estilo trineo; la colcha estaba recogida de cualquier manera.

A Margot no le había dado tiempo de hacer bien la cama antes de que se la llevaran al hospital. Caroline se preguntaba si habría ido en ambulancia. ¿Cómo deja uno su casa por última vez? ¿Sabía su hermana que nunca regresaría allí? Durante tres semanas, mientras yacía moribunda en el hospital, su cama había estado esperándola. Caroline se sentó en ella. Al cabo de un rato, hundió su cara en la almohada y respiró profundamente, para comprobar si podía oler a su hermana, para comprobar si al menos eso permanecía.

Durmió hasta tarde y se despertó, desorientada, en la cama de estilo trineo. Se quedó tumbada en la cama, miró alrededor de aquella habitación extraña y dejó que las circunstancias emergieran lentamente a la superficie: Margot había muerto. Y ella había ido a Nueva York para ocuparse de sus cosas: de su piso y de su negocio.

Se levantó y se duchó, consciente de que aquel jabón de olor a lavanda había tocado la piel de su hermana. Miró todos los artículos de aseo personal del botiquín: las botellitas de loción y perfume, los frascos de maquillaje, los diversos medicamentos que le habían recetado. «Descourtieux, Margot. Tomar una cápsula tres veces al día para aliviar el dolor cuando así lo precise».

Decidió empezar por la cocina. Encontró una bolsa de plástico de la compra y empezó a llenarla con el contenido del frigorífico. La primera bolsa quedó repleta enseguida y se disponía a proceder con la segunda cuando oyó que llamaban a la puerta. Se detuvo un momento. ¿Quién podía ser? Nadie sabía que ella estaba allí.

La llamada se repitió.

Se dirigió al recibidor y abrió la puerta. Un joven de treinta y pocos años permanecía de pie junto a la puerta. Vestía de manera informal, llevaba unos vaqueros e iba descalzo.

—Buenas —dijo—. Soy Tom Perth. Vivo en el 6B, la puerta de al lado. ¿Eres la hermana de Margot?

—Sí —dijo Caroline—. Soy Caroline Gund.

Él alargó su mano para saludarla y ella hizo lo propio.

—Antonio, el portero, me ha dicho que habías llegado. Solo quería informarte de que Hugo está conmigo.

—¿Quién es Hugo? —preguntó Caroline.

—Oh —dijo Tom Perth—. *Hugo* es el perro de Margot. ¿No sabías que tenía un perro?

—No —dijo Caroline.

—Es un bulldog francés. Lo he estado cuidando desde que Margot se fue al hospital.

—Gracias —dijo Caroline.

—Mañana me voy a Los Ángeles. No, mañana no, el jueves. Así que tengo que devolvértelo.

—Oh —dijo Caroline. ¡Un perro! ¿Qué haría ella con un perro?—. ¿No querrías quedártelo?

—Adoro a *Hugo*, pero no puedo. Viajo demasiado.

—Vaya —dijo Caroline.

—¿No puedes llevártelo? —preguntó él.

—No. Solo he venido de visita. Vivo en Uruguay.

—Creí que Margot era francesa.

—Sí, así es, pero yo vivo en Uruguay.

—Bueno, mira, te traeré a *Hugo* un poco más tarde. ¿Estarás aquí a primera hora de la tarde?

—Sí —dijo Caroline—. Espera... no. Tengo cita con la abogada de Margot a las dos en punto.

—De acuerdo, entonces vendré más tarde. ¿Hacia las seis?

—Sí, de acuerdo —dijo Caroline—. Aquí estaré para entonces. ¿Hay algo que tenga que comprar para ocuparme del perro?

—Tengo todas sus cosas. También las traeré. Entonces, nos vemos luego. —Se volvió para irse.

—Espera —dijo Caroline.

Se dio la vuelta de nuevo.

—Perdona, solo es curiosidad. ¿Conocías bien a mi hermana?

—Bastante, como mandan las normas entre vecinos de Nueva York. Alguna vez habíamos cenado juntos y me ocupaba de *Hugo* cuando ella viajaba.

—¿Viajaba mucho?

—Sí, por su trabajo, un par de veces al año.

—Yo no la conocía bien —dijo Caroline—. No manteníamos contacto.

—Ella nunca te mencionó —dijo.

—No —dijo Caroline—. No me sorprende.

—Te pareces a ella —dijo Tom Perth.

—¿De verdad? —dijo Caroline.

—Sí —dijo—. Mira, ahora me tengo que ir. Tengo hora con el masajista a las once. Nos vemos por la tarde.

—Claro —dijo Caroline—. Gracias.

Retrocedió unos pasos y cerró la puerta. Un perro, pensó. *Hugo*. ¿Qué puedo hacer yo con su perro?

Tamara Shelley, la abogada de Margot, le contó a Caroline que, en su testamento, Margot había dividido claramente sus bienes en tres partes: su negocio, ahorros y piso. El negocio, Descourtieux Textiles && Fabrics, Inc., dedicado al diseño y a la importación de tejidos, se lo había dejado a su socia, una mujer llamada Anna Powell. Sus ahorros y los fondos de jubilación, que Tamara calculaba que ascendían a un total de cuatrocientos mil dólares, se dividirían en partes iguales entre la Sociedad Americana contra el Cáncer, la asociación Planned Parenthood y la fundación Fresh Air. El piso, que pasó a ser una cooperativa en algún momento de los años setenta y del que Margot se convirtió en propietaria, se lo dejaba a Caroline, así como todo su contenido: las obras de arte, los muebles, la ropa, los libros y las joyas.

Era un testamento muy sensato y sencillo, concluyó Tamara, y anticipó que no habría ningún problema en su ejecución.

Caroline le preguntó cuándo podría vender el piso. Tamara le dijo que no podría

venderlo hasta que el testamento fuera legitimado y ella hubiera asumido su propiedad, lo cual podía tardar de seis a ocho meses, pero, en cualquier caso, aconsejaba a Caroline no venderlo, puesto que el mercado inmobiliario era un valor en alza y el valor del piso aumentaría sin lugar a dudas en los próximos años. Le recomendó que lo alquilara; Caroline podría hacerlo dentro de la legalidad durante tres períodos de cinco años consecutivos. «Saca todos los objetos personales y de valor de allí —le aconsejó— y alquívalo amueblado». Le dio a Caroline el nombre de varias agencias especializadas en resolver situaciones semejantes, le pidió a Caroline que firmara algunos documentos y le deseó que tuviera un buen día.

Caroline se acordó del perro. ¿Qué se suponía que debía hacer con él? ¿No lo mencionaba el testamento? ¿A quién pertenecía?

El testamento no mencionaba a ningún perro. Debía de entrar en la categoría de contenido del piso. Caroline tenía la libertad de quedárselo, venderlo o disponer de él de la manera que creyera más oportuna. Tamara pensaba que tanto la ASPCA como la Liga de Animales de la Costa Norte recogían mascotas no deseadas.

Caroline se adentró por las ajetreadas calles del centro de la ciudad un tanto aturdida. ¿Por qué le habría dejado Margot el piso y todas sus pertenencias? ¿Por qué querría que Caroline se las quedara?

De pronto se vio en la Quinta Avenida, se quedó de pie un momento y dejó que la riada de peatones fluyera a su alrededor. Hacía un hermoso día de finales de primavera que ya anunciaba el verano. Caminó hacia el parque y entró en Bergdorf. Margot había trabajado detrás de un mostrador de la planta baja donde se vendían pañuelos y bufandas de seda. Grace Kelly había entrado un día y le había comprado a Margot una toquilla de lino blanco adornada con cristales austriacos. Grace Kelly estaba muerta. Margot estaba muerta.

Una chica que estaba en el mostrador de Lancôme le preguntó si le gustaría que la maquillara. Caroline dijo que no y empujó ella misma las puertas de salida para prorrumpir en la calle de nuevo. Se sentó en un banco del parque, al lado de un niño y su madre. El niño comía con desgana una especie de helado de color rosa enganchado a un palo. Caroline cerró los ojos y dejó que el sol cayera sobre ella. Podía sentir la ciudad a su alrededor, oír su tamborileo. Siempre había creído que nunca volvería a pisar esa ciudad. Ella había conseguido a Jules y Margot había conseguido Nueva York. Parecía equitativo. Pero ahora, repentinamente, era la propietaria de un piso allí. Podía volver al centro, abrir la puerta con su llave y descansar en la habitación y nadie sabría que estaba allí ni qué estaba haciendo. Podría pintar las paredes. Podría comprar flores en el mercado de la esquina: las había visto allí, ramos de peonías, de floxes y girasoles púrpuras.

Tenía calor cuando llegó al piso, así que se duchó otra vez con el jabón de olor a lavanda y se recogió el cabello húmedo en lo alto de la cabeza. Había comprado

peonías, un ramo enorme que le había costado bastante caro, cuyos hermosos y espesos pomos cabeceaban y se desplegaban en un jarrón de cristal de Waterford que había encontrado en la sala de estar. También había comprado una botella de Gavi, cerezas y pistachos.

Tom llamó a la puerta un poco después de las seis. Caroline abrió. Tom llevaba una camisa de vestir blanca y unos pantalones de lino azul claro y el perro atado a una correa. Se había peinado el cabello rubio hacia atrás.

—Hola —dijo ella—. ¿Quieres entrar?

Se echó a un lado y Tom y el perro entraron en el piso.

—Así que este es *Hugo* —dijo ella, cerrando la puerta.

Aquel perro de tamaño mediano y color marrón grisáceo, con una fea cara achatada y orejas de murciélago, levantó la vista para mirarla con esos implorantes ojos caninos. Ella se agachó y le tocó la frente. El perro babeaba.

—Sí —dijo Tom—. Este es *Hugo*. Pobre Hugo. No le gusta demasiado el calor.

—Voy a ponerle un cuenco con agua —dijo—. ¡Venid! —les dijo al hombre y al perro y fueron hacia la cocina. Llenó un cuenco de cristal con agua fría y lo colocó en el suelo. Tom soltó la correa. *Hugo* se sentó y se quedó quieto jadeando.

—Bueno, yo tomaré algo de beber —dijo Caroline—. ¿Me acompañas?

—Claro —dijo Tom.

—Me temo que lo único que tengo es vino blanco —dijo ella—. ¿Te parece bien?

—Perfecto —dijo él.

Sacó el vino del frigorífico vacío y lo abrió. Margot tenía unas copas de vino muy bonitas; Caroline llenó dos y le ofreció una a Tom.

—Vamos a sentarnos en la sala de estar —dijo ella—. Creo que se está más fresquito.

Hugo se había acostado en el suelo de la cocina. Lo dejaron allí y se dirigieron hacia la sala de estar. Tom se sentó en una silla cubierta con una vieja cretona; ella se sentó en el sofá y empujó el cuenco de frutos secos hacia él.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó ella.

—Casi diez años —dijo—. Desde que llegué a Nueva York.

—¿Y dónde vivías antes?

—Crecí en Maine —dijo.

Tom se puso de pie y repasó la estancia. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Luego volvió a sentarse.

—Resulta tan extraño —dijo— estar aquí sin Margot.

Caroline no contestó. Bebió un sorbo de vino.

—¿Qué te llevó hasta Uruguay? —preguntó él al cabo de un rato.

—Me casé con un uruguayo —dijo ella.

—Oh —dijo él—. ¿Y te gusta aquello?

—Sí —dijo ella—. Mucho. Es muy bonito y muy tranquilo. Yo viví aquí, ¿sabes?, con Margot. En este mismo piso. Hace muchos, muchos años. En 1959.

—Caramba —dijo él.

—Dijiste que la conocías bastante bien, ¿verdad?

—Me gustaba Margot. Nos llevábamos bien, pero no éramos amigos íntimos.

—¿Era feliz? ¿Tú qué crees?

Se quedó pensativo un momento, mientras estudiaba el vino. Luego miró a Caroline.

—A veces la veía por la noche si no echaba las cortinas. Mi piso está justo en el lado opuesto. —Señaló hacia la ventana—. A veces yo llegaba tarde a casa y la veía aquí, sentada donde tú estás ahora, en el sofá, leyendo. Llevaba gafas para leer. Nunca la vi con gafas en público. Yo venía a veces. Hablábamos un rato. Preparaba un poco de té y nos sentábamos aquí para charlar. Preparaba un té muy bueno, lo traía de París. Me dio un poco. Todavía me queda.

—¿Crees que era feliz? —preguntó Caroline.

—Sí —dijo—. De alguna manera, sí. Siempre parecía tranquila, agradable y satisfecha. Creo que le gustaba la vida que llevaba. Te daba esa sensación.

—Bien —dijo Caroline—. ¿Tenía...? ¿Sabes si tenía amigos? ¿Algún romance?

—Por supuesto que tenía amigos —dijo Tom—. Tenía muchos amigos. Solía celebrar cenas y fiestas. Margot era una cocinera extraordinaria y todos los años organizaba una magnífica fiesta por Navidad. Solía necesitar mi frigorífico en esas grandes ocasiones.

Caroline pasaba el dedo por el fino borde de su copa de vino.

—Cada vez que se iba, cuando yo me quedaba a cargo de *Hugo*, me traía algo. Y no era ninguna tontería, como suele hacer la gente. Siempre era un detalle elegante. Una corbata bonita, una vasija o unos gemelos antiguos. Una vez me trajo una camisa hecha a medida, de Italia, de una tela que encontró en un mercadillo. Era muy generosa. Algunos de los objetos más bonitos que tengo son de Margot.

Caroline puso la copa de vino sobre la mesa. Se secó las lágrimas de sus mejillas.

—Lo siento —dijo—. No pretendía ponerte triste.

—No —dijo ella—. Por favor... Quiero escuchar, sé tan poco sobre ella...

—¿Por qué? —preguntó él—. Te pareces tanto a ella. Podríais haber sido amigas.

—Lo éramos —dijo ella—. Vivíamos aquí juntas, como ya te he dicho...

—¿Y qué ocurrió?

Caroline cogió su copa y bebió un sorbo de vino. Se inclinó hacia delante y cogió un pistacho del cuenco.

—Me enamoré de su novio —dijo Caroline—. Me casé con él.

—¿El uruguayo?

—Sí —dijo, y dibujó una leve sonrisa—: Jules, el uruguayo.

—Oh —dijo él.

—Fue algo horrible por mi parte —dijo ella—. Lo peor, supongo, que una hermana pueda hacer.

—Estoy seguro de que lo hiciste sin malicia —dijo él.

—No —dijo ella—. Yo era muy joven y todo ocurrió muy deprisa. Nos casamos en secreto, en el City Hall, y aquella misma noche nos fuimos a Uruguay. Escribimos muchas cartas a Margot, suplicándole que nos perdonara. No lo hizo, por supuesto. No podía hacerlo. Nunca más volví a saber de ella.

—Caramba —dijo Tom—. ¿Y siempre has vivido en Uruguay desde entonces?

—Sí —dijo Caroline—. He ido a París algunas veces para visitar a mi madre, pero hasta ahora no había regresado aquí.

Hugo apareció por el umbral de la puerta. Gimoteaba quedamente y miraba primero a uno y luego al otro.

—¿Estás preparado para tu paseo, *Hugo*? —preguntó Tom—. Suele salir de paseo a esta hora —le dijo a Caroline.

—¿Cuántas veces al día se le tiene que sacar de paseo?

—Normalmente, tres. Por la mañana, a esta hora más o menos y antes de irse a dormir. ¿Por qué no salimos y así te enseño por dónde le gusta ir?

En la esquina, Tom le ofreció a Caroline la correa.

—Toma —dijo él—. Cógelo. Debe empezar a acostumbrarse a ti. A esta hora suele hacer un largo paseo hasta el río. Por la mañana y por la noche basta con dar la vuelta a la manzana. No necesita hacer demasiado ejercicio.

Caroline cogió la correa y cruzaron la calle.

—¿Te gustan los perros? —preguntó Tom.

—No lo sé —dijo Caroline—. Nunca he tenido uno.

—*Hugo* es un perro muy cariñoso. Es muy bueno y está muy bien educado.

—¿Estás seguro de que no puedes quedártelo? Sería estupendo que pudieras quedártelo tú.

Tom negó con la cabeza.

—No puedo —dijo—. Voy a Los Ángeles casi todos los meses.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Caroline.

—Escribo guiones. Para ser exactos, reescribo guiones.

—¿Te refieres a guiones de películas?

—Sí —dijo Tom.

—Hace siglos que no veo una película —dijo Caroline.

—No te pierdes gran cosa —dijo Tom.

—No recordaba que estuviéramos tan cerca del río —dijo Caroline.

Se detuvieron antes de cruzar la West Side Highway.

—Quizá nunca llegaste hasta aquí —dijo Tom—. Antes no era tan bonito.

Cruzaron y empezaron a caminar hacia el sur siguiendo el curso del río.

—Esto es muy bonito —dijo Caroline—. ¿Hasta dónde se puede caminar?

—Hasta abajo de todo. —Tom señaló por delante de ellos—. Hasta Battery Park. Caroline observó el río en toda su longitud.

—¿Puedo hacerte otra pregunta sobre Margot?

—Por supuesto —dijo Tom.

—¿Tenía...? ¿Tenía alguna relación amorosa?

—Últimamente, no —dijo Tom—. Cuando la conocí estaba saliendo con un hombre. Era abogado. Vivía en San Francisco. Creo que estaba casado, pero solía venir a Nueva York y se quedaba con ella. Y también creo que viajaban juntos.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé exactamente. Simplemente se acabó. Ella no hablaba del tema. Después de aquello, la vi salir alguna vez con otro hombre. Salía mucho, a la ópera y al ballet. Estaba abonada a los dos. En ocasiones me llevaba con ella. No parecía sentirse sola. Era muy independiente. Creo que le gustaba estar sola. Antes de tener a *Hugo* había tenido otro perro, un perro salchicha. Se llamaba *Fritz*. Un mal perro.

—Me gustaría que tuvieras algo de ella —dijo Caroline—. Alguna cosa del piso, algo que te guste. ¿Hay algo que quieras quedarte?

Hugo dejó de caminar repentinamente. Se sentó en las patas inferiores como formando un ancla en el otro extremo de la correa.

—*Hugo* te hace saber cuándo tiene suficiente —dijo Tom.

—Entonces, ¿ya debemos volver?

—A veces puedes convencerlo de seguir un poco más, pero yo sí debería volver ya.

—Claro —dijo Caroline. Se dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos—. ¿Hay algo? ¿Algo que te guste del piso? —preguntó Caroline—. Lo que sea.

—¿En serio? —dijo Tom.

—Sí —dijo Caroline.

—Hay algunas cosas que adoro.

—¿Cuáles?

—Me temo que son valiosas.

—Bueno —dijo Caroline.

—Hay un reloj en la sala de estar. Siempre me ha gustado. Y las fotografías de Rudy Burkhardt que hay en el recibidor también me encantan.

—Bien —dijo Caroline—. Entonces quiero que te las quedes.

—¿Qué vas a hacer con todas las cosas? —dijo Tom.

—No lo sé. Venderlas, supongo.

—Ten mucho cuidado —dijo Tom—. No son baratijas. Nada de lo que hay allí lo es. Margot tenía objetos maravillosos.

—No te preocupes —dijo Caroline—. Tendré mucho cuidado.

De regreso a casa pasaron por un pequeño restaurante llamado *Chez Stadium*. Había dos mesas en la calle preparadas con cubertería de plata y mantel de lino y estaban libres. El sol empezaba a caer sobre el río e iluminaba directamente calle arriba.

—¿Es bueno este restaurante? —preguntó Caroline.

—No está mal —dijo Tom.

Se despidieron en el rellano, después de salir del ascensor. Ya en el piso, *Hugo* parecía sentirse como en casa, sabía lo que debía hacer. Caroline no. Miró las fotografías que Tom quería y el reloj. Tenía muy buen gusto: aquellos objetos eran bellísimos. Todo el piso estaba repleto de bellísimos objetos.

Fue a cenar sola al restaurante por el que habían pasado; se sentó a una de las mesas que estaban en la calle. Estaba exhausta, tanto emocional como físicamente, pero se sentía bien allí sentada a la pequeña mesa de la calle. La gente paseaba por delante y le sonreía. Se bebió dos copas de vino con la cena y se tomó un café de postre, solo para prolongar el placer de estar allí sentada, en aquella tranquila calle urbana, bajo los árboles, a la luz de una farola. Se sentía muy lejos de Ocho Ríos. Había creído que allí estaba su vida, pero quizá no fuera así. Era difícil saberlo y estaba demasiado cansada como para pensar en todo eso en ese momento. Pagó la cuenta y regresó al piso.

Estaba sentada en la sala de estar, mirando las revistas que Margot se había dejado allí, cuando *Hugo* apareció por el umbral de la puerta. Se quedó allí, mirándola.

—¿Es la hora de tu paseo? —preguntó.

Ladeó un poco la cabeza.

Miró el reloj: eran las once de la noche.

—Vamos —dijo.

Dieron la vuelta a la manzana. Caroline se preguntaba si echaba de menos a Margot. Parecía un perro muy dueño de sí mismo. A ella empezaba a gustarle. Dos jovencitas que parecían ser pareja, así lo intuyó Caroline, entraron en el edificio y subieron en el ascensor con ellos.

Las dos mujeres sujetaban una especie de programa. Una de ellas se inclinó y palmeó a *Hugo*.

—Hola, *Hugo* —dijo. Luego se incorporó—. ¿Eres amiga de Margot? —preguntó a Caroline.

—Soy su hermana —dijo Caroline.

—Hemos oído que falleció —dijo la mujer—. Lo siento.

—Gracias —dijo Caroline, sin saber qué más decir—. ¿Dónde habéis estado? —preguntó señalando con la cabeza los programas.

—Oh —dijo la mujer—. En el ballet.

—¿Y qué tal? —preguntó Caroline.

—Maravilloso —dijo la mujer.

El ascensor se paró. La otra mujer empujó la puerta para abrirla.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —dijo Caroline.

En el piso soltó a *Hugo* de la correa. Entró en la sala de estar al trote y se estiró en la alfombra. Caroline se preparó para irse a la cama. Entró en la sala de estar y apagó las luces.

—Buenas noches, *Hugo* —dijo. El perro la miró.

Cerró la puerta del dormitorio y se metió en la cama. Al cabo de un rato lo oyó gimotear junto a la puerta. Luego empezó a arañarla. Caroline se levantó de la cama y abrió la puerta.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Qué quieres?

El perro levantó la vista hacia ella.

Caroline volvió a la cama pero dejó la puerta abierta. Ya estaba casi dormida cuando notó que el perro se había subido a la cama. Dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo y al final se acomodó a sus pies.

Era el mes de junio, el penúltimo día de clase antes de las vacaciones de invierno. Portia subió al autobús y se sentó en uno de los asientos de las primeras filas, al lado de Ana Luz, pero oyó como alguien la llamaba por su nombre desde la parte trasera del autobús. Se volvió y se arrodilló sobre el asiento.

Se había acomodado en el último asiento, solo. Ninguna de las niñas se había sentado a su lado. Estaba sonriendo, pero tenía un aspecto ridículo allí sentado, en un autobús escolar, y por un instante se le pasó por la mente la posibilidad de simular que no lo conocía.

Ana Luz también se volvió.

—¿Quién es? —preguntó.

—El hombre que vino a escribir el libro —dijo Portia—. El que se cayó del árbol.

—¿Qué quiere? —preguntó Ana Luz.

—No lo sé —dijo Portia—. Voy a ver. Guárdame el sitio.

Avanzó por el pasillo. Giselle, Claudia, Seraphina y Teresa, las estudiantes de secundaria que solían sentarse en los últimos asientos y fumar cigarrillos, se habían sentado en la penúltima fila por haber sido desplazadas por Omar. Miraban fijamente a Portia a medida que se les aproximaba. Al fondo del autobús solo se sentaban o se acercaban las chicas de la escuela superior, pero Portia caminó con orgullo y las pasó de largo; el hecho de estar de algún modo vinculada a aquel extranjero misterioso la envalentonaba. Se sentó al lado de Omar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—He cogido el autobús para ir a Ocho Ríos —dijo Omar.

—Ya lo veo —dijo Portia—, pero ¿por qué?

Omar no contestó. El autobús arrancó. Teresa se volvió y se quedó mirándolos.

—Puedes volver con tu amiga —dijo Omar—. Solo quería saludarte.

—¿Te vas a quedar otra vez con nosotras? —preguntó Portia.

—No estoy seguro —dijo Omar.

—¿Sabe mi madre que vienes?

—No —dijo Omar.

Portia lo miró. Tenía un aspecto distinto a como lo recordaba, pero era incapaz de detectar cuál era el cambio.

—¿Cómo están todos? —preguntó él.

—Caroline se ha ido —dijo Portia—. Y Pete también.

—¿Adónde se han ido?

—Caroline se ha ido a vivir a Nueva York. Pete está en Montevideo. Va a abrir una tienda allí. En lugar de vender sus muebles a aquella señora norteamericana, los vende él directamente. A veces viene, cuando busca cosas nuevas.

—¿Y Adam?

—Sigue allí.

—¿Y tu madre?

—Ella también sigue allí, claro. Encontré tu zapato, ¿sabes? El que perdiste cuando te picó la abeja. Lo encontré cuando cortábamos la hierba del prado. Había hormigas dentro. Lo guardé, aunque mi madre me mandó que lo tirara. Dijo que estaba destrozado.

Omar saludó a Teresa, que todavía estaba mirándolos. Ella se volvió.

—Había olvidado que perdí los zapatos —dijo Omar.

—Solo uno —dijo Portia—. Te los quitamos porque se te estaban hinchando los pies y chutaste uno y lo enviaste muy lejos. No dábamos con él. Ahora tienes mucho mejor aspecto. No estás nada hinchado.

—Sí —dijo Omar—. Estoy mucho mejor.

—Ahora tenemos un medicamento. Por si otra abeja pica a otra persona. Una inyección. La tenemos guardada en el frigorífico. Se pincha en el culo. —Hizo una breve pausa y luego dijo—: ¿Por qué has vuelto?

—Porque quería volver —dijo Omar.

El autobús los dejó delante de la verja. Anduvieron por el largo camino de acceso en dirección al vestíbulo de entrada.

—Espera aquí —dijo Portia—. Voy a buscar a mi madre.

Portia desapareció por la puerta de la cocina.

Omar se quedó de pie en el vestíbulo. Aquella mesa redonda tan grande que él recordaba siempre con flores en aquel momento no tenía ninguna: tan solo pilas de correo postal, revistas y papeles. Y polvo, necesitaba una buena limpieza. Dio la vuelta a la mesa y miró a través de las puertas acristaladas hacia el patio. La mesa en la que habían comido estaba cubierta por una fea lona impermeable negra. Sí, en invierno, pensó él, todo es menos encantador: aquel sudario negro, las hojas muertas patinando por el empedrado... El cielo se había encapotado con nubes gruesas y oscuras que él no asociaba con aquel lugar. Parecía que iba a llover.

Omar oyó abrirse una puerta por el pasillo que había arriba de las escaleras curvas y luego oyó a Arden decir:

—¿Portia?

Sabía que tenía que dar un paso hacia delante para que ella pudiera verlo, pero se sintió incapaz de hacerlo. De repente sintió pánico, todo lo había decidido con mucha rapidez y sin pensar: comprar el billete con su tarjeta de crédito, hacer una pequeña maleta, salir la misma tarde en que Yvonne llegaba. No le había dicho a nadie qué se disponía a hacer ni adónde se marchaba; solo pensó —porque sin duda alguna sí había estado pensando, aunque era una clase de pensamiento diferente, un

pensamiento que procedía de algún otro lugar de su interior— «Vuelve allí, vuelve allí, vuelve allí» y, cuando se puso en marcha, todo parecía ir tan bien y parecía todo tan inevitable que se dijo: No pienses hasta que estés allí, todo se aclarará cuando estés allí, pero ahora que estaba allí ya no podía ir más lejos, a menos que abriera las puertas acristaladas y se esfumara, pero era incapaz de abrir las puertas, incapaz de pensar, incapaz de moverse, ya había llegado tan lejos como había podido y todo lo que podía hacer era quedarse allí de pie y oír a Arden bajar las escaleras.

La oyó detenerse. El momento le pareció muy largo, aunque quizá tampoco le pareció tan largo, pero sí fue un momento extraño, como arrancado del tiempo, y finalmente el silencio lo impulsó a darse la vuelta. Arden se había detenido en el primer descansillo de las escaleras, en el ángulo más lejano del vestíbulo, y lo miraba con las dos manos apoyadas en la barandilla. Él se quedó paralizado al comprobar lo hermosa que estaba. Durante un segundo pensó: Sabía que yo venía y se ha puesto guapa, pero luego se dio cuenta de que eso era absurdo. Quizá fuera por cómo quedaba allí, en las escaleras, como la mujer de un cuadro; el caso es que su belleza lo fascinó. O quizá simplemente fuera su presencia. Había llegado a pensar que nunca volvería a verla. Incluso el hecho de volver hasta allí no garantizaba nada: Arden podría haberse marchado como se habían marchado Caroline y Pete.

Y podría haberse muerto.

—¿Omar? —dijo ella.

Él saludó con la cabeza, pero permaneció de pie en el mismo lugar. Ella le correspondió.

—Pensé que era Portia... —dijo ella, confusa.

—Era ella —dijo—. Es ella. Ha ido a buscarte a la cocina.

—Estaba arriba... —Señaló con un gesto. Luego sacudió la cabeza—. No lo entiendo —dijo—. ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que... Recibimos tu carta, pensé que todo había terminado.

—Y ha terminado —dijo—. El libro, claro.

—Entonces, ¿por qué? ¿Qué... qué te trae por aquí?

—Necesitaba preguntarte algo —dijo Omar.

—¿Preguntarme algo? ¿Has hecho todo este viaje para preguntarme algo?

—Sí —dijo. Empezó a avanzar hacia donde estaba ella, pero la puerta de la cocina se abrió y Portia dijo:

—No está aquí. Estará arriba.

—Estoy aquí —dijo Arden, y terminó de bajar las escaleras.

—Omar ha venido en el autobús del colegio conmigo —dijo Portia.

—Ya veo... —dijo Arden.

—¿Puedo merendar?

—Sí —dijo Arden—. ¿Por qué no... te lo preparas tú misma, cariño? Coge una pera y una galleta si quieres.

—No hay peras —dijo Portia.

—Pues un plátano. O una manzana.

Portia no se movía de allí.

—Anda, ve —dijo Arden—. Ve a merendar.

Portia volvió a la cocina.

—No entiendo por qué estás aquí —dijo Arden—. ¿Ha pasado algo?

—No —dijo Omar.

—Y, entonces, ¿por qué has venido?

—Ya te lo he dicho —dijo Omar—. Necesitaba preguntarte algo.

—¿Qué? —dijo Arden.

Omar no podía hablar. Arden se dirigió hacia él. Ambos permanecían de pie en lados opuestos de la mesa redonda.

—¿Qué? —volvió a preguntar ella, impaciente, casi agresiva.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa, no esperaba que todo fuera tan rápido. No sabía con certeza qué esperar de todo aquello, porque se había imaginado que transcurrirían varios días hasta llegar a ese momento. Había pensado que ella intuiría por qué había viajado hasta allí y que no habría necesidad de hablar de ello hasta que de alguna manera todo hubiera quedado claro, hasta que ella se hubiera dado por enterada y, después, habrían hablado de ello casi de manera retrospectiva. Ella se quedó mirándolo con agresividad y fue entonces cuando él se dio cuenta de la magnitud de su estupidez.

Pero había llegado tan lejos que no podía volverse atrás. Esa era la razón por la que había viajado, la razón por la que había hecho las cosas de esa manera. Lo importante era que estaba allí, que estaba aquí. Aquí. Tocó la mesa que tenía ante él. Agachó la cabeza, pero enseguida volvió a mirar a Arden. La agresividad de su mirada había desaparecido y, con ella, su rostro, se había suavizado y permanecía a la espera, paciente y curiosa. Había empezado a llover, Omar veía caer la lluvia a través de los cristales de las puertas que Arden tenía a su espalda.

No dijo nada durante unos instantes. Bajó la mirada hacia la mesa y luego volvió a mirarla, pero entonces Arden estaba mirando la mesa. Al final, ella con la cabeza agachada, Omar le dijo:

—Creo que te besé porque te quiero.

Ella lo miró.

—¿Que me quieres? —preguntó, y luego rectificó—: ¿Que me querías? ¿Eso es lo que crees?

—Sí —dijo él.

—Ah —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué me besaste tú?

Ella negó con la cabeza: su rostro se había sonrojado y volvió a agachar la cabeza para desviar la mirada.

—No lo sé —dijo—. Todo fue muy confuso, el libro, tú, todo.

—Pero ¿tú no me querías?

Ella lo miró con unos ojos que mostraban tanta crueldad como lástima.

—Pensé que quizá sí —dijo.

—¿Y, entonces, por qué me dijiste que no después de aquello?

—Porque... Oh, Omar, no lo entiendes. No es tan sencillo, no es tan fácil. Y tampoco es siquiera por eso. Hay un pasado. Y no puedes hacer esto. —La agresividad reapareció, repentinamente, en su rostro—. ¿Vas a seguir con esto? ¿Vas a seguir apareciendo por aquí de manera intermitente representando estos fantásticos episodios? Creo que no deberías haber venido así. Creo que deberías marcharte, Omar.

—No lo entiendes —dijo Omar.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Quizá lo haya hecho todo mal —dijo Omar—. Seguro que lo he hecho todo mal. Siento haberlo hecho mal. Ojalá lo hubiera hecho bien. Si hubiera alguna cosa que yo pudiera ofrecerte, sería precisamente hacerlo bien, pero no sé cómo hacer las cosas del modo correcto, no sé hacerlo de la forma en que se supone que se hacen las cosas, pero... ¿significa eso que no debo hacer nada?

—No sé de qué estás hablando —dijo Arden—. Te presentas aquí, salido de la nada...

—¡Estoy diciéndote que te quiero! —dijo Omar—. Estoy diciendo que me he enamorado de ti. Y creí, creí notar, creí recordar, aunque fuera de forma vaga, quizá estuviera equivocado, creí notar que tú me querías. No solo cuando nos besamos. Naturalmente que lo noté entonces, pero no solo entonces. Todo el tiempo. En todo momento. En todo momento.

Al cabo de un instante volvió a decir:

—En todo momento.

Arden se sentó en el banco que había junto a la puerta. Se inclinó hacia delante y cerró los ojos. Estuvo así sentada durante un largo rato. Había mucho silencio y ambos podían oír la lluvia caer. Entonces Arden se levantó de repente.

—Lo siento —dijo ella. Lo dijo en voz muy alta, como si hablando alto pudiera evitar romper a llorar—. Pero yo no te quiero. Y tienes razón: te has equivocado al venir aquí de esta manera. Apareces aquí, sin llamar primero, sin ni siquiera escribir. Lo siento, pero te has equivocado. Nunca deberías haber venido de esta forma. Debes irte.

Omar guardó silencio. Se quedó allí de pie. No podía pensar en lo que tenía que decir. Sabía que debía tener mucho cuidado y decir lo correcto. No debía decir nada incorrecto. Especialmente en ese preciso momento. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Te quiero.

Arden negó con la cabeza.

—Vete —se lamentó—. Por favor, vete ya.

Omar cogió la maleta del suelo. Se detuvo un instante junto a la puerta, pero Arden no se movió: ella permanecía allí de pie, pálida e inmóvil. Miraba más allá de

donde estaba él, a través de las puertas acristaladas, la lluvia que caía sobre la mesa cubierta con el sudario negro.

Omar abrió la puerta y salió a la lluvia.

Arden no sabía cuánto tiempo había estado de pie en el vestíbulo. En un determinado momento, la puerta de la cocina se abrió y Portia reapareció.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estás llorando?

Arden se secó la cara con las manos y negó con la cabeza.

—¿Ya has merendado? —preguntó.

—Sí —dijo Portia.

Se quedaron de pie unos instantes, estúpidamente, en silencio. Portia dijo:

—¿Dónde está Omar?

—Se ha ido —dijo Arden.

—Pero yo quería devolverle su zapato.

—¿Qué zapato?

—¡Su zapato! El zapato que encontré en el prado. ¡Se lo he estado guardando! ¡Se lo dije!

—Es un zapato solo —dijo Arden—. No necesita un solo zapato.

Portia no protestó. Luego dijo:

—Estabas llorando.

—Sí —dijo Arden.

—¿Por qué?

Arden dijo:

—A veces la gente llora cuando siente... cuando siente demasiado.

—¿Es eso lo que sientes? —preguntó Portia.

—Sí —dijo Arden.

Omar ya estaba absolutamente empapado cuando llegó al molino. Llamó a la puerta, pero nadie respondió. Intentó abrirla, pero parecía estar cerrada. Entonces recordó que se atrancaba, así que empujó fuerte hasta que se abrió. El interior estaba oscuro. Si no hay nadie aquí, puedo dormir en el sofá, pensó, y mañana por la mañana ir a pie hasta Tranqueras. Creo conocer el camino.

Se quedó de pie en el vestíbulo, goteando sobre el suelo de piedra. Oyó abrirse una puerta en algún lugar y se encendió una luz en el descansillo superior. Adam estaba de pie, en albornoz, mirándolo desde arriba.

—¿Quién es? —voceó.

—Soy yo —Omar respondió en voz alta—. Omar Razaghi.

—¡Omar! ¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé —dijo Omar—. Vine para ver a Arden y... Es una larga historia. ¿Podría pasar aquí la noche o podría acompañarme hasta Tranqueras?

—Yo ya no conduzco —dijo Adam—. Además, Pete se ha quedado con el coche.

Está en Montevideo. Suba, suba y cuénteme esa larga historia. Bajaría yo, pero estoy en cama con un principio de *la gripe*. Hay una botella de whisky escocés en la cocina, súbasela. Llevo todo el día deseando tomarme una copa.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó Omar.

—Justo delante de usted, cruzando la sala de estar —dijo Adam—. Puede que tenga que lavar algunos vasos del fregadero si no encuentra ninguno limpio. Me temo que no soy tan buen amo de casa como lo era Pete. Me vuelvo a la cama. Dese prisa.

Adam desapareció por el pasillo. Omar encontró la cocina y el whisky escocés, lavó dos vasos y subió todo a la planta superior. Adam estaba sentado en una cama muy grande. No tenía buen aspecto. Había una lámpara encendida en la mesita de noche que proyectaba un pequeño círculo de luz dorada. El resto de la habitación estaba bastante oscura.

—Tráigase esa silla hasta aquí y siéntese. ¡Por el amor de Dios! Está empapado. Se ha calado hasta los huesos, ¿verdad?

—Sí —dijo Omar.

—Bueno, será mejor que se desnude y se seque. Detrás de la puerta hay una estupenda y cálida bata de Pete. Póngasela. Pero primero sírvame el whisky.

Omar sirvió un poco de whisky en un vaso y se lo ofreció a Adam. Luego fue a desnudarse en una zona oscura que había junto a la puerta y se puso la bata de lana de Pete.

—Necesita algo para los pies. En el primer cajón de la cómoda hay calcetines.

Omar encontró un par de calcetines y se los puso.

—Ahora venga y siéntese —dijo Adam—. Tráigase esa silla. No, la otra. Aquí, al lado de la cama. Y sírvase un whisky... Cuénteme su larga historia.

Omar siguió todas las indicaciones de Adam excepto la última. No sabía por dónde empezar o cómo contar su historia. Bebió un sorbo de whisky y se quedó mirándolo.

Al cabo de un poco, Adam dijo:

—Creo que necesita que le dé la entrada.

—Sí —dijo Omar—. Supongo que sí. No sé por dónde empezar.

—Yo soy, como ya habrá podido comprobar a estas alturas, un tradicional. Empiece por el principio.

—Supongo que todo empezó cuando vine aquí la otra vez —dijo Omar—. En enero.

—Si empezó entonces, tampoco puede ser una historia muy larga —dijo Adam.

—Bueno, por supuesto que ocurrieron cosas antes de aquello, pero fue entonces cuando las cosas cambiaron.

—¿Qué cosas cambiaron?

—Creo que fui yo quien cambió —dijo Omar.

—¿Cómo? —preguntó Adam—. ¿Por qué?

—Cambié... en muchas cosas. Supongo que una de ellas es que me enamoré de

Arden.

—¿De verdad? —dijo Adam—. Qué tontería más grande. ¿Y qué hay de su encantadora novia? ¿Doris?

—Deirdre. Lo hemos dejado. Las cosas no iban bien entre nosotros.

—¿Y por eso ha vuelto, para declarar su amor a Arden?

—Sí —dijo Omar—. Es que... nos besamos. El día que me picó la abeja y me caí del árbol. Habíamos subido a ver la góndola. Y nos besamos fuera del cobertizo.

—Qué romántico. Y luego le picó la abeja y se hinchó y entró en coma.

—Sí y, cuando volví en mí, Deirdre estaba aquí. Y yo no recordaba qué había ocurrido con Arden, sentía que había pasado algo, pero Arden estaba tan rara y distante... Luego me fui.

—Y entonces nos escribió aquella adorable carta diciéndonos que había cambiado de opinión sobre el libro.

—Sí —dijo Omar—. Y lo siento mucho. Quiero decir, siento haber causado tantos problemas. En cualquier caso, he vuelto para ver a Arden, para preguntarle si ella me quiere, para decirle que yo la quiero, pero... me ha dicho que me he equivocado al venir. Ha sido horrible. Creo que de alguna manera le he hecho daño. Me ha dicho que me fuera. Así que me he ido. Y estaba lloviendo y no se me ocurrió ningún otro sitio adonde ir que aquí.

—Y aquí está —dijo Adam.

—Sí —dijo Omar—. Me temo que he complicado mucho las cosas. Que he complicado todo.

—Bébase el whisky —dijo Adam— y sírvame un poco más.

Omar vertió un poco más de whisky en el vaso de Adam y dio un sorbo del suyo.

—¿Qué cree que debería hacer? —preguntó—. ¿Qué puedo hacer?

—Debe volver a visitar a Arden mañana. Es comprensible que lo haya echado hoy, tenía toda la razón. No puede pretender presentarse por las buenas, proclamar su amor y esperar que le corresponda. Un tradicional como yo sabe eso con absoluta certeza.

—¿Y qué haría usted, entonces? —preguntó Omar—. ¿Qué debo hacer?

—Debe volver mañana y disculparse. Creía que ella caería de rod...

—¡No es eso! ¡De verdad, yo no creía que ella...!

—Bueno, pues ha parecido que sí creía que fuera a ser así y eso es lo que importa. Debe volver y disculparse. Quizá vuelva a echarlo. Si lo hace, deberá marcharse, pero no se dé por vencido. Arden lo quiere.

—¿Me quiere? —preguntó Omar—. ¿Cómo lo sabe?

—Yo lo advertí desde el momento en que llegó usted. Quizá incluso antes, quizá ya lo quisiera cuando envió la primera carta. Es ridícula la manera y la facilidad con que la gente se enamora y más Arden. Arden estaba madura para la cosecha, si un mandril hubiera llamado a su puerta, bien podría haberse enamorado de él.

—Entonces no cree que en realidad me quiera, ¿no es así? Se trata, tan solo se

trata de la circunst...

—Pues claro que lo quiere. Lo quiere ahora probablemente tanto como pueda quererlo nunca, porque apenas lo conoce.

—De todas formas, tengo la sensación de que nos conocemos de toda la vida —dijo Omar—. Noté algo, un vínculo, desde el principio, desde la primera noche.

—Me alegra saber que me ahorré presenciar tal cosa. No me extraña que Caroline haya huido. ¿Se ha enterado? Se ha ido a vivir a Nueva York. Nos ha abandonado.

—Me lo dijo Portia. ¿Qué está haciendo allí?

—Su hermana murió y le dejó el piso a Caroline. No tengo ni idea de qué es lo que hace allí. ¿Qué hacía aquí? Nada. ¿Qué hace la gente en cualquier otro sitio? Nada.

—Quizá se dedique a pintar —dijo Omar.

—Exactamente lo que acabo de decir —dijo Adam—: nada.

—¿Y Pete se ha ido también?

—Sí. Al final no habría necesitado de la ayuda de usted para pasar los cuadros de contrabando. Pete se las arregló bien. La mujer a la que se los vendió en Nueva York le ha situado muy bien en Montevideo. Viene a vernos de vez en cuando, cuando anda por aquí buscando material.

—¿Lo echa de menos? —preguntó Omar.

—¡Qué cruel es usted! Después de todo, usted es un biógrafo y formula preguntas crueles.

—Lo siento —dijo Omar.

—Pues claro que le echo de menos —dijo Adam—, pero es mejor así. Eso es lo que dice la gente, «Es mejor así», queriendo decir que no puedo soportarlo, pero que lo superaré. Cerraré los ojos y avanzaré torpemente por la oscuridad.

—Lo siento —dijo Omar otra vez.

Adam no contestó. Extendió el brazo sujetando el vaso vacío y Omar le sirvió un poco más de whisky.

—Qué cosas tan raras pasan —dijo Adam, al cabo de un rato—. Creo en Dios: aquí estaba yo tumbado en la cama, pensando todo el rato en la botella de whisky que estaba abajo en la cocina, consciente de que estaba demasiado débil como para bajar a buscarla o, mejor dicho, demasiado débil como para regresar aquí después de haber ido a buscarla, pero el deseo... Oh, sí, deseaba tan solo un sorbo de whisky, una copita para entrar en calor, para embotarme, para hacerme sentir pleno y cálido y satisfecho y adormecido y, entonces, aparece usted. ¿No es esa una señal de la existencia de Dios? No se me ocurre otra razón mejor para creer en Él.

—¿Quiere alguna otra cosa de abajo? ¿Ha comido algo?

—No sé qué podría encontrar allí abajo que sea comestible. ¿Por qué no echa un vistazo? Quizá haya latas de sopa en algún rincón.

—De acuerdo —dijo Omar.

—¿Y podría convencerlo de alguna manera para que...? Se trata de algo muy

bochornoso, pero algo me dice que no le importaría hacerlo. Hay un orinal debajo de la cama con mis aguas menores. ¿Podría vaciarlo en el lavabo de abajo?

—Por supuesto —dijo Omar.

Se puso de pie y localizó el orinal, un cuenco grande de cerámica que estaba debajo de la cama.

—Ahora vuelvo —dijo. Llevó el orinal con cuidado por los tres tramos de escaleras y lo vació en el cuarto de baño. Luego fue a la cocina. No encontró ninguna lata de sopa. Había algunas manzanas, una rebanada de pan y una jarra de miel. Omar colocó todo en una bandeja de plata y lo subió.

Adam se había dormido. Omar se quedó de pie junto a la cama y lo observó. Desprendía un halo de dignidad, una belleza, que se hacían patentes —que se hacían aún más patentes— cuando dormía. Omar no lo despertó. Cogió una de las manzanas y un trozo de pan. Dejó el resto en la bandeja, apagó la luz y bajó de nuevo las escaleras.

Se comió la manzana y el pan de pie en la sala de estar. Había una manta tejida con motivos geométricos en el respaldo del sofá. Apagó las luces, se tumbó y se cubrió con la manta. Se sentía muy lejos de todas partes, pero pensaba que Arden estaba equivocada: no, no había sido un error venir aquí. No, si se comprendía bien aquello. Ella no comprendía aquello ni lo comprendía a él. Nadie lo comprendía. Y eso lo entristecía. Se sentía triste y solo, aislado y perdido. Y frío también. A pesar de la ropa de lana de Pete y de la manta, sentía frío.

A la mañana siguiente, Arden esperaba con Portia el autobús escolar en la verja de entrada y, cuando se marchó, se quedó allí de pie un momento. No quería regresar a casa. Iré a ver cómo está Adam, pensó, y se encaminó hacia el molino. Toda la noche había estado lloviendo y la carretera estaba húmeda. En el bosque se oía una versión apagada de aquella lluvia: un goteo sonoro y persistente.

Cuando dobló la curva y vio a Omar caminando hacia ella sintió pánico. Pensó en salir corriendo hacia el bosque y ocultarse allí, pero no lo hizo. Él ya la había visto. Ambos dejaron de caminar durante unos instantes. Permanecían de pie, separados por unos cincuenta metros, en la carretera mojada y desierta, mirándose el uno al otro. Entonces ella reanudó la marcha hacia él y él hacia ella.

Se detuvieron apenas a un metro.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —dijo él. Omar desvió la mirada hacia el suelo, en un movimiento rápido, y luego volvió a mirarla—. Iba a verte ahora —dijo él—. Espero que no te importe. Quería pedirte disculpas. Lo siento. Lo siento mucho.

—No —dijo ella. Extendió la mano enseñándole la palma, como si quisiera parar el tráfico. Volvió a decir «no».

Él no contestó.

—Lo siento —dijo ella—. Me asusté. —Seguía con la mano extendida y la adelantó un poco más hasta que lo tocó. Agarró la solapa de su chaqueta y la alisó, luego volvió a tocarlo, apoyando la palma de la mano sobre su pecho. Después retiró la mano—. La verdad es que no sé cómo explicarlo... Después de lo de Jules, después de lo que ocurrió con Jules, siento haber perdido el derecho a amar o a ser amada. Y pensaba que no podría soportarlo. Estoy asustada. No sé cómo soportarlo.

—¿Soportar el qué? —preguntó Omar.

—La... la imposibilidad. Que vinieras aquí. Y que hayas vuelto. ¿Cómo ha podido pasar? Todo parece tan fortuito, tan frágil, como un cristal a punto de hacerse añicos.

Arden estaba sollozando. Omar se le acercó y le cogió la mano. La atrajo hacia sí y la abrazó.

—A mí me parece justo lo contrario.

Deirdre escribió a Omar a Toronto a la atención de sus padres, pero nunca recibió noticias suyas. El contrato de un año en Bucknell se había ampliado a dos años más y después hasta un cuarto y un quinto año. Y entonces empezó a buscar otros trabajos y, habiendo logrado publicar un capítulo de su tesis (*Rose Macaulay, Penelope Mortimer, Nina Bawden: La ficción del género, el género de la ficción*) en la revista *PMLA*, las entrevistas de trabajo fueron numerosas. En enero se trasladó a Nueva York para hacer una entrevista de trabajo en el Barnard College. Al terminar, se fue a comer con dos profesores y, después, se despidieron en la calle. Deirdre disponía de una o dos horas libres hasta la hora de partida del tren y les preguntó si conocían alguna librería decente que estuviera cerca de allí.

Le indicaron una librería especializada en libros de editoriales universitarias llamada Labyrinth y allí pasó una hora echando un vistazo por sus estanterías. Ya estaba a punto de irse cuando el título de un libro que había en una de las mesas con libros de saldo le llamó la atención: *No ir más allá: Los años que Elizabeth Bishop pasó en Brasil*, de Omar Razaghi. Se trataba de un libro en rústica feo y menudo: la cubierta con letras negras sobre un fondo de color mostaza publicado por la editorial de la Universidad de Nuevo México. Cogió un ejemplar y leyó la contraportada:

Este libro, el número 13 de nuestra colección «Escritoras sudamericanas del siglo xx», explora los años que Elizabeth Bishop vivió en Brasil y la obra que escribió allí. Gracias a un perspicaz análisis literario de su poesía y sus traducciones, así como a una hábil recreación de su vida en Brasil, Razaghi presenta argumentos convincentes para que Bishop sea considerada una escritora del hemisferio sur. He aquí una nueva mirada a Bishop como una autora que encontró su hogar y su voz lejos de su país natal.

«Escritoras sudamericanas del siglo xx» es una colección dirigida por Diógenes González Barahona y Susan Shreve Shepard que forma parte del programa de estudios literarios de Sudamérica de la Universidad de Nuevo México.

OMAR RAZAGHI nació en Teherán, Irán, en 1969 y emigró a Canadá en 1979. Se graduó en Historia por la Universidad de York y se licenció en Literatura por la Universidad de Kansas, donde fue galardonado con el premio Dolores Faye y

Bertram Siebert Petrie de estudios biográficos por su obra sobre el escritor Jules Gund. Razaghi vive en Uruguay con su esposa y sus dos hijas, Portia y Adela.

Deirdre miró la dedicatoria: «Para Arden». Compró cinco ejemplares, a 1,98 dólares cada uno.

Deirdre consiguió el trabajo en el Barnard College y se trasladó a vivir a Nueva York. El primer invierno que vivió en Nueva York un hombre que conoció en una clase de taichi la invitó a la ópera a ver *Los cuentos de Hoffmann*. En el segundo entreacto se quedaron apoyados en la balaustrada del primer piso del anfiteatro, mirando desde lo alto el concurrido desfile que había por la platea y hablando sobre la política sexual de los papeles masculinos representados por mujeres. Debajo de ellos había un espacio totalmente separado del resto por una fila de macetas con árboles, detrás de las cuales había unas mesitas donde la gente tomaba los postres tontamente. Deirdre estaba a punto de hacer un comentario sobre esa absurda ostentación cuando creyó reconocer a una mujer que estaba sentada en una de las mesas.

—Creo que conozco a esa mujer de allí —dijo Deirdre—. Quiero ir a saludarla. ¿Me disculpas?

—Claro —dijo su acompañante—. Aprovecho para ir al lavabo. Te veo en los asientos.

—De acuerdo —dijo Deirdre.

Aceleró el paso por el túnel de escaleras carmesíes que conducía a la planta inferior y se abrió camino entre la muchedumbre hasta aquel improvisado restaurante. En el instante en que consiguió emerger de entre la gente, la mujer se estaba levantando de la mesa, dejando atrás al hombre que la acompañaba, y se encaminaba hacia ella. Por un momento Deirdre pensó que la mujer la había reconocido, pero luego se percató de que no era así. Deirdre se adelantó unos pasos cuando la mujer pasaba por su lado y le dijo:

—Perdona, ¿eres Caroline Gund?

La mujer se detuvo y miró a Deirdre. Llevaba una falda negra larga y una blusa de muaré de color morado atada con un gran lazo sobre una de sus caderas. El pelo se le había encanecido, pero seguía llevándolo largo con mucha elegancia. Llevaba un collar de hojas de plata labrada y pendientes a juego.

—Sí —dijo ella—, soy yo.

—Soy Deirdre MacArthur —dijo Deirdre—. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos hace algunos años en Ocho Ríos. Estuve allí con Omar Razaghi.

Caroline sonrió y le alargó la mano.

—Deirdre, sí, claro. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo Deirdre—. Te reconocí desde allí arriba —se dio la vuelta y señaló la galería que estaba sobre ellas— y he querido saludarte.

—¿Te gusta la representación? —preguntó Caroline.

—Sí, mucho. ¿Cómo van las cosas por Ocho Ríos? —preguntó Deirdre advirtiéndole al instante que aquella pregunta había sonado a una canción sobre un pueblo irlandés ficticio que había sido muy popular en los años cuarenta.

—No lo sé —dijo Caroline—. Ahora vivo aquí. Me mudé a Nueva York hace unos años. A decir verdad, poco después de que nos visitaras.

Caroline llevaba un bolso pequeño adornado con cuentas de azabache. Le dio la vuelta con las manos.

—¿Has leído el libro de Omar?

—¿Omar ha escrito un libro?

—Sí —dijo Deirdre—. Sobre Elizabeth Bishop en Brasil.

—No lo he visto —dijo Caroline.

—Está bastante bien —dijo Deirdre.

Caroline no dijo nada. Estaba mirando su bolso.

—Y al parecer ahora está viviendo allí. Se ha casado con Arden.

—Sí, algo he oído —dijo Caroline.

—¿No mantienes contacto con ellos?

Caroline miró hacia arriba y sonrió.

—No —dijo—, no mantengo contacto con ellos. ¿Y tú cómo estás? ¿Todavía das clases en...? ¿Dónde era? ¿Nebraska?

—Kansas —dijo Deirdre—. No, estoy aquí en Nueva York. En el Barnard College. ¿Así que no volverás a Ocho Ríos?

—No —dijo Caroline—. Me he vuelto a casar. Ahora mi vida está aquí.

—¿Sigues pintando? —preguntó Deirdre.

—No —dijo Caroline—. No, no pinto. —Hizo un gesto con la mano, como si estuviera disipando el humo del tabaco—. Me temo que vas a tener que disculparme. Iba de camino al lavabo, ya conoces las horribles colas que se forman y no quiero perderme la barcarola...

—Claro —dijo Deirdre—. Solo quería saludarte. Me alegra haberte visto.

—Encantada de verte, también —dijo Caroline—. Disfruta del resto de la ópera.

Estrechó la mano de Deirdre y luego desapareció entre la gente.

Deirdre subió a la galería, donde la gente seguía de pie, tiritando de frío y fumando. Aunque el tiempo era gélido, la fuente del centro de la plaza manaba con desgana formando un halo brillante y humeante a su alrededor. Se quedó mirando las acrobacias del vapor en la oscuridad hasta que desaparecía.

El marido de Caroline se levantó cuando ella pasó por delante de él. Cuando ella se hubo sentado, él se inclinó un poco para ajustarle el chal sobre los hombros. Ella se había puesto perfume; él pudo olerlo. Se le acercó un poco más e inhaló aquel perfume antes de besarle la mejilla. Ella sonrió, pero mantuvo la mirada fija,

implacable, en el telón dorado.

—¿Quién era la chica con la que hablabas?

—Oh —dijo Caroline—. Nadie. Me ha confundido con una conocida.

Deirdre volvió a su asiento. Encontró un pañuelo en el bolsillo de su abrigo y se sonó la nariz. Su compañero le cogió la mano.

—Estás helada —le dijo.

—He salido —dijo Deirdre—. Hace frío.

—Trae —dijo él. Le cogió ambas manos y las calentó con las suyas. Tenía unas manos grandes y cálidas. Le frotó las manos entre las suyas—. ¿Quién era esa mujer?

—Una mujer que conocí cuando estuve en Uruguay —dijo Deirdre.

—¿En Uruguay? ¿Cuándo has estado en Uruguay?

—Hace unos cuantos años —dijo Deirdre—. Bueno, hace cinco años. Casi cinco años exactos.

—¿Y qué hacías en Uruguay?

Deirdre negó con la cabeza.

—Cuéntamelo —dijo él.

—Oh —dijo Deirdre—, es una larga historia.

—Cuéntamela —dijo otra vez.

Abrió la boca para empezar a contárselo, pero las luces se fueron debilitando y ella cerró la boca. El director de orquesta apareció y todos aplaudieron. Levantó los brazos y la música comenzó.

«Las mujeres se enamoran cuando te conocen. Al contrario que los hombres: cuando por fin te conocen ya están preparados para irse».

JAMES SALTER



PETER CAMERON nació en Pompton Plains, Nueva Jersey, en 1959 y se graduó en el Hamilton College de Nueva York en Literatura Inglesa. Antes de publicar su primer libro, una colección de relatos titulada *De un modo u otro* (1986), había publicado varios cuentos en *The New Yorker*. Desde entonces ha publicado siete libros que le han consolidado como un escritor de fama internacional, entre ellos destacan las novelas: *Año bisiesto* (1990), *Un fin de semana* (1995), *Andorra* (1997), *Aquella tarde dorada* (2002), *Algún día este dolor te será útil* (2007) y *Coral Glynn* (2012).

Notas

[1] *Mad Dogs and Englishmen* («Perros locos e ingleses») es una canción escrita por Noël Coward en el año 1931 que originó la citada expresión. (N. de la T.) <<

[2] En inglés, esta región va siempre precedida por el artículo determinado (*the Crimea*). (N. de la T.) <<

[3] Las expresiones en cursiva se encuentran en español en el original. (*N. de la T.*) <<

[4] Pastel almibarado al ron. (*N. de la T.*) <<